

PASANDO TRABAJO

ECONOMÍA Y VIDA CAMPESINA AFRODESCENDIENTE
EN EL PACÍFICO SUR COLOMBIANO

COLECCIÓN VIDAS CAMPESINAS

PASANDO TRABAJO

ECONOMÍA Y VIDA CAMPESINA AFRODESCENDIENTE
EN EL PACÍFICO SUR COLOMBIANO

Alejandra Gutiérrez
Eduardo Restrepo
Luisa Vega
Pedro J. Velandia



INSTITUTO COLOMBIANO DE
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

COLECCIÓN VIDAS CAMPESINAS

Nicolás Loaiza Díaz
Director general

Francy Morales Acosta
Subdirectora científica

María Teresa Salcedo
Coordinadora del Grupo
de Antropología Social

Mabel Paola López Jerez
Coordinadora de Divulgación
y Publicaciones

ICANH
Coordinación editorial

Bibiana Castro Ramírez
Corrección de estilo

Diana Murcia
Diseño de colección
y diagramación

Primera edición,
noviembre de 2021
ISBN: 978-958-8852-78-2
© Instituto Colombiano de
Antropología e Historia, ICANH
© Alejandra Gutiérrez, Luisa
Vega y Pedro J. Velandia y
Eduardo Restrepo
Calle 12 n.º 2-41
Bogotá D. C.
Tel.: (57-1) 4440544
www.icanh.gov.co

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo
ni en parte, por ningún medio
inventado o por inventarse,
sin permiso previo por escrito
del ICANH.
Impreso por: Panamericana
Formas e Impresos s. A.

Pasando trabajo. Economía y vida campesina afrodescendiente en el Pacífico sur colombiano.
/ Alejandra Gutiérrez ; Eduardo Restrepo ; Luisa Vega ; Pedro J. Velandia. Bogotá : Instituto
Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2021.

379 páginas ; 40 figuras ; 18 x 26 cm – (Colección Vidas Campesinas ; vol.1).

ISBN: 978-958-8852-78-2

1. Campesinos – Afrodescendientes - Sociología. / 2. Economía regional – Comunidades
negras – Identidad cultural. / 3. Etnicidad – Negros - Identidad racial. / 4. Etnografía –
Etnología – Asentamientos humanos. / 5. Pacífico sur colombiano. / 6. Siglos XVII – XX. /
I. Gutiérrez, Alejandra. / II. Restrepo, Eduardo. / III. Vega, Luisa. / IV. Velandia, Pedro. / V.
Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH.

305.8616 SCDD 20

Catalogación en la fuente: Biblioteca Especializada Alicia Dussán de Reichel.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN	15
INTRODUCCIÓN	23
1. POBLAMIENTO, APROPIACIONES ESPACIALES Y ECONOMÍAS EXTRACTIVAS	27
La mar del Sur: poblamiento y minería	36
Enclave colonial minero-esclavista	40
Poblamiento disperso: exploración y apropiación afrodescendiente	46
Nucleamientos urbanos: cerramiento de la frontera	52
Guerra, coca y retiros: desplazamiento y desgarramiento	59
2. ACTIVIDADES ECONÓMICAS	13
Nodo conchero-pesquero	67
<i>Recolección de concha</i>	70
<i>Pesca</i>	79
Nodo silvícola	89
<i>Palmito</i>	91
<i>Extracción de madera</i>	101
<i>Aserríos</i>	115

Nodo agrícola	116
<i>Coco</i>	118
<i>Plátano</i>	123
<i>Coca y cocaína</i>	127
Nodo minero	136
<i>Retroexcavadoras</i>	136
<i>Elevadores</i>	143
<i>Minidragas o draguetas</i>	148
<i>Comercialización</i>	152
3. RITMOS, RELACIONES Y RACIONALIDADES	157
Ritmos	157
Relaciones	162
<i>Relaciones de reciprocidad</i>	164
<i>Relaciones asimétricas</i>	174
4. TRANSFORMACIONES Y (DES)ARTICULACIONES HISTÓRICAS	185
Del barequeo a las máquinas	186
<i>“Yo fui el primer diablo que metió máquinas a este río”</i>	199
<i>Maquinaria para trabajar: monitores, dragas, elevadores</i>	
<i>y motosierras</i>	212
<i>De colonos a propietarios: relación entre la minería</i>	
<i>y la tenencia de tierras</i>	221

<i>La ancestralidad de la minería: entre la minería artesanal, informal e ilegal</i>	229
Los “palos de plata” llegaron de Satinga	232
<i>La fumiga, la crisis y las relaciones con el Estado</i>	238
<i>“La gente se quedó en la calle”</i>	242
Bonanza, crisis y nociones de bienestar: transformaciones en las formas de vida	248
<i>Vivir al día / rebuscarse</i>	248
5. CONFIGURACIÓN REGIONAL	255
Movilidad y medios de transporte	263
<i>Vías fluviales</i>	263
<i>Lanchas rápidas y barcos de cabotaje</i>	275
<i>Vías aéreas y terrestres</i>	279
Mercados regionales	281
“Más gana el que compra, que uno que produce”	290
“Esto por acá está frío”: el deseo por la ciudad y las redes migratorias	296
<i>Migraciones históricas</i>	298
<i>Migraciones actuales</i>	303
CONCLUSIONES	313
REFERENCIAS	323

LISTA DE FIGURAS

1	Asentamiento residencial disperso	53
2	Pequeño conglomerado	55
3	Malla de pesca junto a manglar	68
4	Vista de manglar en marea baja	69
5	Concha o piangua	72
6	Hombre pianguando	74
7	Canasto con la piangua recolectada durante tres días	76
8	Pesca con malladora en estero	80
9	Trasmallo utilizado para atrapar guacuco en ríos	82
10	Faena de pesca con calandro	84
11	Pescado seco para la venta	86
12	Mujeres destripando y vendiendo pescado	88
13	Bosque natural en la parte alta del río Guapi	90
14	Asentamiento disperso rodeado de palmas de naidí	93
15	Cuadrilla de tuqueros	103
16	Cuadrilla de tuqueros deslizando trozas hasta el agua	104
17	Rancho para cuadrilla de tuqueros	107
18	Corte de madera con motosierra en la selva del río Guajú	110
19	Puesto de venta de bloques y tablas de madera	112
20	Cultivo de arroz	117
21	Cocal ubicado cerca a la bocana del río Guapi	119
22	Semillas de coco manila para comercialización local	121
23	Puesto de venta de pescado seco y de coco en cabecera municipal	123
24	Colino	124
25	Racimo de chivo	125
26	Venta de plátano y naranja en Guapi, Cauca	126
27	Transportando retroexcavadora por el río Guajú	137

28	Minidraga	149
29	Balsada. Fiestas Patronales de la Inmaculada Concepción. Guapi, Cauca	160
30	Aviso comunitario para jornada de limpieza a la vereda	167
31	Recolección de arroz	169
32	Uno de los dos trapiches en funcionamiento	171
33	Herramientas para faena de pesca en bocana	173
34	Roza de monte	176
35	Joven escuchando música, concentrado en su celular	255
36	Venta de pescados, Tumaco	262
37	Barco tanquero surtiendo bombas de gasolina de las veredas a lo largo del río Guajú	273
38	Bomba de gasolina, El Charco, Nariño	273
39	Barco de cabotaje llegando desde Buenaventura a El Charco, Nariño, cargado de remesa y pasajeros	276
40	Lanchas cargando piangua	293

AGRADECIMIENTOS

Los autores deseamos agradecer de corazón a los pobladores del Pacífico colombiano, especialmente a quienes nos acogieron en sus pueblos y compartieron sus quehaceres cotidianos con cada uno de nosotros. A las familias que a lo largo de esa hermosa geografía nos hospedaron en sus viviendas, de quienes nos llevamos algo aprendido en medio de su infinita generosidad. A los hombres y mujeres que nos llevaron a trabajar al monte, el río, el manglar y el mar, les queremos agradecer por compartir sus saberes y conocimientos; crearon entre nosotros una inmensa admiración y respeto.

Referirse a cada una de estas personas con nombre propio podría dar lugar a una lista interminable. De manera especial queremos agradecer a la familia de Magdaleno Solís, “Macamá”, que nos recibió con un enorme cariño durante todas nuestras visitas y con la que, de una forma u otra, terminamos estableciendo fuertes vínculos. Macamá, como cabeza de esa familia, nos enseñó que, más allá de los estudios y diplomas que se tengan en una pared, lo que importa en realidad es la “formación” y el poder “vivir suave”, sin importar el lugar en el que uno se encuentre. En este mismo sentido, queremos agradecer a Nuby y a Leopo que en medio de la cotidianidad nos enseñaron muchas cosas que desbordan estas páginas. Por último, a los niños de la casa, quienes alegraron muchas jornadas de trabajo.

Aunque nuestras etnografías se concentraron en lugares específicos, queremos agradecer a todos los habitantes de los ríos Guapi, Guajuí, Timbiquí, Saija, Iscuandé y Tapaje, al igual que a las personas de las diferentes bocanas y esteros que conocimos en nuestros recorridos y en muchos otros poblados.

También, a los miembros de los tres consejos comunitarios que tuvieron la apertura de discutir y respaldar el ejercicio que realizamos en su territorio. Además de los equipos de trabajo de los concejos, queremos agradecer a muchas otras personas que hicieron posible este libro. En Guapi, a Camilo Arroyo Arboleda y Hever Mancilla,

quienes facilitaron enormemente nuestro trabajo de campo, y con quienes siempre encontraremos un nuevo tema para hablar.

De la misma manera, queremos agradecer a los dos espacios académicos que vieron surgir este proyecto de investigación y que, en medio del proceso de escritura, nos apoyaron a todos nosotros. Por un lado, a todos los miembros del Centro de Estudios Afrodescendientes (CEA) de la Pontificia Universidad Javeriana, que acompañaron el nacimiento de este proyecto etnográfico sobre el Pacífico sur, que comentaron borradores del proyecto y luego también dieron miradas importantes sobre los textos de los capítulos. De otro lado, a todos los miembros del semillero Entre Prácticas y Representaciones de la Universidad del Rosario que durante algunas de sus sesiones comentaron los primeros borradores de los capítulos que luego se consolidarían en este libro. Sin todos ellos el trabajo académico resultaría ser, para nosotros, un diálogo de sordos y falto de camaradería.

Sin el decidido apoyo académico y financiero del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) este libro nunca hubiera existido. La invitación de su subdirectora científica, Marta Saade, para participar en un gran proyecto de etnografías de la vida campesina en diferentes partes del país fue el marco en el que se realizó el trabajo de campo y posibilitó la escritura de este libro. En el ICANH también queremos agradecer a Hernando Franco, quien fue de gran ayuda para no sucumbir ante las pesadillas de la burocracia.

VIDAS CAMPESINAS: HACIA LAS ETNOGRAFÍAS REGIONALES

INTRODUCCIÓN DE LA COLECCIÓN

La pregunta sobre las gentes campesinas se renueva en Colombia a raíz de las luchas y las reivindicaciones de organizaciones sociales y de comunidades que reclaman su carácter como sujetos integrales, proceso dentro del cual emana la importancia de la dimensión cultural de sus formas de trabajar, habitar y vivir la ruralidad. Se abre un escenario en el cual la reafirmación de la existencia del sujeto campesino, antes concentrada en su carácter productivo, encuentra en lo cultural una coordenada que busca interpelar al Estado pluriétnico y multicultural; que logra cierto eco en las sensibilidades de la sociedad actual, relacionadas con el origen de los alimentos, el cuidado de los territorios y, quizá, con el reconocimiento de un ancestro campesino.

La asociación de la categoría con una necesidad de ser nombrados a través de un apelativo que no implique onomatopeyas, metonimias ni metáforas, y que tampoco se reduzca a un calificativo o a una cualidad acotada, se traduce en una que denote de manera directa la identidad, el afecto o el vínculo con el terruño y que evoque el carácter integral del sujeto que se nombra. Entre una y otra búsqueda se da forma a una afirmación que toma cada vez más fuerza en el país: “campesinos” y “campesinas” son las palabras precisas que no tienen sinónimos y que generalmente se enuncian en plural. No designan a pobladores rurales, ni a emprendedores del campo, ni a pequeños empresarios ni mucho menos a una “ruralidad dispersa”, como lo han señalado de manera reiterada las organizaciones que han liderado la reivindicación.

Ser campesino, ser campesina, se dibuja como la categoría adecuada para nombrar a un sujeto que se reconoce a sí mismo de manera integral. Esto en medio de, algunas veces, distinciones con comunidades vecinas que se habían diferenciado por su

identificación étnica y que han sido cobijadas por las políticas multiculturales, dentro de las cuales los campesinos y las campesinas están ausentes. Contextos específicos como el del Cauca pusieron en evidencia las tensiones, con distintas profundidades históricas, que se habían generado entre definiciones étnicas e identificaciones cuya matriz se establece en otras claves. La reproducción en el país de una suposición de exclusión, sobre todo entre lo indígena y lo campesino, encontró en los contextos de conflicto por la tierra y por la obtención de derechos ciudadanos (como educación, salud o vivienda) un caldo de cultivo. Allí se comprende mejor, como un efecto del multiculturalismo, por qué adquiere importancia la reafirmación del carácter también cultural del sujeto campesino por parte de organizaciones sociales como el Comité de Integración del Macizo Colombiano y la Asociación Campesina de Inzá Tierradentro, que han sido protagonistas de los procesos que han exigido su reconocimiento.

La autoidentificación como campesinos y la búsqueda del reconocimiento por parte del Estado cobra relevancia en el marco de la estructura de desigualdad del país, tan ampliamente caracterizada por las ciencias sociales y humanas. La lucha por el reconocimiento integral se realiza en el contexto de la deuda histórica con un campesinado que ha sido despojado históricamente de su tierra, que ha sido invisibilizado y excluido de las prácticas y las políticas que han incrementado la producción en el campo a costa de los campesinos; de manera fundamental, se produce frente a un Estado que no ha logrado diseñar una política agraria pensada en relación con las vidas campesinas. Estas situaciones y constancias históricas hacen imposible la reproducción de las vidas campesinas que intentamos caracterizar con este tipo de ejercicios, más aún cuando la muerte violenta de líderes y lideresas en las comunidades ha sido persistente y es causa de la desestabilización y crisis de las vidas locales y regionales.

La comisión de expertos para la conceptualización del campesinado en Colombia, constituida por la mesa de seguimiento de los llamados realizados por la Corte Suprema de Justicia en su fallo de tutela STP2028-2018, integrada por la Procuraduría para Asuntos Agrarios, responde a la necesidad expresada por organizaciones campesinas de incluir la categoría *campesino* en los instrumentos censales colombianos. Esta comisión plantea una definición sucinta y con un grado de precisión importante que articula una mirada integral y multidimensional para la comprensión del sujeto campesino en el país, que no puedo menos que referenciar: “Campesino: sujeto intercultural, que se identifica como tal, involucrado vitalmente en el trabajo directo con la tierra y la naturaleza, inmerso en formas de organización social basadas en el trabajo familiar y comunitario no remunerado o en la venta de su fuerza de trabajo”, y se aclara que el *sujeto campesino* alude a “una categoría social que incluye a todas las personas, sin distingo de edad, sexo y género” (“Conceptualización del campesinado en Colombia” 2020, 19).

Claves de aproximación a las vidas campesinas

Utilizamos la noción de *vida campesina* para aludir a un conjunto de formas concretas de hacer y de estar, no necesariamente presentes en las representaciones colectivas. La clave está en que su existencia no depende de su enunciación, pero tampoco la excluye; esto es, se constituye en las relaciones sociales específicas como prácticas compartidas y discretas (concretas y susceptibles a la descripción y comprensión), que conforman una suerte de red de prácticas interrelacionadas, aunque no necesariamente coherentes, y en todo caso no homogéneas, aunque sí integradas.

Se ha buscado caracterizar la vida campesina como un conjunto heterogéneo de formas de vivir en sociedad relacionadas con las diversas concreciones de la ruralidad, sustentadas en un vínculo estrecho con la tierra, las aguas y la naturaleza, que se encuentran en tensión y se disputan su día a día en medio de las fuerzas y presiones que dan forma a las relaciones culturales, ambientales, económicas y políticas de localidades y regiones de las cuales hacen parte. Así, la buscamos en las plantaciones de coca de Tumaco, en la tensión por las dificultades que plantean los circuitos o encadenamientos del narcotráfico y aquellas transformaciones y posibilidades que ofrecen a las familias y comunidades campesinas para persistir. La rastreamos en la conexión regional en los Llanos Orientales entre los hatos ganaderos, las pequeñas fincas y las grandes propiedades, donde la noción de *campesinado* pareciera evaporarse; entre los fogones del Pacífico sur, yendo tras las racionalidades económicas de los campesinos afros; en la interconexión entre Pacífico, Andes y Amazonía, que se despliega en el actual departamento de Nariño y el Valle de Sibundoy en el Putumayo, donde fue explorada la vida campesina entre los guaicos (o depresiones interandinas), el piedemonte amazónico transformado por grandes proyectos de interconexión y de explotación de recursos. También, entre las experiencias de comunidades campesinas del Magdalena que han sufrido periodos de violencia paramilitar; o en los circuitos de comercialización del plátano en el Chocó, en medio de las presiones de los monocultivos y los enclaves mineros sobre la diversidad productiva de la región.

De tal suerte, se descartan los enfoques románticos, bucólicos, deterministas o fatalistas, tan presentes en algunas aproximaciones antropológicas europeas del siglo xx, que buscaban retratar unos mundos que creían condenados a desaparecer. En el ejercicio realizado ha interesado abrir preguntas situadas en contextos específicos para revisar, mediante el método etnográfico, en los términos más concretos posibles, las prácticas sociales que pueden constituir esas vidas campesinas, sin excluir a nadie por su adscripción étnica.

La alusión a las vidas campesinas busca confrontar cualquier tinte folclorista o idealizante y este es un énfasis importante de la aproximación que articula esta colección

editorial. La noción de *vida* alude al dinamismo, a la flexibilidad, a cierta indeterminación, a una multidimensionalidad, a la heterogeneidad, al movimiento tensionado de las dinámicas de cambio y persistencia; tiene que ver más con la comprensión de configuraciones culturales campesinas en los contextos regionales del país que con la búsqueda de tradicionalismos, estabildades o quietudes. En tal medida, la noción de *vidas campesinas* no pretende encontrar algún lugar social de certeza o de armonía y mucho menos de atavismo. Por el contrario, busca ingresar en los lugares de la incertidumbre, de lo que se expresa como *potencia social* o como posibilidad (Benavides), así como caracterizar aquello que se reitera en la praxis social, aquellos imponderables en apariencia indescriptibles por su carácter estructural o básico. Se trata de disponerse a encontrar lo que no se dice, lo que en apariencia no está y, aún más difícil para las tradiciones disciplinares de la antropología, de detectar, no solo en “lo diferencial” o en “lo particular” sino en prácticas y conocimientos extendidos o ampliamente compartidos por distintas poblaciones, los diacríticos y los procesos que permitan caracterizar unas formas de vivir y de significar el mundo que se podrían caracterizar como campesinas.

Hemos visto que la vida campesina se expresa en ocasiones de manera dispersa y otras veces de forma contundente. En cualquier caso, nos ha puesto en evidencia matrices comunes que hacen posible hablar de su existencia en heterogeneidad. Por ejemplo, encontramos que en distintas regiones del país la vivienda campesina es el lugar dormitorio, unido a la huerta, articulado en algunos lugares al patio de secado o al trapiche doméstico, a los lugares para colocar el telar o el instrumento para hilar la cabuya; también al criadero de pollos, marranos o cuyes. Aunque no es posible afirmar de manera homogénea que es solo un tipo de entramado de lugares campesinos, sí parece plausible afirmar que las viviendas campesinas nunca son solo el lugar donde se duerme y se come, sino que están articuladas socioespacialmente a distintos niveles de las actividades productivas y de cuidado, íntimamente atadas al ecosistema y al territorio.

La noción de *vida campesina* posibilita comprender que la tierra se hace finca, rancho o parcela por las prácticas familiares o veredales que la vuelven cafetal, platanera, huerta o chagra, cultivos temporales o permanentes, lugar dormitorio, criadero de pollos o cuyes o marranos o cabras, sementera familiar o colectiva, vereda o parcialidad. Aludir a ella ofrece la posibilidad de comprender cómo al pescar el río y el mar se constituyen en partes de la territorialidad o en acuatorios; es también lo que articula a los pescados con otros productos como el plátano, o quizá el coco y el chontaduro, para llegar a través de las mismas manos a los mercados locales y regionales. Es la categoría que permite preguntar por las conexiones posibles entre el lugar en el que se desarrollan el jornal y el fogón familiar, donde también se prepara el mote que se venderá en la plaza de mercado del centro poblado, con el maíz recolectado de la chagra o bien comprado

en el pueblo vecino y que producirá el dinero para comprar la lana industrializada que llega de centros urbanos y se devolverá transformada en tejido manufacturado.

La noción de vida campesina parece adecuada para comprender la multiactividad de los campesinos, quienes desarrollan distintos oficios cuyos resultados hacen posible pensar en la reproducción de estas formas de trabajar, hacer y estar asociadas en buena parte a la ruralidad. La multiactividad conecta distintos oficios, formas de trabajar, saberes y prácticas, transmitidos de diversas formas: muchas veces en los procesos pedagógicos que relacionan a la familia y sus extensiones con las dinámicas comunitarias, pero también a través de procesos educativos formales. El conjunto de conocimientos implicados en acciones para reparar, preparar, cuidar o construir activa formas de vida campesina interconectadas con saberes provenientes de diversas configuraciones culturales.

La multiactividad tiene también que ver con diversos escenarios, escalas y temporalidades. Mas allá de la visión cerrada y de autoconsumo que suele referirse en los sentidos comunes asociados con lo rural, es posible comprender que la vida campesina es relacional, lo cual hace necesario poner en entredicho una serie de dicotomías con las cuales se suele también definir lo campesino; la más señalada es aquella que opone campo/ciudad o, en términos económicos, la que opone el autoconsumo y el mercado. La multiactividad se asocia con los circuitos, los recorridos, las articulaciones de diversos espacios y formas de trabajo, en distintas escalas simultáneas e interrelacionadas. La articulación entre lo local y lo regional permite seguir las huellas de procesos de ordenamiento social del territorio y de organización temporal que ponen en relación calendarios diversos, como los agrícolas y de mercados, incluyendo los laborales y festivos.

Finalmente, otra cuestión importante de la multiactividad tiene que ver con pensar la vida campesina en una relación entre lo agrícola y lo ambiental de manera más integral u orgánica. En esta clave, organizaciones y comunidades campesinas han tenido que reivindicar prácticas tan cotidianas y básicas como cuidar y cultivar, frente a la presión que sobre ellas ejercen las reformas sobre la vida del campo, desde la revolución verde hasta los efectos de las nuevas ruralidades y del empresariado agrícola.

La vida campesina también se expresa y constituye en los ordenamientos del tiempo social vinculados con los periodos de siembra, cuidado y cosecha; con los momentos de subiendas y bajas del río; y también con las prohibiciones o restricciones de ciertas actividades campesinas por parte de instituciones o empresas. Porque también allí se constituyen y transforman las jornadas, los días y los meses. Estos tiempos se regulan con calendarios festivos para repartir cosechas, mientras se celebra a unos santos; mientras se hace minga o convivio para arreglar un camino, festejar un nacimiento, realizar una cosecha o preparar las fiestas patronales. Son los ritmos combinados del jornal, de los cuidados de la huerta, con los cuidados de la casa o la finca, con los días de mercado.

Las temporalidades campesinas también se constituyen con los ritmos de las actividades desarrolladas por las juntas de acción comunal, o quizá del cabildo, o de una u otra organización, entremezclados con los momentos de ir a misa o al culto, de asistir a la escuela, ir a la mina e iniciar la jornada en alguna finca como trabajador.

Los manejos de los tiempos aluden además a los procesos de urbanización sobre el campo que irrumpen en la jornada de trabajo y en los cuales se urden los momentos de final del jornal con los encuentros en el tejo, en la tienda o en la cancha de fútbol. Son también el resultado de los tiempos de los raspachines, de las durezas que dejan las bonanzas productivas, de los tiempos de escasez, de los tiempos de desplazamiento a causa del conflicto armado, o bien de las desarticulaciones profundas causadas por las constantes muertes violentas de sus líderes.

Podríamos en tal sentido incluso acudir a la noción particularmente elocuente de Aníbal Quijano y entender las vidas campesinas como *heterogeneidades históricamente estructuradas*, para aludir tanto a su carácter dinámico como reticente al cambio, que se dispone en contextos y situaciones específicas (en lo local, lo regional, lo nacional, lo global). Las vidas campesinas se sitúan en relaciones y configuraciones regionales concretas de las que forman parte. Con ellas se hace referencia a un entramado que permite comprender la formación social colombiana, donde desde la Colonia se inició un largo proceso que relaciona la vida nacional con unas formas campesinas de vivir, de trabajar y de estar. Dicho reconocimiento no solo es cultural o económico, sino que está articulado con sus maneras de construir la historia del país, de hacer las ciudades, las carreteras, los mercados, las festividades, los carnavales. Tales historias se tornan concretas en los espacios, los sabores, los olores; en el sentimiento campesino que fue traído nuevamente a la memoria en las jornadas de movilización del 2013. Reconocer dicha relación histórica permite comprender, incluso más allá de lo legislativo y de la política pública, la importancia del reconocimiento como sujeto, un sujeto que se constituye en las diferencias regionales. La discusión sobre la economía agraria, las configuraciones regionales o la participación, tan necesaria para ampliar los procesos de paz en el país, pareciera requerir de la comprensión integral de las vidas campesinas.

Una colección para descifrar vidas campesinas

Aquellas búsquedas y reivindicaciones llegaron como exigencia y denuncias a las oficinas del Estado, dentro de las cuales se encargó al Instituto Colombiano de Antropología e Historia descifrar “la cultura campesina”. El enunciado en singular significó en primera medida aludir a la dificultad y, aún más, a la inconveniencia de definirla en sentido homogéneo y unitario, acotado y con fronteras delineadas. En cambio, desde la Subdirección Científica se dedicaron esfuerzos a proyectar una línea de investigación

para construir una ruta de trabajo con distintos equipos de investigadores, algunos de ellos anclados en contextos universitarios de las propias regiones exploradas. A cada uno de estos equipos se le planteó la pregunta por la vida campesina en los contextos regionales, con varios puntos de partida comunes, con los cuales se pretendió provocar iniciativas de aproximación metodológica que respetaran las búsquedas teóricas de cada equipo, así como sus trayectorias de trabajo de campo.

El compromiso inicial situaba la intención de pluralizar la noción de campesinado desde una lectura integral y holística, y el primer esfuerzo conceptual fue aportado a cada uno de los equipos. El texto *Elementos para la conceptualización de lo campesino en Colombia. Documento técnico* (2018), que resultó de un esfuerzo institucional con diversas colaboraciones de expertos, propuso comprenderla desde cuatro dimensiones, no jerarquizadas *a priori*, que se plantean como mutuamente determinantes y en cuyo marco se podría situar mejor la pregunta inicial de organizaciones e instituciones estatales por la cultura y el sujeto campesinos. De tal suerte, acercarse al problema cultural se fue dibujando como posible dimensión de las vidas campesinas articulada a los ámbitos territorial, político-organizativo y económico-productivo, provocación que da unidad a esta colección editorial compuesta inicialmente por acercamientos a las vidas campesinas de Nariño en sus conexiones panamazónicas, el Magdalena, el Pacífico sur, el Chocó, los Llanos, el Guaviare, Tumaco y el Páramo de Pisba.

Por otra parte, el ejercicio de esta línea de investigación esquiva el punto de partida de la definición ontológica o identitaria de colectividades como “campesinas”, para explorar las prácticas sociales, los conocimientos, los vínculos y las concepciones de mundo que constituyen unas formas específicas de vida en relación con ecosistemas y contextos también concretos. Esto significa que no partimos de la definición o delimitación de “unidades culturales” predefinidas, sino de propuestas metodológicas que permitieran explorar y documentar estas formas de vivir, de significar y de representar el mundo que se podrían caracterizar como constitutivos de las vidas campesinas en contextos locales y regionales específicos.

Se comprende desde esta preocupación la necesidad y pertinencia de asumir la etnografía para el acercamiento a los lugares y las gentes de cada localidad, de cada vereda, de cada cuenca, de cada cultivo, de cada casa o fogón, de cada mercado o circuito de comercialización. Con uno u otro énfasis y con las dificultades de cada caso, se buscó describir las prácticas sociales con la capacidad de dibujar alguna arista que permitiera caracterizar, así fuera parcialmente, las vidas campesinas.

Se trata de una serie de aproximaciones etnográficas dispuestas en una misma colección editorial, con lo cual se plantea la necesidad de comprender la vida campesina a nivel nacional, pero sin definiciones homogeneizantes ni *a priori*. De aquí la importancia de explorarla desde los niveles más precisos y concretos posibles, pero en

el marco de relaciones sociales más amplias que forman parte de las configuraciones regionales en el país. Es posible, por tanto, que esta colección inicie con una primera serie de tomos con los cuales no se pretende un dibujo totalizante. La labor se mantiene abierta porque no remite a una dimensión de la existencia social sino a todas las maneras de habitar, significar, producir, cuidar y estar en los territorios que dibujan a aquel sujeto intercultural que se siente campesino, quien trabaja directamente con la tierra y la naturaleza, sustentado en formas de reproducción de la vida familiares y comunitarias, y que además participa en los mercados y también vende su fuerza de trabajo.

MARTA SAADE GRANADOS

Bibliografía

- Benavides Mora**, Carlos Alberto. 2015. “Configuración regional y lucha social en Colombia. El caso del Magdalena Medio y el suroccidente colombiano”. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México.
- “**Conceptualización** del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición”. 2020. En *Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición*, editado por Marta Saade, 13-53. Bogotá: ICANH.
- Saade**, Marta, ed. 2018. *Elementos para la conceptualización de lo campesino en Colombia. Documento Técnico*. Bogotá: ICANH.

INTRODUCCIÓN

Cambiar los términos de un argumento es sumamente difícil, ya que la definición dominante de un problema adquiere, a través de la repetición, y a través del peso y la credibilidad de quienes la proponen o subscriben, la garantía del “sentido común” [...] Entonces parte de la lucha es por la manera en que se formula el problema: los términos del debate y la “lógica” que conlleva.

Stuart Hall ([1982] 2010, 181)

Julio, 2017. Llegaban los últimos días del mes cuando salimos de Bogotá con rumbo a las tierras bajas del Pacífico colombiano, impulsados por el interés de realizar una etnografía multisituada de la economía campesina en esta región. Cada uno, con diferencia de algunos días, emprendió el viaje por tierra, inicialmente hacia la ciudad puerto de Buenaventura. La noche entera que tarda el viaje da lugar para pensar, para imaginar las tierras que solo uno de nosotros conocía ciertamente de antemano, y, de hecho, había pasado ya mucho tiempo desde su última estancia etnográfica en los bosques pantanosos de los guandales nariñenses. Las descripciones de West ([1957] 2000), Taussig (1978, 2013), Whitten (1992), y varios más, se mezclaban inconscientemente con las imágenes estereotipadas de los montes bravos y los laberínticos ríos adonde se dirigían nuestros pasos.

Buenaventura fue para entonces una estación, un punto de paso. Hospedarse en un hotel o esperar algunas horas la salida de una lancha rápida o un barco de carga con destino a las cabeceras municipales del sur eran las opciones posibles. El viaje cambia si la elección es el barco y no la lancha rápida, pues aumentan las horas del recorrido, el

ritmo, la cercanía con los demás pasajeros. Ya en la zona urbana de los municipios nos encontramos con las personas que serían nuestros interlocutores, y a la larga también nuestros amigos, quienes nos acompañaron a los poblados en los que pasaríamos los dos meses siguientes. Desde entonces, la experiencia, vinculada por unas preguntas iniciales comunes, se fue delineando de modo particular para cada etnógrafo.

En estos poblados, como en la mayor parte de la zona rural del Pacífico sur, la comunicación es escasa. En los mejores casos hay un teléfono del que se pueden realizar llamadas pagando un alto costo por cada minuto. Por tal razón, fue solo acabando el mes de septiembre, en Bogotá, que pudimos conversar acerca de estas experiencias individuales, que, para nuestra sorpresa, habían sido más disímiles de lo que imaginábamos. La vida en un caserío con apenas una docena de viviendas habitadas, unos pocos jóvenes y una economía precaria que transita entre unas cuantas plantas de coca y la extracción de madera no es la misma que en un poblado en donde el narcotráfico y el oro mantienen “caliente” el pueblo desde hace algunos años; y dista más todavía de la vida en los pequeños firmes rodeados de agua salada y manglar en donde el tráfico de cocaína tiene su momento más importante.

Las condiciones particulares de cada lugar, y también las representaciones sobre los *paisas*, las mujeres y hombres jóvenes, sobre los universitarios y las instituciones, sobre los ciudadanos, de todo aquello que de algún modo nosotros representábamos allí, se amalgamaron para hacer de las experiencias individuales puntos de partida para discutir y contrastar.

Biofísicamente el Pacífico sur comparte, en términos generales, las características de la región del Pacífico colombiano, la cual comprende la franja más occidental del país, con cerca de 1.300 km de largo (extendida desde la frontera con Panamá en el norte hasta el límite con el Ecuador en el sur) y un área aproximada de 75.000 km² entre el océano Pacífico y la cordillera Occidental. Se encuentra compuesta por un sistema de llanuras aluviales irrumpidas por la presencia de algunas pequeñas colinas y, más abruptamente, por la serranía del Baudó. La cuenca del Atrato drena hacia el océano Atlántico, mientras que hacia el sur las restantes desembocan al océano Pacífico. Predomina, entonces, una orientación oriente-occidente en el discurrir de la mayoría de los ríos. Un sistema de ciénagas se encuentra asociado a la cuenca del Atrato en la zona baja y más cercana al mar. La serranía del Baudó hace que en el norte la línea costera sea angosta y acantilada, mientras que en el sur las ensenadas, esteros y manglares dominan el paisaje.

El Pacífico colombiano es uno de los lugares más húmedos del mundo, llegando a presentarse precipitaciones durante la mayoría de los días del año. La precipitación promedio anual varía, de sur a norte y de oriente a occidente, entre 2.000 y casi 13.000 mm (Eslava 1993, 139). La variedad de la vegetación y fauna la han perfilado como una de las regiones de mayor biodiversidad del planeta, con un significativo número de especies

endémicas (Gentry 1993, 201). En este sentido, se ha afirmado que la región ha sido identificada como:

[...] la de más alta concentración de biodiversidad por unidad de área reportada en el mundo. Se han encontrado hasta 400 especies de árboles y 800 vertebrados por hectáreas, cifra récord, muy por encima de la Amazonia [...] Han sido descubiertas entre 7.000 y 8.000 especies de plantas de las 45.000 que hay en Colombia, y se cree que un poco más de 2.000 especies de plantas y 100 especies de aves de la región no se encuentran en otro lugar del mundo. (Biopacífico 1993, 5)

En este escenario biogeográfico, durante el periodo colonial la presencia e influencia española se tradujeron en el control y en la explotación de las minas de aluvión, a partir de cuadrillas de esclavizados de origen o descendencia africana y de la reducción de alguna parte de la población indígena mediante la figura del “corregidor de indios”, que posibilitaba su utilización en labores agrícolas, de transporte y de fabricación de canoas o casas, entre otras.

Muy tempranamente, los procesos de cimarronismo y de automanumisión fueron consolidando una población de *libres* (Aprile-Gnisset 1993) que, bajo la influencia de los centros mineros o desplazándose de ellos hacia espacios por fuera del dominio colonial, permitieron el surgimiento de un modelo de poblamiento caracterizado por el asentamiento disperso a lo largo de los ríos de grupos parentales que usufructuaban diferentes nichos ecológicos a partir de un sistema productivo multiopcional (Friedemann 1974; Leal 2018; Whitten 1992).

Desde la costa hasta la parte media y alta de los ríos se establecieron redes de intercambio de los diferentes productos. El pescado, los mariscos y otros productos como el coco, obtenido por los grupos parentales asentados en las bocanas y líneas costeras, se intercambiaban por plátano, arroz y chontaduro cultivados en las zonas medias y altas de los ríos. Productos manufacturados localmente, como licores (*viche*) y dulces (*cocadas* y *conservas*), también hacían parte de estas redes. Mercancías obtenidas en los pequeños y medianos centros comerciales, como sal, machetes y aceite, eran adquiridos mediante la venta del oro, el caucho o la tagua y se introducían en estas redes de intercambio de productos. La movilidad de los pobladores, recurriendo a los vínculos parentales y de compadrazgo, establecían los contornos de estas redes que configuraban sistemas locales que relacionaban varios ríos (De Granda 1977).

En este contexto se consolidó un modelo de producción de los campesinos negros caracterizado por la diversa apropiación de recursos provenientes de diferentes nichos ecológicos y por una combinación temporal y espacial de diferentes actividades productivas (Leal 2018; Leesberg y Valencia 1987, West [1957] 2000). Así, por ejemplo,

aquellos grupos asentados en zonas mineras articulaban la extracción del mineral con las siembras permanentes y estacionales, al igual que con la recolección y la cacería. El cultivo de plátano, maíz y arroz ha sido una práctica económica central en aquellos grupos ubicados en los cursos medios de los ríos donde la minería no es posible. Estos cultivos se han asociado, además, con otras actividades como la recolección de productos silvestres y la cacería de mamíferos y aves (Valencia y Villa 1992). Quienes habitaban las bocananas de los ríos y líneas costeras donde era imposible la extracción aurífera, igualmente han combinado diferentes modalidades de pesca con el cultivo de productos propios de la zona, con la recolección y la cacería (A. Escobar 2010).

Este modelo de producción caracterizó la vida de las poblaciones negras en el Pacífico sur hasta la segunda mitad del siglo xx, cuando los cambios tecnológicos y la escalada del extractivismo de recursos naturales como la madera o de la tradicional minería trajeron cambios sustantivos en la economía de la región (Hoffman 2007; Oslender 2008). La presencia de aserríos y las motosierras, así como la eclosión de motobombas y draguetas, implicaron transformaciones en los ritmos y en las lógicas de producción en la región, generando dinámicas de especialización, la profundización de la monetización y el perfilamiento del endeude como uno de los dispositivos nodales de los procesos extractivos (Taussig 1978).

Hacia finales del siglo xx y comienzos del xxi, con el posicionamiento del narcotráfico y la minería mecanizada en diversos lugares del Pacífico y con la escalada de la guerra se produjeron nuevas transformaciones en el modelo de producción, las espacialidades y la existencia en los habitantes de las zonas rurales en la región (Agudelo 2001; Villa 2004). No obstante, las transformaciones no se limitaron a lo relacionado con la escalada de estas dos economías, sino también a las modificaciones ocurridas en, por ejemplo, la cadena de producción de maderas, con la expansión en el uso de motosierras y la consecuente y gradual desaparición de muchos de los aserríos ubicados en los distintos poblados, con el aumento en la demanda de concha por parte de Ecuador o con el protagonismo que ha tomado el combustible en el desarrollo de todas las actividades productivas.

Ahora bien, estas transformaciones no han sido homogéneas ni han tenido los mismos alcances en todos los ríos, playas y esteros del Pacífico. En algunos lugares han significado el abandono del grueso de las prácticas y relaciones económicas que caracterizaron la forma de vida de los pobladores rurales y sus vínculos con los centros urbanos. En otros, sin embargo, se encuentran poblaciones que han mantenido lógicas productivas y de existencia propias de la vida campesina del Pacífico colombiano, con sus articulaciones productivas multiopcionales, la predominancia de las unidades domésticas y de las relaciones parentales en los procesos productivos, así como sus estilos de existencia.

Como se elaborará con detenimiento en este libro, las racionalidades económicas hacen que los campesinos negros se encuentren articulados a las demandas del mercado local, que a su vez responden a auges/declives de ciertos productos que satisfacen productos de mercados nacionales y transnacionales, en una lógica de la poliactividad que les ha garantizado una fuerte flexibilidad y su no especialización productiva. Estas racionalidades implican una centralidad de las redes parentales y vecinales que orientan los énfasis, ritmos y moralidades de lo que se produce, quién lo hace y, sobre todo, la distribución directa e indirecta de sus ganancias y pérdidas.

En estas racionalidades económicas se entran una serie de relaciones de intercambio y de mercado que reproducen las solidaridades y las distinciones locales. Relaciones como la *sociedad* o la *pacha*, y nociones como la *parte* y el *puesto*, perfilan toda una arquitectura del intercambio; mientras que relaciones como el *jornal* o el destajo son puntas del iceberg de los entramados de relaciones de producción que operan en el orden del mercado. Estas relaciones de intercambio y de mercado se articulan generacionalmente y se encuentran claramente engeneradas. Tales racionalidades responden, además, a unos constreñimientos y habilitaciones derivados de la particular oferta ambiental, así como de las transformaciones económicas y políticas que impactan la viabilidad y deseabilidad de ciertas actividades económicas durante unos periodos y situaciones bien concretas.

Una característica transversal a la historia económica del Pacífico sur ha sido la extracción de recursos naturales, o más frecuentemente producidos por el ser humano, como la palma de aceite, para la elaboración de materias primas orientadas a la comercialización nacional e internacional, en la que las poblaciones negras actúan como productores primarios y los foráneos tejen una red de compradores, acopiadores e intermediarios, que en última instancia generan las condiciones para la fuga de la mayor parte del capital proveniente de los procesos productivos. Como anotamos, desde el periodo colonial hasta el presente se han dado una suerte de olas extractivas que responden a demandas externas de productos derivados de dichas materias primas. Las actividades que constituyen estos periodos de extracción comparten una racionalidad económica y ecológica que tiene en su núcleo la idea según la cual, en aras de mayores ganancias, es posible acceder intensivamente a los recursos, aun si estos se ven fuertemente reducidos o finalmente agotados.

En este sentido, el corte intensivo de madera, la explotación de oro con distintos métodos, la recolección de moluscos y las demás actividades económicas están gobernadas por una imagen de los montes, ríos y manglares como despensas inagotables de recursos. No obstante, la extendida presencia del modelo extractivo ha modelado esta racionalidad, no únicamente en las acciones enmarcadas en las actividades orientadas al mercado, sino también en las actividades de subsistencia, como explicaremos

en la sección dedicada al aprovechamiento del fruto del naidí (capítulo 2). Pese a que el énfasis del libro está puesto en las actividades vinculadas al mercado, es pertinente aclarar esta consideración en tanto la articulación entre racionalidades económicas y extractivismo constituye uno de los ejes principales del análisis aquí propuesto; y lo es también porque puede generar algún “ruido” a la luz de las aproximaciones que han predominado en el análisis de la vida rural de la gente negra del Pacífico. Anotaremos, entonces, los límites de estas perspectivas.

Dificultades teórico-metodológicas

Dos son las dificultades teórico-metodológicas más sustanciales en el estudio de la relación entre racionalidades económicas y formas de vida campesina de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico sur colombiano. La primera dificultad radica en los efectos del “dispositivo etnizante” que ha devenido en hegemónico a la hora de abordar cualquier investigación en el Pacífico colombiano. Tal como se han producido y sedimentado las retóricas y políticas de la etnización en Colombia, la región del Pacífico ha operado como el paradigma de los discursos y estrategias de las comunidades negras como grupo étnico (Restrepo 2013). Cuando a la gente de la región se la imagina teórica y políticamente a partir de un principio de inteligibilidad que la constituye como grupo étnico, se tiende a obliterar otras perspectivas analíticas que supuestamente aparecen como antitéticas, como lo es la de lo campesino (Offen 2003; Wade 2004). Pareciera que grupo étnico deriva en una serie de categorías, como las de comunidad, prácticas tradicionales de producción, territorios colectivos, identidad cultural, pueblo, etc., que lo atrapan en una exterioridad constitutiva de lo que puede implicar una perspectiva analítica en clave de campesinidad.

En este libro consideramos que la perspectiva analítica y las problemáticas abiertas por la campesinidad son relevantes para comprender, en otros términos, la existencia de poblaciones que en las dos últimas décadas suelen circunscribirse a la noción de grupo étnico. Antes que descartar el plano de la etnización, la campesinidad introduce un encuadre analítico y unas preguntas que son descartadas de antemano precisamente por los efectos hegemónicos del giro al multiculturalismo que ha posicionado como una disyuntiva estos dos encuadres.

En este libro se toma distancia, entonces, de las retóricas idealizadas derivadas de los imaginarios políticos de la legislación etnicista que supone a unas comunidades negras aisladas que, en una relación idílica con la naturaleza, buscan la reproducción de su identidad cultural entendida como pura tradicionalidad. También en este libro se complejiza la noción burda de comunidad que tiende a suponer simples comunidades-en-lugar en aras de entender las heterogeneidades, contradicciones y disputas

locales en y entre las distintas redes parentales y vecinales, que son en últimas las unidades antropológicas para la interlocución y la agencia colectiva. Así, por ejemplo, las diferencias y tensiones generacionales son hoy, más que nunca, una dimensión que no puede soslayarse en ningún análisis de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico sur colombiano. No puede asumirse un horizonte de tradicionalidad y de idealización de pasado como necesariamente deseable por muchos jóvenes, debido a que sus expectativas y emocionalidades se encuentran orientadas por otras marcaciones de prestigio y bienestar.

Escribimos este texto con la convicción de aportar al conocimiento cualitativo de las condiciones económicas y sociales en las que se desarrolla actualmente la vida rural en el Pacífico sur. Para hacerlo, vemos la necesidad de hablar abiertamente de la pervivencia y diversificación de relaciones económicas como el endeude y su funcionalidad para formas de explotación de fuerza de trabajo propias del modelo extractivo; y lo mismo con asuntos tales como el agotamiento de recursos naturales potencialmente aprovechables que se profundiza día a día gracias, también, a relaciones económicas como el pago al destajo. Creemos, ética y políticamente, que poner esto en la arena de lo discutible, aun cuando sea leído como una imagen incómoda de “las comunidades” “felicemente adaptadas” a su medio ecológico, tiene la potencialidad de ampliar la comprensión del fenómeno de creciente dependencia de la población de los productos que el ecosistema ofrece y de su monetarización por medio de su propia explotación y la del lugar que habitan, como una de las limitadas posibilidades de asegurar la supervivencia¹.

Asimismo, representaciones más nutridas de los modelos de producción, pero también del paisaje y de la vida cotidiana misma de las personas, pueden propiciar el trabajo colaborativo, orientado a la búsqueda de diferentes modelos de aprovechamiento de recursos, entre la gente e investigadores de diferentes áreas. Estas articulaciones resultan muchas veces frustradas, como pudimos ver durante el trabajo de campo, por una idea de la gente, o de sus representantes, según la cual el investigador es una amenaza para la comunidad, pues el ejercicio de investigación se piensa incluso como una actividad extractiva más, negando su significado e importancia (Villa 2004, 339), lo que se convierte en un obstáculo para la articulación de los ejercicios académicos y las luchas y apuestas de los pueblos negros.

1 Un buen ejemplo de esto es el artículo de Roosbelinda Cárdenas (2012) que analiza la forma en que las prácticas de explotación en el Pacífico, específicamente de la palma africana, se entrecruzan con los discursos multiculturales para generar unas articulaciones de la etnicidad en las que las comunidades negras se ven como una suerte de nativos ecológicos encargados de la naturaleza, lo cual oblitera muchas otras prácticas económicas, como las que aquí exploramos

La segunda dificultad radica en cómo se ha equiparado lo campesino con ciertas poblaciones y lugares, haciendo que la noción se encuentre también muy sedimentada. Hay una imaginación de la campesinidad que suele suponer una geografía y una ontología determinadas. En el contexto colombiano, las poblaciones campesinas son ubicadas predominantemente en las zonas montañosas o en el Caribe colombiano. Su relación con la tierra (de la cual suelen aparecer como pequeños propietarios), unas lógicas económicas (que se mueven en el mercado pero orientando la producción hacia la autosubsistencia) y ciertas expresiones culturales (fuertemente tradicionales) suelen ser parte de los supuestos que perfilan a unas gentes como campesinos.

De ahí que, para los enfoques más convencionales que han abordado lo campesino, unas condiciones ecológicas e históricas de la región del Pacífico difícilmente encajarían en sus análisis. Por tanto, hay que transformar sustancialmente la imaginación teórica con la que se ha conceptualizado el sujeto campesino en el país, a la luz de comprensiones etnográficamente densas que interrumpen la doble trampa de la culturalización y la etnización que soslayan las dimensiones de la economía política regional y los imperativos de las subjetividades emergentes en nombre de unos esencializados y tradicionalizados otros.

Perspectiva metodológica

La perspectiva metodológica elegida para aproximarnos a las racionalidades económicas y las formas de vida en el Pacífico sur fue el trabajo de campo etnográfico del cual deriva el grueso del análisis presentado en este texto. Tomando como punto de partida las diferencias económico-ecológicas que se presentan en un mismo río, y en busca de la complementariedad en la información recolectada, elegimos tres escenarios: la parte baja del río (la bocana), donde priman la pesca y la recolección en los manglares; la parte media del río, donde priman la siembra de coca y la minería mecanizada con retros y dragas; y la parte más alta del río (cabecera), donde priman la extracción de madera y la minería mecanizada.

Cada etnógrafo realizó dos fases de trabajo de campo, de dos meses cada estancia, guiado por una matriz de observación. En esta se incluyeron precisiones etnográficas sobre las actividades económicas predominantes en cada uno de los sitios, así como indicaciones para contar con información más detallada sobre las relaciones que se tejen en torno a cada actividad, los circuitos de intercambio y comercialización en los cuales se ven insertos y sobre la lógica económica global que caracteriza la vida campesina, no solo en cada una de las localidades examinadas sino en términos regionales.

Los periodos relativamente prolongados de trabajo de campo resultaron muy importantes en términos del establecimiento de vínculos de confianza con los pobladores

locales, basados en la posibilidad de explicar, en diversos contextos y cuantas veces lo sentimos necesario, el enfoque y los límites del ejercicio realizado. Esta confianza, además, nos dio la oportunidad de presenciar en varias ocasiones el trabajo de las cuadrillas mineras, tuqueras, concheras, etc., y así acceder a información acerca de las estructuras laborales y los lazos de parentesco y compromiso que subyacen a los procesos productivos. Y, ocasionalmente, intentar replicar las labores que veíamos, para así, desde esta experiencia, la observación y la información provista por nuestros interlocutores, ir nutriendo una serie de descripciones detalladas de cada actividad. Esa posibilidad de acompañar a los diferentes tipos de trabajadores al monte es muy valiosa en el proceso de asimilación progresiva de las categorías usadas para nombrar lo que se ve y lo que ocurre en el monte, el río y el manglar.

En igual dirección vale la pena decir que los cuatro meses de trabajo de campo fueron tiempo suficiente para transcender la fase de total extrañeza que necesariamente recae sobre el forastero, y que se expresa en comportamientos, preguntas y actitudes particulares por parte de los locales. Aunque nunca pretendimos ni llegamos a dejar de ser vistos como forasteros, este tránsito nos dio acceso a escenarios rituales como velorios, fiestas de santos, novenas y últimas noches, y también a los espacios de la fiesta y el encuentro de las nuevas generaciones, para lo que también la edad de los etnógrafos constituyó un factor importante.

En algunos casos fue posible la captura de imágenes del trabajo en el monte y de escenarios ecológicos particulares con las que pretendemos acercar al lector al contexto y la materialidad de las prácticas descritas. Poner uno de los focos de interés en el registro visual nos hizo conscientes de las restricciones, rupturas y limitaciones en el uso del espacio físico y visual que ha impuesto la violencia de los últimos veinte años, pues no son gratuitas las advertencias de prudencia en el uso de la cámara y otras herramientas de registro. En buena parte de los ríos estas alertas se van exacerbando entre más se acerca la bocana, el manglar, pues son los puntos estratégicos para el tráfico de cocaína.

Durante el trabajo de campo realizamos entrevistas de corte etnográfico, registro riguroso en diario de campo, recorridos esporádicos al casco urbano y a otros pueblos del mismo río, en ocasiones como acompañantes de nuestros conocidos del pueblo. El trabajo de campo extendido y multisituado también nos dio la posibilidad de participar en algunos escenarios importantes de encuentro entre los habitantes locales y las instituciones, como fueron las primeras reuniones de socialización del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos (PNIS) en los tres poblados. Así, pudimos acceder a las reacciones inmediatas, que iban desde el descontento radical hasta la indiferencia y circulaban por medio de rumores, principalmente en contextos informales. Esto nos dio insumos relevantes para articular unas puntuales reflexiones a propósito de las relaciones entre la gente y el Estado, que abordaremos en distintos momentos

a lo largo del texto. Adicionalmente, la información recolectada fue complementada, contrastada y frecuentemente discutida con datos etnográficos obtenidos en los años 1990 por uno de los investigadores.

Una vez finalizada la segunda fase de trabajo de campo, y después de identificar algunos puntos ciegos de la observación localizada, realizamos un recorrido por las principales cabeceras municipales de la región con el interés de contrastar y complementar la información obtenida hasta el momento. Este ejercicio fue muy importante para la consolidación de una perspectiva regional. Adicionalmente, en ese recorrido pudimos ir a cada uno de los poblados en donde realizamos trabajo de campo y compartir, y en algunos casos debatir, con las juntas directivas de los consejos comunitarios, o parte de ellas, las interpretaciones más relevantes expuestas en este texto, así como las aspiraciones e imágenes que existen localmente acerca de los productos del trabajo de los científicos sociales.

Finalmente, en la fase de elaboración del texto, pusimos en marcha un ejercicio colaborativo que resultó retador y poderosamente significativo para cada uno de nosotros. El disenso en las interpretaciones, la construcción cooperativa de argumentos y el contraste de aproximaciones y contextos supusieron el desafío de traer a nuestro ejercicio precisamente una de esas tantas formas de trabajo colaborativo que se ha ido resquebrajando en los pueblos negros que visitamos, y que se lee con una cierta nostalgia desprovista muchas veces de contexto y crítica por parte de instituciones estatales, organizaciones no gubernamentales, académicos, líderes, etc., pero que, quizás, si lo analizáramos en nuestras propias prácticas económicas y académicas, nos ayudaría a conversar en otro nivel, el de la experiencia compartida, con nuestros interlocutores. “Trabajar en gallada” en el ejercicio académico, como propone el joven antropólogo Sebastián Anzola (2018), evocando el trabajo agrícola del campesinado caucano, nos dejó la sensación de tener todo un camino por recorrer en este sentido. La narración, como ya habrá notado el lector, acude a la primera persona del plural en busca de enfatizar el proceso colectivo que guio el quehacer de los tres antropólogos y el historiador que componen el equipo.

Pasando trabajo. Economía y vida campesina afrodescendiente en el Pacífico sur colombiano está organizado en cinco capítulos. En el capítulo inicial el lector encontrará una contextualización histórica de la región, mediante un recorrido sintético por los procesos de poblamiento y conformación de poblados en diálogo constante con los modelos económicos predominantes en cada periodo. A continuación, en el segundo capítulo están descritas a profundidad, y con un nivel de detalle que por momentos pone a prueba la paciencia del lector, cada una de las actividades económicas centrales en la vida rural de la región. Seguidamente, y acudiendo a los insumos provistos en el capítulo anterior, el tercer capítulo elabora reflexiones concretas a propósito de las

diferentes relaciones económicas que median en los procesos de producción y la configuración de racionalidades económicas. Con estos insumos se llega al cuarto capítulo en el que se ahonda en las transformaciones identificadas en las formas de organización del trabajo y las formas de vida asociadas al posicionamiento de la minería mecanizada y los cultivos de hoja de coca, ocurridos principalmente a partir de finales de la década de 1980. Para cerrar, el lector se encontrará con una suerte de “radiografía” regional, en términos de vías y medios de transporte, así como de flujo de mercancías y personas, con énfasis en la migración dentro y fuera de las fronteras regionales, orientada a proveer una mirada amplia de las configuraciones comerciales y las movilidades que tienen como punto de partida el Pacífico sur.

1. POBLAMIENTO, APROPIACIONES ESPACIALES Y ECONOMÍAS EXTRACTIVAS

Una caracterización etnográfica de las formas de vida del campesinado negro del Pacífico sur requiere de una comprensión de los procesos históricos de larga y mediana duración que se han presentado en la región. En este capítulo presentaremos una caracterización de los procesos de poblamiento que se dieron en la región y cómo estos, ligados a formas específicas de apropiación del espacio, terminaron por configurar unas maneras particulares de habitar. Igualmente, identificaremos las diferentes modalidades en que las denominadas *economías extractivas* han funcionado en la región, y el modo en que han contribuido en la configuración de unas actividades económicas que se han visto modificadas con el paso del tiempo. En suma, lo que exponemos a continuación es una síntesis de densos procesos históricos con el fin de adentrarnos, en los siguientes capítulos, en las racionalidades económicas de los campesinos negros del Pacífico sur.

Para la construcción de esta síntesis histórica tendremos en cuenta dos elementos. El primero es que trabajamos de cerca con la propuesta de historia regional esbozada por Óscar Almario (2005), según la cual una región se construye como un espacio cargado de sentidos y procesos densos y multisituados. Antes que una entidad natural, la región es una entidad históricamente producida y políticamente disputada (Bourdieu 2008). En esa dirección, haremos un rápido recorrido por los largos y complejos procesos históricos que se han dado en el Pacífico sur, iniciando por la manera en que esta región, actualmente comprendida por los departamentos de Nariño, Cauca y Valle, formó parte de espacios más amplios —como la gobernación de Popayán o el Gran Cauca, solo por señalar un par— que, respondiendo a dinámicas de poblamientos, y a procesos económicos, sociales y culturales, terminaron por configurar lo que actualmente

entendemos como la región del Pacífico sur que, no obstante, como ahondaremos en el capítulo tres, no se puede restringir a estos límites geográficos ya que muchas de las dinámicas que analizaremos, y que nos interesan, traspasan, vuelven porosa y hacen inservible esa noción tan reducida.

Este capítulo tiene como principal objetivo, entonces, construir lo que podría denominarse una periodización espacializada de los procesos históricos que se han dado en el Pacífico sur. Para elaborar esta narrativa recurrimos a los discursos académicos, especialmente históricos y etnográficos, que se han presentado sobre la región para así reconstruir procesos gruesos que se verán contrastados con la historia oral que pudimos recoger durante nuestros recorridos de campo.

El capítulo se divide en cuatro apartados. En el primero se presenta un recuento histórico que abarca el periodo colonial y una buena parte del siglo XIX, exactamente hasta 1851, cuando se declara la abolición de la esclavitud, con el fin de dar cuenta de las formas de poblamiento del Pacífico sur y cómo estas responden a un sistema económico basado en la extracción minera en un espacio de frontera. En el segundo apartado se hará énfasis en los procesos de movilidad, desplazamiento y población en los momentos posteriores a la abolición, extendiéndose hasta entrado el siglo XX. La caracterización de estas configuraciones espaciales será contrastada con el análisis de las formas en que ciertos modos de apropiación del espacio respondían a las necesidades de los campesinos negros por establecer formas de autoconsumo y abastecimiento que, en momentos específicos, los articularon a mercados globales por medio de economías extractivas que operaban en la selva.

En el tercer apartado abordaremos el periodo histórico que va desde mediados del siglo XX hasta la década de 1990, y que se puede caracterizar por la consolidación y crecimiento de los pequeños y medianos poblados a lo largo de los ríos y esteros, lugares donde confluyen y se consolidan los mercados locales y regionales. En el cuarto y último apartado, se dará una breve mirada a los procesos que se han dado desde los años 1990 hasta la actualidad, haciendo especial énfasis en las transformaciones poblacionales que, ligadas al ingreso de la coca y la minería mecanizada, se traducen en violencia, desarraigo, oleadas de desplazamiento y desarraigos que han impactado de múltiples maneras en los habitantes del Pacífico sur.

La mar del Sur: poblamiento y minería

El Pacífico sur, actualmente comprendido por los departamentos de Valle, Cauca y Nariño, formó parte de la campaña militar de conquista de la mar del Sur, que durante gran parte del periodo colonial intentó someter los territorios sobre la costa pacífica. En esta campaña los ibéricos encontraron la resistencia de grupos indígenas como los

waunanas, emberas y tules en el norte y los sindaguas en el sur. Frente a la resistencia aborigen, los españoles recurrieron a las dos estrategias utilizadas durante la conquista del llamado “Nuevo Mundo”: la embestida militar y la pacificación por medio de la evangelización. En el caso de la zona norte del Pacífico, la evangelización desarrollada por los franciscanos permitió el establecimiento de poblados para el desarrollo de las actividades de extracción minera, principal empresa colonial.

En cuanto al sur, la resistencia sindagua fue implacable. Estos “indios bravos” arrasaron los tempranos asentamientos españoles y, en algunos casos, se aventuraron a incursionar en los pueblos del interior (Pavy 1967; West [1957] 2000). Los sindaguas atacaron repetidamente esas diversas avanzadas de los españoles, como la de San Francisco de Sotomayor, ubicada en las cabeceras del Timbiquí, destruida en 1618. Al año siguiente arrasaron con el real de Minas de Yacula y en 1623 atacaron el poblado de Santiago del Príncipe. Asimismo, en 1633 y 1635, respectivamente, asolaron “[...] las encomiendas matando a más de 1.000 indígenas de servicio, tanto en Barbacoas como en Santa Bárbara” (Jurado 1990, 73). Solo hasta entrada la década de 1630 los sindaguas sobrevivientes a las diferentes represalias españolas pudieron ser reducidos a encomiendas, hasta su virtual desaparición en el siglo XVIII.

La resistencia encontrada en el sur hizo, entonces, que la inalcanzable búsqueda del Dorado se aplazara para mediados del siglo XVII, periodo de recesión entre los dos grandes ciclos mineros de la Nueva Granada (Colmenares 1982). Siguiendo la fiebre del oro, la primera fundación exitosa fue la de Barbacoas, en el río Telembí, población que para 1647 ya contaba con una caja real y aportaba al gobierno imperial por medio de las alcabalas (Aprile-Gnisset 1993; Leal y Restrepo 2003; Minaurider 1988). La baja densidad poblacional aborigen y la legislación que intentaba idealmente proteger a los indígenas de los arduos trabajos mineros en los que “morían a montones”, articuladas al interés económico de la Corona de conservarlos como tributarios, y a la discusión teológico-filosófica de la Iglesia que diferenció, en principio, a los indígenas de los “paganos africanos”, fueron algunas de las razones que hicieron moral y materialmente imposible establecer control en el Pacífico sur con el fin de establecer un sistema de extracción minero basado exclusiva, o esencialmente, en la población indígena.

Aunado a esto, en aquel periodo más bien tardío, ya no solo se había puesto en marcha la no menos lucrativa empresa del comercio de esclavizados, sino que se habían probado minas en el interior del continente, lo que posibilitó la instrumentalización de un modelo de trabajo minero fundado en cuadrillas de esclavizados africanos o de sus descendientes. La economía política de la colonia en la Nueva Granda, centrada en un sistema esclavista, jurídica e ideológicamente posible solo con las mujeres y hombres de procedencia o descendencia africana (Barona 1993), es el contexto histórico que explica la presencia del negro en el Pacífico sur colombiano.

A pesar de la introducción de los esclavizados africanos o de sus descendientes, los indígenas también participaron directamente de las prácticas de extracción aurífera en los reales de minas. En este sentido, incluso “[...] algunos encomenderos de esta región aurífera provenían de Popayán y optaron por enviar indígenas tributarios de sus encomiendas serranas a trabajar en labores mineras [...]” (Dávila 1979, 10). Aquellos indígenas sobrevivientes al proceso de conquista y pacificación, y que no se vieron diezmados por las nuevas enfermedades portadas por los europeos, fueron utilizados en el aprovisionamiento de las cuadrillas de esclavizados africanos, no solo mediante la siembra de productos agrícolas, sino también como cargueros por los difíciles caminos o como bogas en los ríos. Así, por ejemplo, “[...] los indígenas cuaqueres de San Pablo, Guaiper y Mallama, sometidos desde 1639 y concentrados en reducciones, fueron utilizados como cargueros terrestres entre Pasto y Barbacoas” (Dávila 1979, 29). La encomienda fue la forma jurídica colonial que inicialmente permitió el desarrollo de dichas actividades satisfaciendo así los requerimientos de mercaderías y de comercio de los centros mineros.

No obstante la existencia de disposiciones establecidas por la Corona, después de transcurridas varias décadas, en 1648 numerosas cuadrillas de trabajadores indígenas y negros estaban laborando en veintiocho campamentos ubicados en ríos como el Telembí, Magüí o Güelmambí (West 1972, 2). En un documento de 1717 de la matrícula de una mina en el río Telembí, jurisdicción de Barbacoas, del “Maestro de Campo Marchos de Estancio Amaral”, se evidencia el trabajo conjunto:

En la matricula Estando en dicha mina mande a dicho maestre de campo manifestase la gente que tenía para el trabajo en dicha mina y en su cumplimiento Dijo que los que al presente travajan Eran treze indios que son los que halle de dicha Mina, y que estos son de su encomienda, y que le trabajan para debengar el tributo que aunque tien mas indios estos no son continuos en el trabajo de dicha mina, pero unas veces trabajan algunos mas, y otras veces ninguno= Y así mismo manifesto dos negros esclavos suyos el primero llamado Ignacio criolo de hedad de veite y dos años soltero= El otro Pablo de hedad de veinte y quatro años soltero= Y haviendole mandado manifestase Mas esclabos dijo no tener otros; y por no haver mas en dicho rreal de Minas se serró esta Matricula [...] (Transcrito por De Granda 1971, 401)

Amplias zonas de la región del Pacífico sur y un significativo número de población aborigen permanecieron fuera del control colonial (De Granda 1977). Fueron muchos los indígenas que huyeron a las partes altas de los ríos, conocidas localmente como cabeceras, evitando así ser subsumidos como fuerza de trabajo en los reales de minas

o en los pocos centros poblados en el periodo colonial¹. Por su parte, los españoles y criollos blancos, en su gran mayoría dueños de los esclavos, vivían normalmente en las urbes del interior como Popayán, y desde allí controlaban la explotación en la zona de la frontera minera. Poblados como Barbacoas o Iscuandé también fueron centros urbanos con cierta presencia de españoles y criollos² (Minaurider 1988).

La dominación colonial se centró en unos pocos poblados y en una serie de entables mineros, generalmente móviles, situados en las partes altas y medias de los ríos auríferos. Santa María de las Barbacoas y Santa Bárbara de Iscuandé, en el sur, se consolidaron como ejes administrativos alrededor de los cuales funcionaban los diversos reales de minas. Además, había algunos puertos menores como Chirambirá y Buenaventura. La presencia colonizadora era insular e incompleta: más allá de las zonas mineras y de unos pocos puntos en la costa, vastas áreas de la región escapaban al control de la Corona. Las zonas mineras del Pacífico sur se conectaban con urbes coloniales como Popayán y Pasto mediante caminos que atravesaban la cordillera de los Andes, y por los ríos con las costas.

Mientras en el valle del río Cauca la ganadería y la agricultura se desarrollaron a la par que la minería, en la región del Pacífico sur el modelo colonial se estableció centrado en torno a la minería (Colmenares 1976). En las zonas mineras el control colonial se basó en el uso de cuadrillas de esclavizados *bozales*, *ladinos* y *criollos*³. La mayoría de

- 1 La migración de los indígenas de los ríos a las partes montañosas y a la parte alta de los ríos ha sido descrita por diferentes antropólogos y, en algunos casos, es parte de la memoria histórica de los grupos afrodescendientes. Nina S. de Friedemann (1974), en uno de los primeros registros etnográficos sobre los grupos mineros del Pacífico sur, cita uno de sus mitos: “Antes de que nosotros, los negros llegáramos, los indios vivían aquí en este mismo sitio. Los indios vivían debajo de la tierra y comían oro en platos de oro y bebían oro en tazas de oro y sus hijos jugaban con muñecas de oro. Cuando nosotros llegamos, los indios huyeron, por debajo de la tierra hacia las montañas donde comienzan los ríos. Cuando salieron, grandes pájaros blancos los atacaron, los desangraron... pocos indios quedaron vivos. ¡Pero antes de huir, los indios cogieron todo el oro y sus tazas llenas de piñas de oro y las muñequitas de oro y despedazaron todo con pies y manos y volvieron todo polvo de oro!... Ahora, nosotros los negros tenemos que rompernos el cuerpo para encontrar el polvo de oro y poder mantenernos vivos en los sitios donde antes vivieron los indios...” (portada).
- 2 Aunque aquellos dueños de esclavos no contaban con los recursos para pagar a un administrador, ellos se iban a vivir a los pequeños poblados y, en casos extremos, hasta vivían en las zonas de los entables mineros. Del otro lado, el caso de Barbacoas escapa de este tipo de caracterización ya que allí se estableció una sociedad fuertemente estratificada con una alta presencia de peninsulares blancos que, en cuanto élite del lugar, nunca se mezclaron con los miembros de los otros estamentos (Jurado 1990; Minaurider 1988).
- 3 Como *bozales* se denominaba a los esclavizados recientemente importados de África. Los *ladinos* eran esclavizados africanos que habían estado ya por varios años en “tierras de cristianos”,

los esclavizados llegaban al puerto de Cartagena de Indias⁴, de donde eran transportados por el río Magdalena e incipientes caminos hacia el interior del país hasta llegar a Popayán, capital de la inmensa gobernación del Cauca. Esta gobernación cubría gran parte de lo que hoy constituye el occidente y sur del país. Una vez en Popayán, algunos esclavizados eran destinados para las haciendas del gran valle del Cauca, otros permanecían en la ciudad desempeñando diferentes servicios y los demás fueron enviados a laborar en las minas de oro del Pacífico sur colombiano.

La importancia de la extracción aurífera hizo que el proceso de poblamiento del Pacífico sur estuviera estrechamente relacionado con esta. Los primeros asentamientos se dieron en los cursos medios y altos de los ríos, zonas que por su ubicación y recursos disponibles eran indicadas para la extracción de oro. Fue así como se generó una dinámica de poblamiento que operaba a través de la relación de pequeños poblados cerca de las zonas de reserva aurífera, con entables mineros móviles que, con el paso de los años, fueron ampliando la frontera minera (Barona 1995).

Enclave colonial minero-esclavista

La configuración espacial de la relativamente tardía presencia española en el Pacífico sur colombiano se estableció a partir de los *reales de minas*, esto es, unas cuadrillas seminómadas que laboraban las arenas auríferas en los cursos medios y altos de los ríos. Relacionados con estos reales de minas surgieron algunos centros poblados. Desde mediados del siglo XVII, Santa María de las Barbacoas, Santa Bárbara de Iscuandé y Guapi se consolidaron como los ejes alrededor de los cuales funcionaban los diversos reales de minas. Esta configuración espacial se articulaba a un nodo regional que en la historiografía colombiana ha recibido el nombre de *sistema agrominero* (Almarío 2005). Se daban estrechas relaciones, entonces, entre los enclaves mineros en los ríos de la costa pacífica y las haciendas del interior, especialmente de Popayán y del Valle, a partir de la circulación de alimentos, esclavizados, herramientas, vestidos y otras mercancías consumidas en la extracción del metal. Esta dinámica se veía complementada por la relación que los entables mineros y los poblados sostenían con los centros urbanos como Popayán, Cali y Pasto (Colmenares 1976). Así, la circulación de mercancías funcionaba, en primer lugar, porque las grandes haciendas proveían de insumos agrícolas para la

hablaban castellano y evidenciaban conocimiento de preceptos sociales y religiosos de sus esclavistas. Se llamaba *criollos* a los esclavizados afrodescendientes nacidos en el Nuevo Mundo.

4 Para una demografía de los esclavizados que llegaban al puerto de Cartagena, véase Nicolás del Castillo (1982). Además, se cuenta con las descripciones de Alonso de Sandoval ([1627] 1956) para la época.

alimentación de las cuadrillas mineras, mientras que el oro extraído en la frontera, como efecto del establecimiento administrativo de los centros urbanos, llegaba a estos lugares para luego llenar las arcas de los reinos europeos (Jiménez 2000; Zuluaga 1993).

Además de esta forma de apropiación espacial, se crearon pequeñas ciudades puerto, como Buenaventura y Tumaco, que no pasaron de ser pequeños poblados y ejes de comercio intrainperial. A través de estos puertos se movían algunas mercancías provenientes de Lima, Guayaquil y Portobelo y, asimismo, salían mercancías hacia estos lugares. Este comercio, como se ha señalado en buena parte de la historiografía, no era tan abundante como la relación entre colonias y metrópolis (De Granda 1977; Jurado 1990; West [1957] 2000). Los dos puertos del Pacífico sur no tendrían un papel central en la economía y el urbanismo colonial, y su auge llegaría hasta entrados los siglos XIX y XX, cuando comenzaron a ser uno de los ejes centrales de los desplazamientos de productos que resultaban de las nacientes economías extractivas (Leal 2018).

En un real de minas podría haber desde un puñado hasta medio centenar de esclavizados. La mayoría de ellos trabajaban en grupos conocidos como cuadrillas, hurgando el oro de la tierra y los lechos de los ríos. Mujeres y hombres, jóvenes o viejos, y en ocasiones los niños se pasaban de sol a sol encorvados removiendo piedras y barrancos ayudados de barretones y de sus manos. Las diminutas pepitas de oro eran separadas del lodazal mediante el habilidoso meneo de bateas de madera especialmente labradas para ello. Ya fuera por los indígenas sometidos al dominio colonial o por los mismos esclavizados, en los reales de minas se plantaban cultivos como el plátano o el maíz para la alimentación de las cuadrillas mineras (Whitten 1992; West [1957] 2000). También había herreros y carpinteros dedicados a la fabricación y reparación de las herramientas y otros utensilios.

Las cuadrillas eran las unidades mínimas de producción en la extracción minera. Compuestas principalmente, cuando no de manera exclusiva, por esclavos bozales o criollos, laboraban a finales del siglo XVII en los cursos medios o altos de los diferentes yacimientos auríferos tales como los ríos Magüí, Güelmambí, Iscuandé, Guapi o Timbiquí. Allí construían sus viviendas con los materiales ofrecidos por el medio y, algunas veces, establecían sembrados de maíz y de plátano. La trashumancia de estas cuadrillas, determinada por ciclos climáticos y por el agotamiento de los yacimientos auríferos, imposibilitaba el establecimiento de asentamientos permanentes y la concentración de grandes números de esclavos en los frentes de trabajo (Barona 1992, 11).

Cuando las cuadrillas eran muy grandes, se podían destinar algunos brazos a las labores agrícolas, mientras que los otros se dedicaban a la extracción aurífera. Los primeros recibían el nombre de “piezas de roza”, los segundos, el de “piezas de mina” (West 1972, 84). En algunas ocasiones los sembrados eran realizados por la misma cuadrilla ya que, en las épocas de intenso verano, cuando se reducía la extracción aurífera, se dedicaba a actividades diferentes de la minería como el cultivo de maíz o plátano,

que eran la base de su alimentación; igualmente, la cacería, la recolección y la pesca se perfilaban como actividades complementarias en aquellos momentos en los cuales la práctica de la minería lo permitía.

Si bien es cierto que inicialmente se presentó un desbalance entre el número de hombres y mujeres esclavizados (Perea 1986, 118), en los padrones y censos coloniales de finales del siglo XVIII se evidencia una relativa paridad numérica entre unos y otros (De Granda 1977; Sharp 1970, 34; West [1957] 2000). Tanto los hombres como las mujeres de las cuadrillas se dedicaban a las actividades en la mina o en la roza; aunque se manifestaba una diferenciación sexual en los procedimientos puesto que, por ejemplo, el manejo de la barra fue asociado a las actividades masculinas, mientras que la utilización de la batea en el lavado del oro o la preparación de los alimentos se articuló con las femeninas.

La cuadrilla minera estaba generalmente conformada por un grupo no menor de cinco esclavos, entre los cuales se designaba un *capitán*, casi siempre el más experimentado o sobre el que recaía la confianza del dueño de la cuadrilla o del administrador. El capitán, además de trabajar directamente en la mina, hacía las veces de intermediario entre la cuadrilla y el esclavista o el administrador. Aunque a menudo la condición del capitán era igualmente la de esclavizado, era él el encargado de hacer cumplir las normas y la disciplina tanto en el trabajo como en la cotidianidad de la vida social de la cuadrilla (Sharp 1970, 275; West 1972, 85). En ocasiones, incluso, era mediante el capitán que se materializaba el castigo físico determinado por el esclavista o por su administrador:

[...] a través del capitán fluían los mandatos del amo, las normas de trabajo y de comportamiento social. En muchas ocasiones, este debía aplicar los castigos a sus compañeros con azotes ante la violación o el incumplimiento de los “deberes” del esclavo. En una palabra, a través del capitán de cuadrilla fluía el control de la vida social del grupo esclavo. Por su parte, para el grupo esclavo, el capitán de cuadrilla podría representarle ante el amo en algunas exigencias materiales como alimentación y vestido. (Romero 1991, 20)

La cuadrilla, a su vez, efectuaba las peticiones al administrador o esclavista mediante el capitán, dada su mayor cercanía. El capitán no era necesariamente el más viejo de la cuadrilla, pues no es extraño encontrar en los padrones —especie de censos— capitanes de apenas veinticinco años al mando de una cuadrilla de esclavizados algunos de cuyos miembros tenían más de cuarenta años⁵. Cabe resaltar que hay evidencia documental

5 Véanse, por ejemplo, los documentos transcritos por De Granda (1971) que pertenecen a varios padrones realizados a principios del siglo XVII en las minas de Barbaocoas, Iscuandé y Timbiquí.

de que en algunos casos había mujeres con el cargo de capitanas para estar al frente de las mujeres del grupo (Friedemann y Espinosa 1993, 107).

En la dirección de la cuadrilla se encontraba el dueño o un administrador. El dueño permanecía con la cuadrilla solo cuando, siendo un pequeño propietario, no poseía el dinero suficiente para contratar a un administrador y no podía residir en centros mineros como Barbacoas e Iscuandé o, como era el caso de los grandes propietarios, en Popayán, Cali o Pasto (Sharp 1970, 37). Esta práctica implicó, sobre todo en el siglo xvii, cuando las minas se concentraban en manos de grandes propietarios, una baja densidad poblacional de españoles o de sus descendientes en los reales de minas, que se ubicaban en un puñado de centros mineros que, como en el caso de Santa María de las Barbacoas, congregaban a una élite de españoles y de sus descendientes propietarios de minas con un nivel de consumo y ostentación equiparable al vivenciado por la época en Pasto (Jurado 1990, 28-30; Minaurider 1988).

Aunque el enclave minero se articuló a un modelo centrado en la extracción aurífera mediante cuadrillas de esclavos, desde finales del siglo xvii, y a lo largo del xviii, se fue consolidando una población libre que paulatinamente se dedicó a otro tipo de actividades económicas y exploró otros ámbitos del ahora Pacífico sur colombiano, iniciándose así los primeros trazos de una nueva configuración espacial. Esta nueva configuración se consolidó definitivamente en el siglo xix, con la abolición jurídica de la esclavitud, los efectos de las guerras de Independencia, el crecimiento poblacional y la presencia de otro tipo de auge económicos asociados a la recolección y comercialización de ciertos productos forestales (Almarío 2005; Aprile-Gnisset 1993; Leal 2018).

En el caso del actual Pacífico sur colombiano, los esclavizados obtuvieron a veces muy tempranamente su libertad por diversos mecanismos, entre los cuales tuvo particular relevancia la *automanumisión*; es decir, el pago por parte del mismo esclavo del precio establecido por el esclavista para obtener su “libertad” (Barona 1985; Leal 2016, 23; West 1972, 87). Ello fue posible porque hacia el siglo xvii se había instaurado socialmente el derecho de que los esclavos trabajasen para sí un día de la semana, ya fuera en la mina, en los cultivos o cazando en el monte, con el objeto de obtener unos recursos monetarios o alimentarios adicionales (Whitten 1992, 53)⁶.

Sin embargo, no todos los esclavizados estaban en igualdad de condiciones para obtener su libertad mediante este mecanismo, puesto que el capitán de cuadrilla recibía una mayor

6 Incluso ciertos administradores o dueños de cuadrilla les daban algunos días de la semana a los esclavizados para que se dedicarían a estas actividades, aminorando así los costos de los insumos comprados para el mantenimiento de la cuadrilla (Leal 2018). Igualmente, cuando las cuadrillas eran numerosas, era probable que mientras algunos esclavizados eran dedicados a la actividad minera, otros cultivaran productos agrícolas para satisfacer las demandas alimentarias del conjunto.

participación en el producto obtenido, por lo cual se encontraba en relativa ventaja con respecto a los otros miembros de la cuadrilla para lograr su libertad mediante la compra:

El sistema de días de trabajo libre permitía teóricamente a todo esclavo acumular suficiente dinero para comprar su libertad. Este privilegio, sin embargo, era utilizado principalmente por el capitán de cuadrilla, pues como recibía la mayor participación en el producto, estaba en mejor condición para ahorrar la suma de dinero necesaria para obtener la libertad (de 300 a 400 pesos). (West 1972, 87)

La paulatina aparición de un núcleo poblacional de esclavos que compraban su libertad no fue la manifestación de un sistema paternal, sino más bien la consecuencia de un sistema esclavista instaurado en una “situación de frontera”, limitado en su capacidad de control efectivo, dadas las condiciones específicas de la extracción en áreas apartadas y la movilidad constante en función de las condiciones climáticas o del agotamiento de los yacimientos (Leal 2018). Estas condiciones negaban, en la práctica, la sujeción absoluta de los esclavizados y, en consecuencia, la posibilidad de unos momentos y espacios socialmente instaurados para que estos adquirieran, de manera individual y regulada, el acceso a su situación de “libres” sin poner en peligro, en lo inmediato, el funcionamiento del sistema en situación de frontera (Barona 1995).

Otro mecanismo instrumentalizado para la obtención de la libertad fue el *cimarronismo* que consistía en la huida en grupos o individualmente a lugares apartados del dominio esclavista, donde se consolidaban poblados conocidos como *palenques*: “La palabra ‘cimarrón’ se aplicaba a los animales que después de haber sido domesticados, volvían a su estado salvaje. Por eso a los negros huidos a los palenques, los blancos les pusieron el remoquete de cimarrones” (Jurado 1990, 243). El cimarrón y el palenque emergieron, entonces, como un estado y un espacio no solo de rebeldía explícita ante el sistema esclavista, sino también como acto paradigmático de resistencia y reconstitución cultural, demográfica y militar. Para el caso del Pacífico sur, se tiene referencia de la conformación de un palenque en la primera mitad del siglo XVIII, concretamente hacia 1732: el famoso palenque El Castigo, al que acudían esclavizados prófugos de los diversos reales de minas de Barbacoas e Iscuandé (Jurado 1990; Zuluaga 1993). Para algunos autores (Dávila 1979; Romero 1991), otros palenques se establecieron no solo hacia la cordillera Occidental, donde estaba situado, entre Pasto y Barbacoas, El Castigo, sino que también se ubicaron en poblados de agricultores y pescadores hacia la zona de la costa y los esteros, aprovechando la relativa debilidad y el control represivo de los españoles en el área, además de poder aprovechar los recursos otorgados por el medio. Sin embargo, por las condiciones de operación esclavista en la costa del Pacífico, los palenques no fueron una constante como en el Caribe (Escalante 1964).

La presencia de este creciente núcleo poblacional de libres no significó necesariamente su ruptura con el sistema esclavista que aún pervivía en la región, sino que, por el contrario, se inscribió en una ambivalencia. Algunos “libres” continuaron trabajando para las minas de los esclavistas como jornaleros o mazamorreros (West [1957] 2000, 103)⁷; otros, en cambio, se dedicaron a trabajar en sus propias minas, al igual que en labores agrícolas, estableciendo relaciones comerciales con las cuadrillas vecinas (Romero 1991, 24). Es posible, además, encontrar para el siglo XVIII referencias de “libres” en tanto esclavistas al poseer uno o varios esclavizados para las actividades de extracción minera: “[...] los patrones de sujeción esclavista parecían continuar vigentes aun dentro de un grupo de libres dado que nos encontramos con que sus dirigentes se volvían esclavistas” (Romero 1991, 29).

El conflicto manifiesto o implícito ante la presencia de ese núcleo poblacional de “libres” fue otro de los elementos que circunscribió sus relaciones con el sistema esclavista a partir del cual se originaron. Como se anotaba anteriormente, el mecanismo de automanumisión instaurado en un sistema esclavista de “frontera” implicaba, a largo plazo, una contradicción fundamental con las relaciones esclavistas de producción dado que, en términos generales, fue consolidando paralelamente unas relaciones basadas en el jornal; o sea, apuntaló un proceso de instauración de nuevas “relaciones sociales de producción” afincadas en el “salario” (Barona 1992, 17). Detrás de este mecanismo, incluso, Barona percibe la materialización de contradicciones dentro de sectores de la sociedad esclavista de finales del periodo colonial:

[...] los mineros que no eran propietarios de cuadrillas en estas regiones y que habían surgido de estratos intermedios de la sociedad colonial que no tenían ninguna legitimidad, comenzaron a “prestarle” a los esclavos de otros mineros la cantidad de oro en la que estaban evaluados; conseguida la libertad por consentimiento de los jueces, quienes la mayoría de las veces no aceptaron la negativa de los amos para no recibir el valor del esclavo, estos se trasladaban a los yacimientos del minero “prestamista” y continuaron lavando las arenas auríferas; del metal así obtenido se iba descontando la cantidad de oro adelantada más una parte alícuota que el liberto le entregaba al propietario de la mina reservándose lo restante para él. (17)

7 Sobre la importancia de esta relación es interesante constatar, en la lectura de los documentos del primer cuarto del siglo XVIII transcritos por De Granda (1971), cómo en el formato de las matrículas aparece ya la pregunta tanto por el número de los esclavizados y “libres” pertenecientes a la cuadrilla como por aquellos “concertados”.

La manifestación de esa relación conflictiva entre antiguos esclavistas y libertos se traducía, en el orden del discurso, en un sistema de representaciones de los primeros sobre los segundos. En el fragmento de un texto de la época transcrito por Romero (1991) se aprecian algunos elementos de dichas representaciones alrededor de una disputa judicial entre un esclavista y algunos núcleos de libres:

Viven en la embriaguez, la sedición y corrupción de mis cuadrillas, y los numerosos [libres] que hay en la vecindad eran los resultados de la perniciosa mezcla de libres con esclavos. Como aquellos [los libres] no están sujetos a la buena disciplina y gobierno con que se manejan estos [los esclavos], introducen aguardiente, siembran la discordia, distraen a los esclavos y los llenan de vicios, seduciéndoles y derramando especies contrarias no solo a los derechos de amos, sino también perjudiciales al sosiego público y buen orden general. (27)

Cualesquiera que hayan sido las vías legales o de hecho por las cuales los esclavizados del ahora Pacífico colombiano obtuvieron su libertad, para finales del sistema colonial se había conformado un segmento poblacional significativo de libres dedicados no solo a las actividades mineras sino, también, a actividades agrícolas, de pesca o de cacería, consolidando tempranos poblados en los ríos o en las costas que, a partir de sistemas de poliactividad, dieron inicio a los procesos de formación de un campesinado negro (Leal 2016). En este sentido, para el área de Barbacoas, “[...] solo a principios del siglo XIX, el 80 % de los negros ya eran libres, pues habían comprado su libertad” (Jurado 1990, 109).

Como no todos se quedaron en los antiguos reales de minas, la migración hacia las zonas bajas, antes solo puntualmente exploradas y todavía no ocupadas, fue una de las consecuencias demográficas más importantes para el Pacífico colombiano con la paulatina consolidación de un núcleo poblacional libre durante el siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX, en el marco del aún existente sistema esclavista. Este proceso fue definitivamente acelerado con la supresión jurídica del sistema esclavista en 1851 (De Granda 1977, 47-48; West [1957] 2000).

Poblamiento disperso: exploración y apropiación afrodescendiente

A medida que se fueron consolidando estos desplazamientos y el proceso de poblamiento, la configuración espacial cambió. Cada vez más libres dejaron los antiguos reales de minas y centros urbanos coloniales, para explorar los cursos medios y bajos de los ríos, así como los manglares y playas que hasta entonces habían permanecido

desconocidos para la gran mayoría de ellos. Se creó así una nueva configuración que caracterizó a la región del Pacífico hasta la segunda mitad del siglo xx. En esta configuración espacial hubo una dispersión de los libres por toda la región. Casas aisladas o pequeños conglomerados se construyeron sobre los diques aluviales a lo largo de los ríos o sobre las líneas costeras.

Las guerras de Independencia y la libertad de los esclavos marcaron el fin de la minería colonial (Almarío 2003; Leal 2016). La mayoría de los dueños de minas se replegó a los Andes, y los antiguos centros mineros quedaron dominados por los afrodescendientes. Poco a poco, los afrodescendientes fueron ocupando la región, siguiendo los cursos de los ríos y las líneas costeras. En las zonas medias y bajas pusieron un nuevo énfasis en la agricultura y la pesca, combinando siempre las diferentes opciones que ofrecía el medio. Así, hubo un gradual desplazamiento de una configuración espacial centrada en la ocupación de las zonas mineras por medio de campamentos, hacia una caracterizada por asentamientos dispersos a partir de grupos parentales, y por un uso variado de entorno (Aprile-Gnisset 1993, 12, 57-62; West [1957] 2000).

Diversas fueron las rutas que siguieron estos movimientos poblacionales. En términos generales, el punto de partida de la progresiva consolidación de este modelo de poblamiento disperso fueron los antiguos distritos mineros, como Timbiquí, Iscuandé y Barbacoas. Aunque los antiguos puntos de poblamiento se mantuvieron, muchos de los cuales existen actualmente, el modelo centrado en estos se fragmentó para dar paso a un proceso de expansión territorial a partir de la configuración de pequeños poblados que fueron progresivamente colmatando diferentes ríos, esteros y playas del actual Pacífico colombiano. Sin embargo, fue entre mediados del siglo xix y principios del xx cuando se produjo el poblamiento definitivo.

Esta nueva configuración espacial se encuentra atada a movimientos poblacionales articulados a nuevos procesos económicos que, inicialmente desde la extracción forestal, impulsaron desde finales del siglo xix nuevas economías extractivas en la región. Como señalan Leal y Restrepo (2003), sobre la geografía del Pacífico colombiano recayeron dos visiones diferentes. De un lado, la visión extractivista según la cual esta región se configuraba como una despensa natural con recursos inagotables pero imposible de habitar; mientras que, del otro lado, para los afrodescendientes este se configuraba como un espacio para habitar a partir de lógicas de autoconsumo y abastecimiento. Con el paso de los años, y durante los diferentes ciclos de economías extractivistas que se dieron en esta región, estas visiones terminaron por sobreponerse, especialmente a partir de la articulación del campesinado negro a las formas de producción controladas por actores externos.

Un claro ejemplo de la visión extractivista se dio, para mediados del siglo xix, en las reflexiones que Agustín Codazzi ([1853] 1959) presentó sobre la región del Pacífico:

Los individuos de [la raza africana] antes se dedicaban a la explotación de las minas; pero en el día, haciendo mal uso de la libertad recién adquirida, han dejado en su mayor parte este trabajo por vivir en absoluta independencia, en las orillas de los ríos, sembrando unas pocas matas de plátano, algunas de maíz y otras de caña, cuyos productos, unidos a los peces abundantes de los ríos, y a los zaínos y cerdos del monte, les dan un grosero, pero seguro alimento. Como viven casi desnudos, con un simple guayuco los hombres, y las mujeres con una vara de bayeta sujeta a la cintura, si quieren hacerse una muda de ropa para presentarse en el pueblo, van a las playas de los ríos a lavar las arenas auríferas, y en pocas horas tienen lo necesario para sus compras. (333)

Para el siglo xx, esta visión extractivista es presentada en el estudio del Banco Ganadero (1967), cuando en su caracterización de la región se dice:

Desde el punto de vista forestal, la zona reconocida puede ofrecer buenas posibilidades para la explotación de maderas comerciales exportables y para el consumo nacional. Antes de comenzar cualquier empresa se debe estudiar más detalladamente, por medio de un inventario forestal de toda la región, el volumen aprovechable por hectárea, y con más atención aún los sistemas de saca de las trozas, ya que parece ser este uno de los factores limitantes actuales para una mayor expansión de la industria forestal. Las explotaciones actuales son muy rudimentarias y solo extraen las maderas que se encuentran cerca a las corrientes de agua por la dificultad que presenta el terreno para su transporte, ya que no existe mecanización alguna. (84)

A esta perspectiva extractivista, según la cual se deben aprovechar de manera racional y productiva los recursos existentes en la región, se contraponen la visión que sobre este lugar construyeron los habitantes negros. Como parte de la apropiación y aprovechamiento del medio ambiente de la región, los campesinos negros construyeron una imagen de esta como un lugar habitable a partir de dinámicas de poliactividad, autoconsumo, abastecimiento y aprovechamiento de los recursos con el fin de reproducir los núcleos familiares (Leal 2018). Estas dos visiones, que en principio eran contrarias, se terminaron sobreponiendo a partir del ingreso de las economías extractivas controladas por externos y de la articulación que, por la movilización de la fuerza de trabajo mediante relaciones monetizadas, el campesinado negro tuvo al mercado.

La primera de estas economías giró en torno a la recolección de caucho y tagua. El caucho (*Castilla elastica*) fue explotado con un sentido comercial después de mediados del siglo xix en zonas como el medio Patía y el Telembí (West [1957] 2000, 168). La explotación de esta mercancía se dio, incluso, antes de que se estableciera una economía cauchera

en la Amazonia colombiana, y estuvo atada a la mejora del método de vulcanización ideado por Goodyear. La explotación intensiva del caucho en el Pacífico colombiano comenzó en 1850 y decayó en 1913, cuando se comenzaron a agotar las reservas cercanas a los ríos, y cuando la producción en la Amazonia llegó a su punto más alto (Leal 2018).

La tagua, por su parte, fue otro de los productos forestales recolectado desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX (Leal 2018). La tagua, semilla de una palma silvestre, era exportada a Europa y a los Estados Unidos como sustituto vegetal del marfil para la fabricación de botones antes de la aparición del plástico (Del Valle 1993, 694). Las primeras muestras de tagua del Pacífico fueron enviadas a Europa en 1850, y años después comenzaría la explotación intensiva de este producto, finalizando este ciclo extractivo en 1930, cuando se crearon sustitutos sintéticos para la fabricación de botones. El auge económico de estas dos mercancías era recordado a finales del siglo pasado por algunos de los habitantes del Pacífico sur. Hablando del caucho, Ángel Hurtado, habitante de Salahonda, afirmaba:

Iban a picar a un estero que le dicen Tablones. Eso queda a más de cuatro horas a canaleta. Se iban el día domingo, pasaban la semana y bajaban el otro domingo. Se iban solo los hombres, los que sabían, porque todos no sabían. Cogían un cabo, o sea una escalera de guadua y la paraban y ahí iban con machetico rayando el árbol. El árbol botaba la leche hasta el fogón. Lo dejaban picado y se bajaban, a los tres o cuatro días esa leche que salía iba regando, entonces había que otra vez subir e ir la sacando y echándola al canasto. Ese caucho se vendía en Tumaco. Los contratistas le traían a los picadores escopéticas llamadas caucheras. Con esas ellos se cuidaban de la culebra, del tigre, que en ese entonces había mucho tigre, y mataban al saíno, mataban al venado para el sustento diario. (En Leal 1998, 415)

El ciclo extractivo del caucho y la tagua, como lo señala Ángel Hurtado, conectó al campesino negro del Pacífico sur con mercados internacionales ubicados en Estados Unidos y Europa, a partir de formas de trabajo organizadas en clave de temporadas y de diferenciación por género. Asimismo, y como parte de las dinámicas regionales, este ciclo extractivo estuvo estrechamente ligado a la emergencia de Tumaco como puerto de importancia en las redes comerciales del Pacífico. Este puerto, que durante gran parte del periodo colonial había estado desconectado de la zona andina de Colombia, se convirtió en un nodo central con la explotación de la tagua y el caucho, ya que fue allí donde se instalaron la mayoría de los extranjeros que compraban los productos para exportarlos (Agier *et al.* 1999).

Esta situación mejoró en 1914 con la apertura del Canal de Panamá, que consolidó a Tumaco como puerto comercial y centro urbano (Leal 1998, 2005; Prieto 2014). Este

hecho también se encuentra relacionado con memorias sobre la constitución urbana de la ciudad; como lo recuerda el mismo Ángel Hurtado, en Tumaco había un barrio al que llamaban La Taguera, porque “todas las canoas que recopilaban tagua, ahí era donde la amontonaban y allí las limpiaban, las pelaban, les quitaban el ripio [...] y dejaban la pepa. Luego las llevaban a la fábrica [a la botonera que había en Tumaco] y ahí sí empezaban a hacer el botón” (en Leal 1998, 415).

Además de la importancia del caucho y la tagua, desde la década de 1940 la extracción maderera y de la corteza del mangle cobró fuerza y dio lugar a talas de bosques para la venta en aserríos ubicados en las bocanas de los diferentes ríos, que se consolidó como parte del eje comercial del puerto de Buenaventura. La explotación forestal comenzó con el corte de mangles rojos que dominaban la media costa. Estos árboles fueron tumbados para descascararlos y así obtener tanino, elemento central en las curtiembres. Como señalan Leal y Restrepo (2003), el comercio de la concha de mangle duró alrededor de treinta años —entre finales de la década de 1940 y comienzos de la década de 1980— y fue controlado desde Buenaventura, aunque Tumaco también funcionó como eje, ya que allí existía una manglera.

Las tres empresas que se encargaron de la explotación del mangle rojo fueron la Industria Mangle S. A., con sede en Bogotá; Liscano Hermanos e Hijos Ltda., ubicada en Cali, y la Industria Palmífera, con sede en Tumaco. Mangle y Liscano Hermanos, a partir de las cortezas compradas en las bocanas, producían en Buenaventura el tanino en polvo que comercializaban en el mercado nacional con el nombre de Petrotam y que utilizaban, igualmente, en empresas filiales del negocio del cuero. En el caso de la Industrial Palmífera, empresa que migró del negocio del caucho y la tagua al del mangle, luego de un fallido intento con la producción de cocos, utilizó a Tumaco como puerto eje para juntar la concha de mangle y luego exportarla hacia Estados Unidos.

Estas tres empresas desplegaron una enorme red de mercancías y personas en el Pacífico sur que configuraron relaciones económicas particulares. En el caso de la Industria Mangle, esta contaba con un servicio de salud y un comisariato, en los cuales se movilizaban lógicas de endeude. Asimismo, esta empresa operó con siete barcos que tenían una capacidad de carga de entre 55 y 150 toneladas (Leal 1998). En cuanto a la relación entre las empresas y los corteceros, esta no se dio de manera directa sino a través de la figura de intermediarios. Como señala Claudia Leal (1998):

Las empresas operaron a través de contratistas que no tenían ninguna atadura laboral. Se les ayudaba a montar uno o varios puestos de compra de corteza, se les facilitaban canoas para que se las prestaran a los corteceros que suministraban la concha, se les llevaba en los barcos la mercancía que vendían en los comisariatos y les adelantaban dinero para que pagaran la corteza que recibían, pesaban, secaban

y despachaban a Buenaventura. Los contratistas ganaban un porcentaje del valor de la corteza que lograran recolectar, más lo que dejara el negocio del comisariato. (419)

Estas dinámicas insertadas por las empresas, en cuanto agentes externos, se replicaron posteriormente en muchos de los aserraderos que comenzaron a funcionar en el Pacífico sur. La relación entre los dueños de las empresas y los corteceros y tuqueros se daba a través de la figura de los contratistas que, como intermediarios, endeudaban a los trabajadores por medio de adelantos de dinero o en especie en los comisariatos para, posteriormente, comprar la madera a un precio menor al que se cotizaba en el mercado. Como parte de las dinámicas extractivas, la economía de la extracción forestal operó con base en la noción de explotar recursos naturales que, a través de las relaciones económicas, operaba una fuga de ganancias hacia lugares externos a aquellos en los que se desarrollaban las labores de explotación.

Además de esta actividad en las zonas de las bocanas, la silvicultura en el Pacífico sur tomó fuerza en la parte media y alta de los ríos, en los bosques donde se consiguió madera para sacar en forma de tucos y de madera fina. Para la década de 1960, en los departamentos de Cauca y Nariño existían un total de veintiún aserraderos que compraban un promedio de cien trozas diarias, en donde primaban maderas como el cuangare y el sande (Banco Ganadero 1967, 54). A pesar de que la producción de madera ha sido general para todo el Pacífico sur, la mayor zona de explotación ha sido la zona de los ríos Satinga y Sanquianga, donde se creó un eje comercial con Buenaventura como zona de salida de la madera para el mercado nacional y, en algunos casos, internacional.

Paralelamente, emergieron economías en torno a otras materias primas, como el coco, el cacao y el palmito, a partir de las cuales se dio un nuevo ciclo económico con un sentido comercial. La extracción del palmito —el cogollo de la palma de naidí— adquirió especial relevancia comercial de exportación en la década de 1960 con la creación de dos empresas enlatadoras en el Pacífico sur: Alideca del San Juan en San Juan de la Costa, departamento de Nariño, y Alimentos de Guapi-Alguapi Ltda., ubicada en el municipio de Guapi, en Cauca (Vallejo *et al.* 2010). Este nuevo proceso económico de extracción forestal produjo los movimientos poblacionales de afrodescendientes hacia estos municipios como trabajadores de los naidizales, en donde diariamente eran extraídos cerca de 80.000 cogollos.

A estos ciclos y actividades económicas, se puede sumar la recolección de moluscos, predominante en las zonas costeras, y su articulación con mercados internacionales mediante la exportación de productos como la piangua. Si bien la recolección era una actividad principalmente para el autoconsumo y el intercambio local, terminó por convertirse en la actividad económica central de bocanas y esteros a mediados de la década de 1970. La centralidad que adquirió estuvo relacionada con la llegada de mercaderes

ecuatorianos interesados en la compra, distribución y venta de la concha. En un primer momento, la concha mantuvo la dimensión del intercambio, y el comerciante canjeaba remesa por piangua. Más adelante esta relación se empezó a centrar en la lógica de compra-venta, es decir, del intercambio monetario.

Estas actividades económicas, iniciadas desde mediados del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX, apuntalaron el movimiento poblacional que configura la actual presencia de las poblaciones negras en las diferentes zonas ribereñas y costeras del Pacífico sur colombiano. Se consolidó un modelo de poblamiento caracterizado por una presencia dispersa a lo largo de los ríos, manglares y costas, resultado de una sucesión de desplazamientos poblacionales que subvierten el original modelo colonial circunscrito a los centros mineros y sus reales de minas. En términos generales, se dieron diferencias entre los habitantes de las costas y estuarios, los que se asentaron en las partes medias de los ríos y en las partes altas de estos. En cada una de estas zonas se definió una actividad sobresaliente: la pesca en las zonas bajas, la agricultura en las medias y la minería en las altas. Estas se combinaron con otras, configurando sistemas poliactivos que permitieron la apropiación múltiple de diferentes espacios (Villa 2004).

Nucleamientos urbanos: cerramiento de la frontera

Desde mediados del siglo XX, la configuración espacial de asentamientos dispersos empezó a cambiar con la consolidación de pequeñas urbes que se despliegan a lo largo del Pacífico sur, como Iscuandé, El Charco, Satinga, Barbacoas, entre otros. Ciertas poblaciones, como Barbacoas, son muy antiguas y se remontan a la época colonial. Otras, como El Charco, son más recientes y adquirieron importancia hacia el siglo XX (Leal 2018). Así mismo, grandes centros urbanos, como Buenaventura, Guapi y Tumaco, se afianzan como los mayores ejes comerciales de la región.

Aunque en la actualidad los pequeños y medianos centros urbanos tienen un peso importante en la configuración espacial de la región, esto no significa que las zonas rurales hayan perdido su relevancia. Más bien, lo que se presenta en el Pacífico sur es que las poblaciones negras han consolidado una configuración espacial que combina de diferentes maneras lo rural y lo urbano. La relación campo-poblado es muy estrecha. Muchas de las personas que habitan en los centros urbanos tienen vínculos permanentes con el área rural, ya sea porque ellos mismos se desplazan por periodos a trabajar en sus fincas en el campo o ya sea a través de sus familiares. Con la palabra de *rururbanos* algunos investigadores de las ciudades del Pacífico han indicado estos estrechos vínculos campo-poblado (Álvarez 1999).

No son pocos en el Pacífico sur quienes habitan en caseríos compuestos de unas docenas de casas construidas en las orillas a lo largo de los ríos o playas. Hacia la

cabecera de los ríos o en las playas más alejadas de estos conglomerados residenciales, es frecuente encontrar casas aisladas de uno o varios grupos familiares, algunas con vistosos colores, y la mayoría suspendidas en el aire sobre unos pilotes a más de un metro sobre el suelo. Estas casas están construidas con diferentes clases de madera que, dependiendo de la resistencia y durabilidad, son usadas para zonas específicas de las viviendas. Esta disposición se mantiene incluso cuando se deben construir viviendas temporales en el interior de la selva, denominadas *ranchos* (Whitten 1992, 70), puesto que se edifican en la orilla de alguna corriente de agua, ya sea una pequeña *quebrada* o, incluso, una zanja realizada para la extracción de madera.

A partir de esta evidente constante en la construcción de las viviendas a lo largo de los cursos de agua, se pueden distinguir diferentes tipos de asentamientos de acuerdo con la densidad habitacional, distribución espacial y estructura organizativa. En primer lugar, se puede distinguir un asentamiento residencial disperso caracterizado por la presencia de una sola unidad habitacional donde residen uno o varios grupos domésticos. En los alrededores inmediatos de la vivienda, generalmente hacia la parte trasera,



Figura 1. Asentamiento residencial disperso

Fuente: fotografía de Eduardo Restrepo.

se encuentra una huerta y *azotea* donde se siembran diferentes plantas alimentarias y medicinales. Otras parcelas de cultivo conocidas como *colinos* o *fincas* se distribuyen, sin embargo, en diferentes puntos a lo largo de los ríos y riachuelos, aprovechando los diques y terrazas aluviales que, además de la mayor fertilidad de sus suelos, se encuentran más seguras ante la intempestiva presencia de las crecientes.

En esta configuración espacial, una misma unidad residencial, entonces, posee a su vez varias fincas ubicadas, no en pocas ocasiones, sobre cursos distantes, con el objeto de asegurarse en caso de las crecientes de los ríos o los maremotos en la línea costera. Así, la imagen de estos asentamientos residenciales dispersos aparece, ante un eventual observador aéreo, a partir de un sinnúmero de discontinuidades de fincas o viviendas hacia ambos lados de las corrientes fluviales o de los esteros. Teniendo en cuenta lo anterior, en este tipo de asentamientos, el uso del potrillo tiene gran relevancia en el desarrollo de la vida cotidiana; es común observar cómo los niños, desde los cuatro o cinco años, se paran en la popa del potrillo y con el canaleta bogan para dirigirse a la escuela o a alguna de las casas o pequeñas tiendas para realizar algún mandado o llevar una razón. Mientras tanto, los jóvenes y adultos usan esta herramienta para dirigirse a los colinos cercanos o a unas cuantas curvas en el río propicias para pescar. Cuando las distancias son más largas, el uso del motor fuera de borda se ha consolidado como la manera de movilidad más efectiva.

La presencia de animales domésticos, como las gallinas, patos, puercos y perros que circulan libremente en busca de sobras de alimentos que se arrojan desde la planta superior de las casas y que encuentran resguardo nocturno en corrales construidos allí, se evidencia con particular intensidad en este tipo residencial disperso.

El asentamiento residencial disperso se configura como unidad productiva polivalente, es decir, responde a diferentes actividades económicas en diversos ámbitos espaciales, de acuerdo con el contexto ecológico específico y con un ciclo de producción climática y culturalmente posible. La selva, los cultivos y el río —o los esteros y el mar, cuando es el caso— se consolidan en tanto espacios complementarios donde diversas actividades, como la cacería, la pesca, la recolección y la siembra, se conjugan a partir de un modelo económico centrado en la reproducción del grupo doméstico en sus múltiples y específicas articulaciones con un mercado local y externo. La propiedad consuetudinariamente establecida sobre los factores de la producción y la disposición del trabajo generado por el mismo grupo doméstico son generalmente las características a partir de las cuales se efectúan las diferentes prácticas económicas. En este tipo residencial, entonces, se encuentran profundamente imbricados la residencia, el grupo doméstico y los espacios de la producción.

Los pequeños conglomerados residenciales configuran una segunda modalidad de asentamiento. Es cotidiano observar a lo largo de los ríos o playas concentraciones

de viviendas que siguen el curso de las aguas o la línea costera, y cuyo número generalmente no sobrepasa unas dos o tres docenas. En esta modalidad de asentamiento se inicia una paulatina diferenciación entre el espacio residencial y el productivo. Aunque generalmente se mantienen las azoteas y huertas en la parte posterior de las viviendas, su tamaño se reduce con la densificación de las construcciones hasta desaparecer casi en su totalidad en otros tipos de asentamiento.

Como consecuencia de ello, las *fincas* o *trabajaderos* adquieren una relevancia cada vez mayor en tanto espacios de cultivo disponible. La presión sobre el bosque de los alrededores de los conglomerados dispersos se traduce, en términos generales, en una disminución significativa de actividades como la cacería, la extracción maderera con propósitos comerciales o la recolección de frutos y vegetales silvestres. Animales domésticos como el *puerco*, en este modelo residencial, generan conflictos dadas las características mismas de su cría, puesto que deambulan por entre la selva cercana y, no en pocas ocasiones, por entre las áreas de cultivo en busca de una parte considerable de su alimentación, lo cual puede causar daños en cultivos ajenos al propietario del animal. En otros casos se han configurado complejas estrategias de manejo colectivo en la crianza de los cerdos para evitar los conflictos que de otra manera acarrearía su presencia.



Figura 2. Pequeño conglomerado

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

Es común encontrar, en la parte trasera de las viviendas, pequeños galpones y marraneras construidas en madera para la cría de gallinas y cerdos, que por lo general son destinados para el autoconsumo y, en menor medida, para la venta o intercambio en el mismo asentamiento o en los alrededores. Dentro del galpón hay varios bultos de aserrín obtenidos de los aserríos ubicados en los medianos poblados. El galpón ocupa gran parte del tiempo de las mujeres ya que, aparte del alimento, deben hacer arreglos permanentes, como ponerles plástico en las paredes de tabla para que el frío no enferme a los pollos, hacer los espacios más pequeños para que estos tengan menos movilidad y acelerar así su proceso de crecimiento y engorde, además de invertir casi a diario en maíz en grano que luego es molido y combinado con el engorde.

Esta modalidad de asentamiento puede ser el resultado de la evolución de un asentamiento residencial disperso por el crecimiento demográfico endógeno, con el establecimiento de los hijos de los pobladores originales y sus familias en los alrededores de la casa inicial o por la articulación de dos grupos familiares (Aprile-Gnisset 1993, 99). Al recorrer el Pacífico sur, no es extraño encontrarse con que en múltiples de estos conglomerados residenciales prevalecen uno o a lo sumo dos apellidos, hasta el punto de que ello sirve para identificar el caserío. No obstante la importancia de este proceso en el surgimiento de los conglomerados residenciales, estos también pueden ser el resultado de la migración relativamente simultánea de varios grupos familiares en función de un interés específico de carácter económico, como la constitución de un aserradero o la instauración de un punto de aprovisionamiento articulado con los periódicos auges extractivos.

La particular conformación del conglomerado residencial, indudablemente, tiene implicaciones en las posibilidades y la orientación de las relaciones establecidas entre los diferentes grupos domésticos ubicados allí. Sin embargo, por lo general, en este tipo de asentamientos se constituyen redes de intercambio económico apuntaladas en un estrecho tejido de relaciones de parentesco —efectivo o ritual— o por la continuada convivencia de aquellos diferentes grupos familiares. De esta manera, las unidades productivas no solo se pueden conformar más allá de los límites del inmediato grupo doméstico, sino que también se establecen relaciones generalmente horizontales entre las distintas unidades productivas, como lo son el *cambio de mano* o la cooperación. Ello no indica, sin embargo, la ausencia de unidades productivas centradas en un grupo doméstico ni, mucho menos, la carencia de dinámica en la composición de estas. Además, las relaciones a partir de redes de intercambio fundadas en el parentesco no excluyen la presencia de relaciones económicas asimétricas o a partir del pago monetario, como en el caso del *jornal*, incluso entre los mismos parientes.

En los conglomerados residenciales, aunque se adquieren múltiples productos a través de un incipiente mercado interno reducido a unas cuantas tiendas o, generalmente,

mediante el comercio más intenso con la cabecera municipal, son múltiples los productos agrícolas o resultantes de la pesca, la cacería o la recolección que se pueden obtener, directa o indirectamente, por medio de esas redes de intercambio donde la reciprocidad es el fundamento de la circulación de los múltiples bienes y servicios. Así, a modo de ejemplo, en las conformaciones espaciales de este nivel, campesinos negros que habitan las bocanas y manglares suben por lo diferentes ríos para llevar coco y pescado y regresar a sus asentamientos cargados de productos como plátano, yuca y arroz.

En tercer lugar, se pueden distinguir, dentro de los tipos de asentamiento, los medianos poblados conformados por núcleos residenciales que han roto, dada una mayor densidad habitacional, con la distribución de las casas exclusivamente a lo largo de los ríos y playas, y se han ubicado en ejes transversales, conformando así calles que en algunas ocasiones se internan caprichosas por entre las viviendas, lo que posibilita estrechos y laberínticos senderos que, armados a veces a más de un metro sobre el suelo, exigen la pericia del caminante. Aunque en menor número que los conglomerados residenciales, los medianos poblados pueden ser hallados fácilmente en las orillas de los múltiples ríos que recorren en diferentes direcciones el Pacífico colombiano. Una mayor densidad poblacional y la presencia de diversos grupos familiares, asociadas a una creciente complejidad del tejido de relaciones económicas y sociales, caracterizan a los pequeños poblados existentes en la región.

La configuración de estos medianos poblados se ha encontrado asociada a los periodos de auge, tanto de aquellos que evidencian una actual pujanza como de los que son hoy solo la sombra de las dinámicas de antaño. Su fortaleza y decadencia son irremediablemente consecuencia de diferenciales ciclos de extracción que responden, por tanto, a dinámicas económicas externas (Whitten 1992, 35). En estos poblados se establece una significativa separación entre la producción y la residencia. Los huertos se reducen, cuando no desaparecen, a pequeños patios traseros y *azoteas* donde se conservan, en menor proporción, plantas alimenticias y medicinales. La presencia de animales domésticos se ve cada vez más reducida, y se conservan fundamentalmente gallinas y perros. Las *fincas* o *trabajaderos* se hacen necesarios para aquellos que continúan vinculados con las actividades de agricultura y extracción forestal. Para ello se construyen viviendas provisionales o *ranchos*, con el objeto de permanecer durante la realización de actividades de cultivo, cosecha, tumba de árboles, corte de naidí, etc.

En los poblados, las viviendas, aunque generalmente mantienen su estructura, se construyen fundamentalmente con materiales externos a la localidad, como son las tejas de zinc; y, en algunos sectores, siguiendo las pautas de construcción exógenas introducidas por agentes como empleados estatales o comerciantes, las maderas ase-rradas son desplazadas por la introducción de materiales como el cemento y el adobe.

Estos poblados se configuran como centros intermedios que articulan, en diferentes sentidos, las dinámicas locales de las cuencas de los ríos: hacia ellos fluyen muchos de los productos resultantes de las diversas actividades económicas, tanto de las residencias dispersas como de los pequeños conglomerados residenciales, y en ellos los pobladores de unas y otros se proveen de los productos y servicios requeridos, ya sean locales o de la “sociedad mayor”. Son el punto donde confluyen y se consolidan mercados locales, permitiendo así la circulación de los productos propios de las zonas de *las mares* —por ejemplo, el coco, el pescado de mar y diferentes moluscos y crustáceos— hacia el área media y alta de los ríos; desde esta, a su vez, se producen con mayor énfasis, aprovechando las ventajas relativas y diversas de los contextos ecológicos, otros productos como el plátano, el maíz, el arroz o el chontaduro.

Se puede señalar, entonces, que existe un conjunto de actividades económicas tejidas alrededor de los medianos poblados que implican mercados locales o, si se prefiere, microrregionales. El mercado en los medianos poblados evidencia un sistema de intercambio mediatizado por el dinero entre la zona de *las mares* y la de *los ríos*. El pescado, el coco, las conchas, cangrejos y jaibas se llevan hacia las calles principales, para que quienes viven tanto en el poblado como en los pequeños conglomerados ubicados en las partes medias y altas de los ríos los adquieran. Por su parte, de la zona de *los ríos* se llevan al mercado fundamentalmente el plátano, el chontaduro o el arroz, además de otras frutas y productos agrícolas. Existe, entonces, una articulación de carácter económico en el plano local a partir de la correlación de diferentes contextos ecológicos, que apuntalan determinadas prácticas orientadas hacia el mercado.

Las redes de reciprocidad e intercambio fundamentalmente se circunscriben, en estos medianos poblados, a las redes parentales y a los nacientes barrios. Las relaciones económicas mediatizadas por el dinero se intensifican no solo para la obtención de productos que en los anteriores asentamientos eran conseguidos o por la producción directa o mediante la participación en esas sólidas redes de reciprocidad, sino que también el trabajo adquiere connotaciones fuertemente monetarias, en detrimento de relaciones asociativas y simétricas de producción, paralelamente a la aparición de otros ámbitos y agentes económicos. El tejido social se complejiza ante la diversa presencia de residentes o foráneos provenientes del interior del país, denominados en términos generales *países*, que se encuentran asociados tanto a las actividades comerciales, de extracción de los diferentes “recursos” o de otro tipo de “inversiones” a lo largo del Pacífico, como a los programas y planes de “asistencia” y “desarrollo” estatales o de organizaciones no gubernamentales. Algunos de estos medianos poblados se han encontrado atravesados por enclaves industriales de extranjeros, fundamentalmente alrededor de las actividades de extracción minera, pesquera o forestal, mediatizados por la forma jurídica de las concesiones y permisos.

Por lo general las calles principales de estos poblados se encuentran pavimentadas y se caracterizan por un alto movimiento comercial que consta de graneros, puntos de venta de motores fuera de borda, venta de artículos y maquinaria para la práctica minera, así como de puestos ubicados sobre la calle en donde se vende ropa y accesorios, todos ellos con dueños o administradores *paisas*. Las pequeñas tiendas o puestos de venta de frutas, verduras y mariscos son manejadas, en la mayoría de los casos, por revendedoras de un mismo poblado. Igualmente, se encuentran el cementerio, la iglesia, las escuelas, colegios y, en muchos de ellos, al constituirse como cabeceras municipales, las alcaldías, notarias, inspecciones y sedes de distritos de las corporaciones, y otras instituciones estatales y de organizaciones no gubernamentales. Estas características hacen de los medianos poblados uno de los eslabones cruciales en la articulación de ese modelo poblacional disperso por los diferentes ríos, esteros, playas y manglares del Pacífico, con centros urbanos como Tumaco y Buenaventura y con la denominada “sociedad mayor”.

Las ciudades, por su parte, se constituyen en otro tipo habitacional a lo largo del Pacífico colombiano. Sin evidenciar una ruptura radical con su entorno, que imprecisamente puede denominarse rural, las prácticas y relaciones económicas y del intercambio simbólico adquieren una dinámica y orientación propias de un ámbito más marcadamente urbano. En realidad, una oposición tajante desde las categorías de campo/ciudad, rural/urbano carece de pertinencia en este contexto, no solo porque en los diferentes tipos de asentamientos se mantienen aspectos que podrían ser caracterizados como eminentemente rurales, sino también porque una parte significativa de sus habitantes efectúan actividades y poseen igualmente propiedades en las zonas rurales. Los vínculos son estrechos y el tejido de relaciones se materializa en múltiples aspectos.

En esta configuración espacial, los tipos de asentamientos señalados (residencial disperso, pequeños conglomerados residenciales, medianos poblados y ciudades) se encuentran estrechamente relacionados, no solo por la circulación de productos de unos a otros, sino también por la alta movilidad poblacional, consecuencia tanto de prácticas económicas y culturales como de la existencia de redes parentales que se tejen, por así decirlo, a través de los diferentes asentamientos descritos.

Guerra, coca y retros: desplazamiento y desgarramiento

A pesar de los recientes acuerdos entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Pacífico sur colombiano es todavía hoy un febril escenario de guerra y muerte, donde disidencias de las guerrillas, antiguos paramilitares, ejército y bandas armadas, muchas veces apuntalados por los intereses del narcotráfico y la minería, se disputan el control militar de la región. Todo esto ocurrió con una celeridad inusitada, y transformó radicalmente la región del Pacífico sur en unos cuantos años e

influyó de múltiples maneras en los pobladores locales y sus dinámicas organizativas (Agudelo 2004; Escobar 2004; Villa 2007). Estas disputas han tenido una fuerte incidencia sobre la vida de la gente negra y la región del Pacífico sur.

Las condiciones de existencia de la configuración espacial de redes de diferentes tipos de asentamientos son impactadas de múltiples maneras. El desplazamiento forzado de miles de personas, horrorizadas por masacres y amenazas a la población local, significó el literal vaciamiento de pequeños poblados y casas aisladas en gran parte de los ríos, esteros y playas de la región. Este vaciamiento fue orquestado por la implementación de una economía del terror (Taussig [1987] 2002), desplegada por grupos paramilitares, guerrillas, ejército-policía y bandas delincuenciales en nombre del control del espacio y las poblaciones. Asociados a diferentes empresarios de la muerte, los cultivos de coca florecieron en puntos estratégicos, a la par de laboratorios para su procesamiento y las estrategias y rutas en busca de mercados. Igualmente, los cultivos de palma africana, la extracción maderera y las retroexcavadoras y dragas para la minería encuentran un nuevo impulso en el marco de la economía del terror.

Los pobladores devienen en “desplazados”, recurren a la huida para evitar la barbarie de actores armados. Muchos son asesinados con la sevicia de una economía del terror que inscribe en cuerpos y espacios el arbitrario despliegue de la muerte. Un sentimiento de pérdida, fractura, parálisis, enajenación y violación se impone cada vez más sobre el sentido de lugar que surge para estas poblaciones en el marco de la economía del terror. Este sentido de lugar se ve intervenido no solo por las “acciones de guerra”, sino también por las “acciones tácticas y de movimientos” que las acompañan. Así se impactan no solo las prácticas, relaciones y cuerpos articulados al espacio de los pobladores, sino también sus imaginarios, sentimientos y experiencias del espacio (Escobar 2004; Oslender 2004).

Este contexto implica además la restricción de los movimientos regulares de las poblaciones y la fragmentación de su espacio mediante la imposición del terror. Estas restricciones a la movilidad sobre cuerpos y objetos, a las que algunos activistas han denominado *emplazamiento forzado* (Rosero 2002), son explícitas cuando se asocian a las prohibiciones enunciadas por los actores armados como parte de la disputa sobre el control de gentes y lugares. Tales restricciones, sin embargo, también pueden ser implícitas debido al sentimiento de inseguridad del lugar experimentado por los pobladores locales como consecuencia de la presencia real o imaginada de grupos armados.

Así, los bosques, el monte, los ríos o el manglar, esenciales para la subsistencia de los pobladores, se empiezan a asociar con el miedo, lo que altera drásticamente los usos y prácticas de la población local sobre el entorno. Para el caso particular de la pesca en esteros, era común que los pescadores prefirieran embarcarse en las noches, siendo el tiempo de luna menguante propicio para sus faenas. Sin embargo, como respuesta a

los robos, desapariciones e incluso asesinatos que se empezaron a presentar de manera continua en la región, son actualmente pocos los hombres que se arriesgan a continuar con esta práctica. Por otro lado, entre el 2001 y el 2005, piangueros y pescadores de la zona de Nariño encontraban cadáveres en los raiceros con rótulos en los cuerpos que decían “prohibido recogerlo”. La mayoría de los muertos llegaban desde el río Patía y Satinga llenando los esteros de cuerpos sin vida y acrecentando el temor de sus habitantes. Aunque en la actualidad esta situación se ha reducido, aún se siguen encontrando muertos en los raiceros.

Esta situación de violencia se ha extendido a tal nivel, que incluso transportarse en el día desde las veredas hasta los medianos poblados se ha convertido en un peligro inminente. Don Cheo, un hombre de 75 años, cuenta:

Yo iba pa allá a La Tola a vender mi pescado cuando llegan cuatro tipos en una lancha con un motor 150. Dos se pasan a mi canoa a robarme el motor y yo a no dejarme. Me metieron dos tiros, uno en la cabeza y uno en el brazo y me tiraron al agua, y menos mal que al momentico pasó por ahí un compadre que me ayudó. Estoy vivo es de milagro. (Entrevista con don Cheo, El Charco, Nariño, noviembre de 2017)

Mencionar estos casos permite comprender de manera un poco más precisa cómo la imposibilidad de la apropiación espacial efectiva, ya sea por el abandono temporal o permanente de los pobladores, ya sea por la restricción de la movilidad de personas, desemboca en la incapacidad, desde las prácticas de los pobladores locales y de sus formas organizativas, de definir una autonomía, apropiación y control sobre su territorio. Además, pone de manifiesto cómo las actividades económicas tradicionales y las relaciones desde las cuales se despliegan han sido impactadas ante la situación de guerra y violencia que se vive cotidianamente en la región.

A esto se suma el posicionamiento de un modelo nuevo de economía regional y local en el que las lógicas de producción, de organización social y de patrones de asentamiento se han visto erosionadas por el emplazamiento forzado, la desaparición de la demanda de productos locales o la avalancha de mercancías que llegan con los nuevos auges de la coca y la minería. Así, los patrones de consumo y los mecanismos de prestigio social se ligan cada vez más, y sobre todo en las nuevas generaciones, a nociones de bienestar individual que se hacen incompatibles, cuando no antagónicas, con las que operaban hasta hace algunos años y que eran en parte condiciones de existencia de la anterior configuración espacial.

Ahora bien, con respecto a esta erosión del sustrato económico-social sobre el que se fundaba la anterior configuración espacial, deben tenerse en cuenta dos aspectos. De un lado, no es un proceso homogéneo, ya que ha impactado de forma diferencial

a la región. Esto es, los efectos del “modelo nuevo de economía” en el sustrato económico-social del proyecto no tienen el mismo calado en diferentes lugares del Pacífico. De otro lado, este avance del “modelo nuevo de economía” y la consecuente erosión del sustrato económico-social no son absolutos ni han borrado de un tajo relaciones y racionalidades que han estado presentes en estas poblaciones desde generaciones atrás. Al contrario, las han subsumido o reorganizado bajo un ensamblaje en el cual se perfila su dominancia, pero no estamos ante un fenómeno de tábula rasa.

2. ACTIVIDADES ECONÓMICAS

Las aguas oceánicas del Pacífico sur, en lo que corresponde a los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño, reciben el agua de una docena de ríos principales⁸ que andan entre 80 y 400 km recogiendo decenas de tributarios, para finalmente fundirse con el océano en un imponente encuentro que da lugar a un ecosistema de suelos fangosos, manglares, estuarios y agua salada. Allí, en la tierra firme que bordea las anchas bocanas de los ríos, se levantan decenas de asentamientos de los diferentes tipos caracterizados en el capítulo anterior.

En estos pueblos mareños las condiciones de la geografía, del ecosistema y los particulares procesos de poblamiento han posibilitado el posicionamiento como actividades económicas de la pesca, la recolección de concha y, en las últimas décadas, la etapa final del proceso de producción y la exportación de la cocaína. Como veremos en otra sección, este modelo de producción ha vinculado a los mareños con los pobladores de los pueblos ribereños gracias a la circulación de los alimentos ofrecidos por el mar y los manglares. Aparte de los cultivos de coco y alimentos para el autoconsumo, la agricultura resulta difícil en múltiples áreas debido a la alta salinidad del suelo.

Pronto, tras adentrarse en las venas acuáticas, lo que localmente se entendería como *subir* el río⁹, predominan las tierras fangosas, particularmente en las zonas lindantes con grandes extensiones de manglar, como es el caso de Sanquianga, en Nariño. En las

- 8 Dagua, Anchicayá, Raposo, Cajambre, Yurumanguí, Naya, Micay, Saija, Babuey, Timbiquí, Guajuí, Napi, Guapi, Iscuandé, Tapaje, Patía y Mira.
- 9 El río es, entre tantas cosas, el principal referente de organización del espacio para sus pobladores. El correr de las aguas da sentido a las nociones de *arriba* y *abajo* en todo el eje del afluente y los poblados que lo componen. Subir el río indicará siempre ir en contra de la corriente, en dirección al nacimiento; y bajar implica seguir el curso de este. De ahí las nociones de *arribeños* y *abajeros* que se utilizan localmente para identificarse e identificar a los vecinos de los pueblos de las cabeceras y las bocanas, respectivamente.

regiones periódica o permanentemente inundadas por agua dulce se forman bosques pantanosos, llamados localmente bosques de *guandal* y *natal*, propicios para el crecimiento de árboles de maderas con amplia demanda nacional. La venta externa de la madera, obtenida tanto en los bosques de guandal como en los bosques bien drenados y poco inundables de las zonas medias y altas de los ríos, se presenta como actividad principal en muchos pueblos ribereños del Pacífico sur.

En las zonas medias y altas de los ríos, cuando el mar se ha alejado y los ríos fluyen imponiendo su ritmo al navegante, anchándose y estrechándose por tramos, la pesca deja de ser una actividad económica y se limita en general al autoabastecimiento. En este punto el flujo de dinero ocurre por la operación de variadas formas de explotación mecanizada de oro, que se realiza tanto en las llanuras aluviales como en los cursos de ríos y quebradas. Allí, locales y forasteros dedican buena parte de su tiempo a buscar entre barro y peña el mineral más valioso del mundo.

Los suelos aluviales de las orillas de los ríos son frecuentemente usados para la siembra de arroz, mientras que los mejor drenados, más dentro del bosque, suelen ser sembrados con plátano, maíz, papachina y otros alimentos que, en general, aunque con grados diversos de relevancia, sustentan la alimentación de sus cultivadores y ocasionalmente son la labor económica principal de algunos pocos pueblos, como los del río Tapaje (Van der Hammen 2012). Asimismo, tanto en los cursos medios como altos de los ríos, más cerca de la cabecera, el cultivo de hoja de coca para la venta de pasta base se presenta para un número amplio de poblaciones ribereñas como una de las actividades más importantes en términos de inversión de fuerza de trabajo.

En la parte alta de los afluentes, en los puntos más cercanos a su nacimiento, se intensifican la minería mecanizada y la explotación forestal. Durante el periodo colonial, fue allí adonde más fueron llevados esclavizados para trabajar en las minas, pero con el proceso de abolición se inició la densificación de las áreas medias y bajas de los ríos, que se profundizó en los siguientes siglos (Pavy 1967; West [1957] 2000; Almario 2005). En el pasado cercano, las fumigaciones aéreas de los cultivos de coca impulsaron procesos de migración de hombres y mujeres jóvenes, que hicieron de los pueblos de las cabeceras lugares poco poblados. Aunque es importante señalar que en el presente diferentes flujos migratorios asociados a la bonanza minera, o el rumor de la posibilidad de esta en algún río, hacen aumentar notoriamente la población de pequeños caseríos por algunos meses o años, para luego quedar desolados.

Entretanto, prácticas como la cacería, la pesca artesanal y la recolección de frutos y materiales que da el monte no se presentan como actividades destinadas al lucro, sino que complementan las demás labores en todos los pueblos del río y están orientadas al autoabastecimiento. Es central considerar este punto en tanto las actividades mencionadas, por las particulares redes de comercialización y relaciones de producción

en las que están sustentadas, suponen ingresos altamente inestables para los tuqueros, concheros y concheras, pescadores, mineros y mineras, etcétera, lo cual hace que en ciertos momentos estas actividades complementarias pasen a ser principales en el mantenimiento de la unidad familiar.

En el sur del Pacífico colombiano, no es frecuente que una persona se dedique por entero y se presente a sí misma a partir de una labor central a una actividad económica. Nadie dice “soy pescador”, “soy minero” o “soy pianguera”, pues aun cuando se dedique principalmente a esta actividad, también posee una basta serie de conocimientos en otras áreas que le resultan funcionales en la cotidianidad y para atender a necesidades concretas en diferentes momentos de la vida, porque no es igual la responsabilidad de una pareja joven con varios hijos y parientes a su cargo, que los compromisos de una pareja de viejos solos con hijos y nietos independientes. La trayectoria misma de los hombres y mujeres de esta región revela que resulta poco útil enfrentarse a la vida en este lugar entregándose de lleno a una sola labor.

Un viejo y experimentado pescador de un pueblo en Guapi estuvo largo tiempo durante su juventud trabajando como cortero de caña en el Valle y luego en Venezuela. Cuando regresó a su pueblo pasó casi cinco años trabajando en una mina junto a su hijo en un terreno heredado. Hoy, cuando está llegando a los setenta años, ha decidido tomarse la vida con calma y retomar la pesca como actividad principal. Su esposa, una mujer que hoy está entregada completamente a la agricultura, estuvo una decena de años cuidando niños y haciendo tareas domésticas en Cali.

Como se ha señalado en varios informes etnográficos sobre el Pacífico sur (West [1957] 2000; Pavy 1967; Friedemann 1974; Sánchez y Leal 1995, 2018), y como lo pudimos constatar mediante nuestros trabajos de campo, la poliactividad es una característica fácilmente observable entre la gente negra del Pacífico sur. Aunque en la actualidad esta característica se encuentra en declive, como parte de las dinámicas de economías extractivas específicas, buena parte de los campesinos negros suelen transitar entre actividades económicas con mucha frecuencia y facilidad. De una semana para otra, y a veces entre meses, cuando las ganancias son insuficientes, asunto frecuente en los diferentes poblados del Pacífico sur, la gente se mueve entre actividades para poder obtener los recursos básicos y el dinero. La poliactividad, como característica central de las formas de vida del Pacífico sur, se manifiesta materialmente en las viviendas, pues hay artículos prácticamente infaltables en el ajuar de herramientas de la unidad familiar: machetes, botas pantaneras, escopetas y balas, redes de pesca, canastos, hachas, bateas, trampas de agua y de tierra, canaletes, palancas y varas. Todos estos elementos revelan en lo cotidiano la variedad de saberes que poseen y las actividades que realiza la gente de la mar y los ríos.

El aprovechamiento de los recursos naturales disponibles, y las posibilidades y limitaciones que el medio ambiente impone, anudadas a las trayectorias y experiencias históricas de aprovechamiento de los recursos existentes anotadas en el capítulo anterior, hacen que en los poblados del Pacífico sur una actividad actúe como eje articulador de las demás actividades productivas. Estas, fuertemente imbricadas al mercado, movilizan la fuerza de trabajo existente en cada lugar, con el fin de producir “mercancías” para comercializarlas y obtener, entonces, ganancias en dinero que son ulteriormente utilizadas por los trabajadores para abastecerse de remesas, alimentos y mercancías para su subsistencia y la de su núcleo familiar.

En este libro, a estas agrupaciones de actividades eje las llamaremos *nodos económicos*, basados en la consideración de que la comprensión de su funcionamiento como prácticas productivas es, metodológicamente hablando, la forma de iluminar las racionalidades económicas que organizan las formas de vida campesinas en el Pacífico sur. Así, en este capítulo nos planteamos como objetivo central presentar una caracterización, etnográficamente construida, de las cuatro actividades que definen los nodos económicos que en la actualidad priman en la región. En el primer apartado presentaremos el nodo pesquero-conchero, que se manifiesta en la pesca y recolección de piangua. En la segunda sección analizaremos el nodo silvícola, que comprende la extracción forestal y del cogollo de la palma de naidí. Ya en la tercera parte caracterizaremos el nodo agrícola, con el cual abarcamos el cultivo de alimentos y, también, el cultivo de la hoja de coca. En la última sección presentaremos el nodo minero, haciendo énfasis en las formas mecanizadas de minería que priman actualmente en varios de los ríos. Entonces, los concheros, pescadores, tuqueros, cultivadores de coca, agricultores y mineros de ambos sexos se erigen como los grupos productivos más importantes del Pacífico sur, y es en ese sentido que nos proponemos adentrarnos en sus lógicas económicas, simbólicas y ecológicas para entender cómo estas configuran la organización de la fuerza de trabajo y son, en últimas, expresión de unas racionalidades económicas profundas que organizan buena parte de las formas de vida de la región.

Con esto no queremos decir que las actividades que definen los nodos económicos se erigen como las únicas actividades productivas, sino que se imbrican con una serie de labores según ciclos ambientales y culturales específicos, configurando así un sistema polivalente dirigido principalmente a responder al mercado y autoconsumo. Esta poliactividad o polivalencia implica que ninguna práctica económica se instaura en términos absolutos, es decir, siempre se complementa en mayor o menor medida con otras. En este sentido, el énfasis al usar nominalmente la noción de nodos está puesto en la correlación de intensidades con las que se realizan las diferentes actividades posibles, en donde una o varias de ellas tienen preponderancia en términos de intensidad y disposición temporal. Pensar en términos de nodos nos permite, además, destacar

la relación entre actividades económicas y características fisiogeográficas (L. Castillo 1978, 175) de los distintos contextos ecológicos presentes en un mismo río, que explicamos al abrir este capítulo.

La poliactividad, a pesar de su detrimento como resultado del establecimiento de ciertas actividades económicas, es fundamental aquí porque permite que los campesinos negros del Pacífico sur se movilicen entre actividades y nodos económicos con el fin de articularse durante ciertos momentos al mercado externo, pero, asimismo, replegarse a formas de producción para el autoabastecimiento cuando los ciclos económicos lo hacen necesario, tránsitos que Whitten (1992) reconocía en términos de estrategias. Solo por dar un ejemplo, en uno de los poblados donde realizamos trabajo de campo, el principal nodo económico es la explotación forestal, actividad de tiempo de lluvias, que se ve complementada por la minería y la siembra de hoja de coca, que toman relevancia en las épocas de sequía.

Antes de entrar en materia, queremos señalar que con la caracterización de cada nodo económico describiremos aspectos relacionados con las formas de organización de la fuerza de trabajo, materialidad e influencia de género y generación en el proceso de producción actual de alimentos, madera, oro y pasta base de hoja de coca. Los nodos están organizados siguiendo el río, según las actividades que predominan desde las bocananas hacia las cabeceras, lo que hace, entonces, que estemos realizando una presentación espacializada de las actividades económicas. Estas descripciones están apoyadas esencialmente en la aproximación etnográfica a estos modelos de producción en tres escenarios diferentes del Pacífico sur: la primera etnografía fue desarrollada en una vereda (de la zona de las mares en Nariño); la segunda, en un poblado (San Antonio, en el Cauca); mientras que la tercera etnografía se desarrolló en El Naranjo, Cauca, un poblado en donde habitan alrededor de doscientas personas que reparten su tiempo entre la silvicultura, la minería y la agricultura para el autosustento. Estas aproximaciones etnográficas están complementadas por un recorrido regional realizado por todo el equipo de investigación, y por la bibliografía existente que constituye un insumo en términos de contraste y complementariedad de la información.

Nodo conchero-pesquero

La presencia del imponente océano Pacífico, y de decenas de ríos que llegan hasta él, hace de la región referida un albergue de recursos hidrobiológicos de vital importancia para la seguridad alimentaria de todos los pobladores de la región. Pero, además, para los mareños y habitantes de la parte baja de los ríos, actividades como la pesca y la recolección de moluscos son labores de las cuales también obtienen algún dinero por la venta externa de estos productos que, hasta hace varias décadas, estaban destinados

al autoabastecimiento. El alto potencial del recurso hidrobiológico en la costa sur del Pacífico se debe a las masas de aguas uniformes por la influencia de Panamá Bight y la corriente de Humboldt, que convierten a esta región en *zona de convergencia intertropical* (ZICT), caracterizada por las bajas presiones adonde llegan los vientos alisos de los dos hemisferios (Narváez 2001).

En contraste con la costa norte del Pacífico colombiano, la del sur, que se extiende desde cabo Corrientes hasta el Ecuador, está dominada por amplias llanuras formadas por depósitos aluviales e inundadas periódicamente por agua salada que permite la existencia de amplios cinturones de manglar (Prahl 1989). En la zona norte de Buenaventura, en medio de acantilados rocosos e islas erosionadas, crecen bosques enanos de mangle. Y en las zonas más propicias para su proliferación, en donde la marea se encuentra con los sedimentos arrastrados por los ríos y se forman esteros y caños que desembocan en el océano, se dan distintas especies de mangle, como piñuelo, rojo, negro, blanco y picudo, de hasta 35 metros de altura (Narváez 2001). Igualmente, en los lugares donde ocasionalmente inunda el agua salobre aparecen formaciones de bosque de mangle nato.



Figura 3. Malla de pesca junto a manglar

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

La costa sur del Pacífico alberga manglares de gran extensión en las bocanas estuari-
nas de los ríos Cajambre, Yurumanguí, Naya, Micay, Saija, Timbiquí, Guapi e Iscuandé.
Y desde el río Iscuandé hasta el Patía se extienden las formaciones más amplias de
manglares de Colombia, influenciadas por los ríos Tapaje, La Tola, Amarales, Satinga y
Sanquianga, en donde estas formaciones pueden llegar a extenderse hasta 35 km tierra
adentro (Prahl 1989). En las costas de Tumaco y la frontera con Ecuador se levantan
algunos bosques de mangle de menor altura. Los tres departamentos que abarca el Pací-
fico sur alcanzan un área de manglar de 2.148 km² aproximadamente, de los 3.790 km²
de la superficie que ocupa este ecosistema en todo el país (Narváez 2001).

En la desembocadura de varios de estos ríos, en los pequeños espacios de tierra
firme que permiten los majestuosos manglares, están ubicados decenas de pueblos y
ciudades de pescadores, concheros y concheras, que encuentran en el agua salada y el
manglar su principal, y a veces única, fuente de empleo. Este ecosistema tiene una doble
condición: el albergue temporal de larvas y jóvenes especies de peces y moluscos, al
tiempo que provee alimento para ciertas ictícolas (Prahl 1989). Cangrejos multicolores
deambulan entre las raíces del manglar en busca de alimento o huyen despavoridos al



Figura 4. Vista de manglar en marea baja

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

menor indicio de la presencia de un intruso hacia los incontables hoyuelos de todos los tamaños que tapizan los suelos más alejados de la inundación periódica de las aguas. En las raíces no es sorprendente hallar pequeños caracoles que lentamente descienden o ascienden ante el ciclo cotidiano del agua marina.

De ahí que los *raiceros* sean el escenario privilegiado de trabajo de miles de hombres y mujeres que llevan décadas andando entre raíces empantanadas, aprendiendo y enseñando cómo enfrentarse a ellas sin correr peligro y, en esto, conseguir el dinero para enviar a sus hijos a estudiar, mejorar su vivienda y acceder a los artículos que inundan las calles de las cabeceras municipales. A continuación presentaremos una caracterización del proceso de recolección de concha y de las artes de pesca que actualmente se usan en este contexto biogeográfico, poniendo en discusión y complementando la información recolectada durante el trabajo de campo extendido en un pueblo pesquero-conchero nariñense, y algunas visitas y conversaciones sostenidas con pobladores de la bocana de los ríos Guají y Guapi, Cauca, con datos y reflexiones expuestas por otros investigadores.

Recolección de concha

Aquí hay que empezar por decir que la recolección de concha fue por varias décadas un hacer exclusivamente femenino¹⁰, en el que ocasionalmente ayudaban los niños. Sin embargo, el aumento en la demanda, principalmente desde Ecuador, ha hecho crecer la participación de los hombres. En las veredas de La Tola es frecuente ver hombres de distintas edades *conchando* en el manglar, aunque siguen siendo ellas quienes mayoritariamente realizan esta actividad¹¹, sin desatender otras labores feminizadas, como la preparación de alimentos para la familia o el cuidado de los niños y los adultos mayores. Una diferencia fundamental entre los concheros y las concheras está en que los hombres acuden a la recolección casi como última alternativa de ganancia económica, cuando no son viables la pesca o la extracción de madera; mientras que para las mujeres esta es una actividad principal, y para muchas de ellas su única fuente de empleo e ingresos. Esto es muy relevante en términos de la relativa independencia económica que logran las mujeres en este nicho ecológico, pues la venta de concha posibilita que, en contraste

10 Varias indagaciones han apuntado en la dimensión de género de esta actividad, en vínculo con el uso de los recursos naturales (Mera 1999; Padilla 2006) y con los procesos de organización (Guevara *et al.* 1998).

11 Esto nos animó a generalizar en femenino a lo largo de esta sección.

con la zona ribereña¹², las mujeres perciban un ingreso monetario por su trabajo y no dependan completamente de las ganancias de sus parejas y parientes hombres¹³.

En las raíces expuestas de los manglares no se encuentra un gran número de especies comercializables de moluscos, pero las existentes son altamente apetecidas y se hallan en gran volumen, como es el caso de la piangua. Para su recolección, las concheras se embarcan, generalmente en grupos, desde los caseríos hasta los raiceros a una hora determinada por la baja de la marea. Esto se puede dar entre las seis de la mañana en *puja* y el mediodía en tiempo de *quiebra*. En el primer caso, la jornada abarcará toda la mañana mientras que, cuando el agua seca al mediodía, las concheras estarán de regreso al pueblo durante el atardecer.

Los ciclos de *puja* y *quiebra*, dependientes de las fases lunares, configura las épocas de faenas de recolección, como los tiempos de la jornada de trabajo. La *puja*, como se le llama a la marea alta, es el momento más propicio para la recolección, debido a que los raiceros de donde se va a extraer la concha permanecen, diariamente, más horas libres de inundación. Los periodos de *puja* se intercalan con los de *quiebra*, es decir, con las mareas bajas. Los concheros van al raicero hasta el tercer día de *quiebra*, pues en los siguientes días el agua deja de inundar los raiceros después del mediodía, y, si se empieza la colecta a esa hora, puede llegar la noche en el monte, asunto poco deseable debido a los riesgos de perderse en medio del raicero, sufrir un accidente o, en el recorrido de regreso a la vereda, ser abordado y asaltado por grupos de *pícaros*, que por lo general roban el motor y la canoa y botan a la gente al agua o, en el mejor de los casos, la dejan abandonada en algún firme. Durante los últimos días de *quiebra* los concheros migran a otras actividades como la pesca y la agricultura, y las concheras se concentran en las tareas domésticas y agrícolas.

Las cuadrillas piangueras son fácilmente identificables por su indumentaria. Cubren sus extremidades completamente, usan botas pantaneras¹⁴, y en la cabeza, camisas y mantas para protegerse de las picaduras de zancudos, tábanos, jejenes, pejesapos y culebras de agua, pues centenares de estos se pasean entre las enredadas y salientes

12 En las zonas ribereñas algunas formas de producción agrícola y minera, en lugares específicos, permiten que las mujeres reciban un ingreso igual al de los hombres. De otro lado, en la explotación forestal, el cultivo de coca y algunas formas de minería mecanizada, las mujeres suelen vincularse a las cuadrillas de trabajo replicando labores feminizadas y pensadas para el ámbito del hogar, como la preparación de alimentos y el lavado de la ropa de las cuadrillas de hombres.

13 Este asunto es destacable también porque las uniones tempranas, generalmente de convivencia, entre los catorce y los diecinueve años, son muy frecuentes en las mujeres del Pacífico sur, lo cual deriva en altos niveles de dependencia económica de sus parejas, asociada a la deserción escolar, apropiación de roles de género y embarazos tempranos.

14 Aunque hay lugares o personas que prefieren hacerlo sin botas.



Figura 5. Concha o piangua

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

raíces, merodean y se acercan a los concheros. Lidar con esto impone un verdadero desafío para el pianguero novato y una lucha cotidiana para el experimentado. Algunas estrategias, como el uso de sahumeros hechos con las chombas¹⁵ del coco lavadas con petróleo y prendidas en fuego para generar humo y así espantar a los insectos, eran frecuentes anteriormente (Mera 1999; Guevara *et al.* 1998), pero el declive en la productividad los ha hecho optar por alternativas menos aparatosas, pero posiblemente perjudiciales para la salud, como aplicar petróleo directamente sobre la piel, a modo de repelente. Algunas concheras fuman cigarrillo durante la jornada con este mismo fin.

Aunque la acción de coleccionar concha es individual, suelen conformarse grupos para recolectar, y, como es necesario movilizarse, hasta veinte personas comparten una canoa para llegar hasta los lugares donde van a trabajar. También pudimos ver a algunas concheras que, a falta de canoa y motor, acuden en potrillo y canaleta hasta el manglar, si está cerca y es una posibilidad ir *bogando*. Pero como es lógico esto demanda

¹⁵ Parte de la palma del coco que sale entre los frutos.

una cantidad de energía que la mayoría prefiere evitar y optan por apartar un puesto la noche anterior en las canoas que salen desde el pueblo. Los dueños de estas canoas cobran una cantidad de piangua a cada conchera por llevarla hasta allí.

En San Pablo de la Mar salen alrededor de tres canoas de cuadrillas piangueras. Una de las más importantes se denomina Los Bastantes, y su nombre responde al número de piangueros que se embarcan en la canoa. Allí caben entre diez y quince personas. La canoa y el motor pertenecen a la señora Rosa, una mujer mayor que se dedicó gran parte de su vida a conchar pero que actualmente ya no va al manglar. Es dueña de la canoa y del motor que generalmente manejan su yerno o algún miembro de su familia. Cobra veinticinco pianguas a cada conchero, que es la cantidad establecida en la vereda, para poder ocupar un lugar en el bote.

Aquí, en la cobranza del transporte como en la conformación de las cuadrillas piangueras, desempeñan un papel central las relaciones de parentesco y cercanía. Suele ocurrir que cuando el dueño de la canoa es *familia*, este aplica una rebaja al cobro del transporte. Don Nicolás, que es el dueño de otra de las canoas de este pueblo, cobra veinte pianguas, pues casi siempre se embarca con sus parientes. Tampoco es raro que se compartan unidad doméstica, vínculos familiares o de amistad entre las personas que deciden conchar juntas; aunque no es un imperativo, pues las personas cambian constantemente de compañeros, y no siempre son sus parientes quienes están disponibles para conformar una cuadrilla. Otra opción para acceder a los raiceros es unirse a otras piangueras, conseguir un motor y una canoa prestada, y pagar entre todas el costo del combustible.

En cada jornada la pianguera decide en qué lugar va a trabajar, respondiendo a normas de respeto por los espacios aprovechados por otros y los ciclos de descanso que se le dan a la tierra. Por lo general, cuando salen en las cuadrillas más grandes, grupos de dos o tres personas se van quedando en los diferentes raiceros que, por medio del voz a voz que corre por el pueblo, saben que no han sido conchados recientemente. Usualmente eligen manglares grandes que les permitan movilizarse, aunque también algunos de ellos prefieren pianguar en puntas o islas pequeñas. Esta última estrategia se usa generalmente cuando van una o dos personas en potrillo, y les da la libertad para conchar en un sector y al poco tiempo embarcarse y movilizarse a otra punta o raicero cercano. Así, las faenas de recolección se realizan de manera rotativa entre esteros y no suponen nunca el uso de terrenos de “propiedad privada”. Cualquier habitante del pueblo puede conchar en el manglar pues es considerado como un espacio de uso y aprovechamiento común.

En las cuatro horas diarias que en promedio dura una jornada de trabajo, las piangueras intentan recolectar el mayor número de concha posible, ya sea *covando* o *mirando*, que son las dos técnicas existentes para hacerlo. La primera consiste en cavar



Figura 6. Hombre pianguando

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

con la mano huecos profundos en las raíces de los mangles para sacar la concha que se encuentra enterrada o en zonas donde se hacen pozas de agua. Para esta técnica se usa actualmente, de manera generalizada, un guante que brinda protección para no enterrarse ninguna astilla y también, hasta cierto punto, evita que los pejesapos penetren directamente en la piel. Por otro lado, está la técnica de mirar la concha desde las raíces. Esta estrategia requiere de una mirada aguda y experimentada que detecte entre el barro la piangua que está *chillada*¹⁶ o a poca profundidad. En cualquiera de los casos la recolección se realiza individualmente, pues en contraste con la pesca en el mar, la cooperación no hace parte de las exigencias propias de la actividad.

La preferencia por una u otra técnica es una respuesta al tipo de manglar en el que se está conchando. En los raiceros más poblados y con la tierra más sólida se elige pianguar mirando, mientras que en los terrenos blandos es más efectivo covar. En todo caso, inmediatamente después de agarrarlas, las conchas van a canastos individuales, “especialmente cuando han salido a conchar miembros de diferentes unidades

¹⁶ Expresión para referirse a la concha que se encuentra abierta en la superficie del barrial y que, al tocarla, se cierra dejando escapar un sonido que se asemeja a un chillido.

domésticas. Solamente cuando los miembros de una misma unidad doméstica han conchado juntos se mezcla la concha en un mismo recipiente” (Mera 1999, 73). En las cuadrillas también hay eventualmente niños o niñas; ellos empiezan entre los seis y los diez años a ir al manglar, primero como acompañantes de sus madres, observándolas y ayudándolas, y llegado el momento replican la acción y se proponen agarrar tantas conchas como puedan.

Esta dinámica la pudimos observar en la Pampa, un pequeño poblado ubicado sobre un firme amplio en medio de los manglares de la costa nariñense. En una de las siete viviendas que conforman esta vereda, vive una familia que se dedica a la pesca, la agricultura y a la recolección de concha. Mientras recorríamos el lugar, una pequeña de diez años expresaba: “yo cada vez que puedo me tiro al manglar con mis hermanos y a veces hasta faltamos a la escuela”. Después nos mostró emocionada una de sus manos, inflamada por la picadura reciente de un *pejesapo*, a lo que añadió que, en esos momentos, mientras deja que la picadura se *madure*, sí asiste a la escuela, ubicada en Pangamosa, muy cerca de su vereda.

Su hermana de catorce años, que con su machete en la mano nos abría unas pipas, aseguraba que prefería pianguar ya que es una actividad mucho más emocionante y divertida que estar encerradas en un salón de clases, además de representar un apoyo económico para su familia. Su madre, una mujer de alrededor de cincuenta años que sufre de intensos dolores musculares, ya no se mete al manglar, por lo que los hermanos se van solos a potrillo durante cuatro o cinco horas y regresan a casa con sus canastos llenos de concha. Teniendo en cuenta que en aquella familia hay actualmente tres pequeños que pianguen con regularidad y suponiendo que cada uno saque por jornada mínimo ciento cincuenta conchas, el aporte económico a la unidad doméstica es realmente representativo¹⁷. Considerando lo anterior, es comprensible que los padres no muestren ninguna preocupación ante la inasistencia de los pequeños a la escuela. De hecho, la mujer afirmaba que sin sus hijos las cosas serían realmente difíciles y que valora mucho el hecho de contar con su ayuda.

Sin embargo, en otras veredas y familias la asistencia de niños y niñas al manglar es vista con recelo. De hecho, en diversas ocasiones, varios padres jóvenes afirmaban que, si bien la piangua es un recurso que les ha permitido salir adelante, ahora sueñan con que sus hijos tengan opciones diferentes, como salir a una ciudad a prepararse para ser profesionales y tener un buen trabajo. No están dispuestos a permitir que pasen trabajo y que corran tantos riesgos heredando este conocimiento. Como afirmaba uno de los mejores piangueros de San Pablo, “el lugar de los niños es la escuela, no el raicero”.

¹⁷ Actualmente el ciento de concha se compra en \$ 15.000, es decir que el aporte económico por jornada es de \$ 68.000 aproximadamente.

Las piangueras caminan ágilmente entre los bejucos resbalosos, pues el suelo fangoso no ofrece ningún soporte, se agachan para no golpearse con las ramas que las sobrepasan y se sujetan sin mayor inconveniente cuando necesitan estabilidad. Luchan constantemente por no hundirse entre el barro que inunda el manglar y que les puede llegar a cubrir medio cuerpo, pues al ser una sustancia fría, el contacto constante con este puede ocasionar molestias y enfermedades (Mera 1999). Ocurren incluso accidentes fatales cuando, por ejemplo, una persona va a pianguar sola, se resbala y cae entre el barro, quedando sus piernas aprisionadas entre las raíces profundas, de modo tal que la subida de la marea se convierte en un momento mortal.

A pesar de las precauciones, las lesiones que se presentan mayoritariamente entre los recolectores son producto de caídas y de las picaduras de peces venenosos, como el pejesapo. Al pisar o coger con la mano estos animales, se clava inmediatamente una espina causando parálisis e hinchazón en toda la extremidad. Las concheras se cuidan mucho de estas picaduras, pues además de ser altamente dolorosas, pueden dejarlas incapacitadas por periodos de hasta una semana, difícil situación si, como es usual, el abastecimiento alimentario y económico de su unidad familiar, y de otros parientes



Figura 7. Canasto con la piangua recolectada durante tres días

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

con los que tiene obligaciones, depende de la venta o intercambio de la concha. La recolección de concha es altamente demandante y compleja, y

[...] se torna más físicamente exigente en combinación con el cuidado de los niños y bebés, durante el embarazo y la lactancia puede suponer costos significantes para la salud de ambos, tanto para la madre como para el infante, sobre todo en términos de demanda de energía. (Mera 1999, 76)

Erika, una conchera de veinte años, durante la estancia de trabajo de campo, empezaba a acostumbrar a su bebé a tomar tetero para poder dejarlo al cuidado de su suegra o de su hermana, y así regresar al manglar. La última vez que había salido al raicero fue cuando tenía siete meses de embarazo. Como había pasado la dieta y el bebé tenía cuatro meses, quería unirse a una cuadrilla pianguera en cuanto pudiera, para así volver a colaborar económicamente en su hogar, y además tener autonomía para comprar sus cosas y no tener que pedirle siempre dinero a Daniel, su pareja.

La habilidad de desplazarse rápidamente entre las raíces les permite ahorrar tiempo, si es necesario adentrarse mucho en el raicero para encontrar zonas que no hayan sido pianguadas recientemente y que además ofrezcan un terreno blando. La experiencia y habilidad son decisivas en la productividad. Hay quienes recogen dos o tres veces la cantidad de concha que sus compañeros trabajando el mismo tiempo. En esta dirección, hay que recordar que la producción también está condicionada por los particulares movimientos del agua, como nos explicaba Daniel, un experimentado conchero nariñense, a propósito de unas recientes y favorables faenas de recolección:

Que una puja esté buena significa que el agua sube más y seca más dándole más tiempo a uno y como que sale más concha. Mire, yo en cuatro días saque 1.710 pianguas, en cuatro días, 200 más, o sea, saque 1.910 pianguas.

Luego de realizar la recolección viene el momento del conteo de las conchas. En este proceso se separan las hembras de los machos, dado que las primeras, al ser más grandes y de coraza más dura, se reservan para la venta externa en los mercados internacionales, donde tienen un mayor precio. Por su parte, las conchas macho circulan localmente y son consumidas en las unidades domésticas de las piangueras y sus cercanos. En una ocasión, mientras los canastos de plástico ubicados en la azotea de la casa rebosaban de concha, llegó el comprador y empezó a hacer el conteo de las pianguas. Notamos que iba tirando a un lado las más pequeñas y, después de dar el número de conchas seleccionadas, las echó todas en un pesado costal y se retiró. Doña María, la dueña de la casa, tomó un canasto pequeño y, cuando empezó a recoger las que no habían sido

seleccionadas para la venta, nos dijo: “¿Quieren conocer al macho y a la hembra?”. Nos acercamos y nos mostró dos conchas, un macho y una hembra, a lo que añadió: “Vea, la hembra es más redonda y el macho tiene una forma más alargada. Además, las pianguas hembras botan un líquido y la gente dice que ‘menstrúan’, como las mujeres”. Aunque al cocinarlas saben exactamente igual, el macho no se vende porque la concha es más débil y se daña más rápido.

La concha colectada puede durar diez días antes de morir y resultar tóxica. Por esta razón, la mayoría de los compradores de las veredas tienen en la parte trasera de sus casas corrales de concha hechos en madera con techos de zinc o de hojas de palma de coco. Dichas estructuras son construidas en las partes inundables con la finalidad de que las pianguas puedan beber agua y mantenerse vivas, mientras los comerciantes reúnen una cantidad considerable para su venta en masa. En este sentido, la rápida comercialización es fundamental, y se da sin mucha dificultad, pues en los pueblos donde este es un nodo económico circulan conchas en pago de alimentos en las tiendas, artículos y servicios cotidianamente.

Por su parte, los tenderos, vendedores de alimentos o combustible suelen estar muy interesados en intercambiar sus productos por concha, que después revenden a los compradores que llegan al caserío y derivan así un ingreso de su posición de intermediarios. Es muy frecuente que las piangueras pidan fiadas cantidades pequeñas de alimentos en las tiendas, y que paguen en concha a la vuelta de unos días, cuando vayan al manglar. Estos actores locales que se conectan con el mercado externo desempeñan un papel importante en las relaciones económicas verticales que se tejen en los procesos de producción de diferentes materias primas (Pavy 1967; Whitten 1992; Mera 1999). Ahondaremos en el papel de los intermediarios, que están presentes en todas las cadenas de comercialización de las distintas mercancías, para elaborar algunas reflexiones en torno a su actual influencia en las relaciones económicas que alimentan las lógicas de poder local, elemento que se profundizará en el siguiente capítulo.

Los compradores de concha que llegan a los pueblos mareños son en su mayoría oriundos del Ecuador, ya que el principal destino de la piangua sacada en el Pacífico sur es San Lorenzo, en la provincia de Esmeraldas, desde donde se distribuye hacia el centro del vecino país. Ellos llegan a cada pueblo con sus embarcaciones y pagan por ciento, docena o kilo de piangua, pues cambia la referencia entre ríos, a precios que rodean los \$ 15.000, \$ 17.000 y \$ 20.000, respectivamente. En algunos poblados ocurre que no llegan directamente los compradores ecuatorianos, sino que

[...] ellos vienen y dejan la plata, a una persona que es recomendada, y esa persona tiene un negocio, esa persona con esa misma plata compra la gasolina y le da la canoa al que va, y compra arroz, panela, comida, y la gente por semana saca una

remesa, y por obligación tiene que venderle a él más barato que lo que lo pagan en Guapi, por el bendito intermediario, porque la gente no tiene un capital. (Entrevista con Esneda Montaña, Quiroga, Guapi, 5 de marzo de 2018)

Cuando la demanda de piangua desciende, en algunos pueblos del Pacífico sur, las concheras optan por recolectar otros productos como la almeja, que se encuentra en las orillas del mar, en la arena lavada por las olas; la zangara, que es una concha de gran tamaño que se recoge en los *bajos*; caracoles pequeños llamados piacules, que se encuentran pegados a las raíces del manglar; y jaibas. Estos otros tipos de recolección han estado presentes como prácticas de autoabastecimiento alimentario de las familias y los pueblos mareños, de modo que especialmente las mujeres están relacionadas con este quehacer, pues ir en busca de conchas y caracoles hace parte de sus memorias infantiles.

Sin embargo, migrar a otro tipo de recolección como fuente económica es una posibilidad solamente cuando las concheras han logrado establecer contacto con compradores en Buenaventura, intermediarios que hacen llegar estos productos a restaurantes en las ciudades, en donde se venden preparados a precios realmente altos. El costo de un plato cuyo ingrediente principal sea el langostino, unos 250 gramos, puede ser de \$ 35.000, y el kilo de este camarón de mar apenas alcanza los \$ 20.000 en Buenaventura.

En el caso que conocimos de aprovechamiento comercial de otras especies, es una organización de piangueras la que actúa como intermediario entre las concheras de los ríos y el comprador en Buenaventura. Así, procesos muy concretos, como la conformación de organizaciones o procesos migratorios que derivan o no en la circulación de los recursos en el mercado externo, explican cómo en poblados ecológicamente similares, a lo largo del Pacífico sur, existan más o menos actividades económicas similares.

Pesca

En la región del Pacífico sur existen dos modalidades de pesca: la que ocurre en los mares, exclusivamente masculina; y la de los ríos y quebradas, en la que participan tanto hombres, como mujeres y niños. La producción de esta última está destinada al autoconsumo, mientras que la pesca marítima, en la cual nos enfocaremos, está en buena medida articulada como una actividad destinada a producir para el mercado, a pesar de que en algunas partes exista la coexistencia de las formas monetizadas, con otras de redistribución y autoconsumo¹⁸. En la costa pacífica nariñense la actividad

¹⁸ A manera de salvedad, nos concentraremos en la pesca marítima sin ahondar en la agroindustria pesquera, debido a que allí operan dinámicas muy particulares que no pudimos observar durante el campo, tal vez producto de la perspectiva metodológica que privilegiamos.

pesquera es sumamente importante, en tanto de allí sale aproximadamente el 40 % de la producción nacional de pescado (Narváez 2001).

Como hemos anotado, la presencia del mar provee una serie de alimentos entre los que se destaca una gran cantidad de peces que los hombres mareños buscan atrapar, usando distintas artes, para el autoconsumo de la unidad doméstica, para distribuir entre su red de parientes y cercanos, y para vender y adquirir algunas ganancias en dinero. La elección de una u otra arte depende de varios factores, como son las exigencias ambientales pues, según veremos, algunas artes son exclusivamente usadas en los esteros o en la mar; o por las restricciones institucionales asociadas a la protección del ecosistema, en tanto algunas de las técnicas que describiremos a continuación están prohibidas o reguladas, especialmente en los pueblos ubicados dentro de zonas protegidas, como el Parque Natural Nacional Sanquianga.

Las armas o artes de pesca marítima, como se les denomina localmente, se componen de redes —*chinchorros*, *trasmallos* o *malladoras electrónicas*— y de líneas de anzuelos, como cabos, volantines y espineles. El chinchorro es una red de una longitud entre los 100 y 200 metros con una anchura superior a los 4 metros, que conforma hacia su parte media una suerte de bolsa o *buche*. En la parte inferior de la red se encuentran unos lastres



Figura 8. Pesca con malladora en estero

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

de plomo o de piedra; en la parte superior presenta fragmentos de icopor o corcho que, a manera de boyas, se mantienen en la superficie una vez lanzada la red. La combinación de lastres y flotadores permite que la red adquiera una posición vertical una vez está dentro del agua y, así, impedir más fácilmente la salida de los peces (Olarte 1978, 45).

El chinchorro se utiliza necesariamente para pescar en el mar por un grupo de hombres que lo transportan en una canoa hasta el lugar escogido para efectuar la pesca; una parte del grupo se queda en la playa más cercana sosteniendo uno de los extremos del chinchorro mientras la otra se dirige al mar y lo lanza paulatinamente al agua con cuidado de no enredarlo, y regresa a la playa conformando un semicírculo para recuperar manualmente el chinchorro desde la playa con los peces atrapados en su *buche* (Arocha 1990, 70; Corsetti, Motta y Tassara 1990, 108; Olarte 1978, 45-46). Finalmente, otra forma de utilización del chinchorro, como variante de la anterior, consiste en lanzar la red en el mar utilizando para ello dos canoas:

[...] el *chinchorro* es una gran red que se extiende en el mar entre dos embarcaciones y se va arrastrando hacia la playa, donde se requiere la ayuda de numerosas personas para poder recoger el producto de la pesca, participando todos los presentes en el resultado. (Arango 1984, 153)

Sin importar la técnica utilizada, la práctica de la pesca con chinchorro responde a modalidades de pesca diurna, y jamás se realiza de noche.

El trasmallo, por su parte, es una red menor que el chinchorro en tamaño, lo que lo hace mucho más fácil de transportar y operar. Se utiliza en la pesca en el mar, y también en bocanas, esteros y ríos. La pesca con trasmallo se realiza de manera diferente a la efectuada con chinchorro. El trasmallo se extiende en el mar, en una bocana o estero, con el propósito de que, al paso de los peces, estos queden atrapados en el calado del tejido. En este sentido, los pescadores, después de lanzar el trasmallo, se dedican a revisarlo desde la embarcación misma, sin necesidad de retirarlo ni de efectuar otro lance; cosa que, por lo demás, no se descarta cuando la pesca no es la mejor.

Otra forma de colocarlo es formando un semicírculo con algo firme, una peña o una playa y teniendo la marea alta de modo que flote y los peces entren en el semicírculo por debajo de la malla. Al bajar la marea quedarán encerrados desde el momento en que las boyas toquen el fondo o plan. El pez tratará de atravesar el calado y en el intento quedará atrapado por las agallas. (Olarte 1978, 46)

Otro modo de extender el trasmallo, esta vez necesariamente en bocanas o esteros, consiste en arrimarse lo más silenciosamente posible a una orilla y amarrar un extremo

de una fuerte raíz de mangle u otro elemento que resista, para luego desplazarse remando hacia el centro del estero o bocana con el objeto de regresar a la misma orilla después de realizar una *U*. Cuando la segunda punta esté amarrada y se haya conformado la *U*, se golpea el *plan* de la canoa mientras esta se mueve lo más ruidosamente posible con el propósito de que los peces, alarmados, intenten escapar y queden atrapados en el calado del tejido. El trasmallo puede extenderse durante el día, casi siempre en las primeras horas de la madrugada, o durante la noche, lo cual implica que los pescadores se queden en su embarcación examinándolo o, cuando la vivienda es cercana, pasen dos o tres veces en el transcurso de la noche a hacerlo.

Una forma particular en el uso del trasmallo es el taponamiento de las salidas o pequeñas corrientes de agua en los esteros que se secan cuando se retira la marea. Esta modalidad, sin embargo, se describe precisamente con la utilización de la *milera*, red realizada exclusivamente para este tipo de pesca (Olarte 1978, 46).

El mallador electrónico es la última de las redes utilizadas por los pescadores negros que habitan las zonas de los mares en el Pacífico sur, y con la cual obtienen recursos en el mar, las bocanas de los ríos y los esteros. El mallador es una red hecha de plástico, que se comercializa por rollos y metros en casi todos los locales comerciales de las



Figura 9. Trasmallo utilizado para atrapar guacuco en ríos

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

cabeceras municipales. Con un calado mucho más pequeño que el del chinchorro y el transmallo, con el mallador se pueden atrapar peces y camarones de los más diversos tamaños. Este arte de pesca es utilizado por la mayoría de pescadores que trabajan para intermediarios o empresas pesqueras que posteriormente transportan los productos extraídos del mar a Buenaventura, desde donde son comercializados al resto de Colombia. Las ganancias obtenidas en las faenas de pesca se reparten a partir de la relación del *puesto*, en la que profundizaremos en el siguiente capítulo. Estos pescadores trabajan con las canoas denominadas *viento y marea*, en las cuales pasan faenas de entre dos y cuatro días, lo que hace imperativo habitar en la canoa y realizar en esta todas las actividades diarias. Según nos explicaba un adiestrado pescador del Pacífico caucano, en estas canoas se realizan tres lances de dos o tres mallas —dependiendo del tamaño de la canoa y de la producción que se busca—. En el tiempo que transcurre entre lances, los pescadores se dedican a arreglar los productos y a ponerlos en hielo para que así no se dañen mientras son transportados a la zona donde las empresas los almacenan antes de llevarlos al puerto.

Además de este tipo de uso del mallador electrónico, claramente destinado al mercado externo, varios pescadores artesanales han comenzado a utilizar este arte con el fin de obtener elementos para comercializar en forma de ensartas y que, de igual forma, les sirven para su sustento. A pesar del uso extendido de esta técnica de pesca, la presencia del mallador electrónico genera varias tensiones, especialmente cuando las faenas se realizan en espacios compartidos con pescadores que utilizan técnicas de anzuelos. Durante una faena de pesca en la cual pudimos acompañar a un hombre mayor de la zona de Guapi, él nos comentaba que el mallador electrónico se ha convertido en un problema en dos sentidos: el primero es que, debido al pequeño tamaño del calado, muchos de los pescados pequeños que quedan atrapados, a pesar de ser regresados al agua, mueren un tiempo después; en segundo lugar, las personas que utilizan el mallador de manera artesanal, en muchos casos, no tienen cuidado con la presencia de cabos y volantines y, al momento de recoger la red, terminan por romper la línea de anzuelos, perjudicando a la persona que está utilizando la otra técnica (Pedro J. Velandia, diario de campo, 4 de abril de 2018).

La pesca con *líneas de anzuelos*, por su parte, se practica tanto en las zonas costeras como en aguas más abiertas. El cáñamo o el nailon son usados como la línea madre de la que se desprende un significativo número equidistante de cabos con anzuelos que varían en tamaño, cantidad y carnada, de acuerdo con la especie y el lugar donde se efectúa la pesca. Las líneas de anzuelos son lanzadas desde la canoa. Los extremos de la línea poseen lastres que posibilitan una posición adecuada a los cientos de anzuelos. Estos lastres se articulan en dicha función con boyas realizadas a partir de recipientes plásticos sellados, o de otro tipo de material flotante, que impiden el hundimiento de la



Figura 10. Faena de pesca con calandro

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

línea. Con las líneas de anzuelos se pueden pescar desde jaibas —especie de cangrejos—, como lo referencia Arocha (1990) para la ensenada de Tumaco, hasta tiburones, como señala Whitten (1992) para el caso del sur. Con respecto al *espinel* o *palangre*, señala Olarte (1978) que

[...] consiste en un llamado cabo maestro que es un cable de longitud variada, del cual penden anzuelos distanciados entre sí aproximadamente 2,50 metros. En cada extremo existe una boya y en uno de ellos un lastre de plomo de 1 kg; y en cada 50 anzuelos uno de 0,5 kg. (Olarte 1978, 47)

El *calandro*, por su parte,

[...] consiste en una larga cuerda de nylon, de la cual aproximadamente cada 2 mts sale otra cuerda de la cual pende un anzuelo. Cada cuerda del calandro puede tener hasta 50 anzuelos y la forma de lograr que queden flotando es por medio de boyas distribuidas a lo largo de la cuerda principal y de sachos o piedras que sirven de plomada para que los anzuelos se hundan. (Arango 1984, 152)

En cuanto a los *volantines*,

[...] son cuerdas de nylon con 8 o 10 anzuelos, para pescar en bancos que están a más de 100 brazas de profundidad, pero los cuales son aun visibles desde la costa. Los manejan grupos de cuatro pescadores que usan canoas ensanchadas con una cava para *enyelar* la captura. Catean el banco con un lance de prueba: el piloto echa una línea de prueba. Si tiene éxito, los otros arrojan sus anzuelos y van haciendo un poco de trolling, hasta que las presas de las izadoras toquen fondo. Después de un rato, sacan los volantines y, dependiendo del número de peces, marcan el lugar con una boya. Luego la canoa ensanchada gira alrededor de la boya. Cada faena implica pasar la noche en alta mar, y regresar al otro día con el pescado enyelado. (Arocha 1990, 77)

Entretanto, la *milera* es una red realizada con cáñamo, utilizada exclusivamente para una técnica de pesca en los esteros denominada *atajar*, posible únicamente en la zona estuarina del Pacífico debido a los altos niveles en sus mareas (Prahl, Cantera y Contreras 1990, 162). Aprovechando la profunda influencia de las mareas en los esteros, que hacen aparecer y desaparecer con su ritmo las aguas de medianos y pequeños canales, la milera se instala en una entrada, cuando la marea está baja, ayudándose de varas que se cortan del mismo manglar y se entierran en el suelo fangoso. Se deja entonces que la marea suba y con ella los peces que, en busca de comida, ascienden por los innumerables canales inundados; antes de que la marea empiece a bajar, se extiende la milera imposibilitando la salida de aquellos peces que se han adentrado en el canal o *quebrada*. Cuando se retira la puja, los peces quedan atrapados en la milera o son agarrados con la manos o machetes entre el fango. El trasmallo puede ser utilizado para *atajar* en los esteros al igual que la milera (Arango 1984, 152).

La *atarraya* es una red circular de fino calado con plumadas en un extremo mientras que del otro pende una cuerda que mantiene el pescador en su mano para recuperar la red. Lanzada generalmente desde la canoa, no requiere la participación de muchos pescadores: con dos es suficiente, pero uno solo puede realizarlo sin mayores complicaciones. En los estuarios se construyen trampas denominadas *pantallas* o *esterados*, existentes igualmente en la zona de los ríos, pero que permiten atrapar los peces aprovechando la influencia de las mareas, como se describe en el caso de la técnica de la *atajada* con mileras (Whitten 1992, 82).

El producto de la pesca en las mares es destinado tanto para la venta como para el autoconsumo. Allí encontramos especies como corvina, lisa, pargo, bagre, sierra, toyo, mero, dorado, jurel, gualajo, pelada, entre otros. Se vende a los compradores que se movilizan hasta los sitios mismos de pesca o los pescadores se dirigen, en sus canoas, hasta los cuartos fríos donde les pagan su producto. Otros, sin embargo, ofrecen directamente

el resultado de su pesca en los mercados de los medianos poblados o ciudades, ya sea *fresco* o *seco*; es decir, después de tajarlo y secarlo al sol con sal.

De la venta en los puestos o por las calles de los medianos poblados o ciudades se encargan generalmente mujeres. Buena parte de la producción pesquera y camaronera de las bocananas es vendida por los mismos pescadores o por intermediarios en los pueblos de la zona media y alta de los ríos, en forma de ensarta o por libras. El valor del pescado varía entre \$ 10.000 y \$ 40.000. Los más costosos y apetecidos en los ríos son pargo, corvina, bagre y pelada. El pescado para el autoconsumo se utiliza tanto en el ámbito doméstico como para distribuir entre los parientes o amigos cercanos que no tienen en ese momento acceso a este alimento.

La pesca en el área de los esteros exige una menor especialización y la participación de un número más reducido de pescadores que en el caso de la pesca en el mar con chinchorro. En este sentido, los pescadores son dos o tres, si se trata de un trasmallo o una milera, pero se pueden reducir a solo uno si se pesca con cabo. Aunque continúa siendo una actividad masculina, el estero y los manglares los comparten con las mujeres



Figura 11. Pescado seco para la venta

Fuente: fotografía de Eduardo Restrepo.

dedicadas a las prácticas de recolección de cangrejos y conchas. Ello, sin embargo, no significa que se desplacen conjuntamente hacia los estuarios; tanto concheras como pescadores configuran grupos de trabajo distintos, sujetos a ritmos y técnicas diferenciales.

En la conformación de los grupos para la pesca de esteros, dada la menor “especialización” y lo prescindible de canoas a motor, prevalecen las relaciones de parentesco, se configuran a partir de los hombres de una misma unidad doméstica. Ello no significa la ausencia de grupos de pescadores más allá de las relaciones parentales del “grupo doméstico”; no obstante, cuando ello sucede, son las relaciones de *sociedad* las que prevalecen (ver capítulo 3).

Las tecnologías mencionadas se encuentran sustentadas en saberes y representaciones que posee cada individuo como patrimonio legado por las generaciones anteriores. Así, por ejemplo, los sutiles cambios de colores y los cuasi imperceptibles contrastes en el flujo del agua, insignificantes para quienes son extraños a esos sistemas culturales del Pacífico, son indicios fundamentales de la profundidad de las aguas y de su comportamiento y, en consecuencia, no solo permiten escoger el sitio adecuado —de acuerdo con la hora del día y la época del año— para lanzar las redes o anzuelos, sino que también posibilitan maniobrar las canoas de motor o los pequeños potrillos. Como afirma Jaime Arocha (1990):

El cordón bajío de la ensenada le pinta colores al mar y causa turbulencias particulares. Mediante esos y otros datos, los pescadores infieren el relieve marino y dibujan los mapas mentales que guían en sus recorridos en busca de peces, moluscos y crustáceos. (39)

Al término de la faena, el producto de la captura puede ser vendido a personas del pueblo que actúan como intermediarios o se puede comerciar en medianos poblados o ciudades. Sin embargo, los pescadores de bocanas y esteros, además de presentar un menor volumen de captura, generalmente se dedican solo algunos días de la semana a ello, con lo cual la comercialización de su producto es más puntual que en la primera modalidad de pesca.

Como la utilización de estas técnicas de pesca implica la participación de grupos mayores o menores de pescadores, la distribución del producto de la jornada se encuentra condicionada por las relaciones que constituyen el grupo y la propiedad sobre las redes, líneas de anzuelos, canoas y, en caso de utilizarlos, motores.

Por decir así que usted tenga la embarcación, el motor y la malla suya y, y yo voy a pescar, yo trabajo con la lancha suya, permanezco quince días, yo puedo llenar la lancha de pescado, cincuenta canastas de pescado, toditas se las entrego a usted,

y usted verá a quién le reparte, a quién le vende. Liquidamos, vemos cuántos kilos se pesaron, hablamos de precio después de usted darme lo de yo pagarle a los compañeros, a los marineros, saco la gasolina y ya el excedente nos lo repartimos, y si quedó \$ 10.000.000, \$ 5.000.000 son suyos, y de los otros vamos a repartir en dos, una parte para usted y otra para mí. (Entrevista con Milciades Vergara, Buenaventura, Valle del Cauca, 27 de marzo de 2017)

La anterior es la explicación de un pescador, poniéndonos en el lugar de algunos compradores de pescado de la galería de Buenaventura. En el caso de los pescadores que destinan el producto de su trabajo a la venta en las pesqueras, es usual que los dueños de estas financien las faenas de pesca, en caso de que los pescadores no estén en capacidad de costear el combustible y la comida de los diez o quince días que van a estar en altamar. Sin embargo, el endeudamiento de los pescadores ocurre, más que por la falta de herramientas para la pesca misma, por la inexistencia de sistemas de



Figura 12. Mujeres destripando y vendiendo pescado

Fuente: fotografía de Eduardo Restrepo.

refrigeración¹⁹ en la zona rural que posibiliten el mantenimiento del pescado, lo cual los obliga a establecer este tipo de relación con los propietarios de los cuartos fríos.

Nodo silvícola

Una de las características biofísicas más preponderantes y estereotípicas de la región del Pacífico es la amplia presencia de bosques naturales. Los árboles altos, la vegetación densa, casi jadeante, y el tamaño de todo lo vivo que se alberga en cualquier punto de las 3.500.000 ha de bosque natural del Pacífico sur (Ideam 2015) no pueden nunca pasar desapercibidos para el forastero, y para la gente que lo habita y tiene allí la fuente de su sostenimiento, los materiales de sus viviendas, sus remedios y alimentos. Es el albergue de lo divino y lo humano, lo creado por Dios y lo cultivado por el ser humano, reto y posibilidad.

Los primeros desplazamientos que se realizan por las diferentes venas acuáticas del Pacífico sur resultan una experiencia impresionante para quien visita por primera vez la región. A lado y lado de los ríos y quebradas despunta la majestuosidad de los árboles, cuyas copas albergan una inmensa variedad de aves y mamíferos. Al ingresar a esos bosques, en compañía de una cuadrilla de tuqueros, la perspectiva cambia totalmente. Lo que aparece como naturaleza infranqueable, casi que un espacio reservado para que el ser humano jamás penetre, se convierte en un lugar con varios senderos. Marcas de machetes muestran el camino que se debe seguir entre los bosques en medio de los cuales se desplazan pequeños hilos de agua que, con las crecientes, se juntan con las quebradas. El verde es el color que marca la pauta a la vista, y a las pisadas se escucha el quebrarse de un sinfín de ramas y hojas. En las mañanas, cuando comienzan las jornadas, el color del bosque se ve acompañado por el cerro, como llaman en la región a la neblina, haciendo que al verde se sume el blanco que, unas horas después, se convierte en humedad que se pega al cuerpo.

Y es que no puede ser de otro modo, pues aproximadamente el 75 % del área del Pacífico colombiano corresponde a coberturas de diferentes tipos de bosque. En el Pacífico sur específicamente se hallan bosques de manglar, guandal y llanuras ribereñas de bosque húmedo tropical, de composición heterogénea que se extiende hasta las estribaciones de la cordillera Occidental. Cada uno ofrece una serie de productos vegetales y animales cuya apropiación ha sido la base del proceso de adaptación de los pobladores a este ecosistema.

¹⁹ Es necesario considerar que actualmente las zonas rurales del Pacífico sur no cuentan con servicio de energía eléctrica permanente, sino únicamente durante cinco horas al día.



Figura 13. Bosque natural en la parte alta del río Guapi

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

Adicionalmente, como vimos en el anterior capítulo, el aprovechamiento comercial de productos vegetales, como las cortezas para la producción de tanino, semillas de tagua y maderas, ha tenido un lugar en la economía regional. Actualmente en el Pacífico sur ocurren varias actividades silvícolas, tanto de recursos maderables como no maderables, que van desde la recolección de frutos y el corte de madera hasta el aprovechamiento de bejuco medicinal. Buena parte de estas labores están orientadas al autoconsumo, y dos de ellas están fuertemente articuladas al mercado de maderas y alimentos, constituyéndose como actividades nodales en decenas de poblados de la región. Estas son la explotación de maderas bastas y finas y la extracción de cogollos de palma de naidí.

Tanto el aprovechamiento de la madera, que es el bien más comercial del bosque (Silva 2006), como la recolección de los cogollos de naidí, que han tomado inusitado protagonismo comercial en las últimas décadas, suponen el despliegue de técnicas silvícolas que nos proponemos describir con el objetivo de iluminar factores constitutivos de la racionalidad económica de las poblaciones que viven en y de los bosques ribereños de esta región.

Palmito

Había pasado el mediodía y nos encontrábamos compartiendo el almuerzo con líderes locales, algunos miembros de un consejo comunitario de un río en Guapi y los integrantes de un equipo de investigación de una universidad privada de Bogotá. Estos últimos, apoyados económicamente por una ONG extranjera, se habían propuesto un asunto nada sencillo: en unas pocas sesiones de talleres y encuentros realizados en distintos ríos, comprender las formas locales de administración de la justicia. Conversábamos y una de las universitarias destacó su gusto por el jugo morado, dulce y espeso que acompañaba el sudado de jaiba que compartíamos. “Ese es el naidí, ustedes pueden verlo ahí en el monte, son unas palmas altas”, decía en respuesta Gerardo, un hombre mayor, mientras señalaba el bosque detrás de la caseta en la que nos encontrábamos. “De esa misma palma es que se saca el palmito”, agregó. “¿Palmito? ¿El de las ensaladas?” preguntó sorprendida la joven, y uno de sus compañeros continuó: “¿el que venden enlatado?”. “Sí, pues nosotros aquí comemos es el fruto, el cogollo se lo venden a un señor Matallana en Guapi”, aclaró Gerardo.

La conversa desembocó en una interesante discusión acerca de los conflictos asociados a la explotación de la palma que se conoce, en el Pacífico sur, como naidí²⁰. La afirmación de Gerardo además arrojó luz sobre una característica compartida con algunas de las economías extractivas que aquí abordamos. Es una actividad cuyo producto se destina por entero a la comercialización externa, y supone el dilema de que mientras su producción es fundamental económicamente para un buen número de familias, termina por afectar aspectos centrales de la vida local, como la seguridad alimentaria, pues ya se ha destacado el protagonismo que tiene el fruto de esta palma en la nutrición de los pocos pueblos que tienen el privilegio de acceder copiosamente a este (Montenegro y Rosales 2015).

Las palmas son un recurso abundante y muy utilizado en las tierras bajas del Pacífico. En la región se encuentran 30 géneros y 86 especies, de los 44 géneros y 231 especies que existen en Colombia. Y aquí al igual que en otras comunidades rurales de América, predomina el aprovechamiento de los productos forestales no maderables derivados de las palmas (Ledezma 2014). En lo que respecta a la palma de naidí (*Euterpe oleracea*),

20 En Chocó y Urabá, especialmente en la zona de influencia del río Atrato, se le denomina murrapo; en el noreste de Antioquia, en la zona de influencia del río Nechí, es llamado tapafrío o palma triste; las plantas cultivadas en el río Amazonas se denominan asaí de Pará o simplemente pará, en tanto que las cultivadas en el Vaupés y Guainía se conocen como manaca brasilera (Bernal y Galeano 2010, citados por Vallejo 2013, 15).

es necesario diferenciar dos tipos principales de uso²¹: del fruto, que se ha hecho históricamente, y del cogollo, de donde sale el palmito “de las ensaladas”, cuya práctica fue aprendida por los corteros cuando se inició su comercialización externa.

El fruto de la palma, que son esferas de color morado o negro con un diámetro de entre 1 y 2 cm, es consumido en jugos, bebidas calientes y frías llamadas *cernido*, helados o en *pepiado*, durante las dos cosechas anuales. Este último es una golosina muy apetecida en el contexto regional que se prepara cocinando el fruto, macerándolo para despulparlo y agregándole una buena cantidad de azúcar. Comerlo es todo un reto para el forastero, y siempre motivo de risa entre los locales, pues aunque el fruto está cocinado, solo debe comerse la pulpa. La separación del bagazo y la fruta ocurre dentro de la boca, usando los dientes como filtro, para luego escupir en un recipiente o en el suelo el sobrante, y esto no siempre resulta cómodo y fácil para quien no lo ha hecho nunca. La práctica de arrojar las pepas en los alrededores y en la parte de atrás de las viviendas tiene como resultado el nacimiento de otras palmas aprovechables en el futuro para la familia y dan lugar al paisaje que observamos en la figura 14.

Todas las preparaciones del naidí son consideradas sabrosas, y además la gente reconoce el fruto como fuente de fuerza y potencia sexual, lo que lo hace más apetecido (Restrepo 1996). En las zonas medias y altas de los ríos no se comercializa externamente, sino que se consume en las unidades familiares, circula por redes de reciprocidad y una parte menor es vendida en el interior de cada pueblo o, si la cosecha es muy abundante, en los pueblos vecinos. Del fruto del naidí también se preparan dulces y bebidas que son comercializados dentro y fuera de los territorios, aunque hay que decir que este tipo de aprovechamiento es menor.

En los meses de abril-junio y septiembre-noviembre, cuando llega la cosecha de naidí, cada palma *carga* aproximadamente tres racimos de 4 a 6 kg, con un promedio de 2.000 frutos por cada uno (Bernal y Galeano 2013). En ese momento, cualquier persona del pueblo tiene derecho a cortar los racimos que crecen en las palmas que están en el monte. No obstante, se respeta la propiedad individual, pues si alguien está frecuentemente trabajando en un monte donde hay naidí y la persona conoce o supone que los dueños van a cosechar la palma, buscará otro lugar donde recolectar. Los tuqueros, mineros, raspachines y piangueras incluyen en su jornada cortar algunos racimos para llevar a la casa.

21 La madera de la palma es utilizada en algunos lugares para la construcción de las carreteras por las que se transportan trozas de madera hacia los afluentes, o para la construcción de azoteas y la elaboración de trampas para camarones de río; sin embargo, este tipo de uso es menor comparado con los que caracterizaremos en este apartado.



Figura 14. Asentamiento disperso rodeado de palmas de naidí

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

Según lo observado por Restrepo (1996), “la recolección de naidí en el monte se efectúa tumbando con machete o hacha la palma, pocas veces trepándose o ayudándose de una vara, aunque el racimo se encuentre verdaderamente cerca” (357). Esto es la expresión de una racionalidad correspondiente a una ordenación de los seres en el mundo, que pudimos observar como vigente, en la que las cosas del monte, lo no producido por el hombre, son infinitas, y por lo tanto pueden ser apropiadas por destrucción; en oposición a las cosas producidas por el hombre, como lo cultivado, que se apropia conservándolo.

Aunque ya hemos señalado que la recolección y el consumo del fruto del naidí están principalmente dirigidos al autoabastecimiento del núcleo familiar, y de las redes de parentesco y cercanía, en los últimos años se ha dado una nueva valoración que se materializa en la comercialización del fruto en los mercados subregionales. Especialmente durante los meses de cosecha, aunque también a lo largo del año, es normal ver mujeres en las calles de las cabeceras municipales vendiendo naidí a \$ 3.000 el viando.

En todo el Pacífico colombiano y el norte de Ecuador crece naidí. Y, en el Pacífico sur, los naidizales, como son llamadas las asociaciones de palma, están presentes con particular intensidad en los deltas de los ríos Patía, Mira y Guapi (Bernal y Galeano 2013).

Y las palmas en grupos pequeños hacen parte del paisaje obligatorio de todos los ríos, se las divisa junto a las casas o en las orillas, desde las bocanas hasta las cabeceras. Según Vallejo (2013), para el departamento de Nariño se ha estimado que existen aproximadamente 100.000 ha de bosque con palma de naidí, en asociaciones puras o mezclada con otras especies. Las palmas de naidí están dotadas de hasta 25 tallos por macolla que crecen y se reproducen espontáneamente por rebrotes, y en menor medida por semillas, en zonas inundables del bosque húmedo tropical con influencia marina, justo en el paso del manglar al guandal (Vallejo 2013).

Cuando la palma de naidí está creciendo su tallo se engrosa y en su interior, en la parte alta, justo de donde se van desprendiendo las hojas nuevas de la palma, se va formando un corazón o *cogollo* que hombres adultos, aunque también mujeres y niños, extraen con el objetivo de comercializarlo. Esta cadena de valor tiene cuatro momentos: cosecha, acopio, procesamiento y comercialización. Esta práctica ocurre en el presente en Cauca y Nariño, en donde operan dos plantas enlatadoras: Alempac, en Guapi, Cauca, y Conservas del Pacífico, en Tumaco, Nariño, ambas adscritas a la empresa Corpocampo²², con sede en Bogotá y encargada de la comercialización nacional e internacional del palmito. En Francisco Pizarro, Santa Bárbara de Iscuandé, Roberto Payán y Mosquera (Nariño), y en Guapi, el aprovechamiento comercial del cogollo tiene una trayectoria de cuatro décadas, con vaivenes en la intensidad de la explotación.

Para recolectar los corazones del naidí, los corteros deben alcanzar las agrupaciones de palmas dentro del monte a las que acceden en canoas o caminando. Los grupos de palmas son muy nutridos, aun en montes explotados. En Iscuandé, por ejemplo, fueron encontrados hace algunos años “naidizales en bosque de guandal con entre 660 y 780 plantas adultas por hectárea en áreas no aprovechadas, y 110 a 370 plantas en zonas aprovechadas” (Vallejo 2013, 18). Las asociaciones se encuentran casi solas, en los naidizales, o mezcladas con árboles maderables como el sajo y el cuángare. Para llegar a ellos, los corteros deben invertir bastante tiempo, principalmente si las vías son pequeños esteros, navegables únicamente durante las pujas; se conforman cuadrillas, con el fin sobre todo de costear conjuntamente el combustible, pues la práctica en sí misma es una actividad individual.

Los corteros identifican la palma apta para el corte por su diámetro y altura. Que la palma supere los 4 m de altura y que el cogollo, que debe verse rosado y fresco en la parte alta del tallo, mida algo más de 8 cm, será lo que evaluarán por observación antes de empezar a limpiar con el machete la vegetación que circunda la palma e iniciar el

²² Esta empresa actualmente está comercializando productos derivados de la pulpa del naidí y otros productos derivados del coco que compran en los ríos y bocanas del Pacífico sur. Para contrastar esta información con otra etnografía en torno al Palmito, véase: Oslender (2016).

corte. Con unos cuantos golpes a una altura proporcional a la del cortero, más o menos al nivel de su pecho, el estipe o tronco de hasta 18 metros²³ se irá fracturando. Si el estipe no está muy adulto, la operación es sencilla y solo intervendrá el machete; pero si ya posee chonta, lo que indica que es un estipe muy maduro, se requiere el hacha para derribarlo.

Con la palma en el suelo se procede a separar el cogollo del tronco, nuevamente usando el machete. Esto lo efectúan con asombrosa rapidez y precisión, siendo precavidos de no dañar ni poner al descubierto el cogollo, sino cuidando la cobertura de hojas que trae este, pues de romperse aceleraría el proceso de descomposición y oxidación. Así, de cada palma se obtiene un cogollo y, en una jornada intensa, un cortero alcanza a recolectar 125; aunque, como es de esperarse, factores como la densidad poblacional del naidizal y la distancia entre el pueblo o el rancho en el monte y las palmas influyen en la productividad.

Los corteros repiten esta acción cientos de veces a lo largo de seis a catorce horas, los tres o cuatro días que semanalmente le dedican a esta actividad, pues aun cuando sea su fuente principal de ingresos, su tiempo no es invertido exclusivamente allí. En épocas de demanda sostenida los corteros intensifican su trabajo e incluso, al igual que los tuqueros, arman ranchos en el monte para dormir allí y optimizar la jornada. Si no es así, salen hacia el monte temprano en la mañana después de desayunar y regresan al atardecer.

Para sacar los cogollos del bosque, los cosechadores agrupan entre 40 y 50 unidades que son atadas usando bejucos obtenidos en el mismo monte. Desde allí cargan en sus hombros los conjuntos de más o menos 75 kilos hasta las embarcaciones, potrillos y más frecuentemente lanchas a motor que transportan cerca de 500 cogollos hasta los acopios. El valor local de uso de los corazones de naidí es nulo; estos no son comercializados dentro de los pueblos, pues, en oposición al fruto, son considerados poco sabrosos.

En las bocas del río Guajuí e Iscuandé, en los poblados de Limones y Chanzará, respectivamente, se encuentran los puestos de acopio de palmito de Alempac. Allí llegan a diario los corteros con la producción y la entregan para el conteo y revisión del estado de cada cogollo. En estos depósitos reciben miles de cogollos diariamente, y allí, antes de pagarles a los corteros, aspectos como su tamaño y frescura son juzgados por una persona encargada, quien descartará aquellos cuya parte comestible no supere los 2,5 cm (Vallejo 2013).

Por cada corazón óptimo el cortero recibe hoy \$ 450. De tal modo que para que un palmero logre conseguir \$ 35.000 netos, sacando \$ 12.000 que tendrá que invertir en gasolina para el desplazamiento, deberá producir 104 cogollos al día, teniendo en

23 Una palma de esta altura tiene una edad cercana a los cuarenta años (Bernal y Galeano 2013).

cuenta que un porcentaje es rechazado. Los corteros más avezados llegan a 200 cogollos diarios. Si bien es posible trabajar solo, ocasionalmente los corteros optan por conformar sociedades en las que todos trabajan para producir un monto común, y luego se dividen las ganancias en partes iguales, siendo indiferente la producción individual. También ocurre que los corteros pagan en trabajo, cogollos o dinero a otros corteros que limpiaron o elaboraron las trochas que les son útiles para sacar su carga.

Desde la empresa envían dinero a los acopiadores, quienes lo usan para comprar a diario el producto a los silvicultores en los puestos de acopio de las bocanas. “A ese [acopiador] se le manda plata todo el tiempo, y cuando se le está acabando se le manda más y más para que no le falte, entonces el cortero llega y corta y ahí mismo tiene su plata” (entrevista con Ruperto Madrid, Guapi, Cauca, 5 de abril de 2018). La labor de los corteros es monetizada a diario, ya que apenas entregan la producción a los acopiadores reciben dinero en efectivo. Estos últimos deben coordinar la recepción, pago y cargue diario de los cogollos en las canoas de la empresa. Por hacerlo reciben pagos quincenales. Los corteros raramente tienen contacto con la empresa, pues la relación cotidiana se da con los acopiadores, que operan de manera similar a los intermediarios de otras mercancías.

Una vez cortado el cogollo inicia una carrera contra el tiempo, pues, como algunos productos agrícolas o las conchas, después de unas 72 horas aproximadamente, el sabor empieza a cambiar como resultado de un proceso de oxidación y con esto a disminuir su valor hasta llegar a cero (Vallejo 2013). Por esta razón, los corteros se esfuerzan porque la corteza vegetal del palmito se conserve lo más intacta posible; y a su vez desde Guapi y Tumaco envían personal y canoas de gran capacidad (de 9.000 a 11.000 cogollos) que recorren grandes distancias para recoger diariamente la producción en los acopios.

Cuando los corazones llegan a la planta procesadora, pasan a las manos de decenas de mujeres que retiran, usando un machete pequeño, dos de las cuatro vainas foliares con las que viene protegido el cogollo. Las mujeres trabajan desde el amanecer y hasta el mediodía, e igual que los corteros reciben su pago por producción, \$ 16 por cogollo pelado. La monetización de la labor de estas mujeres no es diaria, sino quincenal. Cada peladora desnuda entre 800 y 1.500 palmitos en cada jornada (Vallejo 2013). Es con esta acción que el producto adquiere la denominación de *palmo*, pues los cotereros llaman cogollo a toda la palma; mientras que palmo es el nombre específico para un producto resultante del trabajo humano y que tiene mercado y precio (Restrepo 1996).

A continuación, los cogollos pasan por un proceso de cocción, aplicación de un choque térmico, una segunda fase de pelado en el que se retiran las vainas faltantes, adición de conservantes y empaque. Las personas que trabajan en las plantas enlatadoras de Guapi y Tumaco son contratadas directamente por la empresa. El producto empacado viaja a Buenaventura desde donde una pequeña parte va al interior del país, a cocinas

gourmet y a los anaqueles de exclusivos supermercados, a un precio de entre \$ 8.000 y \$ 14.000. Y el 85 % es embarcado hacia el exterior (Molano 2017), y en este caso pasa por algunas pruebas adicionales de control de calidad. Francia es el principal destino del palmito colombiano y desde los últimos años también se envía a los Estados Unidos.

La Cooperativa de Trabajadores de Palmito que se conformó comenzando el siglo, el funcionamiento de la empresa y Jorge Matallana, que es un personaje muy conocido en la región, generan opiniones diversas entre los pobladores de los lugares de donde se extraen los cogollos. Alfredo Molano (2017) recogió una valiosa percepción en este sentido:

[Matallana] tenía conexión con empresas multinacionales para enviar los productos en contenedor. Hoy tiene dos tipos de trabajadores: los operarios de la planta que hacen todo el proceso allá, y los que venden el cogollo a la empresa, es decir, el recolector, el que tumba la palma, es un proveedor, mejor dicho. Así se evita problemas de hacer contratos con el Consejo Comunitario, el cual no participa en el negocio, no lo conoce y tampoco tiene capacidad de control sobre la afectación. (57)

En un sentido diferente nos cuenta un trabajador de la planta la misma historia, de cuando la importancia de la enlatadora de palmitos en la economía de la región se reflejó en las consecuencias de la crisis del 98:

Como esta no hay otra empresa aquí en Guapi [...] en esa época aquí trabajaban más de 500 familias, entonces fue durísimo cuando quebró. En el 2000 ya nosotros los que estábamos trabajando dijimos, “pues ¿qué hacemos hermano?”. Así que tratamos de formarnos en cooperativa y arrancamos de nuevo, y así quedamos hasta un tiempo en que los precios no eran tan buenos, entonces quebró esto también. Pero el dueño se asoció con otra persona que tenía cómo darle y ahí hemos seguido. (Entrevista con Ruperto Madrid, Guapi, Cauca, 5 de abril de 2018)

Actualmente Alempac, la planta procesadora de Guapi, trabaja con doscientas familias aproximadamente, entre corteros y operadores de la planta. Esta es una de las pocas empresas privadas que posee plantas de transformación en la región, es un actor importante aquí, y esto hace que deba mediar y gestionar su presencia y sus relaciones con los demás actores que habitan la región. Para el momento en que realizamos el trabajo de campo, en la empresa se percibía tensión. Hacía unos pocos días el señor Jorge Matallana había sido retenido y amenazado por miembros del Ejército de Liberación Nacional (ELN), con fines extorsivos, según se narraba en los ríos.

Por otra parte, en el proceso de producción se presentan tensiones asociadas al escenario en el que se encuentran las palmas. Cuando la planta procesadora está en

pleno funcionamiento, es decir, comprando todos los días, los corteros de los pueblos ribereños llegan a los poblados de la mar a sacar los cogollos del naidí, y esto, como podría imaginarse, es el detonante de peleas pues, según las nociones de derechos sobre los recursos, son los pobladores de cada pueblo quienes pueden hacerlo, y siempre considerando la existencia de propiedad privada de las parcelas en el monte. En alguna oportunidad escuchamos a unos hombres mayores decididos a sacar a los forasteros, “así sea a escopeta”, decían, de sus pueblos si los veían cargando canoas de palmo²⁴. Y ya había ocurrido que los locales habían hecho naufragar cientos de cogollos en las aguas saladas, según nos contaron, por la desatención de unos corteros externos a la veda que había establecido el consejo comunitario.

El aprovechamiento de los cogollos de naidí ocurre en la región hace ya cuarenta años, y pese a que de las cadenas productivas que exploramos esta es la única en la que se agrega valor al producto mediante su procesamiento dentro de la región, además, por supuesto, de la coca, esto no ha derivado en una transformación de su carácter extractivo, en tanto depende de la oferta del recurso en condiciones naturales (Vallejo *et al.* 2011). Esto tiene como repercusión que el crecimiento de esta industria en el mercado derive en intensificación de la explotación del recurso, y en el consecuente debilitamiento propio de un ecosistema que no recibe ningún tratamiento para su recuperación. La alta capacidad de reproducción de las palmas y de regeneración de los naidizales ha hecho que los efectos ambientales hayan sido escasamente explorados, aunque en la cotidianidad, en los poblados donde se ha realizado hace décadas, los corteros de larga experiencia saben y suelen resaltar que los naidizales están cada vez más distantes.

En este sentido, hay que recordar que, hacia finales de los 1970, pocos años después de iniciada la explotación, se advertía de una catástrofe ambiental asociada a la producción de palmito; se hablaba de 80.000 cogollos extraídos diariamente. El establecimiento de vedas y requerimientos para la solicitud de permisos de explotación, además del quiebre de varias empresas en el año 1989, y la regulación y exigencias a la empresa cada vez más frecuentes por parte de los consejos comunitarios han disminuido la presión sobre el ecosistema. Sin embargo, si la idea es que esta industria se fortalezca, es necesario recordar que actualmente toda la producción proviene de palmas silvestres, ningún porcentaje de cultivo, y que para producir un tarro de 500 g de palmito se requieren en promedio cinco palmitos, es decir, debe cortarse al menos una palma para obtener un producto que es fácilmente consumido por un par de personas en una cena.

Adicionalmente, el hecho de que la estructura laboral de la empresa esté sustentada en el destajo como relación mediante la cual se vinculan los corteros, ha impedido que

²⁴ Algunos cultivadores identifican el corte de las palmas como un factor de agudización de la proliferación de la plaga del coco.

estos hallen en la actividad una remuneración justa y fija, pues está sujeta a la producción diaria, que depende de factores que desbordan su control. Lo anterior da forma a una lógica de “el tallo que yo no corte lo va a cortar otra persona” (Vallejo *et al.* 2011, 207). Esto, indudablemente deriva en el corte de palmas jóvenes y el agotamiento a largo plazo del recurso. Igualmente, que el aprovechamiento implique siempre la destrucción de la palma hace absolutamente necesario prestar atención y servirse de las recomendaciones esbozadas en las investigaciones existentes, tales como que si se realiza el corte únicamente de palmas mayores y de tallos que superen los 8 cm de diámetro, se inician cultivos de palma y se articulan tiempos de recuperación del bosque (Montenegro y Rosales 2015; Vallejo 2013; Bernal y Galeano 2013), de modo que el aprovechamiento de este recurso puede ser mucho mayor.

Además de la afectación ambiental, por el corte indiscriminado del cogollo también se perdería un recurso valioso para la alimentación de las comunidades, en tanto cierra la posibilidad de aprovechar el fruto de la palma, presentado como un recurso fitogenético con enorme potencial para el fortalecimiento de la seguridad alimentaria, por sus propiedades antioxidantes e inhibitorias de enfermedades (Montenegro y Rosales 2015).

Los pobladores del Pacífico sur saben de estas bondades, las han experimentado, y por eso tienen propuestas para el mejor aprovechamiento del fruto, lo que podría generar un modelo de aprovechamiento mixto de la palma, pues como nos dice Daniel, un cortero de cogollos:

El producto, el palmito, uno va buscándolo, también por defenderse, pero a uno mismo también le está perjudicando porque no ve que si el palmito es un producto que da de cantidad diferente, porque cuando uno corta el cogollo ya la palma se muere, diga, pero si uno la deja cargar, y agarra el producto que ella carga, entonces ella también sigue sosteniéndolo y también da plata porque uno cuando lo agarra, lo vende y ya ahí uno tiene cómo.

A esta conversación se unió una pianguera, Esneda Montaña, diciendo:

[...] de la pepa del naidí se hace jabón, hacen vino, loción, una salsa para carnes, helados. Y así nada más, es más rentable el fruto que el cogollo, porque mire, el cogollo lo pagan a \$ 450 cada uno, y el racimo de naidí uno lo puede vender en \$ 20.000. (Entrevista con Esneda Montaña, Quiroga, Guapi, Cauca, 5 de marzo de 2018)

Y es que el fruto del naidí también es considerado promisorio en la producción de aceite, lo que le abre posibilidades de aprovechamiento comercial que pueden dejar unas ganancias por palma de hasta “120 veces más de lo que gana una sola vez por tumbar un

tallo para cosechar el cogollo y extraer el palmito” (Vallejo *et al.* 2011, 208). Siguiendo la conversación, Mercedario Obregón, un cocotero, agregó:

Nosotros con la cuestión del coco y que hubiera diga usted una forma de que uno pudiera sembrar su hectárea de naidí. [...] ese es un producto como el coco, sembrar y anda más rápido que el coco. Y uno ya sabe de drenaje y todo. (Entrevista con Mercedario Obregón, Quiroga, Guapi, Cauca, 5 de marzo de 2018)

Los agricultores saben las potencialidades de su tierra y las semillas que allí perviven, y ven en la poliactividad una fortaleza para hacer un uso rentable y no necesariamente destructivo de los recursos; piensan, igual que algunos investigadores como Vallejo *et al.* (2011), que de aplicarse un sistema de cosecha en escenarios diferentes se podría asegurar la provisión del fruto y el cogollo del naidí. Coinciden también en que es tiempo de proponer y ejecutar nuevas alternativas de uso y manejo de este recurso. En oposición a lo que plantea Narváez (2001), los productores primarios conocen las fuentes de comercialización y los usos de las mercancías que ellos producen. Conocen los métodos artesanales para sacar las mejores bondades de su tierra, pero saben que es necesario tener una mínima infraestructura de transformación de productos, tecnología y nuevos conocimientos para aprovecharlo realmente.

Extracción de madera

En términos generales, la sistemática apropiación del bosque es lo que caracteriza a las actividades silvícolas. De modo que es prudente iniciar este apartado resaltando que la tala de maderas para la elaboración de muebles como camas, estantes, repisas, remos, potrillos, y para la construcción de viviendas ha sido durante siglos un hecho cotidiano entre la gente del Pacífico, que aún se mantiene. Los hombres de cada familia deben conseguir en el bosque o pagar a algún hombre del pueblo para que se encargue de cortar tablas, chanclones, vigas, etc., que servirán para los cimientos, el piso y las paredes de la casa. Así, en cada pueblo hay un mínimo de corteros de madera y ebanistas reconocidos para quienes esta es su actividad principal.

Sin embargo, lo que aquí nos ocupa es el hacer de los cientos de corteros de madera o *tuqueros*²⁵ del Pacífico sur, para quienes, tras aproximadamente siete décadas de

25 Este nombre deriva de la palabra *tucos*, una de las formas básicas de comercialización de la madera, que corresponde a troncos de 3 metros cada uno. Corteros serán, entonces, quienes sacan la madera ya aserrada del monte. Usaremos corteros y tuqueros como sinónimos, aunque más adelante ahondaremos en sus diferencias.

explotación, el aprovechamiento para la comercialización externa de la madera proveniente de algunas especies de árboles presentes en el bosque húmedo tropical es una labor principal de sustento que se configura como actividad nodal de la vida económica de varios pueblos de los distintos ríos. La industria maderera del Pacífico sur tiene cinco tipos de actores principales: los consumidores finales, que son esencialmente la industria de la construcción y la producción de muebles en Bogotá y otras ciudades principales; los vendedores al por mayor en estas ciudades; los grandes acopiadores ubicados en Buenaventura; compradores de madera en los distintos poblados de Cauca y Nariño; y, finalmente, los corteros y tuqueros, es decir, los productores primarios (Lewis y Rodríguez 2005; Galindo y Franco 1998). Nos concentraremos en el trabajo de estos últimos y sus relaciones con los compradores locales; no obstante, dejaremos señalados algunos elementos de las otras partes de esta cadena de creación de valor.

Las especies maderables crecen en dos tipos de ambientes. El primero se caracteriza por los suelos pantanosos debido al constante anegamiento y su cercanía a amplias zonas de manglar, aunque ya sin influencia de las aguas salobres. A este tipo de humedal se le conoce localmente como *guandal*, y a las agrupaciones, como *bosques de guandal*. Esta subespecie de bosque predomina en el Pacífico sur en la zona de los ríos Satinga y Sanquianga, Nariño. Allí crecen árboles de sajo, sande, cuángare, tangare, machare, virola, sebo, peinemono, palma de naidí, siendo los tres primeros los más aprovechados comercialmente.

El segundo corresponde a las zonas medias y altas de los ríos, en bosques aluviales con suelos más consistentes que los del guandal, y que también tienen vocación forestal. Allí se forman bosques heterogéneos con especies maderables apetecidas en el mercado nacional, como chanul, caimito, chachajo, tángare, lana, etcétera, árboles que son aprovechados por los corteros de estas zonas. Los bosques de colinas bajas ubicados en el Valle del Cauca, concretamente en el Bajo Calima, han sido objeto de explotación forestal durante décadas por la industria de pulpa para el cartón y el papel. De los bosques heterogéneos de colinas bajas proviene gran parte de las maderas finas del Pacífico colombiano. En estos bosques habitan especies, como la caoba, de las que se obtienen maderas altamente valoradas en el mercado de la ebanistería (Leal y Restrepo 2003). La labor de los tuqueros es esencialmente la misma, independientemente del lugar, aunque la historia maderera de cada pueblo tiene sus propios actores y trayectorias.

Los montes de donde se extrae la madera están generalmente, y cada vez más, distantes de los caseríos, de modo que los tuqueros deben embarcarse para acceder a ellos (“Comercio ilegal de madera” 2016). Generalmente lo hacen temprano en la mañana, con todas sus herramientas y en grupos de no menos de tres personas, pues el proceso mediante el cual se sacan las trozas es pesado y complejo. Difícilmente un solo hombre podría asumirlo por entero. A estos grupos, al igual que en la labor minera, se los

conoce como *cuadrillas*. Cuando una cuadrilla se adentra en el monte para tumbar un árbol, la o las personas a las que pertenecerá la madera después de sacada lo han ubicado, elegido y han analizado la viabilidad de su aprovechamiento. Los tuqueros procuran que los árboles que eligen estén en sus terrenos; sin embargo, muchas veces deben pedir permiso y entregar una parte de la producción al dueño de ese monte tras una negociación²⁶. En la madera está mucho menos definido este valor que en la minería, por ejemplo, y casi siempre es pagado con la misma madera. Se espera que el tronco a tumbar esté lo suficientemente cerca de alguna quebrada, carretera o cuneta para poder sacarlo del bosque.

Ahora bien, ya en el monte lo primero es calcular el lugar hacia donde deberá caer el árbol y el modo en que este se va *tronquiar*. Con esto en mente se empieza a hacer la boca, que es el lugar por donde se va a iniciar el corte y que determinará el lugar hacia donde se desplomará. Después de algunos hachazos, el tuquero se ubica del lado contrario e imprime su fuerza ahora en la *nuca* del árbol. Cada integrante de la cuadrilla se ubica para ponerse fuera de peligro. La caída es precedida por el sonido de un sinnúmero de fibras de madera quebrándose; y, al poco tiempo, el derrumbe del tronco, que a su paso rompe lianas, ramas, bejucos y pequeños palos a su alrededor, y provoca un brumoso estruendo que se extiende unos segundos. La acción completa de tumbar el árbol toma en manos expertas apenas unos minutos. Los tuqueros se acercan al árbol y con machetes y hachas cortan la vegetación circundante con el fin de despejar el área para la siguiente etapa del proceso.

El temor a la *culebra* hace que el tuquero roce con precaución los alrededores del árbol que tumbará y, cuando este cae al suelo, limpia la vegetación que lo cubre cerciorándose de no encontrarse allí con una *culebra*, con una *diabla*. Al *correr* las trozas de madera, observa debajo de ellas y nunca introduce sus manos sin constatar la ausencia de estas o de otros *avichuchos*. Invariablemente, cuando se descubre una *culebra*, independientemente de su tamaño o especie, se suspende cualquier actividad con el objeto de matarla, para lo cual se corta un palo largo y se utiliza el machete. Después de muerta, incluso cuando ya es solo un conjunto desordenado de pequeños huesos, continúa siendo peligroso tocarla, razón por la cual los tuqueros prefieren enterrarla.

26 Don Emilio Estupiñán lo describe de este modo: “si yo ando por el monte y consigo una madera, pero el monte es suyo, yo tengo que ir a hablar con usted y decirle ‘¿en cuánto me vende esa madera? Ya me di cuenta que es suya, póngale precio, hagamos negocio y usted me dice’. Si yo no tengo la plata voy donde el patrón al que le estoy trabajando, ‘me la venden en tanto, si usted puede y tiene cómo, présteme esa plata’. Yo la negoceo, hacemos el negocio de nosotros, yo voy, corto la madera y la traigo. Ya él se descuenta lo que me prestó y el resto de la madera la sigo cortando y se la vendo a él mismo” (entrevista con Emilio Estupiñán, Santa Bárbara de Iscuandé, 30 de marzo de 2018).



Figura 15. Cuadrilla de tuqueros

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

Usando sus propios pies, miden los tres metros que tiene cada uno de los tucos, marcan los lugares de corte y cada uno toma una parte para comenzar la tronquiada. Golpes precisos, uno tras otro, van ahondando el primer corte. De cada árbol pueden salir entre tres y cinco tucos. Cuando varios hombres trabajan juntos, pero la madera sacada será propiedad individual, los tucos se van marcando con una traza personal que se hace con el machete para identificar al dueño. Para el momento del corte trabaja toda la cuadrilla, aun cuando la madera solamente sea para quien vio el árbol y lo cortó; “eso se llama trabajar en sociedad. Hoy usted viene adonde nosotros a ayudarnos a tronquiar, nosotros vamos mañana con usted a ayudarlo”, nos explicaba un joven tuquero del Naranjo a propósito del trabajo cooperativo. Uno o un par de los integrantes venden los tucos y reciben las ganancias; sin embargo, todos trabajan conjuntamente en el monte, haciendo actividades que no corresponden a su madera pero que benefician a sus compañeros de trabajo.

Mientras van limpiando el terreno, cada uno consigue un palo de los que va trozando para usarlo en mover los tucos cuando ya están cortados. Se ubican e imprimen coordinadamente fuerza para que, mediante el principio básico de la palanca, estos rueden cuesta abajo y caigan lo más cerca posible de la quebrada. Los tuqueros caminan por la

pendiente hasta el paradero de la madera. Existen varias posibilidades. La primera es que el tronco caiga en un lugar hasta donde es posible que llegue el agua en la creciente y, entonces, procederán a limpiar el camino por donde fluirá el agua de los posibles obstáculos. La segunda es que definitivamente el tronco esté tan distante del afluyente que los obligue a construir una *carretera* provisional. La carretera son un par de rieles hechos con fustes de *palos* más pequeños o de palmas que, como el naidí o el milpesos, también son abundantes en estos bosques.

Dado que los tucos poseen una longitud aproximada de 3,20 m, y como son sacados rodándolos a través, las *carrileras* o carreteras poseen una anchura no menor a la de estos. Por estas vías terrestres los tuqueros harán deslizar los tucos empujándolos con sus manos y pies hasta hacerlos llegar al paso del agua. A este proceso se lo conoce como *carretear*, y existen en el Pacífico lugares en donde estas carreteras llegan a medir cientos de metros e incluso kilómetros. Para que las trozas se deslicen sin dificultad se procede a *labrarlas*; esto es, suprimir aquellas irregularidades de su superficie, tales como *porras* o *bambas*, que dificultarían su rodada por las carreteras hasta el agua. La *labrada* se efectúa con machete y hacha y, mientras mayor sea la distancia por recorrer o más pesada sea la troza, se realiza con mayor detalle ya que de ello depende que no se dilapiden esfuerzos.



Figura 16. Cuadrilla de tuqueros deslizando trozas hasta el agua

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

Otro método para sacar los tucos del bosque hasta el río, especialmente cuando están a gran distancia, y de allí a los aserraderos, es abriendo zanjas de 1,50 a 2,50 m de profundidad por 1,50 m de anchura, aproximadamente. Las zanjas se llenan de agua durante los periodos de fuertes lluvias y por las pujas, cuando se encuentran en su área de influencia. La construcción de estas zanjas y de largas carreteras es frecuente en los bosques de guandal, y se pueden dedicar varias semanas a su elaboración; mientras que en las zonas secas se usa más el acondicionamiento de quebradas para el transporte de la madera. En los guandales ocurre que, en ocasiones, una cuadrilla utiliza las carreteras o las zanjas construidas por otra para sacar su madera; en ese caso se acuerda un *pago de salida*, que bien puede ser un porcentaje de la producción o pago en jornadas de trabajo de una a otra cuadrilla:

La forma y el monto del pago dependen del grado de intimidad existente entre las dos partes; así, por ejemplo, pueden ser 10, 15 o 20 trozas por cada 100 extraídas o sus respectivos equivalentes en dinero, o tres días de trabajo o los necesarios para limpiar la *cuneta*. (Martínez 1996, 144)

El asunto central del desplazamiento de los tucos, indistintamente de si se realiza en suelos pantanosos o en tierras firmes, es el calendario de lluvia, la creciente de los ríos y la influencia de la marea (pujas o agujas), cuando es el caso. Por tal razón, la silvicultura es considerada como una actividad de tiempo lluvioso, pues se necesita su fuerza para sacar la madera; o puede llegar a ocurrir que la falta de caudal impida el transporte por tanto tiempo que cientos de trozas se pierdan entre las quietas aguas de los pueblos tuqueros. En algunos poblados, los tuqueros transitan al trabajo en las minas o a la agricultura durante el tiempo seco. “Cuando el río crece sacamos madera, cuando el río se seca vamos a playear”, señalaba un habitante del Naranjo.

Con el fin de aprovechar tales temporadas y hacer más productivo el trabajo, cuando una cuadrilla tiene vistos muchos árboles suelen embarcarse por varios días, y pasan las noches en ranchos sencillos construidos con maderas presentes en el bosque, como chonta de pambil y plástico para el techo. El rancho está dotado con fogón, un espacio para dormir y uno para las herramientas y la remesa.

La estadía en el monte se justifica para aprovechar la mayor cantidad de tiempo posible, tanto en el corte como en el desplazamiento de las trozas. Sin embargo, esta estadía por largo tiempo, y especialmente los trabajos que se realizan por la noche, cuando las lluvias y las crecientes permiten arrastrar la madera, suponen riesgos para el tuquero. Como lo pudimos notar, las fuertes lluvias, que se traducen en crecientes de las quebradas, pueden comenzar alrededor de las nueve de la noche. A esa hora la cuadrilla se arma con linternas, machetes, hachas y botas para adentrarse a dejar la madera

amarrada al borde de la quebrada. Caminar por el monte a esa hora, con tan poco campo de visión, implica el riesgo de que en el momento menos pensado una culebra pique a alguno de los trabajadores, lo cual puede malograr la semana de trabajo. Además de la picada de culebra existen otros riesgos, como ser llevado por una súbita creciente, herirse con algún elemento que no se alcanzó a prever, etc.

Estando *enmontados*, los tuqueros se turnan para preparar los alimentos, y no es raro que los días en el monte empiecen o terminen con pesca y cacería para complementar la remesa que ha llevado la cuadrilla. Se levantan con el sol para cocinar y afilar las hachas y los machetes. La jornada de trabajo empieza a las 8 a. m., después del desayuno, y se extiende hasta el mediodía, cuando el grupo regresa para almorzar y conversar. Retoman las labores en horas de la tarde y antes de que oscurezca están de vuelta al rancho para merendar, bañarse y descansar.

Luego de que la madera ya se tiene en las quebradas, los tuqueros deben esperar una creciente del río, lo cual puede llegar a tardar meses. A diario van a la quebrada para ir sacando los tucos con ayuda de sus potrillos y amarrándolos en *chorizos*; es decir, poniéndoles una grapa —que normalmente es una varilla recortada por ellos mismos— y pasando una cuerda gruesa por todas las grapas. Cuando ya se tiene planeado el tiempo de sacar la madera, se cortan barrotes, normalmente de guaduas como el yarumo o de árboles resistentes, y se arreglan las fibras a partir de las cuales se realizan *guascas* para amarrar la balsada. Este trabajo, para ellos, es el más duro de todos, ya que “toca llevar agua todo el día”. Estos procedimientos se hacen a la vez en decenas de tucos, lo cual implica que no todos los días el tuquero se dedica a las mismas tareas: primero corta todos los palos, después los tronquea y así sucesivamente.

En cuanto a la sacada de la madera hacia los aserraderos y puestos, existen diferencias en los nombres y las técnicas. A pesar de la cercanía geográfica entre el Pacífico caucano y el nariñense, en los ríos de cada uno de estos lugares se realiza de forma diferente la actividad. Para el caso del Cauca, el día anterior a sacar la madera se consolida un grupo de trabajo que va armando la *balsada*, que consiste en cruzar dos barrotes debajo de los cuales se van poniendo los tucos, se van amarrando con las *guascas* y, por momentos, se refuerzan ciertas partes con cuerdas. La tarea de amarrar la balsada, que por lo general lleva entre setenta y ochenta tucos, puede tomar un día. Los integrantes del grupo, metidos en su totalidad en las aguas de la quebrada, nadan de un lado a otro arrastrando la madera para alternar entre aquellos troncos que están *ahogados* y los que *rebalsan*, para que así la balsada no se hunda. Para el caso del Nariño, luego de que la madera es sacada por carreteras y cunetas, y se tiene organizada para ser bajada, se organiza en *chorizos*. A pesar de ser la misma palabra utilizada en Cauca, el *chorizo* se refiere aquí al equivalente de la balsada. En este caso, en uno de los bordes de la madera se pone una grapa, desde la cual se amarra, a manera de espina de pescado, el resto del *chorizo*.



Figura 17. Rancho para cuadrilla de tuqueros

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

Por la forma en que quedan distribuidos los tucos, en este caso los chorizos permiten bajar mucha más madera que en las balsadas.

Los tuqueros procuran embarcarse los días de creciente hacia los aserríos, que quedan en las cabeceras municipales, como Guapi, Timbiquí, El Charco, Bocas de Satinga, etc., y para hacerlo la cuadrilla consigue una canoa y un motor. A primera hora de la mañana, cerca de las cinco, se sale hacia el lugar donde está amarrada la balsada para soltarla y dejarla ir con la corriente del río. El motor sirve para empujar la balsada en las curvas de los ríos, aunque para esto también se cortan guadas largas que sirven para tantear qué tan hondo está el río y que así la balsada no se vare en alguna playa y, también, para contribuir a través de la fuerza a desplazar la madera. Allí, sobre la plataforma de troncos, están los tuqueros, comiendo, haciendo bromas y siempre atentos a los retos que va imponiendo el camino. Según la distancia entre el pueblo y el aserradero, el transporte y la venta pueden tardar hasta dos días. Así, el proceso completo de sacar un ciento de madera, es decir, una balsa de cien trozas, demanda el trabajo permanente de una cuadrilla de cuatro a doce semanas, según lo anotado para el caso de Satinga y Sanquianga por Restrepo (1996).

Como vimos, el trabajo conjunto es fundamental en la silvicultura. La exigencia en fuerza de trabajo para pasar del árbol en pie a la transacción en el aserradero no es menor, y esto hace a la cuadrilla su unidad de producción principal. Ya veremos en la siguiente sección una variedad de formas posibles para vincularse a estos grupos. Por ahora destacaremos que durante las jornadas de trabajo y el compartir de la vida cotidiana en un pueblo tuquero, pudimos notar que la conformación de la cuadrilla se afina en relaciones de parentesco efectivo y ritual. Los hombres suelen buscar a sus hijos, sobrinos, compadres y yernos para trabajar, quienes generalmente han aprendido la labor durante la adolescencia acompañando a un pariente cercano a trabajar en el monte. Sin embargo, también se conforman cuadrillas de personas que no son parientes, atendiendo a principios de afinidad en el trabajo, confianza y experticia de los tuqueros.

Hasta ahora nos hemos concentrado en la extracción de madera con hacha; sin embargo, en muchos de los pueblos históricamente tuqueros hoy hay una gran cantidad de motosierras, cuyo uso supone notables diferencias en la práctica descrita. Estas son utilizadas para cortar maderas bastas y predominan en la explotación de maderas finas. Estas últimas no son vendidas en forma de bloques, ni tucos, sino de tablas y por docenas. También está la diferencia de que las maderas finas, como el roble, por ejemplo, se cotiza por pulgadas²⁷; y, en contraste con los palos de revoltura, que deben tener un largo de casi 3 metros para poder venderlos, los compradores de roble reciben cortes de hasta 1 metro de largo.

A propósito de este tipo de maderas, hay que decir que en lugares como el Bajo Calima predomina la extracción de maderas finas como el chaquiro, el trapichero o el guayacán, pero en otros muchos ríos, como Iscuandé, La Tola o Guapi, se mezcla la explotación de maderas burdas, llamadas *revoltura*, y de maderas finas. Y, aunque los corteros no pierden la oportunidad de vender maderas bien cotizadas como el chanul, el guayacán, la jigua, la chimbuza, el tângare o el mangle, estas son primordialmente aprovechadas para la construcción de viviendas y muebles localmente. En algunos lugares su explotación se realiza únicamente por encargo.

Cuando esto es así, entra a jugar un factor en la organización del trabajo, que son las fases lunares a partir de la oposición luna/menguante, que influye en casi todas las actividades rurales. Cortar el árbol en menguante hará que su madera sea duradera y resistente a males como el comején. Al contrario, si por alguna razón se ven forzados a cortar en luna, estarán expuestos a que la madera se deteriore prontamente. Este y otros conocimientos acerca de los ciclos naturales son considerados como una herencia de los mayores.

²⁷ El valor por pulgada es de \$ 450, que equivalen a 12 tablas por \$ 90.000 de roble en Iscuandé, en marzo de 2018.

Ya veremos cómo la mecanización del trabajo tuquero articula una serie de relaciones económicas particulares entre los actores que participan en el proceso. Por el momento destacaremos la existencia de una forma de trabajo que identificamos como central en el proceso de adquisición de motosierras en los ríos, conocida localmente como *trabajar por la máquina*, y que descansa sobre un acuerdo de los dueños de los aserríos o los compradores de madera y los corteros. Esto solo se da una vez se han establecido lazos de fidelidad y cumplimiento entre las partes, de manera tal que ocurre después de haber negociado exitosamente varias veces. Básicamente el trato consiste en que el dueño del aserradero entrega una motosierra al cortero para que la trabaje, y él, con los viajes de madera que va vendiendo, paga los \$ 2.600.000 que cuesta actualmente la máquina, con el objetivo final de hacerla de su propiedad.

Para saldar la deuda el campesino queda comprometido a venderle a él, de forma exclusiva, toda la madera que obtenga. El comerciante suministra también la gasolina y en ocasiones proporciona la alimentación de los trabajadores durante periodos de corte, elevando el precio de cada uno de estos “servicios” y perpetuando el vínculo. Por último, rebaja arbitrariamente el precio de la madera con respecto al mercado. Ante la inexistencia de otras formas de crédito, este sistema ofrece al cortero la única posibilidad de acceder a su herramienta de trabajo.

Aunque esta relación ha sido utilizada por algunas personas para conseguir una motosierra, varios tuqueros comentaban que tal forma de trabajo tiene sus contras porque, a pesar de que logran conseguir el elemento que luego les va a permitir trabajar con más comodidad, los primeros viajes de madera suelen pagárselos al precio estipulado por el comprador, le suben el precio a la máquina y, además, todo el trabajo tiene que estar destinado a esa persona. Entonces, esta forma de trabajo es una suerte de préstamo o *endeude* que se paga con trabajo, expresado en un producto particular.

Lo que hace necesaria la conformación de cuadrillas de más de tres personas en el corte con hacha es principalmente el proceso de transporte de los tucos. Así, al introducirse como herramienta la motosierra, el número de personas de las cuadrillas se reduce, pues esta permite que la madera sea cortada en bloques o tablas en el monte, lo que facilita su transporte hasta las orillas donde se amarran o cargan en lanchas. En el trabajo con motosierra puede estar apenas el motoserrista y su ayudante, también llamado *paletero*. Casi todos los primeros han empezado *ayudanteando*, hasta que están en capacidad de comprar y operar su propia máquina. Los corteros pagan \$ 60.000 en promedio por día de trabajo a los *paleteros*. “Si uno tiene para irles cancelando por la tarde o si no pues uno les dice a ellos, bueno, ‘trabaje y cuando salga la madera’, uno ahí la vendió y los llama a ellos y les paga sus cuatro o cinco días”, nos explicaba un aserrador.

Después de que el árbol ha sido cortado, se asegura en un sitio cómodo para cortar sus cuatro tapas y dar forma a los bloques, cuya medida estándar es de 10 pulgadas de

ancho, 5 pulgadas de grosor y 3 metros de largo. Si es el propósito, se aserran tablas, o si se va a vender la madera en bloques, el *paletero* carga cada pieza hasta la embarcación; esa es su función principal. Así, en este caso no es indispensable la construcción de zanjas o carreteras, sino que el esfuerzo se pone en despejar trochas que conduzcan a la canoa, ubicada lo más cerca posible del lugar de corte. Tener las trochas arregladas y limpias es responsabilidad del aserrador. La posibilidad de aserrar que da la motosierra matiza la dependencia que tienen los tuqueros de las lluvias y la creciente del río, pues basta con que se pueda mover la canoa para sacar los bloques.

Aunque el corte puede ser asumido por pocas personas, también ocurre que “si uno va a cortar, diga usted, 300 o 400 palos, uno busca otro aserrador, para andar más rápido”



Figura 18. Corte de madera con motosierra en la selva del río Guajuí

Fuente: fotografía de Alejandra Gutiérrez.

(entrevista con Emilio Estupiñán, Santa Bárbara de Iscuandé, 30 de marzo de 2018). Así, la búsqueda de mayor productividad hace que se conformen una suerte de cuadrillas de aserradores. En promedio, un aserrador avezado puede llegar a cortar 40 palos en un día, y en una semana de trabajo quedándose en los ranchos del monte, se logra una producción de 180 a 200 palos. Igual que los tuqueros, los corteros pasan temporadas de 5 a 15 días en el monte.

La expansión de las motosierras como herramientas de trabajo explica también la desaparición de los aserríos en varias cabeceras municipales. En el caso de Santa Bárbara de Iscuandé, adonde llegaron en los años 1970 las motosierras por medio de unos hombres blancos que compraban chanúl, desaparecieron los siete aserríos que allí funcionaban. En la actualidad solo uno se encuentra en operación. Los antiguos aserríos han sido reemplazados por *puestos*, es decir, acopios donde compran la madera los intermediarios y la embarcan rumbo a Buenaventura. En Iscuandé hay doce puestos, es decir, doce compradores de madera²⁸.

Los corteros se encargan de llevar la madera hasta los puestos y es allí donde se efectúa la venta. El comprador recibe la madera de varios corteros, pues la producción de cada uno oscila generalmente entre 50 y 300 bloques. El dueño del puesto les paga en efectivo y casi siempre de inmediato el producto recibido a los corteros, pues los patrones de estos intermediarios envían desde Buenaventura el 30 % del pago antes de recibir la madera y el restante una vez se realiza el descargue en los acopios (Lewis y Rodríguez 2005). Al reunir suficiente madera, entre 2.000 y 3.000 bloques, el intermediario coordina un cargue hacia Buenaventura. Para hacerlo, el dueño del puesto debe contratar a un grupo de cargueros, generalmente hombres jóvenes de los mismos pueblos, para que embarquen la madera. Ellos reciben \$ 800 por bloque cargado, además de la alimentación el día que trabajan. Este intermediario asume el valor de un salvoconducto, que se debe cancelar a Corponariño, y que es de \$1.000, a lo cual se suma el flete por el transporte en el barco, que es de \$ 2.400 por bloque. En contextos donde hay presencia de grupos armados, adicional a estos valores los compradores deben pagar vacunas para poder sacar la madera de la región.

Por encargarse de este proceso los compradores locales de madera obtienen \$ 1.000 pesos por palo, de modo que un cargue de 2.000 bloques le deja al acopiador \$2.000.000, un promedio cercano al 8 %. Esta puede señalarse como una continuidad,

28 Algunos de estos compradores son herederos de los *chanuleros*, es decir, los primeros compradores de madera en bloque que en los años 1970 llegaron a Santa Bárbara de Iscuandé, que migraron a este río cuando decayó la bonanza de maderas finas en el Bajo Calima. Estos comerciantes dieron un impulso fuerte a la extracción de madera pues propiciaron la adquisición de varias motosierras y también apoyaron el cultivo de coca, cuando llegó en la década siguiente.

pues Zambrano (1997) destacaba a propósito de este actor que “es reconocido en la zona como un cortero con capital de trabajo que le permite acumular o pagar a otros su producto para luego venderlo al transportador, intermediario o comerciante” (54).

Cuando la madera llega a Buenaventura es recibida por el jefe del comprador local, quien, después de coordinar el descargue, el cual paga a \$ 1.100 por bloque, confirma telefónicamente la cantidad que recibió y efectúa el pago del 70 % restante al acopiador. Existen entonces unas cadenas de comercialización local y nacional generalmente compuestas por personas de otros lugares del país, quienes gestionan el transporte terrestre de la madera hacia diferentes lugares, como Armenia, Pereira, Cali, Medellín, Ibagué y Bogotá, y en donde hay fábricas de triplex, muebles, instrumentos musicales, enseres, adornos, cartón y cientos de artículos comercializables. Allí llega cada bloque a un precio que a veces supera los \$ 30.000.

De este modo, aunque el comercio de madera responde a las dinámicas de oferta y demanda, está sujeto al funcionamiento de unas pocas redes mercantiles integradas verticalmente gracias a su disponibilidad de capital, lo que hace difícil a las pequeñas firmas competir (Lewis y Rodríguez 2005). Esto explica el poco éxito que tienen los corteros cuando, en un intento por evadir al intermediario, el monopolio local y percibir



Figura 19. Puesto de venta de bloques y tablas de madera

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

mejores ganancias, piden un espacio en los barcos de cabotaje para 200 o 300 bloques que intentan vender en Buenaventura. Pero allí se encuentran con la sorpresa de que los precios no son significativamente mejores, como se esperaría de un escenario con mayor demanda. Esto debido a que los compradores han coordinado la fijación de precios, una característica de los mercados dominados por unos pocos vendedores articulados a cadenas integradas de comercialización, que constituyen un oligopolio (Lewis y Rodríguez, 2005). Según lo observado por Galindo y Franco (1998), la firma maderera más integrada era la que ofrecía precios más bajos. En Buenaventura estos compradores están ubicados básicamente en depósitos en la avenida Simón Bolívar, la autopista Suroriental y en el área de Siloé, y actúan como intermediarios entre los corteros y las industrias de madera para la construcción en Cali (Zambrano 1997). Es decir, en Buenaventura los corteros se encuentran con nuevos intermediarios. Sin embargo, ya estando en la ciudad la única alternativa que tienen es vender la madera y regresar pronto para no generar más gastos.

Así, lo más frecuente es que los corteros vendan en las cabeceras a los dueños de los puestos quienes les pagan una vez recibida la madera. Casi siempre el cortero recibe algo menos del precio neto, pues frecuentemente los patrones han hecho adelantos para cubrir los gastos —remesa y combustible, generalmente—, aunque, como ya anotamos, en ocasiones prestan dinero para pagar al dueño de un terreno por la madera que va a sacar. Ocasionalmente los corteros no logran cortar la cantidad de madera con la que se comprometieron, de modo que deben destinar una parte de la siguiente sacada para saldar la deuda.

Esa suerte de financiación inicial no es gratuita, pues el patrón establece a partir de ese vínculo el precio de la madera. “Por lo menos aquí, si el palo viene libre, sin usted pedirle gasto al patrón, lo pagan a \$ 14.000, y si le pide gastos, se lo pagan a \$ 13.000”, anotaba en esta dirección don Emilio, un reconocido cortero de Iscuandé (entrevista con Emilio Estupiñán, Santa Bárbara de Iscuandé, 30 de marzo de 2018). La misma relación se da entre tuqueros y propietarios de aserríos. Los últimos prestan el capital base o *arranque* para que los tuqueros se adentren en el monte a trabajar. Para sortear esos gastos, en algunos casos los corteros y tuqueros destinan la primera sacada de madera a cubrir tales rubros.

Con el fin de hacer estos adelantos, los dueños de los puestos o aserríos abren créditos en las gasolineras y tiendas del pueblo adonde remiten a los corteros y tuqueros a pedir los adelantos. Este vínculo resulta importante en tanto pudimos observar que, en algunos casos, los compradores de madera y los propietarios de gasolineras y tiendas son en su mayoría foráneos, paisanos entre ellos, parientes, socios de hace tiempo; solo unos pocos locales son propietarios o administradores. En algunas cabeceras municipales, incluso, la circulación de dinero entre forasteros se cierra con la compra del oro

proveniente de las minas y el abastecimiento de combustible para decenas de máquinas que operan ilegalmente en los ríos.

Los corteros establecen relaciones de respeto y fidelidad con sus patrones por medio de acciones cotidianas. “Yo me he dejado querer de los patrones por la forma de que ellos me dicen ‘hombre, hágame tal trabajito’, y ‘listo, yo lo hago’, ‘¿cuánto vale?’, ‘usted verá qué me da’. Y así uno se gana la confianza”, agregaba don Emilio. Los dueños de los puestos, por su parte, afirman esa relación “patrocinándoles con platica”, respaldo económico en momentos de crisis, enfermedad o muerte en la unidad familiar del cortero. Una buena relación se crea con acciones como la relatada por don Emilio:

Si yo veo que lo que corté no me alcanza para lo que yo necesito, en lugar de venderle 50 palos al patrón y los otros 50 a otra persona para ganarle, yo se la llevo toda la madera al patrón y le digo, “vea, aquí viene la madera, pero hermano, a mí me queda tanto, no me alcanza para lo que a mí me toque hacer, présteme 300 o 400 pesos”. Usted, como vio que ya le metí la producción, y como ve que yo quedo vacío, ¿el patrón qué tiene qué hacer? ¡Prestarme! Ya me voy al monte y vengo le saco la madera y se la llevo, y ya usted cogió esa confianza conmigo. El día que yo necesite, que tenga cualquier aprieto, cualquier problema, yo voy adonde el patrón o la patrona y le digo, así le deba, “yo le debo tanto pero ahorita necesito, solucióneme el problema”. Él después que vea que yo le estoy cumpliendo me presta. (Entrevista Emilio Estupiñán, Santa Bárbara de Iscuandé, 30 de marzo de 2018)

Aun así, el endeude no está exento de tensiones. De hecho, en más de una ocasión corteros y compradores nos contaron que ocurre que los primeros piden adelantos para trabajar, pero terminan dejando ese dinero pronto en las tiendas, o se ven obligados a gastarlo por alguna eventualidad suya o de alguno de sus parientes. Otras veces los corteros le piden a un comprador un préstamo, pero le venden subrepticamente la madera a otra persona que le pague los \$ 1.000 que le descontaría el financiador. Esto es altamente criticado por los compradores, varios de ellos blancos, que califican ese comportamiento como parte de los defectos de la “la gente de por acá”, como dicen cuando hablan de sus trabajadores. Los corteros, por su parte, se esfuerzan por conseguir el dinero suficiente para financiarse y, como precisa don Emilio, “que ya la madera venga sin compromiso, y ya esos mil pesitos le van aumentando a usted”; es decir, romper en lo posible con el endeude.

Por otra parte, la silvicultura, indistintamente de las herramientas usadas, es considerada una actividad masculina. Durante el trabajo de campo nunca vimos mujeres que conformaran parte de estos grupos de trabajo, y si una mujer se remontaba con los hombres, era para cocinar en el rancho y lavarles la ropa a los corteros. Sin embargo,

este *statu quo* se quiebra en algunos casos particulares, especialmente cuando el tuquero no tiene familiares cercanos con quienes trabajar; a pesar de esto, la tarea de la mujer no está relacionada con las actividades que requieren de más fuerza. Ya veremos cómo en los aserríos las mujeres se articulan al trabajo realizando ciertas tareas específicas.

Aserrios

Pero no toda la madera que se extrae de los bosques del Pacífico sur llega en forma de bloques a Buenaventura; gran parte es aserrada en los ríos mismos, en los cada vez menos numerosos aserríos. Para el caso particular del Charco, Nariño, poblado ubicado sobre el río Tapaje, actualmente operan cinco aserríos, tres de ellos ubicados en la parte baja del poblado y otros dos en la parte alta. El funcionamiento de estos lugares depende de dos factores. Por un lado, de las crecientes de los ríos que permiten el transporte de los grandes chorizos hasta los aserríos, y por otro, de la cantidad de madera que sea extraída a lo largo del río y sus afluentes. Cuando la madera no es suficiente, algunos aserríos pueden durar inactivos meses o incluso años. En estos momentos los trabajadores se dedican sobre todo a la pesca o a sacar concha, generando la existencia de una economía rotativa entre aserrar y pescar determinada por el flujo de madera y por la activación de los aserríos.

Con respecto a la manera en que operan los aserríos, se desarrolla un trabajo en cadena que inicia desde el agua en donde se encuentran dos hombres que, por medio de un *guincho* —máquina que consta de un pequeño motor y un cable de acero—, suben las trozas desde el agua hasta tierra para luego, usando un *girapalo*, hacerlos rodar hasta el carro, en donde dos hombres cargan la madera hasta el lugar donde está la sierra. El aserrador pasa cada palo por la sierra cuatro veces quitándole las tapas para conseguir que quede cuadrado. Su labor está determinada por la capacidad de controlar y manejar la máquina para realizar los cortes con precisión. A un costado se encuentra la *recanteadora*, una sierra mucho más pequeña que es operada por dos hombres y que tiene el objetivo de hilar los bloques para darles forma y obtener tablas y bloques pequeños. Los *recanteadores* también deben estar pendientes del motor que da energía al aserrío para el funcionamiento de las máquinas, el cuál funciona con ACPM y consume por día de trabajo entre cinco y siete latas de combustible.

Una vez los bloques son aserrados, son pasados al *recibidor* que, junto a su ayudante, colocan los bloques o tablas en la *recortadora*, sierra pequeña que, a través de una banda, da el largo de los palos que tiene que ser de 2,80 metros. Cuando los palos van saliendo pasan al *empujador* o “bota tablón”, quien los entrega a los tres hombres “de producción” que cargan los tablones y los organizan. El empujador también pasa algunos palos a los *palilladores*, dos hombres que de las tapas y los tablones malos obtienen palillos.

En la parte de abajo del aserrío se encuentran dos hombres que recolectan en carretas el aserrín que cae de la sierra y la recortadora. Junto a ellos está el encargado de recolectar y botar aserrín de la palilladora y la recantadora. También hay otro hombre encargado de recoger los desperdicios o el recorte y otros tres, de botar las tapas. Todos estos sobrantes son reunidos en un espacio a unos pocos metros de las máquinas, para a continuación quemarlos y sacar carbón para la venta local.

Los aserríos emplean alrededor de 24 personas que operan las diferentes máquinas y organizan la madera en jornadas de trabajo de 8 horas. En general, es una labor masculina, aunque en ocasiones las mujeres han hecho parte de la producción como recolectoras tanto del aserrín como de los demás desperdicios que resultan del proceso. La ganancia es por producción y depende del cargo ocupado dentro del aserrío. Así, suponiendo que se logre sacar 1.000 tablones, el pago es distribuido de la siguiente manera: los obreros rasos —entre los que están los que tiran el aserrín, botan el desperdicio o recorte y las tapas, los ayudantes de los operadores de las máquinas, el empujador y el operador del guincho—, ganan 50.000 pesos; el aserrador gana 100.000; su ayudante, 75.000. Los palilladores ganan por la cantidad de líos²⁹, cada uno pagado a 2.500 pesos.

Los dueños de los aserríos, que son por lo general comerciantes de otros sectores del país, compran los tucos haciéndose responsables de la transformación y comercialización de la madera obtenida. En caso de que algunos tucos salgan dañados, la pérdida es para el dueño. También es probable que el dueño de los tucos pague al dueño del aserrío por la transformación. En este caso, si algún tuco sale dañado, la pérdida es para el tuquero. Las tablas, que son sacadas sobre todo del sajo, son comercializadas en el mismo pueblo o a nivel local.

Nodo agrícola

“De aquí sacaban cualquier cantidad de arroz, para afuera, para los otros pueblos del río”, “aquí el plátano no hacía falta, eso lo cambiábamos por pescado, que por panela”. Estas fueron afirmaciones que aparecieron repetidamente en las conversaciones que sostuvimos en los recorridos por los distintos ríos del Pacífico sur. Son la memoria de una vida campesina basada en la autosubsistencia y, aunque en muchos lugares pareciera que la agricultura como núcleo económico y laboral fuese solamente eso, un recuerdo, basta con recorrer los incontables esteros sembrados de coco que se desprenden de los ríos Micay, Tapaje, Guajuí o Timbiquí en busca del océano Pacífico, para notar que aún

29 Agrupación de 40 palillos.

cientos de familias ribereñas le apuestan a la agricultura como su principal fuente de empleo (Van der Hammen 2012).

En las zonas medias de los ríos se puede observar, desde la canoa, en las orillas, sembrados de arroz, y ya dentro del monte, colinos de más de una variedad de plátano, papachina, yuca, maíz, caña de azúcar, cacao y árboles frutales, destinados principalmente al consumo familiar y local. Con distinta intensidad, por factores que van desde la vocación de los suelos hasta la fuerza con la que los sembrados de coca desplazaron a los de alimentos, puede decirse que en todas las zonas del río se practica la agricultura.

En la parte baja predominan los cultivos de coco, mientras que las partes medias, las de mayor potencial agrícola, se han aprovechado para el cultivo de plátano. Nos concentraremos en las características y condiciones en las que ocurre el cultivo de estos dos alimentos, debido a que se han articulado al mercado de modo tal que para unos pocos pueblos su producción hace el papel de nodo económico. Hay que decir, en todo caso, que lo más común es verla coexistiendo con minería, siembra de hoja de coca, pesca, etcétera.



Figura 20. Cultivo de arroz

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

Antes de iniciar la siembra de cualquiera de los alimentos que mencionaremos, el agricultor ha de limpiar el terreno, *socular*, y lo hace mediante el método de tumba y pudre. Convoca a un grupo de trabajadores para que, con hachas, machetes y motosierras, se enfrenten a la espesa vegetación, principalmente a los palos grandes que están en *monte adulto*, con el fin de despejar el suelo y disponerlo para la siembra. En la roza y tumba de una hectárea se invierten aproximadamente seis días de trabajo, suponiendo que se contrate a dos jornaleros. Los palos tumbados y la vegetación se dejan allí esparcidos, pues su descomposición nutre el suelo y ayuda al crecimiento de los cultivos. No pasan más de quince días para que el monte esté visiblemente elevado; hojas de gran tamaño y enmarañados arbustos van trepando por donde les sea posible. De ahí que el corte del monte indeseado sea una de las tareas transversales a todos los cultivos, y también una de las más demandantes para los cultivadores, aunque, si el cultivo no es muy grande, después de la primera rocería esta labor es asumida por los miembros de la familia.

Hay que decir, también, que la gente en el sur del Pacífico suele tener más de un monte heredado en distintos lugares del pueblo, lo que le permite elegir el que tiene las condiciones más favorables para cada siembra. El color y la textura de la tierra determinarán este aspecto. Quienes se dedican por entero a la producción de alimentos tienen simultáneamente varios de estos montes sembrados, en etapas diversas de crecimiento. Después de cada cosecha, los agricultores dejan descansar la tierra y tras cuatro o cinco años retoman su uso agrícola; a estas tierras en descanso se las conoce como *rastrojo*. Se conserva, entonces, el cultivo rotativo de alimentos, aunque mermado por fenómenos como los cultivos de coca, como veremos más adelante.

Coco

Norman Whitten destacaba, para 1992, que la palmera de coco era el rasgo agrícola de la región, “ella ofrece la primera evidencia de la habitación humana; las casas están ubicadas directamente detrás de las palmeras, y detrás de las casas se encuentran las chacras” (81). Pudimos constatar esta afirmación cuando, durante alguno de los viajes por los ríos, uno de nuestros acompañantes comentó: “donde vea usted una palma de coco, ahí hubo una casa”. Las palmas de coco que se elevan entre un monte que pareciera nunca haber sido tocado son el referente de ocupación pasada en esta región; y su histórica presencia en la vida cotidiana de la gente del Pacífico lo han convertido para algunos en fuerte de subsistencia, y para todos, en el ingrediente infaltable de la gastronomía local. La leche que se extrae de la pulpa después de rayarla es el corazón de los muy apetecidos *encocados* de piangua, jaiba y distintos tipos de pescado; el agua

dulce que guarda el coco es también muy valorada, y siempre va a ser sinónimo de cordialidad ofrecer a alguien una *pipa* para refrescarse.

Aunque son palmas muy versátiles que se adaptan a terrenos variados, las tierras más propicias para su crecimiento, en donde siembran para la comercialización, son las que bordean las venas acuáticas que se abren paso con dirección al mar. Allí en donde el agua es por momentos dulce y por momentos salada, según decida la marea, crecen las palmas de coco, aprovechando el arrastre de sedimentos y los nutrientes presentes en el agua. Los cocales de gran tamaño suelen encontrarse después de un par de minutos navegando hacia adentro del monte.

Los cocales están casi siempre en las tierras inundables por aguas estuarinas, en la franja que corresponde a los ecosistemas de guandal, firmes de natal y algunas zonas aledañas de vegas, playas y terrazas de influencia marina (Quintana 2011). No obstante, no son únicamente los pobladores de las tierras bajas de los ríos los propietarios de estos montes sembrados de palma. Los procesos de movilización histórica de gentes dentro de los ríos han posibilitado que familias y personas de los pueblos de la parte media y alta posean terrenos, algunas veces de decenas de hectáreas, de tierras fértiles para la



Figura 21. Cocal ubicado cerca a la bocana del río Guapi

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

producción de coco. Las tierras mareñas son muy valoradas por los agricultores de los ríos, pues desde hace décadas la producción de este alimento ha sido una de las actividades legales más rentables de la región, aun con la proliferación de la plaga conocida como el *anillo rojo*.

Iniciar el sembrado de un cocal supone una inversión económica y de trabajo considerable. Lo que viene inmediatamente después de la socola es la construcción de zanjas o drenajes, los cuales servirán para la entrada y salida del agua durante las crecientes y vaciantes, respectivamente, condición necesaria para el crecimiento del coco. La construcción de cada zanja de drenaje, de 1 metro de profundidad y 80 cm de ancho, tiene un precio establecido de \$ 3.000, lo cual hace de ese momento el de mayor inversión para los cocoteros, pues en los grandes cocales cada drenaje puede superar sin problema los 100 metros. Estos drenajes requieren mantenimiento o reconstrucción cada dos o tres años.

Con esta infraestructura se pasa a la siembra. Las semillas son adquiridas localmente o reservadas de una cosecha anterior. El costo de una semilla grande, lista para sembrar en la tierra, es de \$ 3.000, pero adquiriéndola más pequeña puede hallarse hasta por la mitad de ese valor. Así, según los cálculos realizados por un cocotero experimentado de la bocana del río Guajuí, Guapi, la inversión inicial para la siembra de una hectárea de coco es de \$ 6.000.000.

Las variedades de coco cultivadas actualmente en el Pacífico sur son conocidas como manila, táparo y típico. Los dos primeros se caracterizan por su rápida producción, cuatro años desde la primera siembra; y el típico porque el fruto tiene el mayor tamaño. Los cocos manila producen bastante aceite, por lo que tienen buena demanda en las plantas procesadoras de productos derivados de este. “El coco, desde que no le caiga plaga, no tiene pierde”, nos explicaban, pues pasados entre dos y cinco años de la primera siembra, según la variedad, las palmas cargarán una y otra vez cada tres o cuatro meses durante años. Palmas de 2 metros aproximadamente, bajas y robustas, cargan hasta tres docenas de cocos. La abundancia de comida en medio del monte bravo del Pacífico fue reconfortante en nuestro paso por los esteros nariñenses y caucanos.

Mientras crecen las palmas, los cultivadores estarán visitando su cocal varias veces por semana para destapar las zanjas obstruidas por palos y vegetación, levantar alguna palma derribada, asegurarse de que no haya indicios del temible *anillo rojo*³⁰, y cada seis u ocho meses programan varias sesiones de rocería. Al llegar la cosecha, los cocoteros han de contratar a un grupo de jornaleros que usarán palancas y machetes para acceder

30 Esta plaga ha estado presente desde los años 1970, pero en 2009 proliferó al punto de acabar con vastas cantidades de cultivos y redujo a menos del 10 % su potencial productivo en la región (Quintana 2013).

a los racimos de coco, cortarlos y cargarlos en las canoas que transportarán los frutos hasta las viviendas de los cocoteros, en donde, ocasionalmente, tienen depósitos para guardarlos hasta el momento de la venta. La cosecha tiene para el cultivador un costo de aproximadamente \$ 1.700.000 anual (Quintana 2013).

En el ámbito local, el coco circula de la bocana hacia arriba, es vendido por los mismos cultivadores a sus vecinos por un precio que oscila entre \$1.500 y \$3.000. Entre más arriba del río, más costoso. El protagonismo que tiene este alimento en la dieta regional hace de la venta interna una posibilidad importantísima de comercialización en tiempos de escasa demanda externa. Ahora bien, en lo que respecta a la comercialización externa existen dos opciones: venderles a comerciantes que van hasta los pueblos por el producto o ir a venderlo personalmente a las galerías de las cabeceras municipales.

En el primer caso los cocoteros tienen compradores que llegan con sus canoas hasta sus casas, pagan inmediatamente el producto, lo acopian y lo envían hacia Buenaventura, en donde es recibido por alguien más que coordina el cargue en camiones rumbo a las ciudades del país en las que se encuentran las fábricas de productos comestibles, cosméticos y artesanales derivados de las distintas partes del coco. Bogotá, seguido de



Figura 22. Semillas de coco manila para comercialización local

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

Medellín y Cali, son los principales destinos del coco del Pacífico sur, aunque existe una diferencia intrarregional en las rutas de comercialización.

En Nariño la producción se ve favorecida por la existencia del puerto de Tumaco y la vía Pasto Tumaco, lo que de hecho hace que la mayor parte de la producción del departamento se concentre en este municipio. Por otra parte, el Cauca debe transportar su producción por vía marítima hasta el puerto de Buenaventura, siendo los principales productores los municipios de Timbiquí y Guapi. De allí que la mayor parte de la producción del Cauca se orienta hacia el Valle y Caldas, mientras que la de Tumaco llega hasta Bogotá. (Quintana, 2013, 11)

El costo de transporte acuático puede llegar a ser tres veces mayor que el terrestre, debido al gasto de combustible, lo que pone en desventaja a los cultivadores de la zona norte del Pacífico sur, pues la inexistencia de vías terrestres que los comuniquen con el centro del país limita la venta del coco proveniente de Guapi y Timbiquí a mercados en donde el precio pagado por docena está generalmente 2.000 o 3.000 pesos por debajo que en Bogotá.

La otra opción que tienen los cultivadores es embarcarse hasta las cabeceras municipales o ciudades donde se encuentran los compradores. Allí pagan por docena a un precio de \$18.000 en promedio, aunque varía por tipos de coco. Esa persona paga cargueros para pasar el coco de las canoas a tierra, a peladores que deshacen la gruesa corteza que protege el fruto y a los vendedores de los puestos. Es frecuente que aquellos cocoteros que se embarcan con su producto hacia afuera de su pueblo hayan establecido ya compromisos con los compradores, quienes envían dinero y remesas hasta de varios millones de pesos, según nos contaron, durante el proceso de cultivo, de modo que al llegar allí la venta es fija y al precio ya acordado.

A diferencia de varias de las mercancías aquí mencionadas, tanto cultivadores como comerciantes destacan que el coco es un producto que genera buenas ganancias, suficientes para vivir y proporcionales al esfuerzo invertido aun cuando, como los demás productores primarios, en algunos casos establecen relaciones de compromiso con intermediarios. Una producción abundante y estable³¹ hace del coco un alimento con potencial de aprovechamiento comercial. Los cultivadores lo saben, y por eso persisten a pesar de la inestabilidad del mercado, principal obstáculo al que se enfrentan los actuales cultivadores de coco, como explicaremos más adelante.

31 “Entre 1997 y 2010 el departamento de Nariño ha producido el 36,6% de la producción nacional, y para 2010 produjo el 50,1%. Le sigue el departamento del Cauca que tiene históricamente el 28,3% de la producción nacional, y el 14,54% en el 2010” (Quintana 2013, 8).



Figura 23. Puesto de venta de pescado seco y de coco en cabecera municipal

Fuente: fotografía de Eduardo Restrepo.

En el departamento del Cauca, el transporte para la comercialización supone costos mayores en comparación con el departamento de Nariño, lo que lleva a que en ocasiones los cultivadores pierdan las cosechas. Vale la pena considerar experiencias como la de la empresa Pacificoco, conformada en 2003 en Buenaventura, hoy orientada completamente a la transformación, procesamiento y comercialización de productos derivados del coco. Su aporte está en que logra asegurar un mercado fijo a los cocoteros de Tumaco, con precios fijos y justos, y permite mayor independencia a los cultivadores. La transformación local del coco que se siembra en las tierras inundables del sur del Pacífico es, en opinión de los cultivadores, la única manera de que los cocoteros sigan siendo actores económicos importantes en la región.

Plátano

El plátano es el más flexible de los cultivos. Se lo ve entre las planicies sembrado junto a la caña, disperso alrededor de los tajos de coca, en terrenos montañosos y en la



Figura 24. Colino

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

parte trasera de las casas. Actualmente es el producto agrícola más circulado y posiblemente más consumido localmente; y, en algunos ríos como el Patía y el Tapaje³², logra articularse como nodo económico.

A los montes sembrados con plátano o maíz se los conoce como *colinos*; sin embargo, como el cultivo de maíz se ha ido reduciendo casi hasta su desaparición en algunos poblados, hoy la expresión “trabajar el colino” obedece casi siempre a realizar alguna tarea en los cultivos de plátano. La siembra del plátano se hace por la puesta en tierra de cepas, comunmente de plantas de una siembra anterior recogidas en luna menguante.

La planta inicia su crecimiento y esto impone, además de la usual rocería, que los cultivadores inviertan tiempo cortando palos del monte cercano para instalarlos como apoyo junto a las raíces del plátano; hunden un extremo en la tierra y el otro lo ponen en la parte alta del tallo, sosteniéndolo. *Apuntalar* es necesario porque es posible que el

32 En este afluente, además de plátano, sacan para comercializar aguacate, guaba, zapote, naranja, guanábana, piña y limón. Como señala María Clara van der Hammen (2012), para el caso del río Tapaje, se encuentran sembradas alrededor de 6.500 hectáreas de plátano, 1.200 de coco y 400 de cacao.



Figura 25. Racimo de chivo

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

enraizamiento superficial que se produce en este tipo de suelo derive en el volcamiento de la planta por el peso del fruto después de que inicia el crecimiento.

Cuando la planta está bien formada, bajo las hojas empieza a aparecer una bolsa alargada que irá creciendo hasta que, en un evento bellissimo, se abre para dar lugar a pequeños y delgados frutos de color verde. La primera cosecha llegará después de diez meses.

El plátano cultivado en estos ríos es comercializado regionalmente. Los agricultores venden el producto a personas de los mismos ríos que hacen un trabajo de acopio y transporte hasta las cabeceras municipales. A las murallas de los ríos Guapi, Timbiquí, El Charco y muchos otros llegan canoas con cientos de racimos de plátano que, bajo la

lógica de la oferta y la demanda, son negociados con comerciantes de la galería, vendedoras de calle y pequeños supermercados. Los vendedores de plátano paran de uno a cuatro días en las cabeceras mientras sale todo el producto; cuando hay mucha oferta, a veces migran hacia el río en busca de compradores.

Como nos comentaba una persona que se dedica a la comercialización del plátano en la galería de Guapi, el negocio viene por parte familiar. Su padre, uno de los primeros comercializadores, recolectaba la producción de diferentes unidades. Una vez cargada la *canoa platanera*, el hombre pasaba alrededor de quince días en la galería, durmiendo en una hamaca, y luego de completar la venta regresaba a la zona del Tapaje. En la actualidad, decía, él se había trasladado a vivir a Guapi y, aprovechando su red de parientes y conocidos, iba cada quince o veinte días a El Charco, con el fin de llenar la canoa con el producto que vende en Guapi. Nos comentaba que el principal problema era la carrera contra el tiempo que supone la maduración del plátano, ya que la gente no compra racimos (64 plátanos) si están maduros. Una buena parte del producto se pierde. La otra problemática gira en torno al fiado. En sus propias palabras: “Muchas



Figura 26. Venta de plátano y naranja en Guapi, Cauca

Fuente: fotografía de Eduardo Restrepo.

personas piden fiado, pero cuando uno va a cobrarles para poder ir de nuevo a comprar, ahí sí no están, no aparecen, no tienen. Se pierde mucho ahí” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 4 de abril de 2018).

Ahora bien, además de los lugares que, como el Tapaje y el Patía, funcionan a manera de despensas agrícolas, en una buena parte de las zonas rurales del Pacífico sur el plátano se presenta como *comida para cortar*. Como señaló Paul Pavy (1967) al caracterizar el sistema agrícola del río Raposo, la agricultura estaba dirigida a la subsistencia del núcleo familiar y esto se expresaba en la ausencia de fuerza de trabajo no humano y en la inexistencia de herramientas especializadas más allá de palas, hachas y machetes. En esa dirección, la comida para cortar se retira del monte propiedad de la familia que es sembrado de manera artesanal, normalmente con esquejes que se desprenden de otros racimos, y con los cuales muchas familias cubren su alimentación diaria. Como lo pudimos experimentar en nuestro propio cuerpo, especialmente en las zonas ribereñas, el plátano puede ser comido en dos de las tres comidas diarias.

Coca y cocaína

En el cuarto capítulo nos adentraremos en el análisis del proceso histórico mediante el cual la siembra de la hoja de coca se introdujo en el Pacífico sur hace algo más de dos décadas, y se consolidó como nodo económico de decenas de pueblos de distintos ríos. Por ahora, caracterizaremos la forma como cultivadores, raspachines, cocineras, químicos, lancheros y otros actores locales se articulan a alguna parte de la producción, y otros tantos, como dueños de tiendas, estaciones de gasolina, estancos y verdulerías, se benefician del flujo de dinero derivado de la venta externa de la pasta base o de la cocaína.

En el presente, la costa sur del Pacífico recibe la pasta base y la cocaína producida en los pueblos del litoral valluno, caucano y nariñense, y también la que llega desde el otro lado de la cordillera. Desde municipios como Buenos Aires y Suárez llegan kilos de cocaína ya procesada en los laboratorios que se esconden entre el ramal occidental de la cordillera de los Andes. Llega cargada en bestias que recorren kilómetros de trochas y caminos enmontados que buscan los pueblos ribereños, en donde la mercancía toma las venas acuáticas que van a parar al océano. Una de las rutas más productivas es conocida como el camino del Naya (Vice Colombia 2018). Otras rutas conectan los pueblos cultivadores de las partes medias y altas de los ríos de la región con las bocanas, adonde llega la pasta base para ser cristalizada y embarcada.

La región tiene un panorama muy diverso en cuanto a los cultivos de coca, y difícilmente se podría generalizar al hablar de la situación de estos y de las personas que están en los territorios donde se producen la pasta base y la cocaína, pues en la región coexisten escenarios como algunos ríos del Cauca en donde predominan los pequeños

cultivos familiares, con lugares como Tumaco, donde hacen presencia disidencias de las FARC que no están dispuestas a soltar el negocio del narcotráfico; bandas criminales y ELN; colonos que llegaron con los cultivos y que defienden su derecho a permanecer en el territorio por medio de organizaciones como Asominuma; consejos comunitarios; agroindustriales y el Estado, que inicia la etapa de erradicación manual —forzada— del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos (PNIS) (“Comunidades afro” 2018).

En este contexto y habiéndose convertido en “la capital mundial de la coca” (Bermúdez 2017), por pasar en las últimas décadas de unas decenas a 23.148 hectáreas sembradas de coca, y ocupando el primer lugar en los municipios productores del país, Tumaco es un escenario muy complejo. Esto lo supo el país cuando, el 5 de octubre de 2017, la incursión del Ejército a la vereda El Tandil y la posterior confrontación con los campesinos cocaleros dejaron como saldo un homicidio múltiple.

Tumaco propone una experiencia importante para pensar en el futuro de los demás territorios en donde actualmente confluyen intereses y lógicas de poder poco exploradas más que por la prensa. Debilidad organizativa e institucional, cuando no relaciones que se han gestado entre los armados y las organizaciones; voluntades divididas frente a la propuesta de sustitución diseñada por el Gobierno nacional; economías alternativas contextualmente inviables, y relaciones poder y dependencia económica son algunos de los temas a los que valdría la pena acercarse. En este último punto buscaremos ahondar en la segunda parte del capítulo.

En otros municipios, la siembra y comercialización de pasta base están en aumento. Los espacios dejados por las FARC fueron rápidamente retomados y hoy son pequeñas y medianas estructuras, menos identificables, las que compran la mercancía en cada pueblo, aunque a un menor precio. Estructuras que, como en el pasado, están fuera del control del Estado colombiano y que actúan, como lo hacía la guerrilla, sobre la economía y la justicia local, e influyen fuertemente en los consumos culturales de estos pueblos. En otros, las fumigaciones acabaron la coca, pero no se gestó ninguna otra opción económica para los campesinos que no solo vieron marchitarse los palos de plata, sino también sus cultivos de pancoger. Estos son pueblos pequeños, aletargados, vacíos; allí el tiempo parece no avanzar. Allí donde el tiempo de la coca pasó, los jóvenes, hombres y mujeres se han ido a las ciudades en busca de oportunidades laborales. Y los viejos se dedican a difíciles y mal remuneradas actividades de explotación de recursos.

Cabe aquí retomar la afirmación de Taussig (2013) de hace más de dos décadas: “Pero, ¿cuánto tiempo pasará antes de que estas gentes de la costa comiencen (vuelvan) a cultivar coca? Tan pronto como la guerrilla (sea la que sea) o tan pronto como aparezca un paisa con semillas de coca y la promesa de comprar pasta” (123). La reorganización de fuerzas de narcotráfico tiene un alto impacto en la actitud de los cultivadores frente

al PNIS; su avanzada aumenta las tensiones locales y hace renacer, en donde se había debilitado, la idea de la coca, a esta como la única opción económicamente viable.

En un panorama tan diverso, nuestra apuesta es aportar etnográficamente a conocer las condiciones en las que hoy se están produciendo la pasta base y la cocaína, quiénes son y de qué forma están articulados los actores que hacen parte del proceso, y las lógicas y relaciones que gobiernan la fuerza de trabajo en esta actividad. Es necesario aclarar que la información que da cuerpo a este capítulo fue recolectada en medianos y pequeños poblados de ríos relativamente poco sembrados, en comparación con el sur de la región. Allí la siembra, el procesamiento y la venta de la hoja de coca, aunque en aumento, ocurren sin muchos tropiezos, y el PNIS es apenas un rumor entre los cultivadores. Abordaremos el tema tomando como referencia dos momentos que generalmente tienen lugar en escenarios diferentes y suponen la participación de actores distintos: 1) la siembra, cosecha y producción de pasta base; y 2) la cristalización y el embarque de cocaína.

Siembra, cosecha y pasta base

En las zonas donde los cultivos son relativamente pequeños, de entre media y tres hectáreas por familia, los cultivadores suelen usar sus propios montes heredados para sembrar. Cuando los montes propios están muy distantes del caserío, los suelos no son aptos para la siembra o en zonas de alta producción, los cultivadores suelen usar los terrenos de parientes y vecinos, y establecen con ellos acuerdos para su uso. La mayoría de las veces funciona la lógica del alquiler. Cuando hay relaciones de parentesco, es común que no se establezca un precio por esa suerte de arrendamiento, sino que quede sujeto a la voluntad del cultivador entregar algo de dinero al dueño del terreno cuando venda la pasta. Por lo tanto, este precio variará con el valor de la mercancía y la productividad del cultivo.

Como en cualquier otro cultivo, la siembra está precedida por la limpieza del terreno. Parientes y jornaleros, provistos de machetes, hachas y eventualmente motosierra, se enfrentan a palos y hierba que crecen velozmente por la ayuda constante de la lluvia. Para la primera siembra deben comprar la semilla en pepa, la planta germinada o bien palos de los que cortan varios esquejes y van directo a la tierra. La libra de semilla cuesta \$ 30.000; plántulas de aproximadamente 15 centímetros valen \$ 200; y una arroba de ramas de bonita cuesta \$ 80.000. Las semillas se adquieren en los caseríos o en las cabeceras municipales de Guapi, Timbiquí, El Charco, etc.

Durante varios años, esta será la única inversión en semilla que deberán hacer los cultivadores, pues cada dos a tres años, cuando la planta crece y deja de dar bastante hoja, se corta el arbusto para dejar solo un pequeño esqueje hasta que renazca e inicie

de nuevo el ciclo de crecimiento. Como *tingo y bonita* se conocen las variedades que se encuentran en los montes ribereños de la parte media y alta de los afluentes del Pacífico sur. Es común ver en un mismo *tajo* la tingo de hojas verde oscuro y gruesas, y la bonita, verde biche con hojas más delicadas. Según la explicación de una cultivadora, la bonita requiere mayor cuidado, tenerla más libre de monte, pero también es de mejor calidad y rendimiento.

Después de la primera siembra, la cosecha llegará entre diez meses y un año después, y, a partir de ese momento, las hojas estarán listas para ser arrancadas cada tres meses. El primer año es muy importante, y los cultivadores se esfuerzan bastante por fumigar y abonar la tierra. A la primera acción se le conoce localmente como *gramosonear*; es decir, aplicar un químico llamado Gramoxone³³ que controla el crecimiento del monte circundante a las matas, principalmente la hierba de hojas anchas, tan común en este tipo de ecosistema. Se adquiere a \$100.000 el galón. Este se aplica con una bomba pesadísima que se carga durante horas en la espalda, mientras se controla la manguera por la que desciende el líquido. Aunque en los últimos años se ha hecho más frecuente el uso de bombas estacionarias que facilitan la fumigación, su alto costo es accesible únicamente para los grandes cultivadores, usualmente forasteros. Aunque el efecto del *matamonte* es inmediato y ayuda muchísimo, la limpieza del terreno se debe complementar con la roza con machete. El abono de la tierra se realiza con Triple 15 y Desarrollo, fertilizantes que aportan nutrientes a las plantas para hacer más abundantes las hojas y acelerar su crecimiento.

Dado que durante ese tiempo el cultivo no produce ninguna ganancia, los dueños se dedican a otras actividades, como la agricultura, la minería, la raspa en los cultivos de sus vecinos, etcétera. La preocupación básica de los cultivadores en ese momento es conseguir el dinero suficiente para esos insumos que deben aplicarles a las plantas. Un *tajo* al que no se le aplican químicos puede tardar hasta dos años en dar la primera producción y, lógicamente, esto deriva en bajas económicas para los cultivadores.

Llegado el tiempo de cosecha de la hoja, el cultivador convocará a una cuadrilla de un número cambiante de personas, de acuerdo a la cantidad que espera recolectar. Hombres más que mujeres van a los cultivos, con botas, toldillo y un costal de fibra que atan a su cintura o que ponen en el piso totalmente extendido junto a la mata que desnudan con mano firme y técnica para sacar la hoja lo más entera posible y sin ramas, pues, además de hacerlo rápido, de eso depende ser o no considerado un buen

33 Su componente activo es Paraquat, el cual produce intoxicación aguda en personas y animales. Este herbicida de rápida acción es considerado uno de los componentes químicos de uso agrícola más peligrosos en el mundo, lo que ha llevado a la prohibición de su uso en varios países (Aristizábal 1995).

raspachín. Las gotas de sudor se deslizan a prisa sobre los cuerpos esbeltos de un grupo de jóvenes negros en lo profundo de un monte guapireño cuando uno de sus jefes, el dueño del cultivo, grita groserías junto a uno de ellos: está arrancando muchas ramas. Cada rama rota serán algunas hojas menos en la siguiente cosecha.

Cada uno se ubica frente a la mata que va a raspar y toma una rama con cada mano. La sujeta desde su nacimiento y la hala manteniendo la presión. De este modo las hojas irán quedando en sus manos y de ahí caerán al costal. El toldillo cumple la función de proteger los dedos de las ampollas, que aparecen pronto incluso en las manos fuertes y curtidas de los campesinos. La coca es un arbusto frondoso, de modo que, para tomar las ramas más altas, el recolector las pisa con fuerza y las pone a su alcance. Una vez va quedando la planta desnuda se pasa a la del lado, se arrastra el costal y se repite la acción tantas veces como sea necesario, cientos de veces. El contacto constante que tienen los recolectores con la planta genera irritaciones en la piel, la cual provoca una comezón insoportable para algunos, e incluso los obliga a abandonar la actividad. Otros usan cremas para aliviar el escozor que paradójicamente les produce el roce con el “palo de plata”.

Cuando está llegando el final de la jornada, cada raspachín carga el producto de su trabajo hasta el rancho donde se procesa la hoja, los *cambullones*. Recorren con hasta 100 kilos de peso en la espalda las trochas y caminos estrechos que comunican los cultivos con los cambullones donde se procede al pesaje que determina el pago. En uno de los sitios donde adelantamos trabajo de campo, el precio por arroba recolectada es de \$ 7.000, aunque este precio varía en 2.000 o 3.000 pesos entre pueblos. Una báscula mostrará cuántas arrobas recogió cada quien y el cultivador irá anotando estos valores para saber cuáles serán las deudas que deberá saldar cuando la mercancía se venda.

En una jornada de raspa, una cuadrilla de cinco personas puede recolectar un promedio de 30 arrobas, esto en condiciones ideales, es decir, sin el calor sofocante que obliga a frecuentes descansos, o la lluvia que no permite recoger algunas variedades de hoja y hace que algunos días sean totalmente improductivos. Así, cada raspachín recibe a diario \$ 42.000 aproximadamente, aunque vale decir que hay quienes pueden llegar a raspar hasta 12 arrobas en un día, y los principiantes apenas alcanzan las 3. “Los primeros días a uno no le rinde, porque se desacostumbra, pero ya luego de que uno tiene las ampollas, comienza a recoger entre 7 y 9 arrobas en un día”, destacaba un joven raspachín. La *buena* o *mala espalda* que tenga el raspacho influirá en su rendimiento.

En uno de los escenarios en donde pudimos compartir con los raspachos, en las últimas semanas de noviembre la ansiedad se apoderaba de los cultivadores, pues querían raspar durante ese mes para que al llegar diciembre la mercancía estuviese vendida. Esta era la condición de los pequeños cultivadores, que querían el producido de sus pequeñas fincas, y también de un grupo de socios —volveremos sobre ellos más adelante— que,

según comentan en el pueblo, tienen algo así como 200 hectáreas de coca en los montes que le han ido comprando a la gente del pueblo. Durante un mes, 17 jóvenes del pueblo se habían ido a una finca a raspar, dejando a los cultivadores del pueblo sin trabajadores. Para los pequeños cultivos se puede dar el caso de que alguien raspe solo, pero es algo poco usual y productivo. La cooptación de la fuerza de trabajo también afectaba notoriamente el trabajo agrícola, pues no había peones interesados en trabajar como jornaleros, teniendo la opción de ir a raspar.

Por cientos se cuentan los raspachines en varios municipios de Cauca y Nariño. Son generalmente jóvenes entre los 12 y 35 años que, una vez aprenden la técnica y adquieren agilidad para lograr obtener ganancias, no dudan en moverse hacia los pueblos y ríos vecinos en épocas de cosecha. En lo posible se movilizan con la *gallada*, pues el tiempo de raspa, durmiendo en el monte, no es asunto fácil, pero es una opción para conseguir dinero, que algunos usan para alimentar a sus familias, y otros, los que aún no han conformado una, para comprar ropa, alcohol y, ocasionalmente, armas.

En las noches de fin de semana, entre ron y cerveza, quejas y elogios se mezclan cuando los raspachos hablan acerca de su trabajo. Comer arroz, frijol, plátano, más arroz y poca presa en las jornadas de raspa, además de las malas noches en el monte y la monotonía, los hacen pensar constantemente en abandonar el pueblo e irse a la ciudad, pero enseguida recuerdan o imaginan, partiendo de los relatos de sus amigos que han salido, que allí van tener que ver a un jefe que cada mañana va a controlar su tiempo, que no podrán decidir impunemente cuándo ir o no a trabajar; en ese momento enaltecen la “libertad” que les permite su trabajo. Y se sirve una nueva ronda de ron.

Para las familias cultivadoras, el trabajo de sus miembros es más que un apoyo en fuerza de trabajo; en las zonas donde el precio de la pasta ha descendido escandalosamente en los últimos dos años es el factor que define la relativa sostenibilidad de la siembra. Los hijos varones trabajan fumigando, rozando y raspando; y las mujeres, hermanas, hijas y esposas de los cultivadores cocinan para los trabajadores. Esta fuerza de trabajo es remunerada muy por debajo del precio del jornal, o simplemente se asume como un acto obligatorio que los integrantes de la familia aporten con trabajo al cultivo bajo la lógica de que el beneficio final será retribuido en comida, productos y servicios para todos los miembros de esta. La noción de trabajar para la familia es heredada de las prácticas agrícolas y de autoconsumo. Sin embargo, en el caso de la coca, esto suele generar tensiones y descontento, especialmente entre los jóvenes, como profundizaremos en el cuarto capítulo.

Es tal el lugar que tiene el trabajo familiar en el mantenimiento de los pequeños cultivos, que podría decirse que sin esa fuerza de trabajo resultaría económicamente inviable para las familias que tienen apenas una o dos hectáreas sembradas. Un docente guajuireño lo explicaba en estos términos:

Si usted se pone a analizar, a echar número, los cultivadores no es que ganen mucho. Yo le decía a un compañero por estos días, “si usted se sienta con su mujer a anotar los viajes que hace para ir a mirar si cayó arriera, si cayó plaga, que a fumigar, que a rozar, y los jornales que paga, y se pone un salario de \$ 35.000 usted y su mujer, y lo que le gana a eso es muy poco”. Y más en estos días que no hay ni quién compre. (Entrevista con Armando Torres, Guapi, Cauca, 20 de septiembre de 2017)

A falta de dinero y redes de endeudamiento para costear los insumos para la transformación de la hoja en pasta base, algunos cultivadores prefieren vender la hoja por arrobas para que otros terminen el proceso. La arroba es vendida entre \$ 28.000 y \$ 40.000, dependiendo del precio local de la pasta, aunque en general los cultivadores se proponen llevar el proceso hasta el final.

La etapa de transformación de la hoja en pasta base se realiza en los *cambullones*, ranchos construidos en madera y plástico en los que hay canecas plásticas y metálicas de 200 litros para verter los insumos. Siempre están construidos cerca de las quebradas o el río, pues de allí se saca el agua y allí mismo se arrojan los residuos del proceso. Un *químico*, al que el cultivador le paga \$ 120.000 por kilo producido, y uno o dos ayudantes que ganan por jornal se encargan de vaciar los costales y poner toda la hoja en el suelo, patearla para que quede distribuida, y después de picarla con una guadaña³⁴ le agregan el cemento, la cal y el agua, de modo que alcance a todas las hojas. Con este procedimiento se separa el alcaloide.

A continuación, pasan la hoja a los *timbos*, canecas en donde la mezclan con soda cáustica, agua, ácido y gasolina. El proceso químico tarda alrededor de tres días y deja como producto un residuo amarillento de olor penetrante que los químicos no descuidan ni un segundo, y litros de líquidos malolientes y contaminados que descienden por los desagües de los cambullones hasta las quebradas o el río, haciendo que el agua que tocan sea imposible de beber para las personas y mortal para algunas especies, como el camarón de río. Para entonces la mercancía estará lista para ser cocinada y fritada, momento en el cual se revela la productividad de la cosecha y la pericia del *químico*, pues se espera que de cada 30 arrobas de hoja se obtenga en promedio un kilo de pasta. La cocción se puede hacer en el *cambullón* o bien en las viviendas. Andando por las calles de algunos poblados del Pacífico sur aprendimos a reconocer ese inocultable olor que sale de las cocinas cuando se está por culminar la producción de pasta base de hoja de coca. Al final, uno o dos kilos de mercancía de un blancor amarillento, dura, cortada

34 En algunos lugares los cultivadores han conseguido máquinas picadoras que hacen más efectiva esta parte del trabajo.

en pedazos y olorosa, son guardados y cuidados celosamente en las viviendas hasta el momento de la venta.

Cada cultivador conoce el precio al que en ese momento se está comprando y cada quién irá a buscar al comprador que más lo favorezca. Sin embargo, como se explicará más adelante, no son muchas las opciones, pues frecuentemente los cultivadores ya han establecido un compromiso de venta con quien les “prestó” los insumos para la transformación. El precio por kilogramo puede oscilar entre \$ 1.400.000 y \$ 2.500.000, aunque en los últimos años pocas veces ha llegado a ese tope. En zonas relativamente cercanas, en un mismo momento esta mercancía puede cotizarse a precios muy variados, pues esto depende de las dinámicas de cada red, de lo que “coronen” los jefes mayores, o a veces, de lo acorralados que los tenga el Ejército.

En uno de los poblados en los que adelantamos nuestra etnografía había dos compradores principales de pasta: una sociedad y una pareja de esposos. La primera es una red de personas que trabajan para un jefe mayor, entre los que se encuentran un par de personas del pueblo, en otro tiempo cercanos a las FARC, y un grupo de blancos encabezados por un tolimense, exmilitante del EPL. La sociedad está compuesta por campesinos de diferentes regiones del país y llegó al poblado hace menos de dos años, con la salida de las FARC, para vincularse al negocio del cultivo de coca, la compra de la pasta base y el procesamiento y comercialización de cocaína.

Esta sociedad es un actor fundamental pues, además de ser la compradora de la pasta base, es propietaria de la estación de gasolina del pueblo, de la única discoteca y del supermercado más grande. Adicionalmente, y este punto cierra un circuito de circulación de las mercancías más importantes del pueblo, por intermedio de ella los pobladores del lugar acceden a armas, revólveres y pistolas. Todas las personas que conforman esta red son subalternos de una cabeza mayor que nunca hace presencia en el pueblo y a la que solo algunos de ellos conocen.

La lógica de monopolio de la pasta base y del dinero que produce, descrita para este caso, es extensible a muchos de los pueblos del Pacífico sur. Grupos más o menos numerosos, más o menos poderosos, algunos más articulados a grupos armados que otros, controlan la producción y comercialización de la pasta base, y esto les permite invertir capital en bombas de gasolina, tiendas, estancos y maquinaria para otras actividades económicas, a partir de los cuales establecen vínculos económicos con los locales. De manera análoga a los *retreros* en la minería, los coccaleros se posicionan en el pueblo mediante aportes económicos a causas comunitarias y estrechan vínculos de respaldo y endeude con los cultivadores. Así, afirman su poder y fortalecen la aceptación de su creciente presencia en el trabajo, la fiesta, la administración de la justicia, sus consumos alimentarios; en definitiva, la vida misma de los habitantes del poblado.

Por otra parte, la pareja de esposos caqueteños, que son los otros compradores de pasta base, llegaron al pueblo hace ya una década, con las FARC, y se quedaron aun cuando la guerrilla se fue. Trabajan cotidianamente en una tienda de su propiedad y en una venta pequeña de gasolina dentro del pueblo, pero son propietarios del expendio más grande de combustible en uno de los pueblos vecinos. El pueblo rumora que es inmedible la cantidad de dinero que poseen, pues llevan años comercializando pasta base.

En términos generales, el panorama es el de muchos cultivadores y pocos compradores, a quienes los primeros se ven presionados a vender la mercancía a los precios que ellos establezcan. En algunos pueblos las personas deben desplazarse hasta lugares cercanos a las bocanas para vender la pasta; sin embargo, por lo general, los campesinos prefieren vender la pasta a compradores locales o que llegan hasta allí a comprarla, pues es muy arriesgado movilizarse con la mercancía. Esta situación pone a los cultivadores en total dependencia de la comercialización local, altamente monopolizada.

Cristalización y embarque

Los compradores de pasta base establecen redes y dinámicas de transporte para llevarla hasta los *quimiqueaderos*, usualmente ubicados en la parte baja de los ríos. Los ranchos son parecidos a los cambullones, pero están dotados con hornos, máquinas de secado, prensado y empaque para hacer la parte final del proceso de producción de cocaína. Para transformar la pasta, los trabajadores le aplican ácido sulfúrico, soda cáustica y amoníaco, y como producto de una rápida reacción química, los trozos de pasta quedarán disueltos y convertidos en un líquido blanco.

Esa sustancia pasa por varios filtros de tela, en donde aplican acetona y ácido clorhídrico esperando obtener una masa blanca y húmeda que proceden a escurrir manualmente. Prensas pequeñas y cajones de madera dan la forma rectangular y comprimida a la cocaína. Los *ladrillos* o *panelas* pasan entre seis y ocho minutos por un horno microondas para eliminar toda la humedad. Entonces, llegará el momento del pesaje en grameras digitales que les dirán si es un kilo exacto de cocaína, o si es necesario agregar o quitar. Aquí, en las manos de los trabajadores de los cristalizaderos, campesinos de diferentes zonas del país, aún no tiene ningún valor, pero sí podrían matarlos por ella.

Varias capas de plástico y hasta condones se usan para reducir toda posibilidad de contacto entre la cocaína y el agua, pues si esto ocurre la pérdida será total. No se ahorran esfuerzos en proteger la segunda droga más consumida del mundo. Adhesivos personalizados identifican visualmente la mercancía de un narcotraficante o de un grupo de ellos (Vice Colombia 2018). En los *quimiqueaderos* se ocupan entre 5 y 15 personas, de acuerdo a la cantidad de pasta que se vaya a procesar. El pago se da por rendimiento, \$ 10.000 por cada kilo empacado y listo para exportar.

En los pueblos de las bocanas, personas de distintas edades prestan sus viviendas para cuidar la cocaína mientras se resuelven los viajes y se embarca la mercancía en lanchas rápidas y submarinos que, pilotados por jóvenes locales, buscan las costas del norte del continente. Lo que persiguen los jóvenes que se embarcan cargados de droga por días hasta las costas guatemaltecas es \$ 300.000.000. Las posibilidades de ser atrapados son altas, y más cuando saben que hay unos “positivos” ya pactados entre los narcotraficantes y las fuerzas militares; es decir, viajes delatados que sirven para dar cuenta de la efectividad de la “lucha contra el narcotráfico” en la región. Los chicos se enfrentan a la posibilidad de ser esa carnada.

Nodo minero

Una de las imágenes profundamente asociadas, no solo al Pacífico sino también a los grupos negros que lo habitan, ha sido indudablemente la de aquellas mujeres y hombres inclinados entre el fango aurífero con bateas y barretones en una recurrente y agotante búsqueda del metal precioso. Actualmente esta escena pervive de manera marginal junto a las formas mecanizadas de minería que abundan en las márgenes y lechos de ríos, dentro del monte y en las quebradas de la zona sur del Pacífico, y hacen de esta actividad un nodo de articulación económica de numerosos pueblos.

Los municipios de Barbacoas, Magüí y Santa Bárbara de Iscuandé, en el departamento de Nariño, y Guapi, López de Micay y Timbiquí, en el departamento del Cauca, conforman el distrito minero número 13 del país. Las técnicas mecanizadas utilizadas para la explotación de oro en los municipios mencionados, y en varios otros como Buenaventura y Tumaco, podrían clasificarse en dos tipos: las máquinas grandes, como las retroexcavadoras y los *dragones*; y las minidragas, elevadores y monitores, de tamaño mediano y pequeño. Esta clasificación será una guía analítica pues, como nos proponemos exponer, existen diferencias en cuanto a la organización del trabajo y las relaciones económicas que posicionan de manera diferente a los pobladores rurales del Pacífico sur en la economía que gira en torno a unos y otros. En las páginas venideras explicaremos las lógicas que subyacen a la operación de tres de estas, a las cuales pudimos acercarnos con relativa profundidad.

Retroexcavadoras

Una característica central de la minería a cielo abierto realizada con retroexcavadoras es la generalizada participación de foráneos. En su gran mayoría, las retroexcavadoras son propiedad de personas venidas de otras regiones del país, como Antioquia y el interior del Valle del Cauca, de modo que las ganancias gruesas de esta economía casi

nunca quedan en los pueblos donde se realiza la actividad extractiva. Aunque también hay que decir que las bonanzas cocaleras y mineras regionales de las últimas décadas han posibilitado la compra de este tipo de maquinarias por mineros oriundos de pueblos del Pacífico sur, como profundizaremos en el cuarto capítulo.

Este fenómeno genera olas migratorias en las cuales operadores de retro, mineros y parientes del dueño del entable se movilizan a los lugares donde se efectúa la explotación. La magnitud de este tipo de empresa minera hace que el flujo de personas sea alto, e incluso llegan a duplicar el número de pobladores del caserío (López 2014). En algunos lugares se conforman verdaderos conglomerados de viviendas temporales improvisadas en las cercanías al entable minero.

Aunque a partir del 2015 las acciones del Ejército contra la minería ilegal se han intensificado, y es frecuente escuchar de la quema de retroexcavadoras, en varios ríos continúan operando con normalidad. Guapi, Guajuí, Timbiquí, Tapaje e Iscuandé son algunos de ellos. No es fácil determinar cuántas de estas máquinas hay hoy en el Pacífico sur; sin embargo, tomando como referencia las observaciones realizadas por Alfredo



Figura 27. Transportando retroexcavadora por el río Guajuí

Fuente: fotografía de Alejandra Gutiérrez.

Molano hace menos de dos años en el río Timbiquí, en las cuales notó el funcionamiento de más de 30 trabajaderos o minas entre la cabecera municipal y Coteje, uno de los corregimientos rurales, podemos inferir que es una presencia muy significativa. La continuidad se debe en parte al sostenido y creciente precio del mineral, que entre el 2005 y el 2015 pasó de US\$ 445 a US\$ 1.650 (Molano 2017).

Las intervenciones por parte del Estado están cargadas de tensión, ya que, según lo comentan los propietarios de los entables, los militares, además de prender en llamas la máquina, se llevan con ellos tanta herramienta como les sea posible; herramienta que no es reportada sino revendida. En medio de amenazas de ser llevados a prisión, súplicas e intensas requisas en las que eventualmente encuentran armas, lo que agrava la situación para los mineros, los militares aprovechan para lucrarse de la caótica proliferación de esta forma de minería. Además, como es bastante predecible, cuando este tipo de operativos se comienzan a dar en una zona, tanto personas como máquinas se movilizan rápidamente hacia otros lugares.

Las enormes máquinas amarillas entran a los ríos en plataformas metálicas impulsadas por varios motores. Cuando esto ocurre, ya el propietario de la máquina ha visitado en más de una oportunidad el monte a explotar, ha ido a *catear* el terreno y ha pactado verbalmente el pago del 10 % de la producción con la familia propietaria de ese monte. Aquí es posible señalar una diferencia con las otras formas de minería mecanizada, pues, al entrar una retro, por la magnitud de la empresa y la intervención, la negociación generalmente se hace con un grupo de hermanos, o familias enteras, y no solo con personas individualmente. Á. Castillo (2013) resalta en esta dirección que

la tranquilidad de la explotación depende de que los miembros del grupo familiar no se peleen entre ellos por las ganancias, para lo cual deben haber incluido a todos los individuos de la familia en la decisión. También depende de que mientras el entable funcione, el representante o ñunco reparta el porcentaje del metal explotado entre las ramas de la familia. (59)

Ocasionalmente queda registrado por escrito el acuerdo con la familia.

En los ríos en donde actualmente existe este tipo de explotación se espera que un porcentaje también se destine a las comunidades, y que sea el consejo comunitario el que medie en el establecimiento de esta suerte de “impuesto”. Algunos consejos son muy cercanos a los retreros o a los grupos armados que los cuidan, y esto termina por mejorar ese tributo. Teniendo en cuenta que en su gran mayoría los entables no cuentan con avales institucionales para su funcionamiento, ese 2 o 4 % de la producción que se divide entre todos los pueblos de un río llega a suplir las obligaciones tributarias y ambientales que deberían pagar si fuesen legales. En algunos pueblos donde la actividad

minera es fuerte, como es el caso de Timbiquí, el acuerdo no se hace en porcentaje de producción sino en días de barequeo para los locales (Molano 2017).

Ya en el bosque, la retro entra sin consideración ambiental alguna, tumbando árboles y abriéndose camino entre la espesa vegetación hasta llegar al punto donde se irá a trabajar la mina. La acción inicial consiste en un proceso conocido como *descapote* del terreno, donde se remueve la capa vegetal, el suelo sin mineral o *estéril*, que se encuentra encima del yacimiento. En este proceso algunos *retreros* emplean *bulldozers*, aunque si no cuentan con uno, o con el dinero para contratarlo, la retroexcavadora puede arrasar cómodamente grandes cantidades de bosque. En un entable minero puede haber entre una y cinco retroexcavadoras, y el montaje de este conlleva la instalación de motores estacionarios para bombear agua, motores para achicar, tuberías para la conducción de agua, canalones metálicos para las máquinas de clasificación y un rancho para cocina (Á. Castillo 2013).

Los motores estacionarios se montan lo más cerca posible del río o quebrada, se instalan las mangueras que bombean litros y litros de agua para lavar la tierra, y las que chupan la grava desde el hueco hasta los canalones. Se levantan estructuras metálicas horizontales que sostienen una suerte de placas inclinadas que irán recibiendo y separando la grava del metal. Por último, el rancho para la cocina se elabora sobre todo con madera y plástico, y consta básicamente de un fogón, una base de madera y los utensilios de cocina.

En la marcha, la función de la retroexcavadora es remover grandes cantidades de barro y tierra de lo profundo de un creciente hueco que puede llegar a medir 100 o 200 metros de circunferencia y hasta 10 o 15 metros de profundidad (Molano 2017), y verterlas en la cima de la máquina clasificatoria (Á. Castillo 2013), en la cual hay pequeños listones, rejillas o trampas que detienen el material aurífero arrastrado por agua. En ocasiones a esta agua le agregan mercurio o cianuro con el fin de separar el oro de otras materias. El oro va quedando en unos paños o filtros, donde se recoge y se *lava* nuevamente en depósitos que también contienen químicos para amalgamarlo y separar la *jagua*³⁵ del metal (Molano 2017). A esta acción se le conoce como *azogue*. El agua revuelta y contaminada va a parar al río o quebrada, o se acumula en los huecos. Tocar el tema del uso de insumos químicos en algunos ríos es la antesala de voces bajas y negación, pues, aunque todos sospechan que ocurre, prefieren no decirlo abiertamente.

Las jornadas de trabajo en estos entables son diurnas y nocturnas. Actualmente, en Santa María, Timbiquí, los entables trabajan de seis de la mañana a diez de la noche,

³⁵ La *jagua* es un tipo de tierra negra, más compacta que la arena, compuesta por una mezcla de óxido de hierro magnético, ilmenita y polvo de oro (Castro 2011). Para los barequeros y durante el cateo que hacen los dueños de entables, la *jagua* es siempre indicadora de presencia de oro.

y de once de la noche a cinco de la mañana. Para cada turno se conforma una cuadrilla de trabajo que oscila entre diez y treinta personas, o pueden ser más si hay varias máquinas en funcionamiento. En la cuadrilla el actor principal son los operadores de las retros, quienes reciben un pago básico, independiente de la producción, aunque también pueden aspirar a mejorar ese sueldo cuando la producción aumenta. Esto es una particularidad en el contexto de las economías aquí descritas, que deriva en que los operadores raramente transitan de forma voluntaria a otra actividad, a menos que se vean forzados por el cierre de la mina o insoportables bajas. Aun así, muchos prefieren migrar a otras zonas mineras antes que transitar a otra actividad.

Los jóvenes suelen sentirse atraídos por este trabajo que, en comparación con los otros tipos de ocupación en las minas, resulta menos desgastante y las ganancias son más estables. Por tratarse de un trabajo especializado, pocas veces los operarios son personas de los pequeños corregimientos donde está la explotación; en su mayoría son hombres jóvenes de nodos mineros que viajan desde las cabeceras municipales río arriba o a otros ríos para trabajar uno o dos meses consecutivos, y luego *salir* y descansar en sus propios pueblos, junto a sus familias, durante una semana antes de retomar.

Cada mina cuenta con un administrador, que actúa como jefe inmediato de la cuadrilla y debe tomar las decisiones cotidianas importantes del proceso de producción. Los demás miembros de la cuadrilla son los chorreros, achicadores, operarios de los motores estacionarios y la señora de la cocina. En algunas minas contratan a hombres provistos de armas que cuidan las máquinas y herramientas, y controlan la entrada de barequeos. Á. Castillo (2013) describe las funciones de cada integrante del grupo:

El chorrero es quien se ubica en la parte más alta de la máquina clasificadora, dirige un chorro de alta presión contra el material que la retro ha puesto sobre la clasificadora. Además tiene ayudantes que controlan los motores estacionarios y las mangueras que absorben el agua desde la quebrada y la llevan hasta lo alto del aparato. Su función es aportar y controlar el agua que se usa para la explotación. El achicador es quien maneja la motobomba (motor de achique) que succiona el agua que se deposita en el hoyo de la excavación. Su responsabilidad es evitar que el frente de mina se inunde. La de la cocina es una mujer o un grupo de ellas que se encarga de la preparación de alimentos para los obreros y vive en el campamento del entable. Finalmente está el mandadero, a quien se le encomienda comprar materiales y llevar mensajes. (74)

Así, para que la operación de la mina sea de veintiuna horas diarias, que es lo esperado por los retreros, se requieren cuadrillas numerosas que trabajen de día y de noche. Cuando la cuadrilla descansa, ya se ha terminado la jornada o en las primeras horas de

la mañana, los huecos hechos por los brazos metálicos de las retros son ocupados por *barequeros*, mineros y mineras artesanales. Llegan al entable, piden permiso al propietario y este decide cuánto tiempo pueden estar allí. Este tiempo puede variar entre media hora y un par de horas. Con esto claro se disponen a separar el oro del barro que la máquina no pudo atrapar, haciendo movimientos circulares que llevan la arena afuera y la *jagua* al fondo de la batea.

Las condiciones en que se hace el barequeo ponen en constante peligro a los hombres y mujeres que realizan la minería artesanal, pues son altas las probabilidades de un deslizamiento de las paredes blandas que la retroexcavadora ha estado removiendo. Decenas de accidentes graves y fallecimientos se dan sin ser registrados. Cuando hay accidentes fatales, el dueño del entable cubre los gastos del velorio y entierro, y, eventualmente, entrega algún dinero a las familias. Hasta allí va su responsabilidad. En algunos poblados, como lo referencia López (2014) para el caso de Buenaventura, los mismos propietarios de retros actúan como compradores del oro que sacan los barequeros. El trabajo de estos mineros artesanales en los entables es leído como una muestra de buena voluntad por parte de los retreros; sin embargo, su actividad es funcional a la búsqueda que ellos lideran. Según los relatos recogidos por Castillo en Condoto, Chocó, el barequeo llega a ser una forma de *cateo* del terreno. Reproducimos uno de los testimonios que arrojan luz sobre el asunto:

El barequero es útil para los mineros. El barequero catea, lava las minas por donde más coger. Entonces ellos dicen, bueno, a pa' allá donde van ellos es que se coge. Para allá le voy a dar con la máquina, para donde no coge, lo barequeros no echan. Ellos no echan para allá, entonces les sirve como guía. Pero es discriminado el barequero en ocasiones. (Entrevista con Iván Mosquera, en Á. Castillo 2013, 99)

En uno de los poblados en los que permanecemos, durante el primer fin de semana de diciembre dos de las personas que estaban barequiando regresaron al caserío porque el ELN hizo presencia para cobrar el impuesto a los dueños de los entables, que aparentemente no había sido pagado. Al no poder realizar los pagos, el grupo armado apagó las máquinas y les quitó las llaves a los dueños, además de sacar a los barequeros que estaban realizando su trabajo. Esta situación revela las tensiones que se viven actualmente en la minería en el Pacífico sur debido a la reorganización de fuerzas armadas en escenarios dejados, o no, por las FARC.

Los dueños de las retros son actores importantes en la dinámica económica y social de los pueblos y ríos donde hacen presencia. Hacen aportes en dinero y combustible durante las fiestas patronales y velorios, costean el arreglo o plantas de energía frecuentemente descompuestas, organizan fiestas en donde se reparte generosamente bebida y comida,

prestan sus canoas para asuntos comunitarios; y cuando las personas del pueblo pasan por un momento de dificultad económica, por una enfermedad, por ejemplo, acuden a ellos para pedirles ayuda. Asimismo, pagan particularmente bien por la comida y el lavado de ropa, lo que es muy valorado en escenarios donde la circulación de dinero es escasa y difícil, especialmente para las mujeres.

Los dueños de los entables, principalmente si vienen de otras regiones, saben lo importante que es mantener relaciones armónicas y que se reconozca tanto la forma de explotación como a sí mismos como agentes de progreso, generación de empleo y movimiento de dinero en el pueblo³⁶. Así, el porcentaje que deja la explotación en cada pueblo, y los compromisos de apoyo y condescendencia que asumen los dueños de entables con los habitantes de los pueblos en general, y con las familias que trabajan con ellos concretamente, es el modo en que los primeros han forjado relaciones multidireccionales, económicas y simbólicas. Los mineros han sabido entender el sistema de organización social que opera en estos pueblos, particularmente el principio de redistribución, y han actuado para ponerlo de su lado en la legitimación local de la minería mecanizada y la neutralización de conflictos a propósito de esta.

La productividad de este tipo de entable es muy alta, pues, según comentan los mineros de la región, en las épocas de auge la producción semanal se llega a contabilizar por libras y “hay lugares extraordinarios de donde se han sacado 30 kilos en un mes” (Molano 2017, 31). Esto hace que los grupos armados presentes en la región presten particular atención a los entables trabajados con retros. Según la información recolectada durante el trabajo de campo, el porcentaje sobre la producción es de un 12 %, en el caso del ELN. Y, en algunos ríos, puede llegar a corresponder hasta el 40 % de la producción a los grupos armados legales e ilegales (Molano 2017).

La productividad es directamente proporcional al desgaste del terreno en que trabaja la retro. Un entable de este tipo no sobrevive por más de cinco años, pues es el tiempo suficiente para agotar el recurso. Para dimensionarlo, se puede comparar con una mina trabajada con motobomba, que puede permanecer explotando 25 años en un mismo sitio. Igualmente, la cantidad de sedimento arrojado al río en un entable de este tipo supera por mucho el que se produce usando las otras tecnologías. En la mina con retro se estima que se arrojan alrededor de 2.000 a 3.000 toneladas por año (Á. Castillo 2013). Cuando van a mover la retro, sus dueños procuran buscar un terreno cercano, o al menos en el mismo río, pues la movilización de la máquina supone el trabajo de varias personas y un considerable gasto de combustible.

³⁶ No es raro que los retreros y dragueros forasteros establezcan relaciones de afinidad en los pueblos a los que llegan: tienen hijos, varias parejas, se hacen compadres con mineros locales después de varios años de estar allí. Esto ocurre más a menudo si han venido de ríos vecinos.

Elevadores

La minería con elevador es la más extendida entre los pobladores de varios ríos del Pacífico sur en las últimas décadas. En un poblado de mediano tamaño, cuyo nodo económico es la minería, el número de elevadores puede superar los veinte, como pudimos verlo en uno de los ríos de Guapi. En contraste con las retroexcavadoras o las dragas, los elevadores son en gran medida propiedad de locales, pues además de resultar accesibles desde el punto de vista económico³⁷, su funcionamiento es básicamente el mismo que el de la minería mecanizada de pequeña escala con motobomba, con la que están muy relacionados los pobladores de los diferentes ríos, lo que ha hecho que esta técnica se difunda rápidamente.

Para operar el elevador en un determinado monte, es necesario que el dueño de la máquina sea propietario de aquel, o, como ocurre frecuentemente, que haya pactado una suerte de arrendamiento con el propietario, que muchas veces es pariente o paisano suyo. Entregar 4 gramos por onza sacada es lo establecido como generalidad entre dueños de elevadores y terrenos. Para elegir un terreno, los dueños de los elevadores, que pocas veces tienen mayor conocimiento sobre minería, visitan los montes de regiones en donde históricamente han hallado oro, “donde los viejos encontraron uno, creen que puede haber más oro”, decía un joven minero.

Los elevadores operan dentro del monte, preferiblemente cerca del río para que sea más fácil bombear el agua y hacer canales para drenar el terreno inundado, aunque si hay alguna buena señal de oro, los mineros no dudan en ir monte adentro. Cuando instalan por primera vez la máquina en un terreno, los trabajadores deben iniciar desmontando el área necesaria para que entre el elevador y puedan empezar a hacer la extracción de tierra y, en una parte alta, montar el rancho para cocinar. El área ocupada en principio es de aproximadamente media hectárea.

Un elevador es esencialmente un motor montado sobre una base en madera conectado con mangueras en tres puntos. Este motor está junto al hueco donde se realiza la explotación. Por la primera manguera recibe el agua que hala un monitor, que es una motobomba sobre una plataforma en el borde del río. Por la segunda saca a alta presión un chorro con esa agua, la cual servirá para lavar las paredes del hueco que van haciendo los mineros y para ir llenando la parte más profunda, adonde van lodo y piedras pequeñas. Hacia allí sale la tercera manguera, la cual chupa el agua del pozo que se va formando y la va llevando hasta el *canalón*, una canaleta metálica inclinada, de aproximadamente dos metros de largo, donde hay filtros, mallas y paños en los que

37 Este acceso está muchas veces relacionado con los rubros derivados de la economía cocalera, frecuentemente materializados en motores para minería.

quedan atrapados los granos y láminas diminutas de oro presentes en el suelo aluvial. El agua que va bajando forma con el tiempo una laguna de agua gris, lodosa, de donde después de playar y replaayar halan agua para reutilizarla en el lavado, o que desagua por una zanja hacia el río.

Al iniciar el día, entre las seis y ocho de la mañana, los trabajadores se dirigen en lancha motorizada hacia la mina. En algunos pueblos, por la distancia a la que se encuentran las minas, puede ocurrir que las cuadrillas mineras se embarquen por una o dos semanas para trabajar mineando, y ocupan el resto del tiempo cazando y pescando para conseguir la presa que completa la comida que se lleva en la remesa. Cuando las minas están cerca del caserío, las cuadrillas se embarcan cada día temprano y regresan en la tarde o noche.

Al llegar a la mina, la cuadrilla se dirige al *hueco* y la cocinera va con todos los utensilios y la remesa hacia el rancho. Media o una hora después, cuando está el desayuno listo, se apagan el monitor y el elevador, y todos suben a comer. Media hora de comentarios y burlas entre los trabajadores acompañan el desayuno. Los motores hacen un ruido aturdidor, y por lo artesanal y peligroso del trabajo la minería no da lugar a la conversación y la jocosidad que es muy común en otras actividades, como la agricultura y la raspa de coca. Estas situaciones se limitan a los momentos en que los motores se silencian y la cuadrilla sale del hueco.

Cuando acaba el receso, una persona enciende el monitor y luego el elevador. El rugir áspero del motor es la señal del inicio del trabajo. Los *picadores* buscan su lugar. Ellos son los encargados de ir golpeando las paredes del hueco con una barra de hierro e ir arrancando el barro y las piedras que se desprenden de las paredes y caen al fondo del hueco, al que le llama *plan*. Otra persona está a su lado, aunque en un lugar más alto, con la manguera que suelta un chorro a presión que va apuntando hacia el sitio en que están picando, para ablandar la tierra por efecto del agua y para empujar las piedras. El chorro baja también hacia el *plan* para lavar las piedras, pues es en el barro adherido a la roca donde se encuentra el metal. Cada tanto, y a petición de los mineros o como parte de fugaces momentos de camaradería, el chorro se dirige a sus cuerpos, para refrescarlos, para limpiar el barro que se impregna sin remedio dentro del hueco. Un hueco para trabajar con elevador puede llegar a tener hasta 15 metros de profundidad y de 10 a 15 metros de diámetro. La primera capa es barro amarillento, pero a los 2 o 3 metros la tierra se torna pedregosa y gris. Esta es la tierra que se lava.

En el *plan* están los sacadores de piedra y el maraquero. Los primeros son entre tres y cinco personas, tanto hombres como mujeres³⁸. La función de los sacadores es recoger

³⁸ Cabe señalar que esta es la posición que usualmente ocupan las mujeres que se emplean en las minas, en los pueblos en que lo hacen, pues donde no hay un gran número de minas, continúa

las piedras grandes que van cayendo de las paredes por efecto del trabajo de los picadores. Se agachan una y otra vez para ir tocando y recogiendo las piedras que se esconden bajo el agua gris que corre sobre sus piernas sumergidas. A la vez, van empujando con las manos las piedras pequeñas y la arena suelta para que ruede hacia la parte más honda del hueco. Las piedras que recogen son depositadas en tarros plásticos cortados a la mitad, que pasan de mano en mano hasta llegar a la persona que está en la boca del hueco descargando la piedra junto a esta. La roca extraída del hueco va dando lugar a la formación de montañas de piedra que parecen ya formar parte del paisaje de los ríos.

El maraquero, por su parte, tiene la mitad del cuerpo sumergido en el agua que se va empozando en la parte más honda. Allí estará tocando con los pies el material que va llegando arrastrado por las manos de los sacadores y por el correr del agua. Su responsabilidad es grande, pues a su lado tiene la manguera que chupa el agua que va al canalón, y debe cerciorarse de que no pasen piedras grandes que queden atascadas y puedan dañar la máquina. Para controlar la intensidad con la que el motor va halando el agua, tiene una cuerda agarrada con una mano, que al moverla aumenta o disminuye el trabajo del motor. La responsabilidad que tiene y la imposibilidad de parar durante la jornada hacen que el puesto del maraquero sea doble o algo mejor pagado (20.000 o 30.000 pesos) que el de los demás trabajadores.

El maraquero también corre el riesgo de que, al estar todo el tiempo viendo hacia el agua y agachado, no se percate de un deslizamiento de tierra y no logre salir del hueco a tiempo. La minería parece tener la maldición del peligro, de estar jugándose la vida por el oro. Sin muros o estructuras que sostengan las paredes del hueco, las posibilidades de deslizamiento de tierra hacia el interior son muy altas. De hecho, cada tanto caen rocas que golpean los cuerpos de los sacadores de piedra. A lo artesanal de la operación se suman las constantes lluvias típicas del Pacífico, que ablandan la tierra aumentando el riesgo de deslizamientos. También se presentan entre los mineros quemaduras con gasolina por erráticas manipulaciones de los motores.

Otro trabajo, aunque este no implica presencia fija, ya que lo hace cualquiera de los trabajadores, es el *descole*, que consiste en quitar las piedras que van acumulándose a la salida del canalón. Las piedras que caen deben ser dispuestas formando un caño, que permita que fluya el agua hacia un pozo y no que se regrese hacia el hueco. Los cerros de piedra depositada al final de los canalones quedan dentro del monte o a la orilla del río. Esos depósitos de piedra rellenan las márgenes del río desviando paulatinamente su curso.

En la mina de elevador, dependiendo del tamaño del hueco, se ocupan de seis a trece personas que cumplen funciones específicas. Estas cuadrillas están conformadas

siendo una actividad masculina, en la que la participación de las mujeres se da emulando tareas del hogar, en la cocina y el lavado de ropa de los mineros.

por un grupo al que el dueño del entable convida para trabajar. También aquí es usual la participación de varios miembros de una misma familia en los entables; sin embargo, hay una diferencia fundamental con el cultivo de coca y la agricultura, y es que en la minería el reparto de la producción está desde el comienzo establecida para cada persona o herramienta que ocupe un puesto, indistintamente del parentesco entre el dueño de la mina y la cuadrilla. En algunos casos personas muy jóvenes, incluso algunos niños, hacen parte de esta. Los jóvenes entre diecisiete y treinta años que viven en estos ríos se han vinculado activamente a la minería mecanizada, en un primer momento como parte de las cuadrillas, y cuando ven la oportunidad de acceder a un elevador, como dueños de minas.

En la primera etapa, cuando se está achicando el hueco y sacando nada más que barro, no hay ganancias económicas. Por tal razón, los dueños de entables adquieren una serie de deudas en comida y combustible que se comprometen a pagar cuando salga el oro. Otros toman como base el dinero conseguido en la última cosecha de coca. También aquí se halla una razón del frecuente tránsito entre la minería y otras actividades, como la extracción forestal y el cultivo de coca. El dinero relativamente fijo de la venta de madera o de pasta base soporta la impredecible minería de oro. A ese dinero se le conoce como el *arranque*, y lo asumen el o los dueños del entable. Deben comprar el combustible y la remesa para los primeros quince días de trabajo, porque los mineros no tienen el dinero para hacerlo. Con el primer pago se le reintegra al patrón lo del combustible y la remesa. De ahí en adelante la cuadrilla paga la remesa y el dueño del entable, el combustible.

Llegado el mediodía, los mineros interrumpen el trabajo para comer. Apagan las máquinas y se dirigen todos al rancho para almorzar y descansar un momento del ruido constante que estas producen. Una hora después están todos retomando sus posiciones para trabajar hasta las cuatro o cinco de la tarde. Aunque, como comentaron algunos mineros, cuando la producción es buena y el canalón brilla, el ánimo los hace quedar hasta la noche. Las mujeres mineras suelen protestar cuando se alarga la jornada debido a que deben ir por sus hijos, que están en el Centro de Atención Infantil (CAI) del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) o al cuidado de algún pariente. Cuando por algún motivo esto no es una opción, las madres llevan a sus hijos pequeños a la mina, y estos pasan el día caminando, jugando, mojándose a la salida del canalón, viendo el trabajo dentro del hueco y ayudando en el rancho a la cocinera.

Las labores dentro del hueco acaban dejando de picar, recogiendo todas las piedras que estén en el fondo y sacando el agua del pozo. En ese momento todos salen del hueco y van al canalón. Caras de pena o alegría revelan el resultado del trabajo del día. En algunos casos, el dueño de la mina lleva el oro al caserío para pesarlo; en otros, los más

confiados, lo dejan allí y lo pesan cada dos o tres días. La última acción que se realiza es *playar* la arena que quedó en el canalón, ir separándola en la batea hasta que quede la *jagua*, de la que hablamos anteriormente. La batea va girando, el agua lavando y el oro decantándose en el fondo. “¿Y lo hacen siempre?”, preguntamos a una de las mineras cuando vimos el proceso: “claro, porque si no vienen otros y nos playan la arena y nos roban el oro”.

Antes de embarcarse de regreso, mientras el motorista alista lo necesario, la cuadrilla pasa un momento de diversión y camaradería en el río, se bañan, juegan, ríen y comentan algún *bochinche* del pueblo. Los días son básicamente iguales en la mina, aunque elementos como el clima llegan a modificar las jornadas de trabajo porque, por ejemplo, las minas que están muy cerca de la orilla se inundan con las crecientes, lo cual impide el trabajo por unas horas o un día. En tiempos de lluvias frecuentes, como los meses de noviembre y diciembre, las lluvias llenan los huecos y obligan a la cuadrilla a dedicar un par de días a disponer el motor para que saque el agua del hueco y continuar la actividad.

Se espera que la cuadrilla sea la misma durante la quincena, pero es usual que alguno deba embarcarse, que alguien caiga enfermo o que, por efecto de una lesión producida durante el trabajo, varíe el equipo. Esto hace que la conformación de las cuadrillas sea bastante flexible. Además, como ya lo hemos destacado, los mineros no se dedican exclusivamente a la minería y, cuando pasa mucho tiempo sin haber producción o alguna eventualidad les exige conseguir dinero prontamente, abandonan la mina, sin que esto suponga algún tipo de incumplimiento con el dueño del entable.

La distribución de las ganancias en este tipo de mina se hace sacando, de la totalidad de la producción, la parte del dueño del terreno, 4 gramos por onza. Del restante se pagan los gastos de alimentación y combustible, que generalmente ya se deben en las tiendas y estaciones de gasolina del pueblo. Lo demás se divide 50-50 entre el dueño de la máquina y los trabajadores, acudiendo a la noción de *puesto* en la que profundizaremos más adelante.

Que la ganancia de la cuadrilla esté supeditada por completo a la producción hace que se presenten situaciones en las que los mineros pasan semanas y hasta meses sin que el trabajo duro de las minas se vea retribuido económicamente. Adicionalmente, las frecuentes fallas de los motores hacen que sea casi cotidiano que se interrumpa el trabajo por ese motivo. En uno de los pueblos en donde realizamos trabajo de campo, la producción minera se hallaba en crisis por las razones anotadas. La incertidumbre se apoderaba de los mineros al pensar que estaba cerca la temporada de fin de año, época de gastos y baja intensidad laboral. La ansiedad de lo que no se tiene certeza es lo que despierta la búsqueda del oro.

Hay que decir también que el estado mismo del cuerpo condiciona el trabajo minero. Situaciones como la menstruación o estar *maldormido*³⁹ ahuyentan el oro⁴⁰ y, por lo tanto, se espera que las personas en estas condiciones se abstengan de trabajar en la mina. En el caso de la mujer menstruante, es perjudicial en dos sentidos: para la productividad de la mina y para su propio cuerpo. Lo primero porque, en palabras de Milciades Montaña:

Lo que pasa es que los metales preciosos son dominados por unos espíritus, ellos están allí. Si el espíritu mira que baja una mujer con la menstruación a la mina, él recoge y se va, porque él no puede, eso le afecta a él. (Entrevista con Milciades Montaña, Guapi, Cauca, 26 de septiembre de 2017)

Y en cuanto a las propias afectaciones sobre el cuerpo femenino, tiene que ver con las nociones de lo caliente y lo frío en relación con el cuerpo. Durante el periodo, las mujeres tienen su cuerpo especialmente caliente, de ahí que el contacto con sustancias frías, como el agua de roca, o permanecer en lo profundo de la tierra, un lugar frío, derivará en problemas de salud. Las mujeres mayores suelen juzgar la ruptura de esta norma por parte de algunas mujeres, y atribuyen a esto la aparición de miomas y problemas en el aparato reproductor.

Minidragas o draguetas

En los días que anduvimos por el norte del Pacífico sur compartimos con muchos timbiquiereños, pero no en su tierra, sino en poblados grandes y pequeños de ríos cercanos adonde han ido llegando en la última década con minidragas y retroexcavadoras. Las bonanzas de la coca y el oro les dieron el dinero para acceder a estas máquinas, pero los montes de su tierra han sido tanto tiempo explotados y violentamente disputados que han optado por andar, formar colonias, moverse tras los rumores de oro a los ríos aledaños y ser esas “otras gentes que vienen” en tierras vecinas. Un grupo de ellos nos permitió acompañarlos al monte, conocer y dimensionar lo que implica esta técnica minera.

Las dragas son máquinas que operan exclusivamente en lugares donde fluye el agua, pues su función es la perforación, arrastre y lavado de la arena y el material del subsuelo acuático. Las quebradas pandas, grandes y pequeñas, los caños y las márgenes

³⁹ Haber tenido relaciones sexuales durante la noche anterior.

⁴⁰ Hacerse baños con hierbas para quitar la *mala espalda*, no orinar cerca del lugar donde se está explotando o controlar la ansiedad son otros esfuerzos realizados para que el oro no se aleje.



Figura 28. Minidraga

Fuente: fotografía de Alejandra Gutiérrez.

de los ríos son los lugares donde comúnmente operan las minidragas. En general, los mineros prefieren ubicar las máquinas en quebradas y no en el río principal porque requeriría mucho más trabajo para llegar a la profundidad deseada. Al igual que con las tecnologías ya mencionadas, el propietario de la minidraga debe “pedir permiso” al dueño del terreno por el que pasa la quebrada para operar la máquina. Los dueños de elevadores y dragas no deben entregar al pueblo o al consejo comunitario ningún porcentaje, aunque sí asumen responsabilidades sociales, como aportar para las fiestas patronales o combustible para la planta de energía, por mencionar un ejemplo. Esta menor regulación es uno de los factores que han hecho que este tipo de maquinaria pequeña⁴¹ (minidragas y elevadores) sea cada vez más operada por locales, pues por su tamaño es mucho más fácil de transportar hacia las zonas rurales.

⁴¹ Los dragones de los que hablamos al iniciar este apartado son unas dragas de gran tamaño que han llegado asociadas a los mineros brasileños.

Las minidragas que se encuentran actualmente en los ríos del Pacífico sur son máquinas compuestas por cuatro canecas de fibra que hacen de base de la máquina y permiten la flotación de uno o dos motores estacionarios conectados a un canal metálico que contiene mallas y paños que filtran el oro. El motor está conectado a una manguera de 8 pulgadas que hala el agua del hueco en donde se realiza la explotación. Allí mismo se conecta una manguera a un compresor que provee oxígeno a un hombre que yace en lo profundo de la tierra, junto a la máquina, el *buzo*. Uno de los gastos más importantes de la producción es el combustible, ya que, en una jornada de 6 horas, que es el promedio de tiempo trabajado diariamente en este tipo de minas, el motor consume entre 7 y 8 galones de gasolina pura. El costo de una draga es de \$ 17.000.000; sin embargo, es muy frecuente la compra y venta de máquinas usadas con un precio que oscila entre los \$ 7.000.000 y los \$ 9.000.000.

En cada minidraga se emplean uno o dos *buzos* por jornada. Ellos son los protagonistas en este tipo de minería. El buzo es un topo acuático que cava en el fondo de los afluentes aprovisionado de unas pocas herramientas: la manguera por la que inhala el oxígeno, una barra de hierro con la que va golpeando la tierra y dando forma al hueco en el que se va adentrando, y la manguera que aspira el barro que se va desprendiendo de las paredes del túnel vertical que va cavando. En su cuerpo una careta y un traje de neopreno que lo protege de los golpes, el frío y disminuye la presión del agua en los oídos y la cara, aunque vale decir que hay minas que no cuentan con estos.

Bajo el agua, en la oscuridad el buzo va picando decenas de veces, siempre atento a su respiración y direccionando la manguera que succiona el barro y lleva al canalón, donde queda atrapado el oro. Este trabajo es tan sorprendente como peligroso. Cada movimiento del hueco en el que apenas se puede mover debe estar calculado, pues la caída de una piedra o un golpe errático pueden causarle un accidente. Los buzos más experimentados se sumergen hasta seis horas sin descanso. Ver el trabajo de los buzos es impactante; la fuerza física y la resistencia a la presión del agua son admirables. Son años de experiencia los que llevan a un buzo a ser tan productivo como se desea. A Taussig lo impresionó mucho el trabajo de los buzos, y es que es imposible verlos trabajar y no sentir un frío correr por el cuerpo. ¡Cuánta presión y oscuridad bajo el agua, por horas!

Bucear debajo del agua, bucear hasta el lecho del río y después debajo de él, muriendo ya sea por quedar atrapado debajo del lecho o por llegar a la superficie con los pulmones explotando y los puños llenos de oro... Todo era demasiado, demasiado imponente, inagotablemente extraño y primitivo en la manera como se mezcla el cuerpo humano en movimiento con los elementos básicos del aire (para respirar), el fuego (en forma de máquina), la tierra (el barro excavado en el lecho del río) y

el agua (la verde agua opalescente del río revuelto), condensados y maravillosos en forma de oro. (Taussig 2013, 95)

Las historias de accidentes de los buzos siempre llegan en algún punto al conversar sobre el trabajo en las minidragas. En época de constante lluvia, el agua comienza a ponerse turbia y el buzo, al perder campo visual, aumenta las posibilidades de ignorar la caída de una piedra que le puede ocasionar un grave accidente. Los derrumbes son un riesgo potencial. Pero, además, según me contaban los buzos, después de algunos años empiezan a tener dolencias, fallas cardíacas, enfermedades pulmonares, y ocasionalmente la aparición de manchas en la piel por el contacto con el agua.

El objetivo de construir una perforación en la quebrada es llegar a *la peña*, que se encuentra entre los 12 y 18 metros de profundidad. Después de los 5 metros empiezan a aparecer piedras grandes que no caben por la manguera. En ese momento el *buzo* sale a la superficie para llevarse con él un costal atado a una cuerda donde deposita las piedras más grandes que va encontrando. Cuando el costal está lleno, hala la cuerda y el motorista saca el costal, lo desocupa tirando las piedras en un costado de la quebrada y lo vuelve a enviar hacia abajo para repetir la acción cuantas veces sea necesario.

Al llegar a *la peña*, que es una roca dura, la excavación cambia de dirección, pasa de ir en vertical para formar túneles horizontales de 2 a 5 metros. Allí, en socavones en las profundidades de las quebradas, es donde se espera empezar a sacar la grava que contiene el oro. Esa grava va a dar al canalón, donde los paños y mallas atrapan el oro. Cada dos o tres días la arena y el oro que quedaron allí se recogen. Esa arena gris se separa del oro playando, lavándola en la batea mediante movimientos circulares que sacan el agua y envían al fondo el oro. Cuando acaban este proceso, se procede al pesaje de la producción. Unos pocos gramos de oro, tan pequeños que es increíble que allí este puesto tanto trabajo.

En la cuadrilla además hay un motorista, y también es muy importante pues es la persona que está en la superficie todo el tiempo, pendiente del movimiento de la manguera de oxígeno del buzo que indica que debe mover la máquina, acercarla al hueco para introducir más profundo la manguera que saca el agua, y debe tanquear con gasolina el motor, cortar los palos que se atraviesan en el camino de la draga y estar atento a cualquier anomalía en el funcionamiento del motor. Los jóvenes desde los quince años aproximadamente empiezan a ir a la mina, se emplean primero como motoristas y comienzan a aprender por observación y réplica el trabajo de los buzos experimentados que les van dando consejos y enseñando técnicas para estar más tiempo sumergidos y no correr “tanto” peligro. Así, en la operación de una draga de este tipo participan mínimo dos personas, en caso de que el dueño de la máquina sea buzo o motorista, y

máximo cuatro, cuando hay dos buzos, el motorista y el dueño de la máquina. En todos los casos también participa como observador el dueño del terreno.

Las cuadrillas de dragueros son masculinas y, si hay una mujer, está en el trabajo de la cocina. En el poblado en donde conocimos las dragas las mujeres no se han animado a realizar este trabajo, al que consideran peligroso y pesado; y en los pueblos donde hay mujeres buzas, no suelen migrar hacia otros ríos a trabajar. La movilidad entre ríos es notablemente menor entre las mujeres que en los hombres, pues ellas deben cumplir con el cuidado de varios otros, ya sean hijos, esposos, sobrinos, vecinos, etc., y no resulta fácil soltar esos vínculos. Entretanto, la conformación de los grupos de trabajo en este tipo de minería está menos influenciada por las redes de parentesco, si se compara con los elevadores, ya que, en el caso de los buzos, se requiere un conocimiento específico que no siempre posee algún pariente. Aunque si lo hay, el dueño de la máquina preferirá trabajar con él.

Las minidragas son más itinerantes que las demás formas de minería (Á. Castillo 2013), pues su desmonte es más fácil que el de un entable de retro o elevador. Una minidraga puede funcionar 10 o 15 días en una quebrada, y si el propietario de la draga no ve indicios de producción, abandona e inicia actividad en otra parte de algún afluente.

Cada 15 días aproximadamente el dueño de la máquina venderá el oro en la cabecera municipal y se repartirán el dinero de la siguiente manera: el dueño del terreno recibe 4 gramos por onza, es decir, un 13,3 %; el resto se divide 50-50 entre el dueño de la draga y la cuadrilla que ganará de manera diferencial entre trabajadores, dependiendo de su labor. El 10 % es para el motorista y el 40 % para el o los dos buzos. Aquí la razón de que casi siempre los mineros aspiren a convertirse en buzos, y en el mejor de los casos, en propietarios de una máquina.

Comercialización

Algunos dueños de entables, los más rigurosos, pesan en el sitio y diariamente la producción, en presencia de la cuadrilla y del dueño del terreno; otros lo llevan hasta el pueblo para medir el metal hallado en la jornada; y en ambos casos se registra por escrito dicha cantidad. El nivel de apertura, es decir, si la medición se lleva a cabo frente a todos los involucrados en el negocio o no, no deja de generar comentarios entre la cuadrilla. En alguna ocasión un grupo de mineros comentaba la sensación de desconfianza que les producía el dueño de un entable que, sabiendo que el dueño del terreno no reconocía los números ni sabía sumar, le entregaba una cantidad presumiblemente menor a los 4 gramos por onza establecidos.

Indistintamente del método utilizado para la extracción del oro, este es usualmente vendido en las cabeceras municipales, Guapi o Timbiquí, en el caso del Cauca.

En épocas de bonanza, los dueños de los entables viajaban hasta Cali para vender en la Platería Ramírez, pero los robos y los controles establecidos por la Policía y el Ejército han hecho de la comercialización un asunto local. Los barqueros esperan a completar varios gramos y alguna diligencia que justifique el costo del pasaje para ir a venderlo en el casco urbano; y los dueños de los entables salen el día domingo, con la frecuencia que dé la producción, a venderlo en una de las cuatro casas principales de compra de oro en Guapi; o, si la cantidad lo amerita, van hasta Timbiquí, donde suele estar un poco mejor cotizado. Actualmente en estas cabeceras los compradores pagan entre \$ 70.000 y \$ 80.000 por gramo, dependiendo de la oferta y la calidad del metal.

En las cabeceras, los compradores son muchos menos que los vendedores, en su mayoría blancos, muchos paisas, establecidos hace tiempo en el municipio y bien contactados en el mercado del metal. Por lo mismo, sin moverse de sus prenderías o compraventas de las cabeceras municipales, “manejan el mercado, por ejemplo, hoy martes, miércoles, hasta el viernes está altico, pero como saben que el cambio en estos ríos es el domingo, el sábado baja”, explicaba un minero timbiquireño. Ese oro va, en alto porcentaje, a ser comercializado en el mercado negro de Cali, Medellín y Bogotá.

Antes de finalizar esta sección es relevante anotar un par de elementos importantes del nodo económico minero. El oro es sin duda un material especial, y su búsqueda y todo lo que se ha creado a su alrededor es la historia misma de la gente negra del Pacífico. Hay decenas de historias sobre las circunstancias que rodean el encuentro con el codiciado metal; santos, brujas y espíritus actúan como sus propiciadores. En las orillas del río Guajú nos compartieron esta historia:

Mi papá contaba una historia, que había un señor que por aquí al frente tenía una mina, y entonces cada que iba escuchaba un golpe como golpeando un hierro, y el comenzó a buscar para ver qué era, y limpie y limpie, y como a unos cinco días de estar jodiendo por ahí se consiguió una barra, una barra de oro. La sacó, la limpió y la trajo. Y en la noche le llega un espíritu y le habló: “Máximo, Máximo”. Él no contestó. “Yo sé que estás despierto. Esa barra era mía, yo la guardé al comienzo de la guerra. Cuando entraron los chusmeros me tocó pelear en la guerra, y ahí me fui. En donde conseguiste la barra hay un coquito, no tiene mucho, pero búscalo que tiene algo bueno”. Y se fue el viejo apenas amaneció. El coquito ya se había desbaratado pero el producto sí estaba ahí, ahí estaba el oro. Lo recogió y lo trajo, le hizo su misa. [...] si el espíritu viene hay que hacerle una misa, él dice el nombre y todo. (Entrevista con Milciades Montaña, Guapi, Cauca, 26 de septiembre de 2017)

El oro tiene la facultad de expresarse, de llamar, de moverse, y es así porque es portador de un espíritu. Un espíritu al que hay que acercarse con respeto y sin codicia. La

persona que lo busca debe saber controlar su intenso deseo por encontrarlo; su rastreo ha de estar cargado de prudencia y paciencia. Los mineros, tanto artesanales como propietarios de máquinas, que llevan toda su vida en esta labor saben muy bien esto, y cada que pueden destacan el control de la ansiedad como parte de los aprendizajes propios de su hacer. Traen a su memoria las épocas de nulas ganancias y muchas deudas, hasta que un buen día llega su suerte. Ignorar esta norma tiene consecuencias que pasan, como dijimos, por el ocultamiento del oro, pero además pueden llegar a afectar muy fuertemente a la persona ambiciosa.

En alguna oportunidad nos comentaron que la desventura de Carmen, que en otra época había conseguido buen dinero gracias a los cultivos de coca que trabajó con su esposo hasta que este falleció, era una consecuencia de su avaricia. La historia dice que Carmen, después de recibir el dinero de los cultivos, había comprado una máquina de minería, pero para asegurarse decidió consultar con una bruja del pueblo, quien advirtió tanto la presencia de una buena pinta en uno de los montes heredados de Carmen, como de la prudencia que debía tener para aprovecharlo. Según cuentan, Carmen, lejos de la moderación aconsejada, lo que experimentó en los meses venideros fueron largas e intensas jornadas de trabajo, dinero, ansiedad. Algún tiempo después, un alud de tierra sepultó a varias personas en su mina; allí falleció un sobrino suyo de apenas doce años. El dinero se fue en una casa en Cali que está a punto de perder y en un motor de minería que no tiene dinero para poner a funcionar.

Si hay una característica que pudiera definir al *espíritu del oro* es el ser azaroso. A comienzos de siglo, Taussig (2013) destacaba cómo en Santa María, Timbiquí, los mineros podían trabajar hasta años en una mina sin recibir ganancia alguna, y se preguntaba:

¿qué es lo que impulsa a seguir haciéndolo? ¿Cuántos golpes de suerte ocurridos hace tiempo tienen que haber sucedido para que lo siga haciendo, año tras año, excavando a través de la roca con solo una pica de mango corto y una palanca, comiendo plátanos y yuyo de la selva? (123)

La respuesta tiene hoy tanto sentido como entonces:

se trata de la suerte, incluso para las mujeres que mazamorrean y quienes, en comparación, parecen tener asegurada una mayor oportunidad de encontrar oro en pequeñas cantidades. Pero, como lo veo ahora, la suerte se vuelve insoportablemente importante. Esta debe ser una tortura impecable porque, a diferencia de otros pueblos y ciudades sumidos en la pobreza, un pueblo que vive del oro siempre tiene ese sueño de que justo al voltear la esquina hay una bonanza. (123)

Entrar a una tienda o compartir tiempo de ocio en las calles al final del día en un pueblo minero del Pacífico sur es siempre escuchar alguna pregunta, dato, cifra, angustia, disputa, asociada a la producción de las minas. La desesperanza y la ilusión se complementan en el sentir de los jóvenes mineros que sueñan con un día hacer dinero suficiente para salir de su tierra. Y, cuando la primera se apodera de la situación, aparecen el corte de madera, la siembra o la raspa de coca como opciones.

Más allá de la tecnología usada para la explotación, la articulación entre la coca y la minería es evidente en muchos pueblos del Pacífico sur. En alguna oportunidad, una amiga guapireña cultivadora de coca se mostraba frustrada por la falta de dinero y la baja en el precio de la pasta base; comentaba su situación y concluía: “yo ya estoy cansada de esto, la otra semana me tiro para la mina”. La lógica es básicamente la misma cuando la producción en las minas es muy baja: tránsito masivo a la siembra de coca. Las dos actividades actúan como mutuos amortiguadores de empleo. En el presente, la salida de las FARC de algunos ríos ha mermado la demanda de pasta base. Los cultivadores se quejan continuamente de que “ya no hay quien compre”, y esto ha terminado por aumentar la fuerza de trabajo puesta en las minas.

Hemos intentado, por medio de las descripciones, proveer al lector alguna información que le permita dimensionar el efecto devastador que tiene la minería mecanizada sobre el ambiente; sin embargo, vale la pena destacar solo un par de elementos. Cuando la producción desciende a cero, ocurre algún accidente fatal o cuando hay bajas prolongadas en la producción, los dueños de retroexcavadoras, elevadores y dragas abandonan el terreno dejándolo —en distintos grados— altamente transformado: destrucción de la cubierta forestal, migración de especies, enormes excavaciones que albergan agua empozada y, consecuentemente, insectos portadores de enfermedades, acumulación de barro y piedras, sedimentación y transformaciones en el cauce de los ríos, turbidez y contaminación por insumos químicos y combustibles, erosión y deslizamientos son algunas las huellas visibles del paso de la minería mecanizada (López 2014; Molano 2017; Castro 2011). Unos pocos dueños de entables rellenan los huecos con piedras antes de salir, aunque esto está lejos de cumplir las normas establecidas para la recuperación de la capa vegetal (Castro 2011).

Las personas reconocen esos efectos ampliamente y no pocas veces traen a la memoria los ríos limpios, los paseos a las playas cercanas y los chapuzones diarios en las aguas claras que pasaban justo frente a los caseríos, pero que hoy se hallan distantes, en las pocas quebradas no explotadas. En los ríos aledaños a Timbiquí los pobladores tienen como referencia la historia de saqueo que allí ha ocurrido para pensar, tristes y a veces hasta con resignación, en el futuro de sus propios pueblos:

Los timbiquiereños les ha dado por tirarse para acá porque esos montes allá ya se han acabado. Hace días que fui yo a visitar a mi compadre allá en Timbiquí, y nos fuimos a buscar la leña para prender el fogón, y nooo, eso ya el monte está leja, leja, y toca que caminar más de una hora para conseguir una leña. Ya ni para *amilandar* para conseguir la presa, porque qué animales va a haber en esos montes, esos también se han ido después de que metieron todas esas máquinas. (Conversación informal con Hernando Vidal, Guapi, Cauca, 19 de septiembre de 2017)

La persistencia en la operación de maquinaria de gran tamaño y devastador efecto, como dragones y retroexcavadoras, y, más recientemente, la difusión del uso de mini-dragas y elevadores por parte de los habitantes de las zonas rurales, aunque tienen un efecto ambiental menor a corto plazo, puede ser tan profundo como el de los grandes entables, si se continúa extendiendo y realizando en las condiciones actuales. El fenómeno de expansión local de estas técnicas de explotación está asociado a la escasa regulación por parte del Estado y a menores costos de operación pues, aunque el gasto de combustible es alto, es mucho menor que el de las grandes máquinas. Las bonanzas económicas han encajado con estas condiciones y han convertido a cientos de antiguos mineros en dueños de entables.

3. RITMOS, RELACIONES Y RACIONALIDADES

La producción tiene sus tiempos y sus ritmos. No todos los días de la semana se trabaja, ni en todas las épocas del año. Hay marcaciones temporales que ordenan no solo el cuándo de las actividades económicas, sino que también se pueden registrar ciertas intensificaciones articuladas a un calendario de festividades. Desgracias como la muerte de un familiar o vecino irrumpen en la cotidianidad de las labores productivas para acompañar a los dolientes en los disímiles rituales. Este capítulo inicia con la descripción de este conjunto de inflexiones que establecen los ritmos del trabajo entre los afrodescendientes del Pacífico sur.

Ritmos

Como ritmos de trabajo entendemos las diferentes temporalidades e intensidades que ordenan las actividades productivas de los campesinos negros en el Pacífico sur colombiano. Las temporalidades refieren a los momentos (sean los periodos del día/noche, los días o las épocas) en los que se deben y suelen realizarse las actividades económicas. Las intensidades apuntan al mayor o menor énfasis en la producción, que van desde un ritmo parsimonioso a uno eufórico.

Además de estos ritmos, las actividades económicas descritas en el anterior capítulo suelen requerir la movilización de cuadrillas de trabajo de diferente tamaño y suponen insumos y herramientas como condiciones de producción. Ya sean familiares o vecinos, en la configuración de estas cuadrillas se apela a una serie de relaciones económicas que implican un amplio espectro, desde aquellas en las que prima la reciprocidad hasta las que operan desde la asimetría (ver tabla 1). En el segundo aparte de este capítulo nos enfocamos en describir y caracterizar estas relaciones económicas.

Tabla 1. Esquema de relaciones económicas usadas en cada una de las actividades

Relación económica							
Actividad	Jornal	Puesto	Destajo	Sociedad	Mano cambiada	Minga	Endeude
Pesca		x	x				x
Recolección de concha			x				x
Corte de madera	x	x	x	x	x		x
Corte de cogollos de naidí			x	x			
cultivo de alimentos	x	x		x	x	x	x
Cultivo de coca	x		x				x
Minería		x		x			x

Fuente: elaboración de los autores.

En cuanto a las temporalidades, no todos los días de la semana se trabaja: los domingos suelen dedicarse al descanso, porque es un día santo, al igual que los días en los que hay arrullo de santo o rituales fúnebres. Hay periodos del año, como la Semana Santa, las fiestas patronales y las fiestas navideñas, que no solo son guardados con mayor o menor rigor, sino que son esperados con ansiedad por el regreso de familiares y amigos.

Los adultos y mayores tienen en la memoria la fecha correspondiente a un sorprendente número de santos. Siempre hay quienes saben con particular exactitud esta información y la gente los consulta; o eventualmente, si no están seguros, revisan el *Almanaque Bristol*. No todos los santos tienen el mismo estatus localmente, por lo tanto, hay fiestas que son recordadas el día en que se celebran y se hace una oración al santo, pero esto no modifica el quehacer normal de la gente. Y hay fiestas *grandes*, como la de la Santísima Trinidad, la Virgen del Carmen, el Día de la Cruz, o días de santos como san Andrés, san Francisco o santa Bárbara, que son altamente venerados en la región o por ciertos grupos de trabajo. Lógicamente, allí están las celebraciones de los patronos del pueblo y de algunos vecinos. El tiempo de estos santos es un tiempo sacralizado y hace que ciertos escenarios, como el monte, la mar o el manglar, lo sean momentáneamente, lo que modifica el quehacer de los tuqueros, mineros, piangueras, pescadores, etc.

Guardar el día del santo, que es el comportamiento que se espera de los devotos, implica principalmente abstenerse de embarcarse para trabajar en estos lugares. Durante esos días lo lógico es permanecer en el pueblo, ya sea descansando o, más comúnmente, realizando tareas en la vivienda o en el caserío. No importa si la fecha es un día en la

mitad de la semana, las tareas se suspenden, aunque no abruptamente, pues al iniciar la semana los trabajadores saben del día santo y organizan el esfuerzo y las acciones dentro del monte considerando esa pausa. Entre los agricultores, mineros artesanales y mecanizados, pescadores y piangueras, es altamente respetada esta norma de conducta, no así en los jóvenes raspachines o químicos, pues los primeros esperan y creen que esta muestra de respeto será retribuida por el santo en beneficios para el desarrollo de la actividad.

La organización de la fiesta exige que un grupo de personas dediquen una buena cantidad de tiempo a la gestión de lo que acontecerá en los ocho a doce días que dura la celebración. Recolectar los aportes, coordinar la celebración eucarística y las procesiones con el santo son algunas de estas tareas, en su mayoría asumidas por mujeres. Durante los días de celebración, rezos, arrullos, bailes y bebida ocupan por completo a la gente de los pueblos.

Los días de descanso están precedidos por intenso trabajo, pues debe asegurarse la comida, ya sea comprada o cosechada, o ambas, para los días de festejo. Los cazadores se programan para tener buena carne y los pescadores, especialmente antes de Semana Santa, se esfuerzan por hacer activas faenas, y salar y secar la cantidad suficiente de pescado para la unidad doméstica y sus allegados. Las unidades familiares compuestas por parejas mayores reciben bastantes visitas de sus extensas familias durante este tiempo, de modo que las mujeres suelen preparar amasijos y bebidas para ofrecer a quienes van llegando.

En las economías que actualmente operan en el Pacífico sur se siente la llegada de la Semana Santa por la intensificación en la producción de madera, pescado, piangua, coca, etc. Las personas trabajan duramente para vender la mercancía antes de la fiesta, y poder gastar durante los días de receso laboral y festejo. Los mineros también se proponen llegar al tiempo de fiesta con ahorros. Sin embargo, en su caso no depende únicamente el aumento del trabajo; ellos siempre corren el riesgo de pasar una *mala fiesta* cuando la suerte no está de su lado y no pueden comprarles ropa para estrenar a sus hijos y compañera; o no pueden comprar y compartir suficiente bebida.

Las fiestas religiosas son un momento privilegiado de expresión de roles sociales y poderes locales. Las mujeres cocinan, atienden a quienes llegan, rezan y cantan; mientras los hombres beben y están pendientes de asuntos como la movilidad, tocar los instrumentos y la pólvora. Las personas que detentan poder económico, como los dueños de minas o compradores de pasta, hacen generosos aportes al festejo; lo mismo, aunque en menor cuantía, lo hacen las familias mejor acomodadas social y económicamente. Lo anotado también ocurre durante la Semana Santa y la celebración de la Navidad. Las mujeres se esfuerzan mucho por poder comprar a sus hijos un *estreno* para la noche de Navidad o el nuevo año. Frecuentemente piden fiado en los almacenes de ropa y pagan más en los meses siguientes.

En las fiestas los parientes que están afuera, ya sea en pueblos cercanos o en ciudades como Cali, Buenaventura o Popayán, regresan. Con ellos llega el dinero que han ganado en la ciudad, el cual invierten en aportes para el festejo, ropa, comida y bebida; y los locales generalmente han destinado algo de sus ganancias para los gastos de la fiesta, de modo que supone un tiempo de poco trabajo en las actividades nodo, pero sí buena circulación de dinero. Taussig (1978) destacaba, a propósito de sus observaciones en Santa María, en la cabecera del río Timbiquí, que el regreso de los parientes asalariados de la ciudad y su encuentro con el campesinado local generaban el avivamiento de tensiones asociadas a la tenencia de capital económico. Este autor sostiene que las fiestas tienen la función de movilizar y encauzar la fuerza laboral hacia el mercado capitalista, y esto genera hostilidad dentro del poblado.

En muchos pueblos del Pacífico los auges económicos de las actividades extractivas y el fortalecimiento de las relaciones monetizadas han transformado este panorama, y en ciertos momentos las ganancias económicas de los locales, al menos momentáneamente, podían perfectamente llegar a superar las de quienes trabajan en restaurantes, casas de familia o construcciones en la ciudad. Sin embargo, la experiencia de la persona que sale, que anda, y sobre todo que conoce las ciudades, es muy valorada como señal de

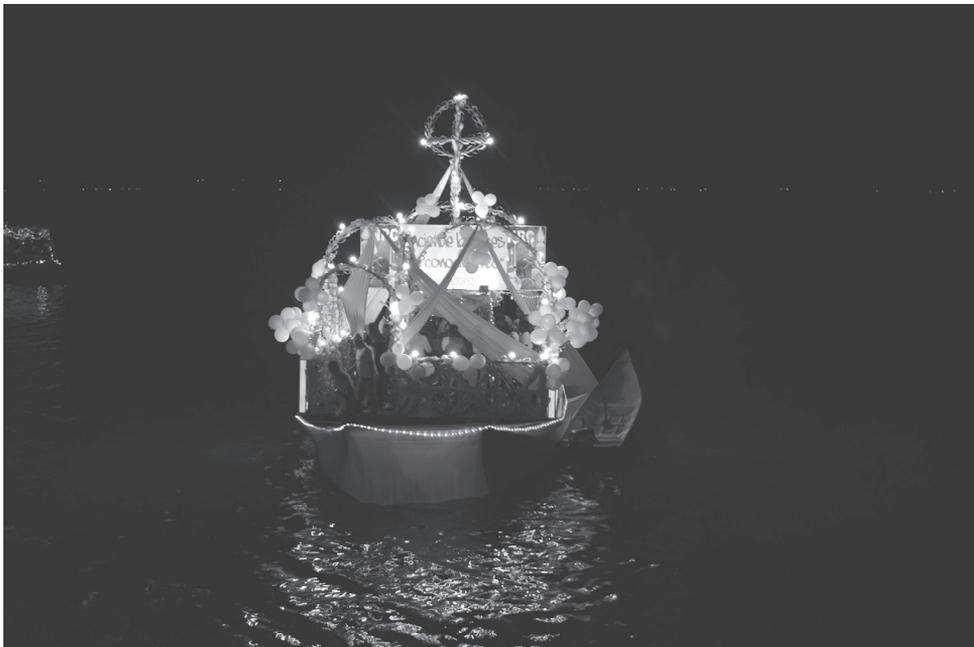


Figura 29. Balsada Fiestas Patronales de la Inmaculada Concepción. Guapi, Cauca

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

conocimiento y experiencia. Peleas derivadas de rencillas por los más variados motivos, envidias, deudas, ofensas se exacerban en medio de la embriaguez que se presenta en aquellos días; sin embargo, no es posible afirmar que exista aquí “una corriente subterránea de conflicto y tensión” (Tausig 1978, 114).

Los vecinos de otros pueblos disponen tiempo para embarcarse y acompañar la celebración. Son varios días de festejo durante los cuales el baile, la fiesta y la adoración al santo son lo principal. El día del santo se celebra una misa en su honor y las mujeres de otros pueblos, luciendo sus mejores trajes, acuden a acompañar con cantos y rezos. Y hombres de todas las edades se mueven para asistir a la fiesta. Después de la misa hay siempre comida para todo el que llegue, pues brindar la mejor atención a los vecinos, a quienes en ese momento se los siente especialmente cercanos, hace parte de los esfuerzos más sentidos de los fiesteros. La fiesta propicia encuentros no cotidianos entre personas de los diferentes pueblos y ríos cercanos.

Otro tipo de celebraciones religiosas como los bautizos, en sus diferentes formas³², o las confirmaciones reclaman espacio en el calendario local. Estas, aunque no demandan mucho tiempo, pues generalmente tienen lugar el domingo, que siempre es día de guardar, son momentos muy significativos en cuanto a estrechar lazos de parentesco ritual, y exigen esfuerzos económicos para las familias, y esto, por lo tanto, se ve reflejado en intensificación del trabajo. Pero a la larga, como se sabe, la creación de esos lazos de compadrazgo tiene correspondencia en ganancias en cooperación para el trabajo y otras esferas de la vida.

La muerte, por su parte, exige una reorganización abrupta y obligatoria de las actividades productivas. Para las mujeres de la red de parientes y vecinos significa suspender su labor e ir a acompañar y colaborar en el arreglo de la tumba, la preparación de comida y del espacio en el que se va velar. Esto sin contar que son ellas las cuidadoras de quienes enferman, por cantidades impredecibles de tiempo, antes del fallecimiento. Los hombres han de estar atentos a la preparación del cuerpo, a conseguir la leña para cocinar y la bebida para el velorio. Se espera que todas las personas en el pueblo estén dispuestas a cooperar en cualquier tarea relacionada con el rito fúnebre. En este sentido, los ritos de muerte son tan importantes como los ciclos de fiesta (Pavy 1967).

En el velorio las mujeres y algunos hombres entonan arrullos y alabaos, y los hombres tocan instrumentos como el bombo para acompañar el recorrido del difunto hacia

32 A las pocas semanas, incluso días de haber nacido, a los infantes se les bautiza en casa con presencias de los padrinos, padres y familiares más cercanos. Este bautismo es conocido como *el de agua*, y se hace para evitar que brujas u otras visiones ataquen con mayor facilidad al recién nacido y, sobre todo, para salvarlo del peligro de convertirse en *visaja* en caso de morir sin recibir este bautismo. Mucho después, a veces años, con la presencia de un sacerdote y en la iglesia se hace un segundo bautismo conocido como el *bautismo de óleo*.

el purgatorio y alejar a las visiones, como la tunda (Whitten 1992). Las demás personas, parientes y vecinos, deben permanecer en el lugar donde se está realizando el rito, conversando, rezando o bebiendo. Varios autores se han enfocado en describir e interpretar los roles y momentos del rito fúnebre en el Pacífico sur (Pavy 1967; Whitten 1992).

Los días del fallecimiento, la velación y la última noche no se trabaja; se dedican a acompañar, y esto aplica para el pueblo en general y no solo para los parientes. En ese momento la fuerza de trabajo se desplaza al caserío, es un tiempo que se les da al muerto y a su familia. La reciprocidad aparece también aquí, y vale la pena citar la explicación que le fue compartida a Lucis de la Torre (1996) en el medio Atrato:

Porque eso es como ganar... eso es como mano cambiada. Hoy acompaña uno al uno, y mañana acompaña el uno al otro. Y si no acompañamos, a nosotros no nos acompañan, y ya es costumbre desde los antepasados. Uno tiene que acompañar para que lo acompañen a uno. Porque si usted no se mueve a acompañar el señor, el señor cuando se le ofrezca a usted, el señor no va a acompañarlo porque eso llama mano cambiada: sírvame y yo también tengo que servirle al compañero. Entonces allí está. (101)

La falta de solidaridad así como la omisión de los días de fiesta son muy criticados, pues, como busca expresarlo esta persona, fractura relaciones de reciprocidad con sus paisanos o con los santos. Ir al monte el día de un velorio o de un santo importante es juzgado como irrespetuoso y justifica las situaciones adversas que puedan darse ante su molestia.

Los ritos de muerte son tan relevantes entre la gente del Pacífico sur que, aun adquiriendo deudas y desplegando todos los lazos de apoyo posibles, los cuerpos de las decenas de jóvenes asesinados en los barrios marginales de ciudades como Florida, Cali o Bogotá son transportados por aire y agua durante más de un día hasta llegar a sus pueblos, en donde los esperan todos sus parientes, vecinos y las redes de sus parientes que viven en el pueblo. Ellos han colaborado para que esto sea posible. Lo mismo ocurre cuando el deceso tiene lugar en los hospitales de los centros urbanos. Cuando transportar el cuerpo es inviable por el costo o las condiciones de este, también se prepara una tumba y se reza durante nueve días. La noción de que el alma puede quedar vagando a falta del rito fúnebre, principalmente si no se reza y se levanta la tumba en la última noche (Whitten 1992), hace emerger las redes reciprocidad tejidas por generaciones para enfrentar las condiciones en las que hoy se produce la muerte entre la gente negra del Pacífico.

Los velorios y entierros de los jóvenes suelen estar acompañados de mucho alcohol y varios días de duelo por parte de la *gallada*. El acompañar el rito es tan importante que las muertes inesperadas provocan la diligente llegada de personas desde distintos

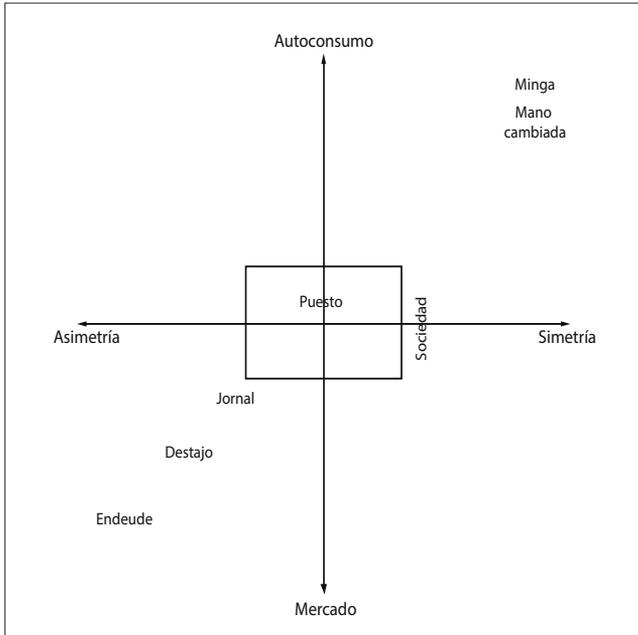
lugares del país, que ante la noticia no dudan en acudir para despedir a sus parientes y acompañar a sus familiares. Y es precisamente porque los ritos son momentos de reorganización y afirmación de vínculos sociales. El velorio y el novenario son los escenarios para que las personas vinculadas por medio de la persona fallecida expresen verbalmente, y también con acciones de colaboración, su deseo de mantener relaciones de cooperación laboral y apoyo (Whitten 1992). En este sentido, los ritos fúnebres, además de exigir la reorganización del tiempo de trabajo, posibilitan la gestión de relaciones para el desarrollo de las actividades productivas.

Finalmente, y aunque la enfermedad no entra en el ámbito de lo sacralizado, queremos destacar el lugar que ocupa en el uso del tiempo de trabajo y descanso. La gente negra del Pacífico sur es muy cuidadosa con su cuerpo cuando se sienten enfermos, y esto determina cotidianamente cuando ir o no a trabajar. Los malestares físicos se tratan con descanso y reposo, pues se considera que la energía ya debilitada puede reducirse al mínimo y empeorar la situación del enfermo. Esto tiene que ver con la noción según la cual el cuerpo es portador de una energía que es necesario cuidar y regular.

Relaciones

La puesta en marcha de los distintos procesos de producción supone el despliegue de una serie de vínculos para el acceso a la tierra, el uso de las herramientas disponibles y, en últimas, la repartición de las ganancias. En esta segunda parte nos concentraremos en comprender los vínculos y acuerdos que se dan de manera cotidiana entre los distintos actores que participan en el proceso de producción. Pensándolas comparativamente, veremos que en algunas de estas predominan las relaciones de reciprocidad e intercambio, mientras que otras se encuentran más cercanas a la monetarización y la lógica de mercado. Ambos tipos de relaciones, sin embargo, se ensamblan dependiendo de las fluctuantes estrategias, los recursos y las demandas del mercado, en lo que Whitten (1992) había caracterizado como un movimiento pendular entre una producción orientada hacia la generación de “mercancías” en las épocas de auge y otra más orientada hacia el autoconsumo del núcleo familiar en los momentos de la caída de la demanda de tales “mercancías” (ver esquema 1). Más adelante en este capítulo volveremos sobre este importante aspecto de la racionalidad económica de los campesinos negros. Antes de abordar este aspecto, nos centraremos en mostrar, a partir de información etnográfica principalmente, que algunas de estas relaciones son transversales a varias actividades, y se convierten en el cimiento de lógicas de poder y distinción regional, que nutren las lógicas extractivas que gobiernan el panorama económico actual del Pacífico sur.

Esquema 1. Relaciones sociales para las actividades económicas y su posición en el entramado de producción



Fuente: elaboración de los autores.

Relaciones de reciprocidad

Entre las relaciones de reciprocidad, en el Pacífico sur colombiano se han registrado la *mano cambiada* o *cambio de mano*. Aunque en algunos lugares es una práctica que se ha ido diluyendo, y solo queda en el recuerdo como la forma en que *trabajaban los viejos*, en otros aún se realiza para ciertas actividades, sobre todo las relacionadas con la agricultura. Además del cambio de mano, en distintos lugares de los ríos, playas y esteros se habla de la *minga*. Como expondremos más adelante, aunque hay diferencias entre ambos tipos de relaciones, el cambio de mano y la minga están constituidas por la reciprocidad en la movilización de la fuerza de trabajo sin recurrir al pago en dinero o en especie.

La *sociedad* y el *puesto* son otros dos tipos de relaciones en los que prima la reciprocidad. La *sociedad* supone participar en pie de igualdad en términos de asumir los costos de producción y las ganancias (o pérdidas) obtenidas. En el *puesto*, por su parte, se privilegia el reconocimiento a cada uno de los participantes e insumos de un porcentaje del producto resultado del grupo de trabajo. Ya sea en especie o en dinero, este porcentaje responde a una lógica de la reciprocidad que reúne insumos y trabajo

en un proceso productivo. Aunque la sociedad y el puesto se suelen establecer en actividades productivas orientadas hacia el mercado, también se puede recurrir a ellas para producciones orientadas hacia el autoconsumo.

Cambio de día, mano cambiada

Considerando que este tipo de relación está atada a la idea de intercambio no mercantil de fuerza de trabajo por fuerza de trabajo, el posicionamiento de las relaciones monetarizadas como el jornal o el destajo hacen que mengüe la aplicación de ese trabajo colaborativo. Pavy (1967) destacaba lo inminente del debilitamiento y la desaparición de este tipo de organización con el advenimiento del dinero en efectivo. Aun así, hemos entrado casi dos décadas en el siglo XXI y la ayuda mutua para el trabajo pervive en algunas de las actividades económicas, y continúa teniendo un lugar importante entre los tuqueros y los agricultores.

Operativamente se parte de una idea básica: por un día que yo trabaje para ti, tú debes trabajar un día para mí. En el trabajo agrícola se mantiene este tipo de organización bajo una noción expresada claramente por un campesino en un corregimiento guapiño: “¿Qué es una mano sin la otra? ¿Qué es usted sin los compañeros?”. La gente en general reconoce en el cambio de día o mano cambiada una herencia de los mayores, y siempre hay una suerte de nostalgia por su detrimento actual cuando se ahonda en el tema.

En el presente, tanto en la agricultura como en la madera la aplicación de esta forma de organización está fuertemente mediada por las redes extensas de parentesco. Frecuentemente las personas prefieren intercambiar trabajo con sus primos, compadres, hermanos, etc., antes que con otras personas del pueblo. Esta tendencia puede estar asociada con el deterioro de este tipo de relación en el contexto laboral.

Como vimos, la labor de los tuqueros es casi que obligadamente colectiva, de modo que la mano cambiada se presenta como una buena opción para asumirla. Las cuadrillas de tuqueros no siempre van al monte a trabajar en su madera, sino que muchas veces participan en todo el proceso conducente a sacar la madera de uno o varios miembros de la cuadrilla. “Hoy usted viene a donde nosotros a ayudarnos a tronquiar, nosotros vamos mañana con usted a ayudarlo”, nos explicaba un tuquero.

Por otra parte, es un hecho común que grupos medianos de hombres y mujeres trabajen conjuntamente en la construcción de viviendas familiares. Cuando una persona decide *levantar su casa*, usualmente lo hace porque se va a establecer con su pareja y tienen el capital para construir. El apoyo de la familia se manifiesta a veces desde la consecución de la madera monte adentro. Los hermanos de los dueños de la vivienda aportan herramientas como motores y fuerza de trabajo para la construcción. Los futuros habitantes

de la casa dan comida y bebida a sus colaboradores y se comprometen implícitamente a retribuir el trabajo cuando los demás vayan a construir sus casas.

La participación de la red de hermanos varones en la construcción de la vivienda es muy importante pues, aunque las decisiones básicas sobre la estructura son del propietario, es frecuente que en el futuro sus hermanos construyan cerca, de modo tal que la altura de la casa, el espacio para la azotea o la disposición de las ventanas serán pensadas conjuntamente en función de la comunicación y la cercanía entre familias.

El intercambio puede darse realizando actividades distintas, de hecho, pudimos observar cómo Macumbero, hoy amigo nuestro, convidaba a sus compadres y otros parientes cercanos para trabajar en rearmar su casa. Entre diez y quince personas acudieron a la invitación. Unos días después él tuvo que ir a limpiar un monte para su compadre Pangua, a recoger un arroz para Orlando, y en medio de labores para las personas que le habían colaborado se le fue la semana. Lo interesante es que esta lógica, además de organizar una parte del trabajo, también presupone una organización del tiempo. Esa semana Macumbero quería seguir trabajando en la armada de su casa, o buscando una manera de ganar plata para diciembre, pero justamente muchas de las personas que habían colaborado lo llamaron para el cambio de mano, y él solo pudo trabajar un día de la semana para conseguir los materiales de la casa.

Minga

Trabajar en minga implica conformar un equipo de trabajo para alcanzar un objetivo que busca beneficiar a todos. Las historias de la fuerza con que se aplicaba en el pasado esta forma de organización son muchas. Limpiar esteros para facilitar la navegabilidad, construir la escuela o arreglar puentes son algunas de las actividades que pueden ser adelantadas en minga. La movilización de grandes contingentes de fuerza de trabajo para lograr un objetivo que beneficia a la “comunidad”, donde los hombres se dedican a unas labores mientras que la mujeres y niños apoyan otras, era más frecuente en el pasado. Esto no significa que en la actualidad no se realicen actividades colectivas desde la minga. Empero, puede haber dificultades para hacerlo. Si bien las personas sacan tiempo para formar grupos para limpiar el pozo que provee agua dulce en los pueblos mareños, arreglar un puente averiado, organizar las fiestas patronales o limpiar el monte que circunda las tumbas en el cementerio, esto se hace en medio de tensiones asociadas a la falta de voluntad para hacer dichas tareas.

Como en otros aspectos del imaginario social, las personas con las que conversamos suelen referirse a la minga como uno de los indicadores de una época de mayor armonía y bienestar asociada al *tiempo de los viejos*. No obstante, en algunas de las

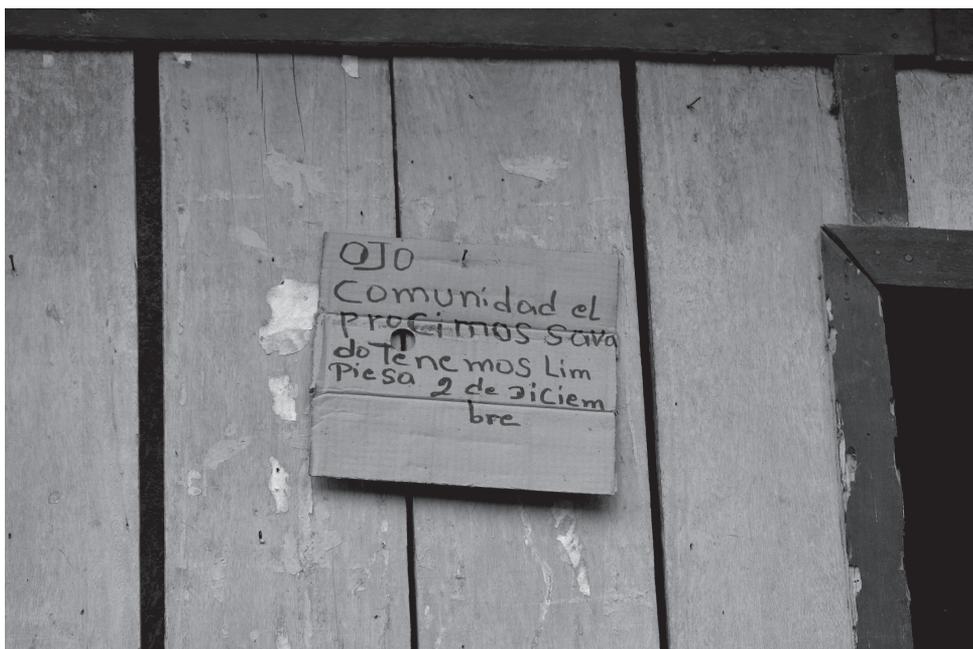


Figura 30. Aviso comunitario para jornada de limpieza a la vereda

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

áreas que tuvieron presencia de las FARC, la minga adquirió una nueva vitalidad como estrategia de trabajo comunitario. Con la salida de las FARC, en los lugares con mayor fuerza organizativa y de liderazgo, las dinámicas comunitarias que apelan a la minga para movilizar la fuerza de trabajo colectivo para beneficio común se han mantenido, mientras que en muchos otros sitios la minga ha desaparecido.

Sociedad

En las cuadrillas mineras, tuqueras y de corteros de cogollos pueden existir relaciones de sociedad, las cuales consisten principalmente en que todos los participantes aportan las condiciones necesarias para realizar una determinada actividad y también asumen las ganancias o pérdidas del proceso de producción. En la madera, por ejemplo,

[...] para que se dé la *sociedad* es necesario que los *socios* aporten en conjunto estas condiciones que se componen de los derechos sobre los árboles a cortar, la propiedad sobre la motosierra o el trocero manual, los costos de combustibles,

alimentación y del desembosque, cuando se contrata peones para que lo realicen. Este conjunto de condiciones para la extracción puede ser aportado en su totalidad por los *socios* cuando las poseen o, lo que es lo mismo, recurrir a deudas con terceros para lograrlo. (Restrepo 1997, 103)

Existe más de una modalidad de trabajo *en socia* (o en *pacha*, como la llaman en algunos lugares) según los requerimientos de cada labor; además, la decisión misma de establecer este tipo de vínculo con alguien está mediada por relaciones de parentesco, afinidad para trabajar y prestigio social. Algunas de las formas de sociedad las observamos en el trabajo minero, silvícola y agrícola.

En la minería, de modo paralelo a los puestos, puede darse una situación en la cual alguien tiene una máquina y la otra persona tiene el monte, pero el primero no cuenta con el dinero para asumir los gastos de operación, *el arranque*, de modo que se asocian y costean en partes iguales ese rubro. Una vez vendido el oro, se saca el puesto del dueño del terreno; y se reparte en dos lo restante, la mitad para la cuadrilla y la otra mitad para el dueño de la máquina. Este último divide su parte en tres, y una de ellas corresponde a su socio. En este ejemplo el socio ganaría dos fracciones, una como dueño del monte y un tercio de la mitad.

Pudimos observar sociedad también en la agricultura, con la siembra de arroz. Una de las socias era propietaria del monte donde se iba a sembrar y la otra, de una lata de semilla que se iba a regar. Para la limpieza, socala y siembra debía contratarse un grupo de trabajadores. Cada socia asumía el pago del jornal de la mitad y compraban entre las dos la comida para los días de trabajo. Cada una aportaría su propio trabajo. Con el paso de las semanas se notó que el arroz no había *puyado* debido a que buena parte se la habían llevado los pájaros. En ese caso las dos perdieron y ninguna quedó en deuda con la otra.

Los tuqueros también buscan asociarse con sus compañeros, y así lo evidenciamos una tarde en una conversa con nuestros vecinos a la orilla de un río calmo del norte del Pacífico sur. Alacho le proponía a Enano asociarse para ir a sacar chanul, un tipo de madera fina que se saca en bloques. El primero argumentaba que ambos estaban ya viejos para continuar en la mina y animaba a su amigo especificando que, si sacaban 120 metros, cada uno podría obtener cerca de \$1.500.000. Lo que proponía Alacho consiste en que entre los dos compraran lo necesario para la sierra y los días de trabajo y que, al final, el total de la venta se dividiera entre ambos. La sociedad no se concretó porque Enano se fue a trabajar en la mina, mientras que Alacho se puso a ayudarle a Rosa, una mujer del poblado, a sacar madera.



Figura 31. Recolección de arroz

Fuente: fotografía de Alejandra Gutiérrez.

Puesto

Si consideramos que para la producción de cualquier bien para el autoconsumo o el mercado es necesaria una serie de insumos que van desde el espacio físico en el que se realiza la actividad hasta las herramientas, pasando por la fuerza de trabajo y los medios de transporte que exige el contexto biofísico del Pacífico sur, podríamos decir que la noción de puesto está basada en la idea según la cual cada uno de esos insumos ocupa un lugar que se verá reflejado en su participación en la repartición final de lo producido, de las ganancias.

Estos puestos tienen un valor diferencial según el protagonismo del insumo en la producción. Los ejemplos de la organización por puestos están en la mayoría de las actividades descritas. Las que requieren el uso de ciertas máquinas o herramientas a las que no todas las personas tienen acceso, como es el caso de las motosierras en la extracción de madera o los motores para minería, son un buen ejemplo para esclarecer

el funcionamiento de los puestos. En las cuadrillas de tuqueros y mineros cada miembro tiene un puesto en la producción; y la máquina (su propietario) también tiene al menos un puesto (o varios, dependiendo de lo que se haya establecido en el lugar o de los arreglos específicos). Así, si el dueño de la máquina o herramienta trabaja con la cuadrilla, obtendrá dos puestos con valores diferenciales, uno como trabajador y otro (o varios más) por la máquina o herramienta.

En la agricultura, el puesto se expresa de modo muy sencillo en el arrendamiento de tierra para la siembra de alimentos, dado el caso de que los agricultores no cuenten con *monte* disponible para cultivar. Una vez recogida la cosecha, una parte de esta será destinada a pagar al propietario del terreno por su uso, es decir, el puesto del terreno. Así, a la repartición por puestos no subyace la necesaria distribución de dinero; de hecho, en la mayor parte de las actividades el puesto equivale a una cantidad en especie del producto conseguido.

La lógica del puesto también incluye actividades como la cacería. Cada tiro de escopeta cuesta en las cabeceras municipales entre \$ 10.000 y \$ 14.000, y ocurre que no todas las veces el cazador tiene el dinero para comprarlos, de modo que busca a alguien que “le dé el tiro” antes de ir al monte, con el compromiso de entregar una parte a esa persona. La cantidad variará de acuerdo al tamaño y el tipo de animal. Esta dinámica se refleja en un comentario que nos hacía un viejo y avezado cazador:

Una vez yo le di un tiro a Chato para irse para el monte, gastó el tiro y el animal se le fue, y bueno, llegó sin carne. Pero a la otra noche se fue y ahí sí mató un conejo y me dio una presa. Esa es gente seria.

Según la mayoría de cazadores consultados, “al que pone el tiro le tienen que dar una pierna del animal. Coja o no coja porque si no cazó hoy, cuando vuelva a ir y traiga algo le tiene que dar”. Aquí, el proyectil asegura un puesto para alguien que puede no tener nada que ver con la actividad, sin moverse del pueblo.

Mientras conversábamos a bordo de una canoa, otra persona que escuchaba esta conversa comentó, en contraste, que él le había dado el tiro a un paisano. El hombre fue al monte y gastó los tiros, pero no con un animal del monte sino tirándole al río para matar pescado, y “como el pescado no se publica”, es decir, que se puede esconder, le dijo que había perdido el tiro para no darle nada. El apego a lo establecido en cuanto a la repartición de las ganancias, como en las demás relaciones económicas socialmente aceptadas, es controlado por medio de los rumores. La ganancia es difícil de ocultar y la repartición está constantemente supervisada por la vecindad.

La producción de viche, destilado de caña de azúcar, resulta útil para ilustrar la primacía que se les otorga a las máquinas, y un ejemplo concreto arroja luz sobre cómo los



Figura 32. Uno de los dos trapiches en funcionamiento

Fuente: fotografía de Alejandra Gutiérrez.

porcentajes y especificidades de los puestos se puede modificar cuando un bien escaso se hace más accesible. Al momento de moler la caña, el dueño del trapiche tiene un puesto y el dueño de la caña, otro. En un corregimiento de Guapi hay dos trapiches en funcionamiento y cada dueño ha establecido el valor de su puesto de manera diferente. En el más antiguo, cuyo propietario es Carlos, un hombre conocedor y andariego, el puesto de la máquina equivale a la mitad de la producción final. Aquí Carlos asume el gasto de combustible durante los días de molienda y pone todas las herramientas necesarias para el proceso; y el dueño de la caña paga jornal a quienes le ayudan en este trabajo.

Muchos juzgan como injusta esta relación y la señalan como un motivo para desincentivar la siembra de caña, pues hasta hace poco tiempo Carlos tenía la única máquina para transformarla en el pueblo. Sin embargo, Pachita, una agricultora de toda la vida, compró hace un año su propio trapiche y rompió con el porcentaje establecido para el puesto del propietario de la máquina. Su puesto como propietaria equivale a un tercio de la producción final, asumiendo las mismas responsabilidades que Carlos.

Reconocer el papel de las herramientas y recursos indispensables para realizar el trabajo es el espíritu de la repartición por puestos. Sierras, motores, mallas, trapiches y piladoras son bienes escasos en el contexto de estos pueblos, lo cual hace que ese puesto tenga primacía en la repartición. Camilo, un tuquero destacaba:

Es que la sierra tiene un puesto, porque ella es la que hace el trabajo. Hace que las cosas sean más fáciles. Si la máquina no está, tocaría pasar muchos más trabajos, hacer todo a mano. Obvio también toca que haya alguien que la sepa manejar, pero ella es la que corta los árboles, la que hace que el trabajo se mueva, y por eso ella lleva su puesto. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 2 de diciembre de 2017)

Así, la noción de que la máquina o herramienta se gane el puesto, que básicamente opera por las labores que permite realizar, descansa en una suerte de transformación de la fuerza de trabajo humana en formas mecánicas que hacen de las labores algo más sencillo.

A partir del argumento de Camilo se puede entender el hecho de que la presencia del propietario no sea un asunto necesario para hacer efectivo el puesto de la herramienta. Es decir, el dueño de la sierra, el motor o la malla tiene un puesto asegurado, independientemente de que participe o no de la producción. En una faena de pesca en la que uno de los pescadores es dueño de la canoa y del motor, y el otro de las mallas, la plata del puesto correspondiente a las herramientas se divide por la mitad. En este sentido, el motor, las mallas y la canoa hacen por un pescador. Las otras dos partes les corresponden a los pescadores que pusieron su fuerza de trabajo, sus habilidades y conocimientos para colocar y levantar la malla. Un ejemplo ofrecido por un pescador puede ser ilustrativo:

Digamos que por una salida nos vendemos 300.000 pesos, que es lo normal. Que nos gastemos media lata de gasolina, es decir, 30.000 pesos, y quedan 270.000 pesos. Al dueño de la malla se le sacan 30 o 40.000 pesos. Si va el dueño de la malla se le sacan cualesquiera 20.000 pesos. El motor y la canoa es una sola plata, o sea, ahí ya de los 240 que quedan se dividen a tres, a los dos pescadores y al motor y la canoa es decir, 80.000 pesos cada uno. Es decir que el dueño del motor y la canoa, así no vaya, tiene derecho a una parte. Si el dueño de la canoa es uno y el del bote es otro, entonces toca de a 40 cada uno.

En las diferentes localidades del Pacífico sur todos saben con claridad cómo funciona la lógica de puestos para las diferentes actividades productivas. Se conoce de antemano cuánto corresponde al propietario de cualquiera de las herramientas de trabajo, ya que ello está socialmente codificado, variando de una actividad a otra según

la importancia atribuida a la herramienta en el proceso productivo. Esta importancia diferencial otorgada a las herramientas para la repartición del producto desde la lógica del puesto se establece por la valoración del costo, la escasez y el papel de la herramienta en el proceso productivo.

El alto costo de una herramienta hace que aumente el número de puestos en los que puede participar a la hora de repartir los productos o ganancias que resultaron de una actividad productiva. El chinchorro, por ejemplo, tiene más puestos que una atarraya, debido a su mayor costo. El ejemplo del trapiche presentado antes evidencia cómo la escasez de la herramienta puede establecer porcentajes diferenciales para la repartición del producto o de las ganancias. El papel, por su parte, refiere a qué tanto se facilita e incrementa la producción al recurrir a una herramienta determinada. La motosierra es un buen ejemplo. Obviamente, el costo, la escasez y el papel de una herramienta suelen estar relacionados.

Además de estos factores, las relaciones de cercanía y de parentesco también generan variaciones en la distribución de las partes, ya que el producto o dinero recolectado se reparte por mitades, disminuyendo el valor que les corresponde a las herramientas de trabajo, tal y como Daniel expone:



Figura 33. Herramientas para faena de pesca en bocana

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

A veces me embarco con Fabián, mi tío, el marido de mi tía, es pues un tío político. Él es el dueño de todo y así saca tres partes. O sea, él es el dueño de todo y siempre cuando vamos los dos le saca 20.000 pesos a la malla, porque si se hace un hueco es no más por comprar los nailon y remendar, entonces le saca 20.000 o 30.000 pesos dependiendo de lo que agarremos. A veces, como todo es de él, pues él ha hecho eso como que, como dos veces nada más, que no más saca lo de la gasolina y lo de la malla y de resto me parte por mitades. Pero no, eso lo hizo como dos veces, pero todo el tiempo él ha sacado tres partes, eso funciona es así, lo justo es tres partes. ¿Sí me entiende?

La noción de repartición por puestos también suele estar matizada por relaciones de fidelidad y de confianza que ocasionalmente hacen aumentar la ganancia de quienes no poseen las herramientas; esto solo si se trata de un “buen patrón”. Los corteros de naidí, piangueras, tuqueros y demás trabajadores destacan la benevolencia de los dueños de las sierras, canoas y motores, al reducir un poco su parte. Aunque, como es de esperarse, estas indulgencias son generalmente instrumentalizadas en intrincadas relaciones de producción y dependencia.

Relaciones asimétricas

A diferencia de las relaciones de reciprocidad antes indicadas, en el Pacífico sur colombiano se establece otra serie de relaciones en las que unos individuos o colectivos, que cuentan con los insumos para un proceso de producción usualmente orientado al mercado, acceden a la fuerza de trabajo de otros mediante el pago del día de trabajo (jornal) o por la cantidad producida (destajo). Aunque en ocasiones se puede contratar a alguien por jornal o al destajo para adelantar alguna labor orientada al consumo doméstico, esto sucede solo cuando cuenta con recursos monetarios suficientes o se encuentra particularmente urgido por no poder movilizar de otra manera el trabajo de otros.

Dado que alguien accede mediante el pago a la fuerza de trabajo de otro expropiándolo de sus productos, estas relaciones son asimétricas. En esto se asemejan a las relaciones de capital-trabajo, pero sería equivocado equipararlas porque en el Pacífico sur no hay una lógica de acumulación de capital predominantemente articulada desde la apropiación de la plusvalía, así como quienes pagan la fuerza de trabajo también participan como trabajadores, incluso en labores que no se diferencian.

Entre las relaciones asimétricas existe una que constituye la columna vertebral de la racionalidad económica del Pacífico sur colombiano. El endeude es una relación transversal a la articulación con el mercado y en algunas actividades es su más elemental

condición de posibilidad. Se remonta a tiempos inmemoriales, cuando los *viejos* sacaban caucho, tagua y corteza de mangle (Leal 2018).

Jornal

Esta relación consiste fundamentalmente en el pago por jornada de trabajo, entre 6 y 10 horas, según la actividad, a un precio que en el Pacífico sur varía hoy entre \$ 35.000 y \$ 60.000. El jornal es quizás la relación monetarizada que mayor tiempo ha coexistido con otras que no necesariamente suponen el intercambio de dinero, como la mano cambiada o la minga. En la agricultura es muy frecuente que se contraten jornaleros en distintos momentos del proceso de producción. El precio del jornal varía según la fuerza de trabajo invertida, el tipo de labor y las herramientas necesarias para realizar la actividad en cuestión, por un lado; y, por otro, según las economías que se articulen en ese nodo. La siembra, roza, corte, socala y fumigación son actividades que se pagan por jornal en la región entre \$ 35.000 y \$ 50.000 libras. El trabajo en el trapiche, “como se lleva tanto calor”, se paga a \$40.000 libras por entre 6 y 9 horas de trabajo junto a las ollas enormes llenas de hirviendo melaza de caña de azúcar. El jornal “con hacha”, es decir, cuando se va a limpiar el terreno por primera vez para empezar cualquier cultivo, lo pagan los agricultores a \$ 50.000. Ocasionalmente, si el terreno es muy grande o tiene palos muy anchos, se contrata a un motoserrista; este jornal es el más costoso y se paga a \$ 120.000 aproximadamente.

También en la explotación forestal resulta funcional el pago por jornal. Los propietarios de las motosierras pagan a otra persona para que opere la máquina por días. El pago es de unos \$ 40.000, y es frecuentemente usado cuando la madera que se está sacando es para la construcción o arreglo de viviendas, y no para venta. Los *paleteros*, en el caso de explotación forestal con motosierra, reciben \$ 60.000 por jornada. Igualmente, en el proceso de transformación de la coca o *quimiqueo*, el ayudante del químico recibe \$ 40.000 por día de trabajo, a diferencia de su compañero cuya paga es al destajo.

El pago de los jornales ocurre cuando los alimentos, la madera o la pasta base se venden. Los agricultores se enfrentan al hecho de que otras mercancías obtienen ganancias en menos tiempo y eso hace que la monetarización del trabajo del jornalero ocurra pronto. Por lo tanto, muchos prefieren emplearse allí, en los laboratorios de pasta, o cargando madera, antes que cortando caña, y mucho menos recogiendo arroz. Los agricultores tejen relaciones laborales sólidas con sus jornaleros, pues saben que son pocos quienes esperan hasta la comercialización de los alimentos.

En todos los casos este valor es *libre*, pues el dueño del cultivo debe darles el desayuno y almuerzo a los peones, y asumir el costo del desplazamiento y el combustible de la máquina, si es necesario. Cuando los trabajadores comen en su casa, lo cual es poco



Figura 34. Roza de monte

Fuente: fotografía de Pedro J. Velandia.

usual, se restan \$ 5.000 pesos. A esto se le conoce pagar “por ajuste”. El jornal parece estar bastante establecido como relación económica en la región del Pacífico sur, al punto que es tomado como referencia para otras relaciones. Nos referimos, por ejemplo, a aquella que ocurre entre un aserrador y un hombre que está construyendo su vivienda, y por lo tanto está consiguiendo tablas, vigas, chanchones, bambas y otras piezas de madera para hacerlo. El aserrador lo lleva en calidad de ayudante y este le paga por jornal en madera, es decir, relacionando el precio de la madera en un determinado número de jornadas de trabajo que pagará a lo largo de unas semanas.

El precio del jornal varía considerablemente, hasta \$ 30.000, entre pueblos, pues las distintas labores y la cantidad de dinero que estas hagan circular terminan por determinar este precio consensuado localmente. Fenómenos como el pago al destajo en los cultivos de coca han hecho subir el precio promedio del jornal en toda la región, pues si se compara la inversión en tiempo y fuerza de trabajo de la raspa con el trabajo agrícola, por ejemplo, el segundo resulta poco atractivo para los trabajadores.

También la introducción de energía por medio de máquinas, especialmente en la minería, que hacen más efectivos ciertos trabajos, supone un aumento en el valor del jornal. La presión que esto ejerce sobre la agricultura campesina no tecnificada se expresa

en las altas cargas de trabajo asumidas por agricultores viejos, pues muchas veces no encuentran quién trabaje en sus cultivos o no tienen dinero suficiente para asumir el pago a los jornaleros. Esta es una de las razones por las cuales en los lugares donde estas economías tienen inminente fuerza, en relativo poco tiempo, han desplazado cultivos prósperos como alternativa económica.

Destajo

Los jóvenes raspachines de hoja de coca se esfuerzan en cada jornada de recolección para que la báscula marque el mayor número de arrobas posible. A pesar del sol y el agotamiento, mueven rápidamente sus manos para arrancar tanta hoja como sus dedos resistan. Algunos trabajan sin descanso durante horas, aun cuando raramente están siendo supervisados por el dueño del tajo o un equivalente. Ese esfuerzo bárbaro “deliberado” está impulsado esencialmente por la relación económica que establecen ellos y otros actores intermedios en la producción de las mercancías con los productores de estas: el pago al destajo.

El destajo es una relación en la que se le paga al trabajador por cantidad producida. En general el pago es en dinero, aunque no necesariamente se le cancela tan pronto termina la jornada de trabajo, sino que se espera a un periodo, que puede ser una semana o más tiempo, para hacer un balance de lo que se le adeuda al trabajador. Son más bien pocas las actividades en las se recurre al destajo, todas orientadas hacia la producción para el mercado. En el pago al destajo o por rendimiento se asume que la fuerza de trabajo invertida se verá reflejada en una cantidad medible de un producto que es pagado por quien le facilita las condiciones para esta producción. Para hacerlo, debe estar fijado el precio por unidad de medida y establecido el monto del producto logrado por cada trabajador. Al terminar la jornada, se registra lo producido por cada trabajador a quien se le paga, usualmente en dinero, de manera inmediata o en un periodo de tiempo definido de antemano. En el corazón de esta relación está el impulso a la intensificación y rendimiento productivo por cada uno de los trabajadores, ya que de la mayor o menor cantidad de producción depende lo que ganará cada trabajador. Puede ser “mucho” o muy poco, según las habilidades y el ritmo de cada individuo dadas unas condiciones de producción.

Considerando lo anterior, no sorprende que en la producción de pasta base y cocaína esta relación esté bastante extendida. Además de los raspachines, los químicos de cambullones y cristalizaderos ganan por producción. En el caso de los químicos, esta relación le asegura al dueño de la mercancía que el trabajo se realice con la precisión necesaria en cuanto a las cantidades y tiempos exactos para obtener mercancía de alta

calidad. La fuerza que tiene esta relación en la economía cocalera, y por lo tanto en la vida social de los muchos pueblos del Pacífico sur donde opera como nodo económico, da cuenta de la paulatina instauración de ritmos de trabajo y valores individualizantes y competitivos. En los raspachines, este tipo de pago por su trabajo despierta opiniones contrastadas. En alguna oportunidad un joven que trabaja en el tajo de su familia señalaba:

lo que tienen de diferentes usted en la ciudad es que si no van a trabajar ahí está el jefe y eso es un problema. Acá nosotros vamos cuando queremos, tenemos más libertad. Que hoy no me siento bien para ir, pues no voy.

Pero en otras conversas, compartiendo otros sentires, se quejaban con la misma gana de lo inestable de la ganancia como uno de los asuntos más difíciles de lidiar en la vida en su pueblo.

También, en la explotación forestal, cuando un dueño de sierra contrata a alguien para que asierre madera, le paga \$ 4.000 por cada bloque o también usando la pulgada aserrada como medida de pago. Tanto en la coca como en la madera el jefe asume la alimentación de los trabajadores durante la jornada y el pago a estos se efectuará una vez vendido el producto. La motivación de una mayor ganancia hace que quienes trabajan a destajo inviertan una alta cantidad de fuerza, al punto que otras actividades, como el cultivo de alimentos para el consumo doméstico o la pesca ocasional, quedan relegadas.

En las épocas de bajas económicas los efectos de esta tendencia se hacen visibles en la alimentación de los agricultores, en contraste con la de las familias que dependen de la raspa de coca, por poner un ejemplo. Cuando en un pueblo cocalero el precio de la pasta base descende, también los agricultores se ven afectados pues sus productos serán escasamente comprados. Aun así, como la prioridad está puesta en el autoconsumo, tendrán disponibles alimentos básicos como arroz, coco y pescado, a los que se sumarán aquellos que lleguen por medio de su red de parientes y vecinos. No así los raspachines, quienes, al no tener entradas económicas y tampoco cultivos, dependen en gran medida de las redes de reciprocidad, que también están sujetas a que la gente tenga más que dinero para intercambiar. La cacería y los patios cultivados de las casas tienen un lugar importantísimo en las unidades familiares de los raspachines en los momentos de bajas económicas. Pedir fiado o endeudarse son otras opciones frecuentemente tomadas por ellos.

Para cerrar, podemos destacar el trabajo de los corteros de palma de naidí, quienes reciben de los intermediarios de las empresas enlatadoras \$ 500 por cogollo. También por producción es la ganancia de las mujeres que trabajan pelando palmo en las empresas

enlatadoras. Vallejo (2013) ha destacado cómo esta lógica, en el caso de los corteros, conlleva la intensificación de la explotación, incluso de las palmas jóvenes que tienen cogollos pequeños. Este es uno de los factores que hacen que esta actividad sea insostenible ecológicamente. El pago al destajo, sumado al monopolio de unas pocas empresas que comercian el producto, genera fuertes dependencias de los corteros con estos empresarios. Esta reflexión es extensible a la coca, la madera o la recolección de moluscos.

Esto es significativo en tanto nos acerca a la naturaleza monetizada del destajo, pues al tratarse de productos sin terminar, que no son consumidos por quienes los trabajan, el esfuerzo puesto en su producción, siempre traducido en dinero para el aprovisionamiento de la unidad doméstica, pone a los productores de las diversas mercancías en una constante carrera por incrementar la productividad en su trabajo, lo que deriva en la sobreexplotación del ser humano y el entorno.

Endeude

El endeude supone que una persona da un *avance* en dinero o en insumos, lo que posibilita que una cuadrilla de trabajo realice actividad económica y, una vez culminada, se paga lo avanzado con parte o la totalidad de los productos que son “comprados” por quien hizo el avance. La persona que hace el avance suele ser llamado *patrón*, y quien lo recibe, *trabajador*. A menudo, el patrón es propietario de un aserrío, de motosierras, de un cuarto frío, de botes, o de graneros y tiendas. En una relación de endeude, el patrón nunca es un trabajador más de la cuadrilla de trabajo. Algunos patrones tienen una red de avance con un amplio número de trabajadores, garantizando así que estos lo provean de los productos que requiere y que suele pagar por debajo del precio localmente establecido por ellos.

El endeude, entonces, se define por el préstamo o financiamiento que se recibe de un *patrón* para efectuar una práctica determinada, finalizada la cual se debe devolver no solo el monto del dinero prestado o cancelar los bienes fiados, sino también venderle la producción a un precio fijado de manera unilateral por él, y que siempre se encuentra significativamente por debajo del precio local pagado por el mismo producto sin la mediación de este tipo de relaciones. En todo caso, el endeude está propiciado por la desposesión por parte de los trabajadores primarios de uno o varios medios de trabajo —herramientas, dinero de arranque, insumos— necesarios, en grados diversos, para la producción.

El endeude no es lo mismo que el fiado, ya que este último no implica que se pague la deuda con productos de la actividad económica en la que se hace el avance sino con dinero. El fiado no opera desde la lógica patrón-trabajador propia del endeude que,

como veremos más adelante, supone una serie expectativas, deberes y tensiones en el marco de una economía moral³³.

Del lado del trabajador, el endeude se puede establecer con uno o varios individuos. Cuando es uno el que asume el endeude en un grupo de trabajo, lo que recibe de avance en dinero o insumos (como comida, gasolina, etc.) constituye su aporte y define los montos específicos de su participación en los resultados de la actividad económica, dependiendo del tipo de relación que haya establecido con los otros miembros de la cuadrilla de trabajo (sociedad, jornal, puesto, etc.).

El endeude ocurre, entonces, cuando los propietarios de los aserraderos entregan dinero en efectivo a los corteros de madera para el *arranque*, es decir, para costear los gastos de producción y abastecimiento familiar en la primera sacada de madera; cuando los compradores de oro de grandes ciudades dan a los dueños de los entables dinero para el combustible y la nómina de los trabajadores; o cuando los compradores de pasta base de hoja de coca entregan dinero o insumos a los cultivadores para el procesamiento de la hoja. Esto último es muy frecuente en la producción de pasta base, pues raramente los cultivadores tienen el dinero suficiente para adquirir las decenas de galones de gasolina e insumos químicos. Aquí, el financiamiento es mayor al 50 % del costo del proceso de producción, lo que ahonda la dependencia con respecto a quienes poseen el capital o los insumos.

En todos los casos, tuqueros, retreros y cultivadores adquieren un compromiso de venta de la mercancía con estos patrones, quienes establecen el precio del producto, como es de esperarse, siempre a su favor. Este mecanismo de crédito al que se enfrentan los productores no es asumido pasivamente, sino que generan estrategias para sortearlo. Los cultivadores de coca, por ejemplo, reparten la mercancía; con una parte resuelven el compromiso de endeude y la otra la venden a un comprador que les dé un mejor precio.

Sin embargo, resulta central el hecho de que en más de una ocasión los productores están endeudados, no solo con los compradores directos de la mercancía, sino también con intermediarios que revenden los productos para lograr una ganancia. El endeude se da entonces a partir de la entrega de artículos de consumo cotidiano a

33 Varios autores la han identificado como *endeude* (Friedemann y Arocha 1986, 371; Leal 2018; Whitten 1992), mientras que otros se refieren a esta relación como *sistema de fiar* (Segura 1995, 102) o simplemente la han descrito sin registrar la palabra (Atencio y Córdoba 1972, 51, 53; Barreto 1971, 32; Dávila 1979, 148). Nosotros logramos identificar relaciones de endeude en las actividades económicas orientadas hacia el mercado, lo cual entendemos como la punta del iceberg de las especificidades de la racionalidad económica de los campesinos negros, como abordaremos en el último apartado de este capítulo.

los productores, pues los intermediarios son, por lo general, propietarios de tiendas o estaciones de combustible en donde los productores se abastecen de alimentos para la unidad doméstica. Acudiremos a un ejemplo del nodo pesquero-cochero y coccalero, aunque esto se da en todos los nodos económicos.

Las concheras de una vereda costera de Nariño colectan piangua por tres o cuatro días seguidos y entonces proceden a venderla. El precio del ciento de piangua, que es definido por el flujo de demanda en San Lorenzo, Ecuador, es de 15.000 pesos. Hernán es uno de los doce compradores del pueblo y, a diferencia del resto, compra el ciento a 14.000 pesos y no sigue la ruta de venta hasta San Lorenzo. Hernán vende la piangua directamente a los dueños de los botes ecuatorianos a 16.000 o 17.000 pesos el ciento.

La razón por la cual varias concheras deciden venderle a este precio es porque Hernán tiene una tienda y les da la posibilidad de adquirir allí alimentos y productos que luego son pagados por las concheras con piangua. Esta posibilidad es de vital importancia durante la quiebra y en los momentos en que las aguas no están muy buenas. Don Hernán o su esposa van anotando en un cuaderno lo que pide cada familia para sacar la cuenta del valor en pesos que se les debe y convertirlo al valor en conchas que debe ser entregado. Un cochero lo elabora de la siguiente manera:

Como tienen la tienda y uno necesita las cosas y la mayoría de los compradores no tienen la tienda. Apenas hay dos compradores que tienen tiendas que son Hernán y Jesús, son los únicos dos compradores que tienen tienda, entonces ellos me fían a mí el arroz, me fían la comida, entonces yo voy a pianguar y ellos van anotando las pianguas a mi cuenta, entonces después ellos me compran... pero Jesús a la mayoría de sus concheros le compra a 15, Hernán es el único que compra a 14. Entonces que hace él, hacemos la cuenta, le cuenta todo lo que uno le debe y le paga el resto, fácil. O a veces uno va y necesita 10.000 pesos y uno le vende las 75 o 100 pianguas y ahí rapidito le vende y él le da de una la plata.

En igual sentido, Juango, un tendero de un pueblo tuquero, nos comentaba que él le fiaba a la mayoría de la gente del pueblo, que su criterio para fiar era que la gente fuera “buena paga”. Decía que, por ejemplo, le fiaba a alguien que sabía que iba a vender madera porque, cuando lo hiciera, le iba a pagar. También le fía a la gente que él sabe que está trabajando para alguien, sin importar quién sea o qué estén haciendo, “porque una vez que le paguen yo sé que usted viene y me cancela”, señalaba.

Esta forma de crédito básico en la tienda se complejiza cuando la persona que pide fiado luego es contratada por Juango para realizar alguna labor, como raspar sus matas de coca. En ese caso, cuando llega el momento de pagar, Juango les descuenta

lo que tienen fiado en la tienda. Este tipo de endeude es muy común entre los jóvenes para comprar licor y comida —especialmente salchichón—, porque saben que luego de algunos días de trabajo pueden “pagar la deuda”.

Este ejemplo es interesante para aclarar que el fiado, que es una relación muy extendida en estos pueblos, no supone endeude, sino que se convierte en este cuando está mediado por un compromiso de pago con alguna mercancía, desde antes de que esta sea producida. Como la base mínima para la producción son los alimentos de los días de trabajo, mineros, tuqueros, pescadores y piangueras reciben de los tenderos lo que se denomina adelantos en comida, que pagan con la mercancía que produzcan.

En dos de los poblados en los que realizamos trabajo de campo pudimos observar una suerte de redes de circulación cerrada de dinero. Allí las mismas personas que compraban la pasta base eran los dueños de las tiendas. Los cultivadores estaban doblemente endeudados con los compradores de pasta pues, además de deberles los insumos para el procesamiento de la hoja, antes de recibir las ganancias netas también debían descontar la remesa que habían consumido en sus viviendas durante los meses de trabajo antes de la cosecha. Una parte de ese dinero en efectivo regresaba a las tiendas por cuenta del alcohol. Esta estructura de endeude se fortalece en las economías particularmente monopolizadas por un pequeño número o reducidas incluso a un comprador. De hecho, Felipe Escobar (1980) destacaba la existencia de esta lógica en la relación entre corteros y una empresa maderera de Tumaco:

fuera de que la remuneración no basta, la empresa los explota por medio de comisarios que monopolizan el comercio local, en donde están obligados a comprar los alimentos y proveerse de lo indispensable: sal, herramientas, linternas, medicinas. Al cabo de cierto tiempo se ven en la necesidad de endeudarse para seguir adquiriendo provisiones, y cuando se internan en el monte para derribar los árboles, partirlas en trozas, arrumarlas en hileras, casi todos han quedado hipotecados ante la ley del patrón, que impone los precios de los artículos y dicta las condiciones de trabajo. (16)

A esta se sumaba otra forma de endeude, que consistía en que los empresarios suministraban la maquinaria para arrastre de las trozas hasta la quebrada a cambio de que la cuadrilla de corteros se empleara por temporadas como estrobadores o balseros, dos actividades realmente difíciles en el proceso de transporte de la madera. Actualmente, los tuqueros establecen una relación similar con los dueños de los aserraderos para conseguir motosierras; a esta forma de endeude se le conoce como *trabajar por la máquina*. Consiste en que el tuquero recibe una motosierra nueva para que comience

a trabajar y con los viajes de madera que va sacando paga la máquina que, al final, se convierte en propiedad suya.

En Santa Bárbara de Iscuandé un cortero de madera revivió sus recuerdos de joven contándonos el modo en que las motosierras se convirtieron en una herramienta de uso común en este municipio. En los años 1970, cuando llegó a su pueblo un grupo de compradores de chanul, madera fina, antes que montar un aserrío, como ocurría generalmente, optaron por entregar motosierras a los corteros usando esta forma de endeude. Como esperaban, muchos corteros se interesaron, y la explotación de chanul se extendió por décadas, al punto que hoy escasamente se consigue esta especie en el monte.

Los intermediarios, ya sean dueños de aserraderos, compradores de pasta base, concha o pescado, participan directamente de las actividades económicas que permiten la obtención del producto. Se limitan a ofrecer, mediante el préstamo o adelanto, condicionamientos de orden infraestructural y financiero para que la actividad específica sea llevada a cabo. La cantidad del préstamo o los adelantos y los tiempos de pago varían de acuerdo con la actividad concreta, y según su particular dependencia con ciclos naturales y la duración del proceso de producción de la mercancía. Sin embargo, la lógica que subyace a todos es la misma: se efectúa el adelanto en dinero o en especie con el objeto de garantizar la obtención de determinado producto que, dado que su circulación en el mercado es imposible, sirve con creces para el pago de la deuda que permitió producirlo.

El compromiso que supone el endeude es bidireccional, pues a la vez que los productores responden a este con exclusividad en la venta, los *patrones* cierran la relación respaldándolos económicamente a ellos y a sus familias en los momentos de enfermedad, accidentes o muerte, principalmente. En cierta ocasión, una mujer se sentía preocupada porque los propietarios de la gasolinera del pueblo no querían fiarle los tres tambores de combustible que necesitaba para procesar una hoja que ya tenía recolectada. “Yo fui a hablar con el jefe de ellos, pero me dijo que no, que después salí a decirle que se enfermó un hijo, que me salió eso y lo otro”, nos decía abrumada. Los *patrones* reconocen de entrada la condescendencia que deben asumir cuando estas situaciones ocurren.

4. TRANSFORMACIONES Y (DES)ARTICULACIONES HISTÓRICAS

De repente la música, que hasta ese entonces había sido un simple rumor, se convirtió en un ruido intenso. En la mitad de la calle, un hombre alto se estaba quitando la camisa y bailaba de manera frenética mientras se aferraba a la botella de plástico que tenía en sus manos. La reverberación del parlante hacía juego con el halo de calor que invadía las calles de Guapi al mediodía. Cerca del lugar en el que nos encontrábamos había una mujer sentada en una improvisada banqueta de madera. Sacó una gallina de una jaula y, con la fuerza de sus manos, la mató. Unos minutos después, cuando destapó la olla de agua caliente con la que desplumaría al animal, las ondas de calor parecían una metáfora de lo que ocurría a nuestro alrededor. El movimiento en la calle primera de Guapi —donde están la *galería*, los puestos de venta de comidas, tiendas con ropa y peluquerías— es tanto que es difícil mantener la concentración.

Uno de nosotros, que se encontraba apoyado en la reja del local donde esperábamos a que la lancha zarpara hacia el lugar que íbamos a visitar por unos días en la zona rural, logró enfocarse en la conversación que sostenían los hombres que se iban a transportar con nosotros. Uno de ellos nos dijo: “Fresco, jefe, en la lancha hay espacio. Yo los llevo y con ese motor en una hora estamos llegando. Ya dentro de un ratito salimos” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 3 de abril de 2018). Tracker, el hombre que afirmó esto, un *paisa* alto y gordo con las cuencas de los ojos bien pronunciadas, y que llevaba varios minutos haciendo y recibiendo llamadas desde un iPhone de última generación, era tratado por todos los hombres como un patrón. Era normal verlo sacar varios fajos de billetes de \$ 50.000 y repartirlos entre las personas que venían a pedirle ayuda, y entre sus empleados que iban y venían en mototaxis para ir llenando un espacio del local con diferentes elementos: remesas con comida, mangueras, ropa, etc.

De un momento a otro, Tracker, que estaba hablando con su mujer por el teléfono, dándole a entender que había cambiado de número porque el otro estaba *boleteado*, hizo una pausa momentánea para decirle al resto, en un tono burlón: “Velo a ver bailando... Ese man lo que está es loco”. El resto de los hombres se rieron y empezaron a comentar sobre el hombre que, como resultado de sus movimientos frenéticos, tenía el cuerpo lleno de sudor; sobre el pecho también escurría el líquido transparente que dejaba caer desde su boca de manera apurada. Muchos apostaban a que era viche y no agua. Un hombre que estaba cerca de nosotros nos comentó que aquel y su hermano eran bien conocidos por todos los guapireños. “Esos dos pasaron varios viajes de cocaína a Centroamérica. De todos volvieron. Se hicieron unos caseronones de tres pisos, todo en material. Unas mansiones, mejor dicho. Pero ya luego se metieron fue a probar la droga... Tienen muchísima plata, pero el vicio los está jodiendo” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 3 de abril de 2018).

Al indagar un poco más, nos contaron que el personaje y su hermano trabajan con los narcotraficantes. Se encargan de esconder la mercancía y preparar los viajes; consiguen las lanchas rápidas y a los muchachos que, animados por los trescientos millones que les ofrecen, corren el riesgo de cubrir una de las rutas. En ese momento, uno de los hombres que estaba sentado junto al paisa, y que se interesó por nuestra charla, dijo que eso ya no era así. “No, compa, eso ya nadie usa lanchas rápidas. Eso las detectan rápido. Ahora la misión es llegar a Panamá y eso es facilito” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 y 8 de abril de 2018). Nos contó que la idea era salir al anochecer para lograr estar escondido en alguna de las costas cerca de Panamá al amanecer. El contacto ya debe estar esperando. De nuevo, al caer la noche, uno se encuentra con el contacto y entrega la mercancía. Tiene quince minutos antes de que le caiga la policía. “Eso está lleno de cámaras y solo pasan quince minutos entre que lo ven y llega el orden. Toca hacerlo todo es rápido” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 y 8 de abril de 2018).

Esa pequeña pausa, marcada por el ritmo de una charla sobre la forma en que el Pacífico sur funciona como un nodo en las rutas del narcotráfico, se vio modificada de un momento a otro. El patrón se paró de afán, casi sin avisar. Bajamos por la *muralla*, esas escaleras de cemento que están sumergidas en el río y que, dependiendo del momento del día, son más o menos las que toca recorrer antes de subir a la lancha. Seguíamos sin entender cómo tantos paquetes, cajas y personas iban a caber en una canoa. Luego descubrimos que buena parte de los hombres no se embarcarían, solo ayudaban a los dos empleados que sí iban a viajar. En la proa se ubicó uno de ellos, quien tuvo que caminar sobre un plástico negro que cubría buena parte de las cosas que cargaron en la mitad de la canoa. Tal vez una precaución ante las constantes lluvias. Nos subimos en la parte de atrás, mientras que Tracker se hizo cerca del plástico negro. Seguía hablando por teléfono. Al tiempo que los hombres empujaron la canoa y el motor comenzó su

ronroneo, el paisa giró la mirada. En algún punto vio algo que lo hizo cambiar rápidamente de expresión. “Andrés, hacele güevón que vienen las pirañas”, gritó.

Unos minutos después, cuando el motorista disminuyó la velocidad porque el fondo de la canoa se estaba llenando de agua, producto de la eufórica aceleración que le marcó al motor Yamaha 75, notamos que Tracker seguía hablando por teléfono y se había puesto una capa impermeable. Al girar en una de las primeras curvas del río se veían varias canoas que disminuían la velocidad. Los tres hombres cruzaron una mirada rápida. En una orilla, amarrada a un tronco, había una canoa con el camuflado de los colores de la Armada colombiana. Las pirañas. Tracker, de forma tranquila, preguntó: “¿pa dónde es que vamos?”. “Pal Napi, jefe”, respondió el motorista. Los infantes de marina nos saludaron y nos pidieron los documentos de identificación. Uno de ellos, que se dirigió directamente al patrón, lo interrogó sobre hacia dónde iba, qué llevaba en la canoa y a qué se dedicaba. El hombre dijo que era soldador, que iba para el río Napi a trabajar y que para declarar solo llevaba cuatro tambores de gasolina³⁴. Luego de revisar la factura de la gasolina, el soldado dijo que iba a levantar el plástico para revisar. Hizo cuentas rápidamente. “No, jefe, ustedes llevan es seis tambores de gasolina. Apague el motor que esto se va a demorar”. Revisaron los morrales y comenzaron a abrir todas las cajas.

Luego de intercambiar preguntas y revisar cosas, encontraron aceite hidráulico y unos filtros escondidos entre los tambores de la gasolina. Al motorista le quitaron un machete bien afilado. Ya en la canoa de la marina, los soldados anotaban en un cuaderno el número de los filtros y otros datos de las cajas y de los aceites. En medio del calor, y mientras la ropa se nos pegaba producto del agua, el sol y la humedad, el soldado que estaba en la canoa enfrentó al patrón. “Todo esto es para maquinaria grande, jefe. Ustedes lo que tienen es retro para minería ilegal, no son ningunos soldadores” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 y 8 de abril de 2018). El paisa argumentaba que, como estaba marcado en los tambores, algunos eran para las comunidades del río Napi. “Vea, a mí me gusta ayudar a la gente, a estas personas no las conozco y las estoy llevando. Lo mismo es con esa gasolina. Toda esa gasolina no es mía, es para las plantas de energía de las comunidades. Yo soy soldador, eso es lo que hago”. Arriesgadamente el soldado le cogió la mano al paisa. “Usted tiene la mano muy suave, qué soldador va’ser”, dijo. El ambiente se estaba poniendo cada vez más tenso. Otro de los soldados nos preguntó por qué estábamos montados en esa lancha y qué hacíamos yendo desde Bogotá hasta tan lejos.

34 Un tambor de gasolina, que tiene un costo promedio de \$ 550.000, contiene sesenta galones. Como parte de las acciones que el Estado colombiano realiza para controlar la minería ilegal, especialmente la que se realiza con retroexcavadoras en varios ríos del Pacífico, hay un tope de venta de gasolina por persona y, como señalamos en este relato, se hacen retenes para que no se pueda pasar más de la cantidad permitida.

El paisa se paró de su silla para hablar con los soldados. Les dio una de las cajas que llevábamos y les dijo que era pan para que comieran en lo que quedaba de guardia. Siguieron cambiando palabras y, entre despidos, parecía como si les estuviera dando plata. Andrés prendió el motor y arrancó de nuevo. Esta vez la canoa no iba a toda velocidad y el agua no entraba con el golpe de las olas. El paisa giró su silla plástica para ver hacia nosotros un minuto. “De no ser porque ustedes iban en la lancha, nos devuelven para Guapi y allá ni idea qué nos pasa”. Un rato después les dijo a los dos empleados que iban en la canoa que tocaba avisarle a la gente de los planchones dónde estaba el retén para que pudieran pasar la gasolina sin tener problemas. “Ya tenemos a la guerrilla allá arriba, no queremos que ahora se nos meta el ejército a quemarnos las máquinas” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 y 8 de abril de 2018).

Mientras seguíamos nuestro camino río arriba, notamos que en un corto periodo de tiempo experimentamos algunos de los efectos que las llamadas “economías ilegales” establecieron en el Pacífico sur colombiano. La minería mecanizada, para la cual se utilizan enormes cantidades de combustible y maquinaria, que en la mayoría de los casos son propiedad de personas externas a la región, y el cultivo de la hoja de coca, para su procesamiento en cocaína y posterior exportación, han supuesto cambios acelerados en las formas de vida de los habitantes del Pacífico sur en las últimas décadas.

El objetivo que perseguimos en este capítulo es analizar las transformaciones y las (des)articulaciones que se han dado en las actividades y relaciones económicas como resultado del ingreso de la gran maquinaria y de las nuevas mercancías dentro de las dinámicas de la región. Asimismo, y como parte de un argumento mucho más general, consideramos que estos cambios también han afectado las racionalidades económicas y las formas de vida —especialmente las nociones del *vivir sabroso*³⁵, las estrategias desplegadas frente a los momentos de crisis y bonanza económica, y el cuerpo y la sexualidad— de los habitantes del Pacífico sur.

Una descripción etnográfica de las racionalidades económicas y de las formas de vida en el Pacífico sur requiere, necesariamente, del análisis y comprensión de los cambios

35 Tomamos prestada la noción de *vivir sabroso* propuesta por Natalia Quiceno (2016) para el caso de los afrotrataños. Como afirma la autora: “Se hizo evidente para mí que todas estas prácticas son justamente las que crean una poética de la lucha y el movimiento afrotrataño. Entendí que para conseguir lo que ellos llaman una *vida sabrosa*, es tan importante llegar a un pueblo a hacerse un baño o encontrar un curandero, como mantener viva la organización de la *Familia Aciatica*, embarcarse para acompañar una mortuoria o cantarles a los muertos” (2). En esa dirección, la noción de *vivir sabroso* se refiere a la articulación de diferentes elementos como el movimiento, el equilibrio corporal, la capacidad de reunión, etcétera. En este capítulo utilizamos de manera intercambiable nociones como *buen vivir*, *bienestar* y *vivir sabroso* para hacer referencia a la forma en que las economías que resaltamos han calado profundamente, aunque nunca destruido, esa idea de *vivir sabroso*.

que se han dado en las últimas décadas. Nuestro argumento es que la preeminencia de formas mecanizadas en el desarrollo de las actividades económicas, especialmente de las labores mineras; el cultivo y procesamiento de la hoja de coca; y la estrecha relación, muchas veces a manera de retroalimentación, que existe entre la coca y el oro han impulsado los cambios más significativos en las formas de vida del Pacífico sur.

La forma de articulación que estas dos actividades tienen con el mercado y que, como corolario, se expresa en una mayor circulación de dinero en efectivo por toda la región supone cambios en la forma en que los habitantes del Pacífico sur conciben ambas mercancías, su producción y las relaciones que se sostienen con los diferentes actores que se juntan en espacios reducidos en torno a estas. Igualmente, el ingreso progresivo, y la posterior preeminencia, de la maquinaria para el desarrollo de las actividades económicas nodo supone un aumento en la capacidad de producción y, por lo tanto, de la circulación del dinero que modifica la forma en que los habitantes del Pacífico sur se (des)articulan, como productores y consumidores, con respecto a mercados que en algún caso adquieren carácter global³⁶.

Así, este capítulo es una caracterización tanto histórica como etnográfica de las formas de vida en el Pacífico sur. En cuanto reconstrucción histórica, no nos referimos únicamente a las historias construidas por los expertos y académicos, sino que es una historia elaborada a partir de los relatos que pudimos recoger sobre los cambios que han experimentado los habitantes de la región en las últimas décadas. Cercanos a la perspectiva de David Cohen (1994), consideramos que la historia, en cuanto relato, no se limita únicamente a la producción académica, sino que allí también se encuentran las historias de las personas del común, lo que cuentan, lo que esconden, ya que dicho conocimiento histórico —al ser producto de contextos sociales específicos con relaciones de poder que determinan el registro de lo decible— termina por poner en la agenda ciertas temáticas mientras que otras, cuando no desaparecen, se presentan como menos relevantes.

No obstante, tampoco construimos una narrativa que les ceda la voz únicamente a las personas, sino que, descansando en todo este corpus, apuntamos a comprender los

36 Aunque en este capítulo nos centraremos especialmente en el aumento de la maquinaria para minería, es importante aclarar que esto también ha generado cambios en otras actividades como la silvicultura. Según nos comentaron en lugares como Iscuandé y Guapi, la llegada de las motosierras, especialmente para la extracción de maderas finas, implicó una disminución en los integrantes de las cuadrillas de trabajo, alguna independencia de la actividad frente a las temporadas de lluvia, el declive de los aserríos, así como la llegada de comparadores de madera, que en algunos casos impulsaron años después la siembra de hoja de coca. En ese sentido, aunque la madera no ha sido vista como una de las “economías del terror”, y aunque no es un nodo central de este capítulo, en varios momentos presentaremos un contrapunteo con la explotación de los bosques.

diferentes niveles en que tales cambios se han registrado; las formas en que el desarrollo de estas economías ha generado transformaciones en las formas de organización de las cuadrillas y el tiempo de trabajo; pero también cómo se han construido nociones de lo ancestral, el cambio y el bienestar. Es así que trabajamos además con un archivo local que encontramos durante nuestro trabajo de campo, con varios informes etnográficos que nos permiten analizar los cambios percibidos por los antropólogos desde mediados del siglo xx y con otros corpus de literatura sobre la región.

El capítulo se divide, entonces, en tres grandes secciones. En la primera se caracterizarán los cambios históricos que se han dado en la actividad minera, especialmente a partir de la llegada de máquinas para el desarrollo de esta labor. Analizaremos la forma en que la propiedad sobre la maquinaria, y la presencia y articulación de diferentes actores históricos en torno a esta actividad, ha impulsado cambios en las relaciones económicas, la organización del tiempo de trabajo, las relaciones con el espacio y la posesión de la tierra, así como la manera en que se han construido nociones particulares de “ancestralidad” como estrategia para resistir los impulsos de ilegalización de la actividad minera por parte del Gobierno colombiano.

En el segundo apartado haremos una reconstrucción del ingreso de los “palos de plata” al Pacífico sur, para lo cual analizaremos la manera en que el cultivo y procesamiento de hoja de coca supuso una modificación en las formas de producción agrícola, a la vez que impulsó modos específicos de relacionarse con la estatalidad a partir de los procesos de fumigación aérea de los cultivos. En la tercera y última sección, estudiaremos cómo los procesos que describimos en las primeras dos secciones han impulsado cambios específicos en las formas de vida de los habitantes del Pacífico sur, que se expresan en temas como el derroche, la prostitución, la ilegalidad y la violencia.

Del barequeo a las máquinas

Yo empecé a trabajar minería desde que tenía ocho años. A mano, sin máquinas. La minería sin máquinas se trata de que si no llueve, usted no trabaja. Si llueve, trabaja...

Leopo

Como mostramos a lo largo del primer capítulo, la minería del oro ha sido la actividad extractiva que más tiempo se lleva realizando en el Pacífico sur. Sin embargo, desde los entables mineros que funcionaron durante el periodo colonial, esta actividad productiva ha atravesado muchos y variados cambios en lo que tiene que ver tanto con las prácticas

desplegadas para su desarrollo como en sus relaciones productivas. Al indagar con varios de nuestros interlocutores en campo sobre la presencia histórica de la minería, la gran mayoría de ellos nos dieron respuestas similares. Todos comenzaron a trabajar en la mina desde su infancia, cerca de los ocho años, cuando iban con sus padres y abuelos a ayudar. Al principio su tarea consistía en transportar las piedras más grandes. Les daban una batea para que sacaran esas rocas de la pila y las llevaran a otro lado. Luego, cuando iban creciendo, ya comenzaban a usar la batea para barequear. Aprendían la técnica viendo cómo lo hacían sus mayores. Al preguntar por lo que hacían con el oro, nos dijeron que lo utilizaban para comprar comida y ropa.

Esta presencia histórica del bareque, en cuanto actividad económica desarrollada por el núcleo familiar como forma para conseguir los recursos que no podían producir, también aparece en los registros etnográficos iniciales sobre el Pacífico sur. Entre los primeros informes alrededor de la minería en esta región de Colombia despuntan los trabajos del geógrafo norteamericano Robert West y de la antropóloga colombiana Nina S. de Friedemann. A pesar de la distancia temporal entre los dos trabajos de campo, West y Friedemann presentan elementos fundamentales para entender los cambios que se dan con la llegada de la minería mecanizada. En el caso de West ([1957] 2000), afirma que los habitantes negros de las tierras bajas del Pacífico colombiano tenían una economía de subsistencia que, por momentos, se articulaba al mercado a partir de la minería y de las formas comerciales de la agricultura. En cuanto a la minería, señala:

Hay dos tipos de organizaciones que se encargan de extraer el oro y el platino de aluvión de las tierras bajas del Pacífico: 1) los campesinos mineros, que usan técnicas primitivas coloniales, y 2) las grandes compañías mineras extranjeras, que utilizan dragas eléctricas. A pesar de sus métodos primitivos, los mineros locales producen aproximadamente el 25 % del oro y el 50 % del platino de las tierras bajas del Pacífico (207).³⁷

A pesar de que West señala la existencia de formas mecanizadas de minería para mediados de la década de 1950, otros antropólogos se han encargado de mostrar cómo desde principios de siglo ya había algunas formas mecanizadas en el río Timbiquí,

37 En términos de cifras, y solo haciendo referencia al Pacífico sur, para los años 1953 y 1964, en un informe presentado por el Banco Ganadero (1967, 61) se señala que la compra total de oro en los departamentos del Cauca y Nariño fue de 3.371 onzas. Es importante señalar que estos datos se recogen de los cambios de oro realizados en la oficina del Banco de la República; sin embargo, como señala Nina S. de Friedemann (Friedemann y Duncan 1974; Friedemann 1974) para el caso de Barbacoas, muchos de los mineros utilizaban el oro en polvo para comprar artículos en las tiendas, lo que hacía posible que el oro extraído en realidad fuera mucho más.

introducidas por la empresa The New Timbiquí Gold Mining³⁸. En cuanto a la minería artesanal, el llamado bareque practicado por los descendientes de africanos, West señala que ellos desarrollaban esta actividad en dos tipos de depósitos: los depósitos aluviales y los antiguos lechos localizados en terrazas e interfluvios. En el caso de los depósitos aluviales, el oro era extraído con la técnica del mazamorreo realizado principalmente por las mujeres y los niños durante las temporadas secas. La actividad consistía en armar *burros*, una suerte de represa en las barras de arena y grava que quedan descubiertas en los meses secos. En el burro las mujeres recogían la arena y la lavaban con las bateas para así obtener el oro. Igualmente, para el caso del río Micay, West ([1957] 2000) señala una alternativa al mazamorreo que es el *zambullidero*, sobre el cual afirma:

Las mujeres más altas van hasta la mitad de las corrientes pandas para obtener las arenas ricas que se hallan debajo de las piedras que hay en el fondo. La técnica del zambullidero, propia de las aguas más profundas, todavía se usa en algunas de las cabeceras remotas tales como el Chagüí y el Jolí, ambos tributarios del Micay. La zambullidora, que se amarra una piedra contra las nalgas, se sumerge hasta el fondo del río para sacar arena, cuando llena su batea, arroja la piedra y nada hasta la superficie con su carga. (245)

Estas dos técnicas de minería artesanal eran utilizadas para obtener oro regado. Como se desprende de la narrativa de West, la minería del bareque era una actividad que se establecía en torno al núcleo económico fundamental: la familia, y que, en términos de género y generación, estaba socialmente asignada a mujeres y niños. Como nos comentaba Leopo, uno de los mineros a quien conocimos en el curso alto de un río:

Yo comencé a trabajar minería desde que tenía ocho años. [...] O sea, la minería sin las máquinas se trata de que si no llueve, usted no trabaja; si llueve, trabaja, porque nos tocaba hacer pila en el barro, banquiar... hacer un pozo en el barro, y luego colocarlo a llenar. Después de que ese pozo llenaba ahora sí, si llovía, se llenaba, si no llueve, no se llena. Entonces, le hacemos un roto por abajo, comienza a salir el agua, y comenzamos a cavar con la barra, a mera mano. Empecé a trabajar con mi

38 En el registro de denuncia de minas que reposa en el Archivo Histórico del Cauca, solo se señala el denuncia de una mina a nombre de la compañía francesa (*Libro de denuncia de minas del gran Cauca* s. f.). Sin embargo, como lo relata Michael Taussig (2013), la compañía francesa tuvo una fuerte influencia, tanto en lo que se refiere a posesión de minas como sobre los habitantes del río, ya que llegaron a tener su propia moneda: la cachalóa.

papá desde que tenía los ocho años, sí. Trabajaba minería, lo que era la corta de madera, esas vainas así. (Entrevista con Leopo, Guapi, Cauca, 2 de diciembre de 2017)

En cuanto a la explotación del oro corrido, que se encuentra en los depósitos de mayor profundidad, se requería de la movilización de una mayor fuerza de trabajo, y de técnicas totalmente distintas al barequeo: el canalón, el hoyo y el socavón³⁹. Sobre el canalón, West ([1957] 2000) señala que esta técnica —posiblemente heredada de los indígenas— era utilizada por las cuadrillas de esclavos durante la Colonia y que, para mediados del siglo xx, aún seguía viva. La actividad consistía en articular una cuadrilla de trabajo de entre seis y veinticinco personas que con barras metálicas excavaban el canalón sobre un banco de grava previamente cateado. Una vez se conseguía suficiente profundidad para llegar a las vetas de oro, se dejaba correr agua por el canalón para que así el oro, en cuanto material pesado, quedara en la parte baja donde luego era extraído a partir del barequeo. En cuanto al hoyo, esta técnica consistía en formar la cuadrilla con el fin de construir un hueco, a manera de túnel vertical, para alcanzar las vetas más profundas. En el desarrollo de esta actividad se utilizaba la llamada *fila de batea* que consistía en “una larga fila de trabajadores que se pasan el uno al otro bateas llenas de tierra o agua” (247).

La última técnica, el socavón, consistía en abrir huecos en las peñas y, a partir de rudimentarios túneles sostenidos con columnas de madera, encontrar los filones de oro que luego eran sacados para ser lavados con la batea. En los informes del geógrafo Robert West se señala que esta última técnica fue introducida en el Pacífico sur en 1910 por la compañía francesa que operaba en el río Timbiquí y que, a pesar de que se popularizó rápidamente en los ríos Saija, Guapi y Micay, era la más peligrosa de todas porque la falta de experiencia en la construcción de los túneles ya había dejado varios muertos en medio de los derrumbes⁴⁰.

39 Existe una noción compartida sobre las grandes vetas de oro subterráneo que están relacionadas con la idea del diluvio y de los ríos de oro. Como señala Taussig (2013): “El oro es el exudado de un orden natural corrupto sujeto a la ira divina. [...] el Diluvio, como está descrito en el Antiguo Testamento, devastó la Tierra, y en virtud de este violento amasado de los elementos terrestres, obligó a los ríos a ir bajo tierra y los llenó con oro. Los mineros, la mayoría hombres, abren camino subterráneo buscando los viejos ríos que van por las profundidades de la tierra” (27). Esta narrativa también fue escuchada por nosotros cerca de la cabecera de uno de los ríos, cuando una mujer que en su juventud había barequeado, y que en la actualidad lo hace ocasionalmente, nos señalaba que el oro había quedado regado por los ríos después de un fuerte aguacero, mucho antes de que los mayores nacieran (Pedro J. Velandia, diario de campo, 12 de noviembre de 2017).

40 Varias décadas después, en 1970, Michael Taussig (2013) encuentra la historia de un hombre que, en Santa María, en el río Timbiquí, vive y trabaja en uno de los antiguos socavones abandonados por la compañía francesa (111-120).

Continuando con las caracterizaciones etnográficas, el trabajo realizado a mediados de la década de 1960 por Nina S. de Friedemann en el río Güelmambí ilumina las formas en que las labores mineras y la articulación de las cuadrillas funcionan a partir de la activación de derechos de trabajo que descansan en relaciones complejas de parentesco —tanto efectivo como ritual— que se denominan *ramajes*. Es así que para el caso del Güelmambí existían dos tipos de mina: la *mina comedero* y la *mina comunal*. Las labores en la mina comedero se realizaban los días entre semana y allí participaban únicamente los miembros del núcleo familiar. La principal técnica utilizada era el canalón, por lo cual se necesitaba tener días en los cuales no hubiese lluvia para poder construir la pila. En los días siguientes, cuando se iba a sacar el oro, era preciso que lloviera para que así se pudiera lavar la tierra. Como lo muestra el fragmento de entrevista que usamos como epígrafe de este apartado, la actividad minera estaba necesariamente supeditada a la lluvia para así poder lavar los materiales y obtener el oro.

El trabajo en la *mina comunal* complementaba el trabajo que se realizaba en la mina comedero. En la mina comunal trabajaban todas las personas del poblado con el fin de costear, principalmente, las celebraciones relacionadas con el calendario religioso. La división entre los dos tipos de mina, y los usos que se daba a las ganancias obtenidas a través del trabajo en cada una de estas, es interesante por la forma en que existen diferenciaciones en clave de género y generación en la articulación de las cuadrillas de trabajo. Como señala West ([1957] 2000), el trabajo comunal era principalmente realizado por las mujeres con el fin de costear las celebraciones religiosas. Afirma el geógrafo:

Cuando visité el pueblo de San Bernardo en un río tributario del alto Saija, en julio de 1951, en el pueblo no se encontraba ninguna de las mujeres, quienes se habían ido a las minas a obtener suficiente dinero para la celebración de la fiesta de Santa Rosa, que tendría lugar el mes siguiente. (328)

En ese mismo sentido, Friedemann señala que, a pesar de que las cuadrillas mineras estaban compuestas por hombres y mujeres, el trabajo en la mina comunal era realizado por mujeres, principalmente, con el fin de recolectar fondos para las festividades de la Virgen de Atocha (Friedemann y Duncan 1974; Friedemann 1974)⁴¹.

41 Además del trabajo de preparación, en términos de la movilización de la fuerza de trabajo con el fin de obtener recursos económicos para el tiempo de festividad, en términos de los *contextos religiosos* Friedemann hace un gran énfasis en la forma en que las actividades relacionadas con la preparación de la Virgen de Atocha para el desarrollo de la festividad eran principalmente femeninas. Afirma, sobre el trabajo de preparación de la imagen de la Virgen: “Doña Aurelia Lemos es la dama de Barbacoas que ayudada por varias señoras en los últimos años ha estado encargada de vestir a la Virgen y al niño para las fiestas. Ella tiene la custodia de los trajes,

Ahora bien, en cuanto a lo que en este libro hemos llamado *racionalidades económicas*, tanto Nina S. de Friedemann como Robert West iluminan la forma en que los mineros negros del Pacífico sur se articulan de maneras específicas a los mercados locales. Lo que estos dos autores caracterizan como economías de subsistencia, basadas en la pesca, la cacería y la agricultura, tenían conexiones con los mercados a través de la compra en las tiendas que se ubicaban en las cabeceras municipales. Como se muestra en un pasaje del documental *Güelmambí: A River of Gold* (Friedemann y Duncan 1974), los mineros iban una vez por semana a Barbacoas a cambiar el oro por dinero, con el cual compraban petróleo para las lámparas, bebidas gaseosas, tabaco, sal y velas. Esta momentánea articulación a mercados regionales también fue señalada por nuestros interlocutores en campo. En el caso de los mineros en la parte alta de los ríos, ellos nos dijeron que el dinero que se ganaba en las minas podía ser cambiado por comida en las incipientes tiendas que se crearon en algunas veredas, o también por dinero en efectivo en las cabeceras municipales, donde era utilizado para comprar comida o ropa. Enano, uno de ellos, afirmaba:

Cuando éramos unos dos o tres [primos], nos íbamos para la mina, donde estaba la abuela. Esa mujer se la pasaba allá el día. En esa época todo era con pala, barretón y batea. Y mi abuela fue la primera que nos compró los uniformes del colegio con el trabajo de la mina, y de ahí en adelante nosotros nos acostumbramos a trabajar, a ganar plata con la mina para poder comprar nuestras cosas, porque como le ayudábamos a ella, pues ganábamos plata.⁴² (Entrevista con Enano, Guapi, Cauca, 17 de septiembre de 2017)

La articulación y la movilización de cuadrillas, en cuanto fuerza laboral, suponía formas específicas de organización del tiempo de trabajo que estaban determinadas por factores ambientales, el establecimiento del calendario cultural y la movilización de la mano de obra disponible. En términos ambientales, la necesidad de la lluvia para el desarrollo de algunas actividades era fundamental en la organización del tiempo de trabajo. La imposibilidad del desarrollo de ciertas labores por razones climáticas y una

pelucas, mantos y tules que se conocen como el ajuar de la Virgen y que son renovados de tiempo en tiempo, así como lo es la hermosa cabellera de pelo natural, obsequiada esta última por una de las devotas en años pasados” (Friedemann 1966, 66).

42 En ese mismo sentido, durante nuestra entrevista con Leopo, y mientras indagábamos por el cambio del oro obtenido a través del bareque, él afirmó: “Usted cambiaba el oro por comida. Prácticamente esa era la plata. Si usted lleva oro trae comida y si trae la plata también lleva comida. [...] Aquí la cambiaban por dinero, por comida, por dinero en efectivo, y en Guapi también era lo mismo” (entrevista con Leopo, Guapi, Cauca, 2 de diciembre de 2017).

particular manera de entender la distribución del tiempo de trabajo supone el desplazamiento entre actividades económicas. Como señalan Friedemann y Duncan (1974) en el caso del Güelmambí, el tiempo seco era el predilecto para abandonar la mina con el fin de realizar labores agrícolas en las *chagras*. Así, como parte del complemento de las actividades económicas, la agricultura, la pesca y la cacería tenían un carácter de auto-sustento que les permitía a las personas conseguir los alimentos, mientras que la minería era utilizada como una forma para obtener, a través de una conexión monetizada con el mercado, los elementos que no se podían producir por medio de las otras actividades.

Así, la *poliactividad* practicada por los habitantes negros del Pacífico colombiano se organizaba, en buena medida, a partir del desplazamiento entre actividades como parte de los ciclos climáticos de esta región. El desplazamiento entre actividades también implicaba desplazamientos geográficos a lo largo del río. Como muestran Friedemann y Duncan (1974), una de las mujeres que vivía en la parte alta del río, al activar sus derechos de trabajo en una mina distante, propiedad de un familiar, hacía entonces que su marido tuviese que entrar a formar parte de la cuadrilla de trabajo en las labores agrícolas de la familia de su mujer, poniendo en marcha así una suerte de reciprocidad.

Ahora bien, en cuanto a la movilización de la fuerza laboral y su relación con la organización del tiempo de trabajo, una de las figuras centrales que se vio modificada, si no abandonada con la entrada de la maquinaria, fue la *minga*. Esta relación económica, que reúne entre cuatro y seis hombres, era utilizada para extraer madera con el fin de construir viviendas y labrar potrillos (Friedemann 1974). Sobre el uso de la *minga* en la agricultura, Robert West ([1957] 2000) afirma:

El desmonte, denominado roza, de los terrenos pertenecientes a agricultores individuales en las épocas del cultivo del maíz suele ser una actividad comunitaria, un tipo de *minga* aún practicada por muchas personas en los ríos al sur de Buenaventura y en partes del Chocó. (119)

En uno de los poblados donde desarrollamos el trabajo de campo de carácter intensivo, nos comentó Magucho, un agricultor que hace ya varios años se dedicaba a sacar madera, que la *minga* era la forma más utilizada por los mayores para realizar esta actividad. En su relato, en la actualidad las formas de trabajo representan riesgos por la dependencia que esta labor tiene de la situación climática:

Pues sí, amigos, eso de meterse al monte tanto tiempo [semanas enteras], tener que esperar que comience el aguacero, sin importar la hora que sea, solo para ir a botar los tucos, eso es muy peligroso. Eso de andar por el monte de noche y lloviendo,

eso es estar buscando picadura de culebra, o que a uno le salga animal de gústico. Pero es que antes no era así. Antes la gente no se dedicaba solo a la madera. Ellos iban algunos días a darle al hacha, y ya cuando la cosa estaba lista se armaba una minga de unos cinco o seis varones para ir a botar los palos al agua. Sí, pues, la gente del pueblo le ayudaba al que estaba tuquiando a sacar su madera de la quebrada. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 12 de noviembre de 2017)

De manera similar a como nos comentó Magucho, en el área de Tumaco, para finales de la década de 1990, se mantenían algunas de las memorias sobre la minga como forma de movilización de la fuerza de trabajo. En entrevista con Porfirio Becerra, él comentaba:

En mi niñez, cuando les tocaba sacar madera a los viejos por el sistema de troza, entonces yo también participé en las mingas; sacaban grandes troncos de maderas para los aserríos, el aserrío que estaba en Espriella. [...] En ese entonces, el sistema era de mingas, cambio de mano, juntas de trabajo, grupos familiares, decirle que la familia se unía para hacer un determinado trabajo, y el que no tenía familia pues utilizaba el sistema de cambio de mano: es que yo voy hoy día y usted me lo devuelve en otro día. La junta de trabajo es una junta permanente que se mantiene y dice: “hoy le toca a usted, el día y mañana a usted y pasado al de acá”, entonces iban rotando. [...] La minga consistía en que en un determinado pueblo o vereda, como eran todos amigos, no era sino decir, [...] “hombre, yo voy a hacer un trabajo en tal semana y quiero que me acompañen a hacer ese trabajo”, entonces toda la gente le iban diciendo yo voy a ir, todos, sin obligarlos en nada. Siempre las mingas eran los días martes y viernes. [...] Ese sistema de minga se utilizó no solo para extracción de madera sino para labrar la canoa, para halar las canoas, para construir la casa. (Citado en Leal y Restrepo 2003, 106-107)

En resumen, en el momento previo a la entrada de las formas mecanizadas y de actores externos —compañías mineras y *paisas*—, en el Pacífico sur las actividades económicas nodo se desarrollaban a partir de lo que podríamos denominar *prácticas tradicionales*. Las cuadrillas de trabajo se articulaban mediante las relaciones de parentesco y cercanía, haciendo de la familia el núcleo económico fundamental, y las actividades se organizaban en tiempos de trabajo regidos por los elementos climáticos y las celebraciones culturalmente estipuladas. Es así que las economías del Pacífico sur eran de poliaktividad, subsistencia e intercambio (West 1952, [1957] 2000; Gutiérrez de Pineda 1975; Friedemann 1974). Estos sistemas económicos comenzaron a experimentar sus primeros cambios con la llegada de compañías mineras extranjeras. Las primeras

empresas, comandadas por la compañía francesa The New Timbiquí Gold en el río Timbiquí, llegaron al Pacífico sur a comienzos del siglo xx⁴³ y, aunque no importaron gran maquinaria, su llegada sí introdujo nuevas herramientas y técnicas en el desarrollo de la labor minera.

En cuanto al ingreso de maquinaria minera, el primer uso registrado se dio en la década de 1930 sobre el río Telembí, cuando la Compañía Minera de Nariño instaló de manera exitosa una draga eléctrica. Por esa misma época “también se estableció un campamento grande y bien equipado en Mongón, a unos 16 km de Barbacoas” (West [1957] 2000, 252). El funcionamiento de estas máquinas, génesis del uso de minería mecanizada, fue visto en acción por la antropóloga Nina S. de Friedemann en la zona de Barbacoas en la década de 1960.

Frente a estos primeros registros de minería mecanizada varios autores concuerdan en que las formas de vida de los mineros negros del Pacífico sur no se vieron considerablemente modificadas (West 1952, 2000 [1957]; Friedemann 1974). En el caso de West ([1957] 2000), él señala que las empresas extranjeras se limitaban a contratar a muy pocas personas, cuyas formas de vida se veían modificadas, ya que accedían a mercancías introducidas por las compañías, como ropa y alimentos que eran distribuidos en los comisariatos:

Las compañías solo contratan unas cuantas centenas de trabajadores locales, quienes reciben salarios relativamente altos y el privilegio de comprar ropa y comida modernas en las tiendas de la compañía. Pero la moda de utilizar cierta ropa de estilo gringo —como overoles, pantalones color caqui y una especie de forros de caucho para los zapatos denominados *galoshes*— no se ha difundido más allá de las vecindades de los campamentos. (252)

Unas décadas después, a pesar de que esta dinámica se mantenía, Nina S. de Friedemann (1974) señala una preocupación que va más allá de los procesos de cambio social producto de la entrada de mercancías a través de los comisariatos. La presencia de la Nariño Gold Company, filial de la Chocó Gold Company, es interpretada por esta antropóloga como la posibilidad de que el Gobierno colombiano entregue permisos de

43 Es importante señalar que en el estudio realizado por West ([1957] 2000) se muestra que la entrada de las compañías mineras, con nuevas técnicas, herramientas y maquinaria, se da por el departamento del Chocó a finales del siglo xix, con la creación de la Chocó-Pacífico Company. Algunas de las empresas mineras que comienzan a realizar minería a gran escala en el Pacífico sur en el siglo xx, y que luego traerían formas mecanizadas de minería en esta región, fueron empresas subsidiarias de la Chocó-Pacífico Company, entre las cuales cabe destacar la Nariño Gold Company.

explotación minera en territorios que estaban habitados por afrodescendientes desde hacía más de un siglo⁴⁴.

La minería mecanizada, y el lugar preeminente que comenzó a ocupar en el siglo xx, se convertiría en una presencia fundamental que modificaría la forma de vida de los habitantes del Pacífico sur. Durante nuestra estadía en la región indagamos por la forma en que las máquinas llegaron a los ríos, por quiénes son los dueños de estas, y por los cambios, las prácticas, las actividades económicas, las relaciones productivas y la organización del tiempo de trabajo que se derivan de la entrada de la gran maquinaria. Asimismo, y como parte de estas dinámicas, caracterizaremos la manera en que la minería se encuentra ligada con procesos de apropiación y propiedad legal de la tierra, con formas de relacionarse con el entorno, y cómo la presencia constante de la minería en el Pacífico sur genera nociones de tradicionalidad como forma de legitimar esta actividad.

“Yo fui el primer diablo que metió máquinas a este río”

Una noche lluviosa, mientras compartíamos con una persona en la parte media de un río cercano a Guapí, el hombre que nos acompañaba hizo una afirmación interesante: “Yo fui el primer diablo que metió retro a este pueblo” (entrevista con Camilo Montaña, Guapí, Cauca, 20 de noviembre de 2017). Ante nuestro interés por su afirmación, y debido al hecho de que nos había visto en Timbiquí, Camilo Montaña nos aseguró que hacia 2011 él dio los primeros pasos para hacer que las máquinas entraran a excavar lodo y tierra del río en busca del metal preciado. Aunque nunca fue propietario de las retroexcavadoras, sí fue la persona que logró los contactos para que las máquinas pudieran entrar. En sus propias palabras, la historia fue así:

Yo acostumbraba a venir siempre a estar aquí con mi mamá, así como estoy hoy, y así como me desperté a recibirlos. Yo estaba allá durmiendo cuando llegaron un poco de señores y se sentaron ahí, y me dijeron: “¿usted no tiene terrenos para trabajar mina?”, ellos vinieron a buscar terrenos. Yo les dije: “¡Sigan! Miren [señalando las fotografías colgadas en la sala de la casa], mi abuelo, mi abuela, mi mamá, todos han trabajado artesanalmente, pero industrialmente yo no garantizo nada porque no sé, pero ellos con eso nos mantuvieron y de eso vivieron los viejos”. Y me dijeron: “¡vamos a ver!”, y me monté en la lancha y me fui con ellos. Llegamos allá y les mostré el terreno, hicieron un huequito y sacaron unos oritos y dijeron:

⁴⁴ Para profundizar en esta problemática con fuentes de la época, y especialmente desde la posesión del gobierno, puede consultarse el libro *La verdad sobre las minas del Telembí* (Isaza, Restrepo y Cía. 1939).

“¡uy!” y me dijeron: “¿qué plata necesita?” y yo dije: “deme \$ 500.000” y me dejaron \$ 1.000.000. Y como a mí no me gusta gastar la plata por ahí en cualquier cosa, me fui para Guapi y compré ron, cerveza, e hice una especie de negocio ahí, y cuando ellos venían, tomaban ahí. Después me dijo el señor: “Si usted necesita en Guapi yo tengo compañeros de negocio, hablo con ellos para lo que usted necesite”, y así fue. Entonces, sacaba cosas y organicé un negocio aquí abajo más bacano, se llamaba El Socio, y los clientes míos eran ellos y con el transporte de ellos me traían la cerveza, el aguardiente. Me fue bien, bien, bien. (Entrevista con Camilo Montaña, Guapí, Cauca, 20 de noviembre de 2017)

Las personas de las que habló con mucho entusiasmo don Camilo ya conocían la región, pues habían estado trabajando en Timbiquí y en el Saija. Sin embargo, del primer río se habían ido porque se estaban acabando los terrenos para trabajar minería y además se estaban comenzando a sentir persecuciones por desarrollar esta labor. Los socios eran don Francisco y don Alcides, ambos del Valle del Cauca. Don Francisco, de Cali, había tenido varias retros realizando trabajos de excavación y movimiento de tierras en el Valle, por lo cual fue fácil mover la maquinaria hacia los ríos del Pacífico sur para desarrollar otro tipo de labores. Don Alcides es de Jamundí. Hay un tercer socio, un costeño. Aunque en el momento en que estas personas se juntaron con don Camilo para traer las primeras retros ya existían otras formas de minería mecanizada, como los monitores y los elevadores, ver maquinaria tan grande y la movilización de tantos recursos económicos y dinero en efectivo resultó una innovación, especialmente cuando comenzaron a montar la empresa minera.

Eso era bien organizado, teníamos un almacén, los trabajadores de planta eran 36, gente del monte [guerrilleros] eran como 40 y ellos eran los que cuidaban todo, las pertenencias, y a uno. Aquí el personal ganaba un sueldo diario, no ganaban que si sacamos reunimos y partimos, no, tenían un sueldo fijo. Nosotros estábamos haciendo una empresa prácticamente. Y fuera de eso ellos tenían un día que les daban para que lo que sacaban era para todo el grupo. Por ejemplo, de 15 días se les daba un día para que lo que sacaran lo partieran entre los 36. A veces les tocaba que sus 10, 15 gramos. Y es que ellos sabían, si se les daba un día, dónde estaba la pinta y la iban dejando por ahí, la dejaban ahí, y cuando les tocaba su día se iban para allá, a su tapado. (Entrevista con Camilo Montaña, Guapí, Cauca, 20 de noviembre de 2017)

La llegada de las retroexcavadoras al río y el carácter de novedad que muchas veces tenía la empresa minera no supusieron un repliegue de todas las personas a esta actividad,

sino que también hubo ciertas formas de resistencia frente a la minería mecanizada, especialmente a partir del proceso organizativo que se aglutina en la figura del consejo comunitario. En la historia de don Camilo, y al tiempo que su imagen se veía comprometida, dado que muchas personas lo calificaban de “vende patrias”, él junto a sus socios tuvieron que convocar a varias reuniones comunitarias con el fin de obtener un aval para realizar la explotación minera. A pesar de esto, los habitantes de la comunidad eran renuentes a asistir a dichas reuniones, y fue así que las personas que cuidaban la maquinaria —los guerrilleros— eran quienes firmaban con nombres ficticios las listas de asistencia a las reuniones comunitarias.

Esta dinámica cambió cuando se empezaron a ver los réditos económicos de la minería mecanizada. Nos comentó don Camilo:

Y en esas [reuniones] los del monte tenían que sentarse ahí, dejar el fusil por allá escondido y sentarse ahí y firmar, y no firmaban el nombre de ellos sino con unos nombres ficticios, y pasábamos ese papel haciendo creer que el pueblo estaba aceptando esto, ¡y mentira! Pero cuando ya hubo producción ya yo no era el villano, ni el vende patrias, porque al principio yo pasaba y me gritaban “vende patria hijueputa”. (Entrevista con Camilo Montaña, Guapí, Cauca, 20 de noviembre de 2017)

Así, ante los pocos intentos de resistencia frente a la entrada de retroexcavadoras, esas enormes máquinas montadas en planchones y jalonadas por varios motores potentes, siguieron los procesos migratorios detrás del brillo del oro.

Durante este ejercicio etnográfico pudimos notar lo que ya han dicho líderes e investigadores: que uno de los efectos más visibles del posicionamiento de las economías minera y cocalera fue el resquebrajamiento o debilitamiento de los consejos comunitarios, figuras de organización política y comunitaria a nivel de cada río. Aunque, como se sabe, su creación es uno de los logros más importantes de las luchas políticas de los pueblos negros del Pacífico colombiano, actualmente, la pregunta en algunos poblados por los consejos comunitarios, sus funciones o miembros genera expresiones de apatía, sarcásticas respuestas, y en ocasiones incluso revelan total desconocimiento de esos entes territoriales que, en pocos pero importantes casos, han podido decidir sobre el destino de miles de hectáreas de tierra titulada colectivamente. Los jóvenes se han apartado casi por completo de las decisiones políticas de sus pueblos, sobre todo cuando la distancia generacional se ahonda con los miembros de las juntas directivas.

Esta actitud la percibimos en los poblados de un río en donde el consejo comunitario se había opuesto tajantemente y por largo tiempo a la operación de maquinaria minera y a la siembra y procesamiento de hoja de coca. Como es usual, algunos de sus miembros habían sido amenazados por tomar esta posición. Pero además había ocurrido algo

poco usual; un grupo de personas muy cercanas a las FARC, los mineros y los cultivos habían conformado un consejo alterno, el cual contaba también con reconocimiento por parte del Ministerio del Interior. Lo complejo del caso era que los miembros del segundo consejo, como pudimos comprobar, estaban actuando como representantes de las comunidades en las primeras etapas del Programa Nacional de Sustitución de Cultivos. El tiempo dirá los costos de este ambivalente actuar del Estado.

Este es un caso entre decenas, pues es un secreto a voces el hecho de que en algunos ríos los consejos han terminado seducidos por el brillo del oro y los réditos, casi siempre personales, de las minas y los cultivos, y hoy son figuras funcionales a los intereses de empresas, retreros y narcotraficantes. “Los líderes han sido las personas que han vendido el territorio”, afirmaba tajante un hombre nariñense en una conversa en Bogotá, y es que de la minería en uno de los ríos cercano a Barbacoas el consejo comunitario recibe hoy el 10 % de la producción; sin embargo, a los ribereños que reciben el mercurio y el agua contaminada solo les llegan los rumores de las jugadas maestras de la corrupción local. Esto, lógicamente, desemboca en desconfianza e incredulidad frente a los procesos organizativos.

Pero sería igualmente miope dejar de mencionar el caso del Consejo Comunitario de la Cuenca del Río Yurumanguí, en Buenaventura, que tras años de organización y resistencia que les costaron muertos y desaires lograron, por los mismos días en que se elaboraba este texto, que el Tribunal Especializado en Restitución de Tierras de Cali dictara una sentencia que “les restituye los derechos territoriales sobre 54.776 hectáreas y, de paso, rechaza las pretensiones de la empresa Pacific Mines S. A. S., que alegaba títulos de propiedad sobre el territorio ancestral” (“Consejo comunitario de Yurumanguí le gana pulso a minera Pacific Mines S. A. S.” 2018). Tales títulos habían sido comprados a la familia Dussán,

que presentó su oposición a la restitución señalando ser “víctima del Estado”: primero porque no fueron notificados del proceso de extinción sobre tierras que heredaron desde el año 1745; y segundo, porque la violencia impidió que Agrominas de Yurumanguí, Naya y Cajamabre S. A. S., la empresa familiar, realizara actividades de minería en la zona. (“Consejo comunitario de Yurumanguí le gana pulso a minera Pacific Mines S. A. S.” 2018)

Son muchos los elementos iluminadores del caso Yurumanguí; sin embargo, una visita a una pareja de jóvenes migrantes yurumangues nos reveló una de las dimensiones más valiosas de este proceso de décadas. Juan y Carolina nos recibieron en su casa, en el barrio Los Lagos, en el distrito de Agua Blanca, en Cali. No pasó mucho tiempo antes de que estuviéramos hablando del río Yurumanguí, de sus fiestas patronales, de

las paradisíacas islas que se forman cuando el río da lugar. Sus ojos se iluminan y el tono de la voz les cambia cuando hablan de su tierra, y todavía más cuando nos cuentan de la lucha, que sienten propia, porque el río permanezca libre de residuos mineros y vertimiento de aguas contaminadas con químicos y agrotóxicos de los laboratorios y cultivos de hoja de coca. La propiedad y exactitud con la que hablan del proceso organizativo no revelan los siete años que llevan fuera de su tierra, y es que “si allá en el pueblo hubiera más oportunidades para estudiar, para trabajar, yo no estaría aquí”, afirma con ambivalencia Carolina, mientras su bebida de apenas seis meses, que ya conoce Yurumanguí, se adormece en sus brazos.

Fracturar generacionalmente los procesos organizativos es uno de los efectos más graves, pero pocas veces destacado, de las “economías ilegales”. De ahí que el fortalecimiento de los consejos comunitarios, y su reconocimiento entre los hoy jóvenes como una herramienta para disputarles al Estado y a los demás actores presentes en los ríos su particular manera de entender el futuro y el desarrollo, sea cual sea esta, es uno de los retos más importantes que se presenta hoy para el pueblo negro del Pacífico sur. De no ser así, en el futuro, los hijos de los hoy apáticos apenas podrán imaginar la oportunidad que “los viejos” se lucharon.

Retomando, como lo ilustra bien la historia de Camilo Montaña, la entrada de la gran maquinaria para la explotación aurífera en los ríos del Pacífico sur modificó rápidamente las formas de producción locales, a la vez que se convirtió en un elemento central para articular dinámicas en las cuales convergían muy diversos actores: grupos armados, foráneos dueños de la maquinaria y campesinos negros, habitantes históricos de la región. Comenzando con la organización de la fuerza de trabajo, la entrada de la gran maquinaria generó un desplazamiento de la articulación de las cuadrillas en torno del parentesco y la cercanía para, de forma más cercana a nociones de mercado, comenzar a captar la fuerza laboral en términos de empleos fijos. No es gratuito que don Camilo Montaña hable de “empresas fijas y pagos fijos, sin importar qué se saque”, apropiando así dinámicas que abandonan nociones como *la parte y el puesto* que, heredadas de la minería artesanal, implican una repartición de las ganancias a partir del lugar ocupado en el desarrollo de la actividad económica. No obstante el abandono de las dinámicas tradicionales, aún existen ciertas reminiscencias de estas en las operaciones de la minería mecanizada. Indagando con Leopo sobre el funcionamiento de las retos en la parte alta de un río cercano a Guapi, él nos comentó que los operarios —normalmente *paisas* que llegan a trabajar en las máquinas y que suelen ser familiares de los dueños— son los que ganan un salario fijo. El resto de las personas que son contratadas en estos entables prefieren ganar por porcentaje, “pues claro, porque si lavan tres veces a la semana, usted sabe que puede ganar mucho más al porcentaje” (entrevista con Leopo, Guapi, Cauca, 2 de diciembre de 2017).

Además de las rápidas transformaciones en la articulación de las cuadrillas de trabajo, la presencia de actores armados fue otro de los cambios que vinieron aparejados con la entrada de formas mecanizadas de explotación aurífera. Como ya se ha señalado en otras partes (Agudelo 2001), el Pacífico colombiano pasó de ser un remanso de paz para convertirse en un nicho de la guerra y del conflicto interno colombiano, impulsado en gran medida por los intereses que movilizaban las economías minera y cocalera. Esta articulación entre economía y violencia, además de expresarse en nociones de pérdida, dolor y ruptura, también ha impulsado procesos de articulación entre los consejos comunitarios, los habitantes de los ríos y los grupos armados. Como lo ilumina la historia de las retros, la “gente del monte” era la encargada de cuidar la maquinaria y a los operadores. Igualmente, la presencia de los armados supuso, en los primeros momentos, la coacción de los habitantes del río. Sin embargo, esto se vio modificado y con la posterior hegemonía de estos grupos, especialmente de las FARC, se comenzaron a dar otros procesos. Como pudimos indagar en varios ríos, cada vez que se establecían este tipo de empresas mineras, la presencia de los grupos armados era inmediata; bien fuera porque la minería y los armados son actores cercanos que arriban de manera simultánea, o porque al presentarse la maquinaria minera los armados se movilizan con el fin de mantener el control sobre el territorio. Cualquiera sea el caso, esta articulación trajo consigo cambios fundamentales que van desde el desplazamiento y el emplazamiento forzado (Bravo 2003; Restrepo 2005), hasta la articulación de los diferentes actores en torno a las actividades de explotación aurífera.

Sobre la presencia de las retros, uno de los habitantes de la parte alta de un río cercano a Guapi nos comentaba que el tema de las máquinas era complicado, porque si bien todas las comunidades son conscientes de los daños ambientales que esa forma de minería genera, la presencia de la maquinaria se traduce en la obtención de mayores recursos económicos, y se presenta entonces un dilema entre la vida y la plata (Pedro J. Velandía, diario de campo, 2 de abril de 2018). Las primeras ganancias se dan a través del establecimiento de lo que los grupos armados llaman *el impuesto*, y del cual ellos también se ven beneficiados. Por lo que nos comentaron varios de los mineros cercanos a los entables con retros, el impuesto a una empresa minera es del 24 %, repartido así: 10 % para el dueño del terreno donde se realiza el trabajo, 12 % para los grupos armados y 2 % para las comunidades asentadas sobre el río en el que se lleva a cabo la explotación. Ahora bien, esta fuerte articulación entre minería mecanizada y grupos armados tiene un corolario y es que el abandono del territorio por parte de alguno de los dos actores se convierte en el desplazamiento de las actividades y hasta en el abandono del espacio por parte del otro actor.

Como lo pudimos observar a finales de 2017, la salida de los diferentes frentes de las FARC como parte de los acuerdos de paz se tradujo en la salida de algunas de las

retroexcavadoras; o, en algunos casos, en la quema de estas máquinas por parte del ejército. En otros casos, se comienzan a generar tensiones con la entrada de nuevos actores armados. Para finales de 2017, cerca de las fiestas patronales de Guapi, muchas personas comenzaron a bajar por el río. Ante el sonido de los diferentes motores, una de las personas del poblado en que estábamos salió a la orilla y gritó: “¿Qué pasó? ¿Los están matando o se van a cambiar el oro y pa’l pueblo a fiestas?”. Más tarde, cuando algunas personas del poblado aparecieron, contaron que el ELN había llegado a las minas y, ante la negativa al pago del impuesto, habían apagado las retroexcavadoras, sacado a los barequeros y decomisado las llaves mientras los dueños pagaban (Pedro J. Velandia, diario de campo, 5 de diciembre de 2017).

Las tensiones no se dan únicamente entre los dueños de las máquinas y los grupos armados sino que, en algunos casos, la llegada de la minería mecanizada también impulsa tensiones entre los habitantes de los ríos. La mayoría de estas tensiones se dan en torno al bareque. Debido a la forma en que operan las retroexcavadoras, muchos de los espacios, los huecos y el material que estas máquinas dejan pueden ser utilizados para barequear y así conseguir algunos gramos de oro. Las ganancias que se obtienen a través del bareque son bastante altas. Como nos comentó un profesor en Iscuandé, una persona con suerte se puede hacer 15 gramos de oro en un día de bareque, lo que equivale a una ganancia de \$ 1.200.000 en un solo día de trabajo (Pedro J. Velandia, diario de campo, 30 de marzo de 2018). Esta dinámica hace que muchas personas prefieran vivir cerca de los lugares donde hay máquinas trabajando, para esperar el día del bareque y conseguir el oro que les permita vivir el resto de la semana, o de la quincena. Esta dependencia del bareque se da especialmente en los jóvenes. Como nos comentaba un habitante del Coteje:

Pues como les estoy explicando, [los jóvenes] van porque en el rato cuando la mina está buena en la retro en una sola palada hace que 10, 20, 30, mejor dicho, una gran cantidad de gramos de oro que se hacen. Entonces todos “¡Ah no!, yo me voy a barequear porque ya allá me voy a hacer 10 gramos de oro...”. Cuando el corte está bueno, puede hacer más. Diez gramos de oro y yo no voy a ir a botar barro. Así que ya uno ojea, tiene que seguir a los que van a barequear porque al que le gusta barequear se va a barequear porque también yo qué me quedo haciendo aquí. Vamos a ver qué pasa, a mí no me ha gustado mucho barequear porque ese trabajo a uno lo empuja y uno cae a veces de cualquier forma allá, y a mí no me gusta que la gente me empuje, entonces todo eso, ese sistema de esa máquina pesada es que hace que en los pueblos vayan olvidando las costumbres que se han venido haciendo antes, entonces ya un pueblo de estos inicia, empieza a desaparecer. (Entrevista con José Balanta, Guapi, Cauca, 28 de enero de 2018)

Este fragmento de entrevista muestra la tensión que se da entre las actividades mineras, la organización del tiempo de trabajo y las nociones del bienestar. Don José, nuestro entrevistado, señala que el principal cambio que se dio con la llegada de las retros fue la forma de desarrollar el bareque. Aunque esta era una de las prácticas tradicionales, la entrada de la maquinaria resquebrajó las lógicas a partir de las cuales se realizaba la labor. Originalmente asignada en clave de género y generación a mujeres y niños, y realizada en las orillas de los ríos para obtener recursos, el bareque se volvió una actividad transversal a las generaciones y a los géneros debido a los altos réditos que allí se consiguen. Este aumento en las ganancias supone un desplazamiento en las nociones de bienestar. Antes el bareque se utilizaba para comprar los elementos básicos. En la actualidad, permite una mayor circulación de efectivo representado en diacríticos que dan estatus: armas, teléfonos celulares, licor en medio de fiestas que pueden durar tres días, etc.

Este nuevo valor asignado al bareque también genera cambios en la organización del tiempo de trabajo. La gente desarrolla una noción de inmediatez y establece las jornadas laborales a partir de esta. Como nos comentaba don José en Coteje, para mucha gente se convierte en algo más lógico ir a barequear en los terrenos de la retro —el día que se da permiso para realizar esta labor—, porque a pesar de que allí hay empujones y envidia, no hay que pasar largas jornadas y quincenas abriendo una mina propia con el fin de buscar el oro de manera artesanal. Según un informe de la Defensoría del Pueblo (2014, 105), en 2014, época de decenas de retroexcavadoras en busca de oro, en promedio un barequero estaba ganando entre uno y tres millones de pesos mensuales.

Se presenta, entonces, una contraposición generacional en algunos lugares del Pacífico sur. Los mayores, que llevan más de veinte años dedicados al trabajo en la mina, en muchos casos tienen que irse a barequear cerca de las retros para así obtener dinero, porque ya casi nadie se mete a hacer su propia mina. Bajo la idea de inmediatez es mucho más deseable obtener dinero de manera rápida moviendo arena en un día que abriendo un hueco durante quince días para, ahí sí, poder comenzar a obtener el preciado metal. La tensión generacional se expresa, entonces, en un deseo de los mayores por mantener las formas de minería artesanal, pero esto se convierte en una tarea imposible porque gran parte de la fuerza de trabajo se desplaza a los espacios de las retros. Sin embargo, las tensiones pueden diluirse en algunos momentos como parte del calendario cultural y la fiesta. Como lo pudimos observar en la parte alta del río Guapi, durante diciembre de 2017 varias personas prefirieron poner algo de dinero para desplazarse hasta el lugar donde se encontraban las retros, aunque se rumoraba que allá había gente hasta estorbando, con el fin de barequear un par de días y así obtener dinero para costear las fiestas decembrinas. La migración fue generalizada: algunas mujeres junto a sus maridos, jóvenes solteros, mujeres jóvenes sin hijos, etc.

Además de las tensiones generacionales que se dan en torno al bareque como práctica, el espacio en el cual se realiza la actividad también se convierte en una zona de disputas y violencia pues los retreros,

[...] cuando les da gana, dan dos o tres horas a la gente para que trabaje, y cuando les da la gana levantan a la gente a plomo, y la gente tiene que salir o si no la tapan con la misma retro. (Entrevista con Juan Angulo, Bogotá, 4 de mayo de 2018)

A pesar de que normalmente las relaciones se mantienen armónicas entre los barequeros, en algunos casos la entrada de personas a realizar este trabajo genera tensiones con el dueño del terreno donde están trabajando las máquinas. Como nos enteramos durante la última noche en la parte alta del río Guapi, allí se presentó este problema. Al calor de una botella de viche, varios de los hombres que estaban presentes recordaron al dueño de un terreno cercano. Ante las risas de alguno y la molestia de otros, comenzaron a comentar que dicho personaje fue de los primeros que les arrendó el terreno a los paisas de las retros y que, cuando la gente del río subía a barequear, les tocaba hacerlo a escondidas porque si no los sacaba del hueco. Ante la inquietud de otro de los asistentes, varios le señalaron de quién se trataba. Al recordarlo comentó:

Ah sí, yo me acuerdo. Eso la retro se hizo más o menos allá. Y yo me acuerdo que esa vez, cuando dijeron que había hueco pa barequiar, todos pegamos pa acá. Y entonces, estábamos todos ahí abajo en el hueco y el dueño del terreno se paró acá en la loma, y arrancó a gritar: “No, se salen, se salen. Yo a esos maldecidos barequeros no los quiero. Se me salen, se me salen, que ustedes no tienen derecho a sacar oro de mi terreno”. Y pues ese día todos nos salimos. Y cuando ya íbamos todos a coger para la casa, un señor cogió y le dijo: “Mirá, vos, vos que estás ahí, vos te vas a acordar un día de esto que estás haciendo, porque la poquita plata que coges acá se va a ir un día, y el día que te veas mal y necesites ayuda de la gente del río, ese día te acordarás”. Y pues, compa, otro día yo me acuerdo que el man andaba varado porque se le dañó algo del motor y nadie le ayudó, nadie, pero tampoco le decían por qué no le ayudaban. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 de diciembre de 2017)

Así, la llegada de la gran maquinaria a los ríos del Pacífico sur operó un cambio rápido expresado en un par de generaciones, en torno a las formas y la organización del tiempo de trabajo. Esto se encuentra atado a nociones sobre el buen vivir y la inmediatez del trabajo que son centrales para entender por qué, en los ríos con alta presencia de retros, los mineros prefieren ahora barequear a armar su propia mina. Aunque, en casos muy limitados, algunos de los habitantes de la región pasaron a adquirir el estatus

de “operarios de las retros”, la gran mayoría de la población se articuló a esta economía por medio del barequeo, lo cual cambió radicalmente las formas de organización del tiempo de trabajo.

De la noción tradicional de poliactividad, en la cual la minería complementaba el resto de labores, el barequeo emergió como una actividad de inmediatez para obtener altas ganancias. Igualmente, las lógicas del trabajo asignado por género se resquebrajaron, ya que el barequeo pasó de ser un trabajo realizado por las mujeres a convertirse en una actividad de dominio masculino. Como lo pudimos observar a lo largo de los ríos, tanto hombres como mujeres dedican sus días al barequeo, con la diferencia de que ellas deben sumar esta actividad a las labores domésticas feminizadas (cocinar, lavar, cuidar a los hijos, etc.). Sin embargo, en algunos casos, en los lugares donde la minería actúa como actividad económica nodo, existe una dependencia de las mujeres frente a los hombres pues son ellos quienes tienen mayor tiempo para derivar ganancias económicas del trabajo que realizan. Aunque por momentos esta dependencia se zanja, cuando las mujeres se articulan a la actividad minera, en raras ocasiones en la bucería y más comúnmente como sacadoras de piedra en los elevadores o cocineras en los distintos tipos de entables.

De igual forma, el tejido social y las prácticas cotidianas se han visto modificadas a raíz de la mayor circulación de dinero que moviliza la economía minera impulsada con gran maquinaria y por las actividades satélite que se dan alrededor. La primera de estas tiene que ver con el ingreso de la maquinaria y los sobornos que ocurren al desplazar este tipo de artefactos. En una entrevista con un habitante de Guapi, quien vivió de cerca la entrada de varias retros, él nos contó que una máquina podía llegar a tener un valor total de ochenta millones de pesos:

Los que saltaban como el saltamontes, sacamos aquí y el corte nos fue bien, aquí nos fue mal, brinquemos acá, que acá lo podemos conseguir. Y de ahí pues ya se han venido trasladando acá al municipio de Guapi, pero el impacto de la guerrilla ahí yo digo que fue fuerte [...] Ellos ejercen presión ante la fuerza, ante los organismos del Estado en estos pueblos, porque acá orden... el Gobierno, el ejército, acá no, no ejerce control o es muy mínimo, es muy mínimo el control que ejerce el ejército o la policía. Y teniendo en cuenta con los organismos corruptos porque se decía que en Buenaventura costaba veinte millones de pesos la dejada, dejar pasar una retroexcavadora. A los militares había que darles veinte millones, veinte millones se ganaba el secretario de Gobierno de Buenaventura para firmar el permiso, el permiso para poder embarcar la retro y poderla traer. O sea, que traer una retro acá estaba costando entre setenta y ochenta millones de pesos, con lo que ya costaba el planchón para el transporte y todo. (Entrevista con don Rafael Mancilla, Guapi, Cauca, 2 de febrero de 2018)

No obstante esta narrativa presentada por don Rafael, como hemos caracterizado a lo largo de estas líneas, las retroexcavadoras se han ido esparciendo a lo largo de los ríos, pero para la mayoría de las personas que tienen una referencia de los procesos históricos el primer lugar que experimentó una bonanza del oro fue Timbiquí (Taussig 2013). Como nos comentó uno de nuestros interlocutores en campo, en este río hubo momentos en que llegaron a existir 17 entables mineros y cada uno tenía entre dos y cuatro retros. En esos momentos se podía llegar a contar un total de 56 retroexcavadoras trabajando en todo el río (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, noviembre de 2017). Además de la referencia que existe sobre Timbiquí como río del oro, en el caso de otras localidades, la articulación entre los habitantes del lugar y los dueños de las retros pasan por la figura, y el posterior recuerdo, del *buen patrón*. En uno de los lugares en los cuales realizamos trabajo de campo intensivo pudimos indagar por la entrada de las retroexcavadoras. Uno de los tenderos del poblado afirmó:

Claro, esas máquinas llegaron ya van a ser unos cuatro o cinco años. Son de unos *paisas* de una sociedad... son como cuatro o cinco los dueños. Pero ellos no llegaron solos. Acá llegaron varias retros. Primero eso se hicieron varios ahí abajo, donde nosotros llamamos El Piedrero, que es un arrimadero de unas cuatro o cinco casas. Ahí se hizo la retro de una señora blanquita, así de su color. A ella le fue bien. Sacó buen oro. Una máquina se le quedó allá ahogada y luego por un problema con la guerrilla, pues a ella la mataron. Ya después llegaron los paisas, que han estado es moviéndose. Ellos arrancaron desde más arriba del piedrero y han ido subiendo el río, y ya están pu allá arriba, como en la cabecera. Eso acá en el pueblo pararon como unos cinco meses, y sacaron oro y todo, pero luego se fueron para otro lado. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 2 de septiembre de 2017)

Al continuar indagando por la presencia de esos paisas que llegaron en planchones con sus grandes máquinas subiendo en el río, muchas personas recuerdan esta época como una de las de mayor bonanza económica en el poblado. Ante nuestras preguntas, la mayoría de las personas nos decían:

¿Ustedes no han visto a los paisas de las retros? Pero si son lo más de amables. Ellos se la pasan moviéndose por el río en los planchones. Por acá pasan mucho. Y vea, si usted está mal que necesita plata porque anda enfermo o que algún familiar se le enfermó, esos señores a usted le prestan la plata.

Estos recuerdos eran compartidos en uno de los hogares donde nos hospedamos. Hablando con Mayú, la señora de la casa, ella nos dijo:

Ay, no. Esos paisas de las retos son lo más de amables. *Buenos patrones* es que son. Yo me acuerdo que ellos se quedaron ahí en la casa en que ustedes están viviendo. Solo pararon ahí como unos quince días. Y al principio me pidieron que les lavara la ropa, y pues como yo hago eso para la gente de toda la casa dije: “a ver, pues lavémosle a esos señores”. Como a los quince días que se iban a ir, uno sacó \$ 600.000 y me pagó por lo de la lavada. Y no fue tanta ropa, porque esos señores casi no ensuciaban. *Buenos patrones* es que son. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 12 de agosto de 2017)

Sin embargo, las relaciones patrón-empleado no se dan únicamente a nivel individual, sino que, en muchos casos, los dueños de las retroexcavadoras y otras máquinas se esfuerzan por tener relaciones armónicas con la comunidad en cuanto conglomerado. Como pudimos indagar en varios poblados, cuando hay ciertas necesidades comunitarias, la mayoría de las veces los propietarios de las retroexcavadoras se reúnen para ayudar económicamente en la solución de los problemas. Un ejemplo es el de las plantas de energía. Aunque se han planteado varios proyectos para la generación hidroeléctrica de energía en el Pacífico sur desde 1996 —primero con la hidroeléctrica Arrieros del Micay, en el Tambo, y luego con Brazo seco, en Guapi—, las zonas rurales y urbanas continúan siendo, veinte años más tarde, provistas de energía por viejas plantas alimentadas de combustible que llega hasta los corregimientos y veredas cada mes. Como vimos, esta circulación sirve para encubrir la entrada de una cantidad aún desconocida de combustible destinado a actividades ilegales⁴⁵.

Las zonas rurales y urbanas continúan, veinte años más tarde, provistas de energía por plantas viejas alimentadas por combustible que llega hasta los corregimientos y veredas cada mes, circulación que, como vimos, sirve para encubrir la entrada de una cantidad aún desconocida de combustible destinado a actividades ilegales. En los cascos urbanos los apagones son el pan de cada día; y en las veredas y corregimientos ribereños no es raro que pasen meses antes de que algún técnico de la empresa prestadora del servicio aparezca⁴⁶. Primero lo hacen los dueños de los entables, quienes, en un acto de condescendencia, costean la reparación. En un caso específico, una de esas sociedades

⁴⁵ Estos proyectos siguen aún estancados. En 2004 se anunció la construcción de Brazo Seco, pero esto todavía no ha ocurrido. Como solución, el Gobierno determinó retomar la interconexión para cubrir cinco municipios de Nariño y tres del Pacífico caucano. La hidroeléctrica de Arrieros del Micay, decían, estaría lista desde 2016 y pudo haberse puesto a funcionar desde ese momento en los cascos urbanos, pero todavía no se asigna un operador.

⁴⁶ Esto ha hecho que una de las prioridades a la llegada del dinero proveniente de la minería mecanizada y los cultivos de coca sea comprar plantas pequeñas de energía para cada vivienda.

se comprometió a reunir casi cuatro millones de pesos para costear el arreglo de una planta eléctrica (Pedro J. Velandia, diario de campo, 28 de septiembre de 2017).

A los dueños de los entables se los ve organizando fiestas, en las que reparten generosamente trago y comida, costeando el combustible para el desplazamiento de personas entre poblados cuando ocurre algún fallecimiento, aportando gruesas sumas de dinero para la organización de las fiestas patronales y pagando jornaleros para el arreglo de espacios de uso colectivo, como el cementerio o el parque del pueblo. Muchos de estos eran actividades y rubros gestionados en el pasado mediante el despliegue de relaciones basadas en la cooperación para el beneficio común, como las *mingas* y el recaudo de dinero para las celebraciones religiosas. Así, los retreros, de manera similar a los cocaleros, afincan relaciones simbólicas en los vacíos históricos del Estado, así como en los quiebres de formas colectivas de trabajo y cooperación.

A pesar de la existencia de la noción del *buen patrón*, varios habitantes de los ríos son conscientes de que los dueños de las retros son los actores económicos que se ven más beneficiados con el sostenimiento de las buenas relaciones. Como nos comentaba alguna vez uno de los habitantes de los ríos que nunca se ha dedicado a la mina:

Pues claro, amigos, eso es obvio. Ellos son buena gente con nosotros, nos tratan bien, porque si no tienen nuestro permiso, el aval de la comunidad, pues ellos no pueden trabajar y no consiguen plata. Ellos quieren ganarnos, pero para poder hacer su trabajo. Sacar la plata de aquí. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 16 de agosto de 2017)

Entonces, es posible concluir que la llegada de la gran maquinaria —principalmente las retroexcavadoras— para el desarrollo de las actividades auríferas ha transformado las lógicas tradicionales, a la vez que ha traído consigo cambios en la articulación de las cuadrillas, de la organización del tiempo de trabajo y del tejido social del Pacífico sur. Resumiendo, podríamos afirmar que el principal cambio ha tenido que ver con la reorganización del barequeo, ya que este pasó de ser una labor femenina para comenzar a ser una actividad de dominio masculino. Igualmente, la llegada de la gran maquinaria y su operación a partir de lógicas y dinámicas ancladas en nociones de mercado aparejan consigo cambios en las ideas del bienestar y del tiempo de trabajo en las cuales prima la inmediatez. Por último, y aquí puede radicar una diferencia entre los cambios introducidos por las retroexcavadoras y aquellos que se desprenden de la entrada de otras máquinas, la mayoría de las retros son de propietarios foráneos que, dentro de las lógicas del enclave y las economías extractivas, se quedan con una gran cantidad de riqueza; mientras que, por su parte, y como veremos en el siguiente apartado, la pequeña y mediana maquinaria es, en varios casos, propiedad de los habitantes

de la región, lo que hace que los cambios se expresen con frecuencia en la convivencia entre las prácticas tradicionales y las nociones más ancladas al mercado.

Maquinaria para trabajar: monitores, dragas, elevadores y motosierras

A pesar de que la entrada de gran maquinaria para la explotación minera se presenta como uno de los agentes que impulsó los cambios más significativos en las lógicas económicas y en las formas de vida de los habitantes del Pacífico sur, otro tipo de máquinas también han jugado un papel importante en las transformaciones históricas de la región. A pesar de que varios de nuestros interlocutores nos señalaron la existencia de diferentes intentos por usar este tipo de máquinas a lo largo del siglo xx, consideramos que el giro clave se da cuando la posesión sobre los medios de producción, para hablar en lenguaje marxista, comienza a recaer sobre los habitantes de los ríos. En este apartado caracterizaremos la forma en que muchos de nuestros interlocutores en campo pudieron hacerse a un monitor, una draga y otros elementos que, de diversas maneras, modificaron las formas en que se realizan algunas de las actividades económicas del nodo más importante.

En la gran mayoría de las partes medias de los ríos del Pacífico sur existe una estrecha relación entre la minería y los cultivos de coca. Esta relación opera, a grandes rasgos, en formas de retroalimentación y migración entre las dos actividades. Parte de las ganancias que se obtienen en la economía cocalera se utilizan para alimentar las actividades mineras y viceversa. Igualmente, dependiendo de la demanda que tenga la pasta base de coca, o de la situación climática, se dan desplazamientos entre las diferentes actividades. Como ya señalamos al inicio de este apartado, el desplazamiento entre actividades por razones climáticas es un elemento de la organización de la fuerza de trabajo que existe desde tiempo atrás, pero con la articulación entre la coca y el oro las demandas del mercado se han erigido como un elemento central en la organización de los tiempos de trabajo. Como pudimos ver durante el desarrollo de nuestro trabajo de campo, la movilización de la fuerza de trabajo hacia una u otra actividad se organiza en torno a dichas demandas.

Durante la segunda mitad de 2017 buena parte de las familias de un poblado mediano en el departamento del Cauca dedicaban sus días al trabajo en minas propias y ajenas, operadas tanto con elevadores como con dragas, mientras esperaban la cosecha de hoja de coca que les daría el dinero para la época decembrina. Para entonces, se cotizaba la pasta base a \$ 1.400.000, y las minas, en general, daban sus frutos. Hacia el mes de noviembre, las lluvias constantes que inundan los huecos y enturbian el agua en la que se hunden los buzos y las repetidas, aunque ya normales, fallas en los motores

desmotivaron a algunos mineros y los empujaron con mayor fuerza a los cultivos, aunque el precio del kilo de mercancía no aumentaba. Para abril de 2018, a nuestro regreso, el río nos recibía inusualmente limpio. La mayoría de las personas habían apagado los motores y se habían *tirado* a los cultivos por dos razones, principalmente: los rumores de la proximidad de la erradicación y la incertidumbre generalizada que estos generaban; y el aumento del precio, a \$ 2.000.000, como en las mejores épocas. “Aquí todo el mundo anda en su coca, porque no sabemos qué vaya a pasar. Yo voy a esperar a cosechar en junio y me voy”, comentaba un campesino del Putumayo radicado en el Cauca hacía ya varios años.

La gran mayoría de lo que podríamos llamar la mediana maquinaria (dragas, elevadores, monitores, etc.) para el desarrollo del trabajo minero es la materialización de dos coyunturas particulares: la bonanza cocalera y la chatarrización de motores de buses viejos de las principales ciudades de Colombia. En cuanto a la bonanza de la coca, algunas de las personas con quienes conversamos en el curso medio de los ríos nos comentaron que unos años atrás, cuando la pasta base de coca se llegó a cotizar a 2 millones de pesos el kilo, muchas personas utilizaron las ganancias de esa bonanza económica para comprar elevadores de contado. Estas máquinas, que pueden llegar a costar alrededor de 10 millones de pesos, se conseguían a la mitad de precio en ciudades como Cali. Los motores de los buses chatarrizados se habían convertido en el corazón de muchos de los elevadores que se utilizan en el Pacífico sur para realizar la actividad minera. En uno de los poblados donde pasamos buena parte de nuestro trabajo de campo, en la actualidad hay 20 elevadores que son la materialización de la bonanza cocalera y una parte central de la retroalimentación entre estas dos actividades.

En alguna ocasión en la que comentábamos de manera informal la forma en que se dio el proceso de llegada de la maquinaria, Jeison, un hombre cercano a los 30 años, se acomodó de manera erguida luego de estar recostado en su hamaca. Nos señaló que su infancia había sido difícil, ya que él debía salir del colegio sin siquiera probar bocado para poder ir a la mina para trabajar con su mamá. Cuando Jeison cumplió 11 años, aproximadamente, se dio la entrada de los cultivos que dio trabajo a los jóvenes como raspachines. Al principio esto supuso tensiones porque él, junto a su gallada, faltaban a clases para poder hacer el dinero que no habían visto nunca antes en su hogar. Jeison, siendo todavía un niño, y a falta de una figura paterna o masculina mayor, se convertía en jefe de hogar al aportar económicamente para el sostenimiento de la familia. Acabó el colegio, y paso más de una década yendo y viniendo entre la raspa y el salón de clase, y cuando tuvo suficiente capital, emprendió su propio cultivo en el monte familiar. Como todos los cultivadores, tuvo que esperar a la tercera cosecha para empezar a ver las ganancias, pero después de ahí comenzó a reunir algún dinero, con el que hace un par de años compró un elevador. Jeison es actualmente jefe de su propia mina, aunque

otra noche, escuchando a algunos raspachines comentar sobre su jornada laboral, confesó tener algo de nostalgia de sus épocas como raspachín, de menos responsabilidad, más libertad, pero menos dinero.

En lo que se refiere a la movilización de la fuerza de trabajo, consideramos que de manera opuesta a la forma en que operan las retroexcavadoras, el trabajo con maquinaria como los elevadores sigue articulando las cuadrillas de trabajo a partir de las dinámicas de parentesco y cercanía. Aunque la propiedad sobre el elevador recaer en una sola persona, y en algunos casos en la pareja de marido y mujer, estas personas construyen *sociedades* con sus compadres y familiares, especialmente para conseguir el combustible que mueve la máquina, y así poder realizar la actividad minera. Esto supone, a su vez, la movilización de la lógica de los *puestos*, según la cual cada uno de los elementos-personas involucrados en la actividad ganan un porcentaje de la producción total. Como nos comentaba Leopo:

Las máquinas colocan el combustible. Entonces, sale la producción. Si son diez trabajadores, los trabajadores pagan la comida y nosotros, como dueños de nuestras máquinas, pagamos el combustible. Entonces, la máquina sale con el combustible y los trabajadores con la comida. Si nos hacemos veinte millones de pesos, vamos a sacar todos los gastos primero, si se fueron diez millones en gastos, quedan diez millones libres. Esos diez millones los vamos a repartir. Entonces, la máquina gana la mitad y los trabajadores ganan la otra mitad. Cinco para los trabajadores y cinco para la máquina. (Entrevista con Leopo, Guapi, Cauca, 2 de diciembre de 2017)

A pesar de que el trabajo con los elevadores sigue descansando en la movilización de la lógica de los puestos, es decir, de las relaciones económicas tradicionales, la entrada de la mediana maquinaria ha traído consigo diversas tensiones intergeneracionales. La primera tiene que ver con el uso de los denominados *terrenos de herencia* en la actividad minera. Debido a que el trabajo con elevadores se debe hacer en el monte, y en algunas partes estos terrenos están escaseando, muchos jóvenes intentan trabajar en propiedades de las personas mayores de su familia. Ante la negativa de algunas de estas, se generan discusiones que muestran diferencias en las nociones de bienestar, relacionadas con la posibilidad de seguir teniendo terrenos para realizar la agricultura de autoconsumo.

Esta discusión la vimos entre un joven de aproximadamente veinte años y su abuela. Ante la petición, la mujer le respondió a su nieto: “Mientras yo viva en esta tierra no entra máquina, no. Cuando yo me muera usted hace lo que quiera, pero no van a covar el monte mío” (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, agosto de 2017). En un tono similar, una mujer mayor en Guapi, que se pasó gran parte de su vida en la zona rural, afirmó ante nuestro interés sobre los cambios en la minería:

Y es que esos muchachos creen que ellos van a comer oro o qué. Eso es lo malo, los renacientes perdieron todas las enseñanzas de los mayores. Antes usted distribuía el tiempo entre su colino, porque tenía que tener lo de comer, y luego ahí sí iba a la mina para poder conseguir plata, para lo que se necesitara. Pero ahora todo es plata, todo es oro. Esos muchachos solo van detrás de la coca y el oro. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 28 de agosto de 2017)

Estas dos respuestas resumen muy bien una de las tensiones que llegaron con la minería mecanizada y con la obtención de maquinaria por parte de los habitantes de los ríos. La propiedad sobre los cultivos y los excedentes obtenidos a partir de la venta de la pasta base les permitieron comenzar a comprar maquinaria para minería. Entonces, el paso de la economía de subsistencia basada en la agricultura a grandes bonanzas económicas desprendidas de la hoja de coca y de la minería mecanizada modificaron la forma en que se organizaba el calendario de trabajo y las relaciones que los campesinos negros tenían con sus terrenos.

Aunque los “afrodescendientes”, lejos de ser la figura por antonomasia del llamado “nativo ecológico”, mediante las relaciones con el territorio expresadas en nociones como *dejar descansar la tierra* y la idea compartida del oro como metal vivo, hacían que la actividad minera se realizara en momentos específicos y con fines económicos determinados. Con la llegada de las máquinas, esto cambió. Los jóvenes, hijos de las personas que experimentaron en primera persona la bonanza, abandonaron las nociones de bienestar como autosustento y breves articulaciones al mercado, para entender este como la obtención de mayores recursos económicos que puedan movilizar economías del derroche y del acceso a marcadores de diferenciación: consumo desmedido de alcohol, fiestas que se pueden extender por semanas, zapatillas de marca, armas, equipos de sonido movidos por plantas eléctricas que apenas dan abasto se convierten en la noción del bienestar y la buena vida. Todos se van detrás del brillo del oro.

A estas nociones de los jóvenes se contraponen la postura de los mayores que, si bien en muchos casos están de acuerdo con las labores mineras y con algunos de los nuevos elementos del buen vivir, consideran que esta suerte de depredación de los terrenos y el afán por conseguir ganancias han impulsado cambios hacia mal. Los jóvenes no respetan los días de fiesta, varios trabajan el domingo, otros más prefieren ir a trabajar en cuadrillas de desconocidos en vez de mantenerse dentro de las lógicas de parentesco y cercanía, muchos otros migran hacia las ciudades para volver solo en caso de peligro, como veremos en el siguiente capítulo.

Este tipo de tensiones en torno al uso del monte para el trabajo y de las formas de organizar cuadrillas de trabajo también se expresan en la actividad silvícola. Aunque muchas de las personas que viven en la parte rural y en los pequeños poblados en las

partes medias y altas de los ríos siguen teniendo la extracción forestal como una de sus principales actividades económicas, algunos de los mayores que vivieron en estas partes, pero que como parte de largos procesos sociales se trasladaron a las cabeceras municipales, nos comentaron las problemáticas de las motosierras. En primer lugar, y especialmente en los lugares donde esta actividad se realiza en *montes de herencia*, fue normal escuchar historias de personas que superan los setenta años y que nos dijeron: “Desde que llegaron los paisas con esas motosierras nosotros nos quedamos sin los bosques. Ellos entran y cortan rápido, sin que uno se dé cuenta, y cuando va a darse cuenta ya no hay nada” (entrevista con Isaías Estupiñán, Iscuandé, Nariño, 31 de marzo de 2018). En ese sentido, el monte heredado por medio de la familia, pero que quedó abandonado ante el desplazamiento de muchos viejos, fue totalmente deforestado en cuestión de años.

Sumado a este problema en torno a la propiedad de la tierra, el ingreso de las motosierras en las zonas con vocación forestal ha supuesto cambios en el tejido social y en la relación persona-maquinaria. Como señalamos en el anterior capítulo, además de la forma de endeude que implica para muchos tuqueros trabajar por la máquina, una vez que tienen la motosierra las lógicas de articulación de las cuadrillas se modifican. La posesión de una motosierra hace que la organización del trabajo fundado en las relaciones familiares se desintegre, ya que permite desarrollar la actividad de manera individual y, en muchos casos, recurriendo al pago de jornales a paleteros. Asimismo, las motosierras generan tensiones en torno a los lugares y el tipo de madera que se corta, ya que, como lo vimos durante nuestro ejercicio etnográfico, el sonido generado por las máquinas hace que algunos cazadores se quejen de que los animales se vayan.

Retomando el tema de la minería, como vimos, además de los elevadores, las dragas y minidragas son otras de las máquinas usadas en la región para la explotación de oro; en este caso, el presente en el subsuelo acuático. De manera diferente a los elevadores, especialmente por el costo de las máquinas en los casos que conocimos, las dragas y minidragas existen en menor cantidad y en raras ocasiones los dueños son las personas de las zonas rurales del Pacífico sur. En otros casos, la minería con dragas ha impulsado procesos de migración regional. En uno de los poblados en la zona media de un río cercano a Guapi pudimos notar que la gran mayoría de las dragas eran de propiedad de timbiquireños que, luego de la bonanza minera en su río, adquirieron la maquinaria y se desplazaron a este lugar. Timbiquí se establece, en general, como una referencia de la explotación minera.

Además de los relatos sobre la compañía francesa y los mineros rusos que gastaban el dinero en alcohol y comían sin sal (Taussig 2013)⁴⁷, Timbiquí ocupa un espacio en

⁴⁷ Es curioso cómo las generaciones actuales de mineros tienen referentes como este de la presencia de los rusos, como lo narra Noé, un buzo timbiquireño que en 2017 trabajaba en el río Guajú.

el imaginario colectivo como el lugar donde mayor cantidad de oro se extrajo. En uno de nuestros recorridos por la zona alta de un río, y mientras nos pasó una canoa con un motor 75, uno de los tuqueros nos contó que el dueño de esa canoa —quien había saludado amablemente— y él se habían conocido en Timbiquí, donde el hombre tenía una draga. Allí consiguió suficiente oro para comprar una mansión en Cali. Según el relato, la casa le había costado más de 500 millones de pesos. Luego afirmó:

Compa, eso cuando uno buceaba en Timbiquí veía las piedras de oro en el plan. Ahí, clarita. Y eso se volvió un problema porque muchos buzos metían chuspas de arroz en las mangas del traje y ahí sacaban el oro escondido. Hubo un punto en que a uno lo requisaban al final del turno. En pelota, los dueños de la draga lo requisaban para que uno no se sacara el producido. Mucha gente del Timbiquí compró máquinas, casas en la ciudad, montó negocios, de todo. El oro se veía, la plata se movía. Pero ahorita, como ya se están acabando los espacios, a muchos timbiquireños les tocó irse para otros lados, a otros ríos. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 de septiembre de 2017)

Esta migración de los timbiquireños, y en general de los pobladores de los ríos que experimentan bonanzas y que luego movilizan maquinaria a otros espacios, conlleva cambios en la configuración del tejido social. En el caso del curso medio del río donde realizamos trabajo de campo, pudimos ver cómo varios timbiquireños se establecían, comenzaban a sostener relaciones de compadrazgo y, en muchos otros casos, se asentaban familias en los poblados. Aunque la creación de núcleos familiares entre personas de diferentes ríos ha sido resaltada en diversos informes etnográficos desde el siglo xx (Gutiérrez de Pineda 1975; Pavy 1967), lo interesante es que se generan procesos migratorios internos y establecimientos de núcleos familiares que se diferencian dentro de pequeños poblados, elementos que aceleran tensiones entre los habitantes de la región.

Otro elemento central de la migración entre ríos y la explotación minera tiene que ver con las propiedades sobre las dragas y la migración de las ganancias. En el caso que estudiamos en campo pudimos ver cómo, al ser las dragas en su mayoría propiedad de timbiquireños, los únicos pobladores locales que obtenían ganancias considerables eran los dueños de los terrenos en los cuales trabajaban las máquinas. Los demás pobladores locales, aunque en casos muy reducidos, no se benefician de las ganancias producidas por las dragas ya que, al ser tan reducidos los grupos de trabajo y al estar previamente constituidos, se hace casi imposible entrar a formar parte de la dinámica de los puestos que mueven dichas máquinas. Esta propiedad sobre las dragas no es igual para toda la región. En el caso de un poblado en la parte alta del río Guapi, ninguno de los mineros que trabaja con elevadores es dueño de la maquinaria. Indagando sobre esto, uno de

los mineros, a quien todos llaman Enano, nos comentó que los elevadores con los que él trabaja son propiedad de una sociedad de Buenaventura.

Son buenos patrones. Permiten que yo arme la cuadrilla con familiares, conocidos y amigos. Nos pagan puntual cada vez que venden el oro y respetan que nosotros trabajamos es por quincenas... Y como se dan cuenta, pues a veces nos dejan las máquinas acá los fines de semana que no hay trabajo, porque ellos saben que somos buenos trabajadores. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 2 de septiembre de 2017)

Entonces, las lógicas de articulación de las cuadrillas mineras, parte central de las racionalidades económicas, tienen cierto carácter regional que se aplica tanto en espacios rurales como urbanos. La noción del buen patrón y la movilización de la fuerza laboral a partir de la noción de los puestos también operan en las sociedades que se trasladan desde espacios urbanos como Buenaventura, para trabajar en las zonas rurales de la región. Este elemento central de las dinámicas económicas permite que varios de los mineros del lugar puedan trabajar con agentes externos a sus localidades y, desde el principio, tener claro cómo se van a repartir las ganancias de la extracción aurífera.

Continuando con el ejemplo del poblado en la parte alta del río Guapi, este también ilumina algunas de las dinámicas de la articulación de las cuadrillas de trabajo en torno a las dragas y a los elevadores. Durante nuestra estadía notamos un elemento particular y es que dicho lugar se piensa como un espacio minero, tanto que muchas veces nos dijeron: “ustedes acá están sentados encima del oro es que es”, pero en realidad durante buena parte del 2017 la extracción aurífera no fue intensiva. Los elevadores trabajaban en Yantín, hasta donde se desplazaban algunos de los hombres del poblado; mientras que las dragas trabajaban en Anapanchí, un río que aparentemente no cuenta con asentamientos. Los dueños de las dragas que operan en este lugar son familiares de algunas de las personas con quienes pudimos compartir durante el campo. Al indagar en torno a la propiedad sobre las máquinas, Leopo nos contó que sus tíos, como parte de las ganancias obtenidas en las actividades mineras en el Patía y en Timbiquí, se reunieron e hicieron una *socia* con la cual compraron la primera draga de contado. Luego de tres años de trabajo aproximadamente, compraron la segunda draga. La primera se dañó y no han tenido plata para arreglarla. La tercera draga con la que trabaja esta cuadrilla es propiedad de un compadre del tío de Leopo. Así, podemos ver que de nuevo, recurriendo a las dinámicas tradicionales, la cuadrilla de trabajo se articula a partir de relaciones de parentesco y cercanía.

Además de las dragas y los elevadores, en el Pacífico sur, durante las últimas décadas, se han popularizado los monitores, máquinas que permiten otras formas de realizar la actividad minera y de articular las cuadrillas de trabajo. El monitor, que es una suerte

de motobomba que le permite al minero sacar agua del río para ir llenando el canalón, emergió como la forma más elemental de minería mecanizada, y en algunos casos su uso se extendió y precedió las otras formas mecanizadas. Al hablar con varias de las personas que viven en el Pacífico caucano, nos comentaron que los monitores los compran en Guapi, donde el Pastuso, un mecánico que tiene un taller cerca de la galería. La mayoría pagan las máquinas de contado, para lo cual utilizan las ganancias que quedan de bonanzas de la coca; en algunos casos específicos, utilizan los réditos que obtienen cuando la gran maquinaria opera en sus terrenos; y en otros casos son compradas con las ganancias obtenidas con labores realizadas en otras ciudades, como Cali. Hablando con Cubo, una de las personas que tiene y trabaja con monitores, él nos comentó:

Yo conseguí esa máquina en el puerto [Buenaventura], durante una época que trabajé allá. Me la traje para acá a probar suerte y han caído sus granitos de oro, pero es complicado por el combustible. En un día de trabajo la máquina consume cuatro galones de gasolina [\$ 56.000], y a veces uno no encuentra ni la pinta. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 25 de septiembre de 2017)

Al preguntarle a Cubo por la forma en que arma la cuadrilla de trabajo, nos dijo que normalmente habla con sus primos y que, cuando ya son tres o cuatro, se van a trabajar. Las ganancias se reparten a través de la dinámica de los puestos.

La propiedad y el uso de los monitores se encuentran estrechamente relacionados con la utilización de terrenos propios y terrenos de herencia en el desarrollo de la minería. A pesar de ser una forma mecanizada de minería, el monitor no genera los daños de un elevador o una draga y, por la propiedad sobre la máquina y las ganancias que esta deja, se prefiere trabajar en terrenos propios. Como nos explicaba la dueña de uno de los monitores:

Es que el monitor consume mucho más de lo que saca, a menos que usted tenga suerte. Eso es de probar. El oro es suerte. Entonces, ¿cómo va a ir a repartir lo poco que sale con dueños de terrenos y eso? No, eso no se puede, no. Usted por mucho consigue alguien para la socia, para cubrir gastos y ya, pero pagar por usar terrenos, eso no da, no. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 3 de diciembre de 2017)

Esta forma de explotación minera en terrenos propios desarrollada con monitores se complementa con el uso de los terrenos a partir de *pachas*. Este tipo de dinámicas se da cuando alguno de los dueños del poblado *catea* su terreno y encuentra una buena pinta de oro. Luego, cuando algún foráneo que posee un elevador o una draga está buscando lugares para trabajar, son los pobladores los que le proponen trabajar a *pacha*

para así poder ganar dos puestos: el del terreno y el de ellos como mineros. Al intentar buscar una explicación a este tipo de alquiler de los terrenos, don Julio nos comentó:

Sí, yo hace unos cuatro o cinco años dejé que elevadores entraran en mis terrenos. Los que tengo por allá arriba donde mi hijo pone las mallas. Entonces, vino un señor que es dueño de un elevador y trabajamos ahí. ¿Que cómo ganaba yo? Ah, pues yo ganaba dos puestos. Uno del terreno, porque la verdad yo le dije al señor que trabajáramos a *pacha*: él pone la máquina y yo el terreno, y así cada uno llevaba un puesto. Y también me pagaban mi puesto por andar de minero. Así es más efectivo, así usted ve la plata, porque si se pone solo a ganar lo del terreno, el de la máquina es el que termina llevándose todo el oro. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 3 de diciembre de 2017)

Así, a pesar de que muchos habitantes de los ríos no tienen la propiedad sobre este tipo de máquinas, sí pueden articularse a estas formas de explotación y, aprovechando las estrategias de producción local, ganar más de un puesto para intentar hacer contrapeso al capital foráneo y, por lo tanto, impedir que la fuga de las ganancias sea tan alta.

De manera similar a este ejemplo de las dragas, en la última noche, cuando nos enteramos de la historia del personaje al que no le gustaban los barequeros, supimos que una de las personas con quienes más compartimos tiempo durante nuestro trabajo de campo se iba a desplazar a hacer minería al río Napi. Nos comentó que, por el clima y porque las minas en ese poblado no estaban dando lo suficiente, él junto a sus tíos se iban a ir a trabajar a *pacha* con una señora del río Napi. Ante nuestra inquietud, en los días siguientes, nos dijo que la señora había *catiado* el terreno y había aparecido muy buena pinta, y que cuando les propuso a sus tíos, ellos aceptaron la propuesta de trabajar así, siempre y cuando fuera a *pacha*, ya que así no perdían tanto oro pagando el alquiler del monte.

En términos generales, la minería mecanizada ha supuesto un cambio, tanto en términos de las lógicas económicas locales, como en la forma en que se desarrollan las actividades. Como ya hemos señalado anteriormente, en el Pacífico sur la minería se desarrollaba mediante cuadrillas, articuladas a partir de redes de parentesco, y que dependían de los momentos lluviosos para poder conseguir el oro que cambiaban en las cabeceras municipales por dinero, con el cual compraban bienes básicos. Asimismo, las labores mineras, además de estar determinadas por los días lluviosos, se organizaban a partir del calendario de celebraciones religiosas. Esta organización del tiempo de trabajo se ha visto modificada con el ingreso de maquinaria. El tiempo lluvioso se convierte en signo de peligro, y hasta de muerte, para los mineros que trabajan con

dragas y elevadores, ya que se pueden *tapar* cuando la mina se derrumba por efecto de la lluvia. Como nos señaló Enano durante noviembre:

No, compa, yo podré estar sin plata, que no me gusta, pero a la mina no me meto, ni mando a meter a nadie. No vio na más lo de esos cinco muchachos que se taparon por allá en Timbiquí. Con esta lluvia es mejor quedarse quieto o ponerse a rajar madera. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 11 de septiembre de 2017)

En el caso de los monitores, las labores normalmente también se desarrollan durante los tiempos secos, ya que esta máquina elimina la dependencia de la lluvia para llenar el canalón de agua. Es así, entonces, que el principal cambio que se ha dado con la práctica minera tiene que ver con la organización del trabajo en clave de tiempos climáticos. La lluvia, que antes era esencial para esta tarea, se convirtió en el elemento que en la mayoría de los casos imposibilita las labores.

De colonos a propietarios: relación entre la minería y la tenencia de tierras

Cuatro generaciones de mineros en el río Güelmambí, por ejemplo, han vivido apoyadas en títulos de propiedad minera otorgados por el gobierno a finales del siglo pasado. Pero esos títulos se refieren al subsuelo con exclusión del suelo, cuya adjudicación no fue obtenida por los mineros, de suerte que su asentamiento sobre este último sigue siendo considerado por la nación como de “colonos en terrenos baldíos”.

Nina S. de Friedemann (1974, 25)

El estudio que la antropóloga colombiana Nina S. de Friedemann realizó sobre los mineros negros del río Güelmambí hace referencia en sus primeros pasajes al problema de la tenencia de la tierra por parte de dichas personas. Como parte de una contradictoria legislación nacional, los mineros adquirirían la categoría de *colonos* ya que tenían derecho a la explotación del subsuelo, pero no propiedad sobre el suelo. La preocupación ante la entrada de las formas mecanizadas de minería es expresada por Friedemann porque, a pesar de habitar el territorio por cerca de cien años, la mayoría de los mineros del Güelmambí no sabían sobre la posesión que tenían del subsuelo hasta que funcionarios

de la Compañía Minera de Nariño S. A. se ofrecieron a comprar su derecho sobre el subsuelo para así trabajar dragando partes del río. Aunque no todos los mineros aceptaron la compra, varios prefirieron ceder sus derechos.

La historia de la tenencia de la tierra en el Pacífico sur, como parte de los complicados procesos agrarios que se han dado en el territorio colombiano, no es la misma en todos los departamentos y ríos de la región. Aunque la gran mayoría de habitantes de estos lugares, descendientes de los esclavizados, vivieron durante siglos en terrenos que el Gobierno colombiano consideraba baldíos, la apropiación que realizaron del territorio y distintas dinámicas económicas y sociales permitieron múltiples formas de posesión de la tierra. A continuación expondremos la historia de la tenencia de la tierra en la vereda del Naranjo, municipio de Guapi, Cauca, haciendo énfasis en la forma en que la minería, en todas sus presentaciones, se encuentra estrechamente relacionada con esos procesos de tenencia de la tierra, sobre todo para comprender la forma en que los habitantes de este lugar han modificado de manera significativa su relación con el territorio a partir de la llegada de la minería mecanizada.

Una tarde, luego de que volvimos del monte con una cuadrilla tuquera, nos encontramos con doña Eduarda, una de las mujeres mayores del poblado. Ella nos estuvo preguntando durante varios minutos sobre nuestra estadía en el lugar y sobre el trabajo que estábamos realizando. Como parte de la conversación surgieron algunos comentarios de ella en relación con el poblado. De un momento a otro afirmó que la gente que vivía allí era descendiente de esclavos y que sus mayores se ubicaron en ese río desde muchos años atrás. Continuó diciendo que esa tierra era de la arquidiócesis de Popayán, que les vendió a los Arroyo, y esa familia fue la que, unos años después, ayudó en el proceso de titulación, “los que hicieron que esta tierra fuera nuestra” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 23 de septiembre de 2017).

Dada la dificultad de escapar del dispositivo etnizante, como parte de las explicaciones que se han vuelto hegemónicas en torno a los “afrocolombianos”, uno de nosotros afirmó: “Claro, la titulación colectiva. Eso debió pasar por ahí en el 2000”. Con cara de sorpresa, y un poco socarrona, doña Eduarda dijo:

No, yo hablaba de la otra titulación, de la primera. Los Arroyo eran los dueños de esta tierra, y póngale que esto era como una hacienda. Por eso el nombre completo del lugar es San José del Naranjo. Entonces, no me acuerdo cuándo, los mayores se organizaron y le pagaron una plata a los Arroyo por la margen izquierda del río. De nuestros ancestros era toda esta parte y los Arroyo se quedaron con la otra margen. Ya después, como usted dice, sí llegó la titulación colectiva, con la cual nos volvimos dueños de todo. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 23 de septiembre de 2017)

Ante nuestra sorpresa por esa historia, doña Eduarda nos dijo que ella tenía toda la documentación en su casa, que cualquier día podíamos pasar a verla. Lo que nos encontramos fue un archivo en medio de la selva.

Indagando por la tenencia de la tierra en el río Guapi, uno de los mejores registros lo presenta Robert West ([1957] 2000), cuando afirma: “Es probable que de cien agricultores tomados al azar ninguno tenga título legal de la tierra que ocupa y cultiva, y tampoco pague arrendamiento” (221). En esa dirección, el geógrafo señala que, a pesar de que existen ciertos métodos —como el pago de los derechos y la documentación que demuestre el usufructo de un tercio del área que se quiere titular—, la gran mayoría de los habitantes del Pacífico sur no estaban interesados en titular la tierra y se mantenían como colonos⁴⁸. La dinámica de uso y no tenencia de la tierra, como señala West, hacía que se mantuvieran esquemas españoles en las reglas de propiedad consuetudinaria sobre los terrenos. En ese esquema, se puede hacer una división entre títulos de familia y terrenos comunales. En la primera categoría caen los terrenos como diques, terrazas y colinas cercanos a los poblados y que se utilizaban, principalmente, para minería y agricultura.

En cuanto a los terrenos comunales, eran aquellos que no se encontraban cerca de la zona de asentamiento y eran utilizados para agricultura, tala de árboles y cacería. Los terrenos familiares, a la muerte del propietario, se convierten en terrenos de herencia que se dividen entre los hijos y que son usufructuados por estos. Como nos contaba uno de los habitantes del Naranjo:

Los terrenos de herencia son muy importantes. Cuando uno tiene un pedacito de monte, sin importar lo que esté haciendo allá, uno va llevando a los hijos a conocer y a que trabajen, que ellos sepan que eso es de uno. Y cuando uno muere, pues ellos ya saben qué les quedó y eso para qué sirve. Vea, por ejemplo, ahorita que casi ninguno de mis hermanos está acá, yo me encargo de cuidar y usar los terrenos de los viejos, las tierras de herencia, y cuando vengan mis hermanos, pues ellos se van a dar cuenta que yo cuidé lo de todos. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 12 de noviembre de 2017)

48 De manera amplia, y como veta de investigación, consideramos fundamental elaborar historias conceptuales en torno a nociones y conceptos cercanos a la idea de campesinado. A pesar de que ya existen algunos adelantos valiosos, como los trabajos de Catherine LeGrand (1988), es importante analizar la forma en que se relacionan los espacios rurales con ideas como las de colono, campesino, grupo étnico, y cómo la carga que se le da al concepto supone una relación particular entre los sujetos y el Estado.

Estas dinámicas y formas de tenencia de la tierra aparecieron, de diferentes maneras, en el archivo de San José del Naranjo. Indagando con Camilo Arroyo, descendiente directo de los compradores de aquellas tierras, su abuelo, Miguel Arroyo Díez, fue quien le compró aquellos terrenos baldíos al Estado colombiano. “El viejo compró barato, casi que regalado, y lo hizo porque sabía que allá había minas” (entrevista con Camilo Arroyo Arboleda, Popayán, Cauca, 12 de abril de 2018), afirmó Camilo sobre la compra realizada por su abuelo en el alto Guapi. La compra de este terreno baldío supuso el traslado desde la lejana Popayán hasta Guapi, donde el hombre descubrió que el terreno baldío estaba ocupado por varios campesinos negros. Aunque no queda claro si se estableció el pago de un arriendo, Camilo nos comentaba que en su infancia recordaba a muchas de las personas del Naranjo haciendo una visita al año a su casa en el centro de Popayán, donde su abuelo recibía oro y, en algunos casos, hasta animales. Aunque la tierra siguió formando parte del patrimonio familiar, rara vez alguien iba al lugar, hasta que Camilo Arroyo padre visitó Guapi, donde supo de este terreno y arregló algunas cuestiones con los naranjeños.

El primer documento que hace referencia a la propiedad sobre la tierra del Naranjo es una carta enviada en 1965 por uno de los miembros de la familia Arroyo a los comuneros, propietarios de la margen izquierda, acerca de la imposibilidad de que la tierra les fuera quitada como parte de la Ley de Reforma Agraria adelantada por el Incora en ese año. En la misiva, Arroyo presenta una semblanza de la propiedad sobre el terreno y afirma:

Desde la época del rey de España, el Naranjo fue dado en propiedad a un señor Illera de Popayán y ese señor la vendió a la curia Arzobispal de Popayán. La curia lo remató y ganó el remate don Vicente Hurtado, según consta en escritura de la Notaría 18 de Popayán de fecha 28 de julio de 1887. Los herederos del señor Hurtado que para el año de 1858 lo eran don Juaquin [*sic*] Mosquera, presidente de Colombia, y don Julio Arboleda que también fue electo presidente de Colombia, vendieron el Naranjo a mi abuelo el Dr. Miguel Arroyo, de donde vino a sus hijos por herencia [*sic*].⁴⁹

En esa dirección, para principios del siglo xx, comienzan a aparecer una serie de documentos sobre el proceso de compra de los terrenos por parte de los colonos del Naranjo. Hay un contrato de arrendamiento de 1919 por un año, por el valor de \$ 100 plata. Según el contrato, Santiago Arroyo, en nombre de los herederos del Dr. Miguel

⁴⁹ “Carta de un miembro de la familia Arroyo Arboleda a Juan C. Hurtado, Eduardo Hurtado y demás comuneros de San José del Naranjo”, 17 de marzo de 1965, archivo personal de Eduarda Banguera, Guapi, Cauca.

Arroyo Díez, cede en arrendamiento el terreno de San José del Naranjo con la cláusula de que “mientras dure el arrendamiento no podrán los arrendatarios destruir los montes ni explotarlos sino para su beneficio personal, de sus casas, sementeras y usos análogos, pero no para venta a terceros”⁵⁰. Luego de este contrato, aparece un nuevo documento, del 30 de septiembre de 1919, de promesa de compra y venta de los terrenos del Naranjo. En este, Beatriz, Santiago y José Antonio Arroyo Díez, como propietarios de la hacienda de San José del Naranjo, se comprometen a vender los terrenos que se encuentran: “Desde la boca de Napi en la margen derecha del río Guapi, por este aguas arriba hasta el canalón de Rosario; y por la margen izquierda del río Guapi, de la boca de la quebrada Yuca hasta la boca de la quebrada de Gurrupí”⁵¹.

El contrato de compra y venta se hizo por un total de \$ 1.520⁵² oro legal, divididos de la siguiente manera: \$ 370 oro legal en un pago, \$ 250 oro legal que se remitirían con el poder para que alguien en Popayán pudiese firmar la escritura y \$ 900 que equivalían a la mitad de las acciones de siete minas de las cuales eran propietarios los colonos del Naranjo. Aunque este era el acuerdo inicial, los firmantes crearon algunas cláusulas que modificaron el contrato. En primer lugar, además de la compraventa, la otra mitad de los terrenos del Naranjo serían arrendados de manera anual a los colonos por un valor de \$ 25 moneda de plata y esta cláusula se haría extensiva hasta que alguno de los Arroyo quisiera dar fin a ella. En cuanto a los impuestos, los Arroyo se harían cargo del pago relacionado con las minas, mientras que los habitantes del Naranjo cancelarían los impuestos municipales, departamentales y nacionales. Por último, y como un inciso al final del documento, se señala:

Filoteo y compañeros se obligan a suministrar a Arroyo hasta diez mil polines o durmientes de ferrocarril de guayacán y maderas escogidas para este uso. Arroyo reconocerá el valor de ocho reales de plata por cada durmiente que llene las condiciones y que estén colocados en puntos a donde puedan atracar embarcaciones

50 “Contrato de arrendamiento entre Santiago Arroyo y Juan Filoteo, Lázaro Hurtado y José Santos Sinisterra”, s. f., archivo personal de Eduarda Banguera, Guapi, Cauca.

51 “Documento de arreglo de compraventa de los terrenos de San José del Naranjo”, s. f., archivo personal de Eduarda Banguera.

52 En otra promesa de compraventa, en la cual se señala que el total de los colonos del Naranjo que quedaban con posesión sobre la tierra era de 31 y que tendrían como representante a Juan Antonio Filoteo para realizar la acción legal en Popayán, se afirma que la venta del terreno sería por \$ 5.000 oro, divididos en dos pagos. El primero tenía un descuento, porque allí se incluían las acciones de los entables mineros, y el resto del dinero se debía pagar en el plazo de un año a partir de firmado el contrato de compraventa. Aunque no queda claro cuál de los dos valores fue el total pagado por los habitantes del Naranjo para poder obtener el título de propiedad, es importante ver cómo se entremezclan cuestiones de minería, trabajo y dinero.

grandes como buques veleros o de vapor. Para que esta cláusula tenga fuerza obligatoria para Filoteo y compañeros, se obliga a Arroyo caso de que resuelva comprarles dichos polines o avisarles con seis meses de anticipación, de suerte que si no les diera aviso se entiende que no subsiste esta estipulación.⁵³

Aunque en este contrato de compraventa queda clara la relación del pago entre dinero, pago en especie y adelantos expresados en las acciones de los entables mineros, es interesante ver cómo la minería desempeña un papel en la titulación de la propiedad sobre la tierra que tienen los habitantes del Naranjo. Como parte de la legislación que regía para comienzos del siglo xx, el Código de Minas estipulaba la necesidad de denunciar las minas de oro de aluvión y de oro corrido para poderlas explotar de manera legal. En esa dirección, la conformación de la Compañía Minera de la Costa, de la cual eran propietarios Alejandro Sayust, Manuel Caicedo Arroyo y otras personas de Popayán, y la articulación de dicha compañía minera con los colonos de San José del Naranjo permiten la titulación, entre 1915 y 1919, de siete minas en las zonas cercanas al poblado⁵⁴.

Como lo muestra el título minero número 2148, referente a la mina Fray Domingo, la legislación sobre las minas de oro corrido, generalmente minas cercanas o que se ubican sobre los lechos de los ríos, se organizó con la resolución del Ministerio de Obras Públicas del 17 de enero de 1914, referente a la mina Santa Lucía, ubicada en Timbiquí. En este documento se señalaba que para titular una mina se debía demostrar que el río sobre el cual se encontraba no era navegable a través de vapor. Para esto se requería una comisión nombrada por el alcalde municipal, que se encargaba de dar razón de la mina, de quien denunciaba su título y de cómo se iba a explotar. Luego de señalar jurídicamente a nombre de quién iba a quedar la mina, y de cómo se repartirían las acciones de esta⁵⁵, se indicaba quién pagaba los derechos de denuncia, de titulación y de papel sellado. En una sección, en torno a la práctica minera, se afirmaba:

53 “Documento de arreglo de compraventa de los terrenos de San José del Naranjo”, s. f., archivo personal de Eduarda Banguera.

54 Contrastando esta información con el libro de denuncias que reposa en el Archivo Central del Cauca, pudimos notar que, si bien estas son las minas que aparecen a nombre de la Compañía, hay muchas otras denunciadas a nombre personal de los socios que la conformaban (*Libro de denuncia de minas del gran Cauca* s. f.).

55 Sobre las acciones de las minas, se menciona en los títulos: “Yo, Manuel Caicedo Arroyo, como apoderado del señor Ramón Payán H. manifiesto a usted que en la mina de oro de aluvión de nuevo descubrimiento que ha denunciado el gobierno, con el nombre de El Guadual corresponden seis acciones de veinticuatroava a la Compañía Minera de la Costa y una y media acción a cada uno de los otros condueños”. “Denuncio de la mina El Guadual”, s. f., archivo personal de Eduarda Banguera, Guapi, Cauca.

Se exige a los dueños de esta mina el que no se embarace ni dificulte en ninguna forma los trabajos de los naturales en la minería o agricultura, ni se impida ni dificulte la navegación de los ríos o quebradas que estén comprendidas en el globo de tierras, ya sea con los trabajos o maquinarias que se empleen en la explotación o ya sea con las arenas o sedimentos que arrastren las aguas. Habiendo el interesado manifestado que recibía la posesión y quedaba conforme con ella se declaró terminado el acto, para cuya constancia se extiende la presente diligencia, que firman todas las personas que en ella han intervenido.⁵⁶

Así, podemos ver cómo emerge una particular articulación entre los mineros, colonos y campesinos negros del río Guapi que, al relacionarse con la Compañía Minera de la Costa a través de la familia Arroyo, logran titular una buena cantidad de las minas en las cuales trabajan. Igualmente, y como parte de la legislación vigente en los primeros años del siglo xx, se aseguran la posibilidad del trabajo agrícola, ya que el trabajo minero no puede influir en estas labores. Esta primera forma de posesión sobre el lugar es importante en la memoria de alguno de los habitantes del Naranjo. No en vano todas las personas a las que conocimos en este poblado nos decían que ellos eran mineros, que sus mayores tuvieron y trabajaron en las minas y que así fue que consiguieron muchas cosas. Esta relación de propiedad sobre las minas, como veníamos esbozando antes, se tradujo luego en la propiedad sobre la tierra. Fue a través de la minería que los habitantes del Naranjo lograron obtener un capital base a partir del cual obtener la titulación del territorio que sentían como propio.

La propiedad formal sobre la tierra, obtenida a través del trabajo minero, les dio a los habitantes del Naranjo cierta autonomía y capacidad de acción en torno a los ciclos de bonanza y crisis económica, al igual que les dio posibilidad de negociación frente a la llegada de actores económicos foráneos. Como se desprende de otros de los documentos, en las décadas de 1980 y 1990 los comuneros de San José del Naranjo firmaron con personas externas al poblado contratos de exclusividad para la explotación minera, especialmente en el área del río Napanchí. En dichos contratos de exclusividad se determina: “Las explotaciones mineras serán organizadas en forma gradual previos contratos individuales de participación sobre producción que se suscribirán con cada uno de los colonos cultivadores que tengan un corte abierto para minería”. En ese sentido, las personas externas que entraban a desarrollar la actividad minera en este lugar debían acordar pagos con los naranjeños que ya estaban realizando la labor allí. Igualmente, se

56 “Denuncio de la mina El Guadual”, s. f., archivo personal de Eduarda Banguera, Guapi, Cauca.

comprometían a contratar a los habitantes del poblado en el desarrollo de las labores y a cancelar el sueldo de una profesora por cada entable minero que se creara.

Lo interesante de la capacidad de acción adquirida por los comuneros del Naranjo a partir de la titulación de la tierra radica en una suerte de intervalo, que muestra la ineficaz presencia y hasta comunicación del Estado con esta zona del país. En realidad, la titulación conseguida en 1920 se vino abajo el 21 de julio de 1983. En la Resolución 03487 del Instituto Colombiano de Reforma Agraria se afirma:

El Instituto Colombiano de la Reforma Agraria practicó por intermedio de dos (2) de sus funcionarios, una visita previa al inmueble rural denominado SAN JOSÉ DEL NARANJO, ubicado en jurisdicción del Municipio de Guapi, Departamento del Cauca, y de lo establecido en ella [...], se infirió que el predio no se encontraba explotado de conformidad con las exigencias legales, por lo cual, mediante Resolución No. 3298 del 29 de Abril de 1965, emanada de la Gerencia General, se inició el procedimiento administrativo tendiente a establecer la procedencia legal de declarar o no extinguido el derecho de dominio privado existente sobre el mismo.⁵⁷

Afirmaba la resolución que, luego de las diligencias administrativas y ante el silencio de los copropietarios y de las diferentes instancias, se hizo extinción de la parte del inmueble que, de acuerdo con la primera visita, no se encontraba explotada. Fue así que lo logrado por los comuneros del Naranjo en 1920 se vino abajo casi sesenta años después. A pesar de este recorte en la extensión total del terreno, y seguramente como parte de las dinámicas de frontera, nadie solicitó la propiedad sobre este, que fue declarado otra vez terreno baldío. La explotación agrícola, minera y silvícola siguió en el poblado. Nuevamente, la relación con el terreno se vio modificada con la entrada en vigencia de la Ley 70 de 1993, que les dio titulación colectiva de los territorios a las “comunidades negras” del Pacífico. Como nos señaló doña Eduarda durante nuestra corta entrevista, fue en ese momento que ellos obtuvieron la titulación sobre la margen del río que no quedó contemplada en el proceso de venta.

La combinación de estos procesos, en conjunción con la entrada de la gran maquinaria minera, modifica profundamente la forma en que los habitantes del Naranjo se relacionan con el territorio. En primer lugar, la coexistencia de formas comunitarias de tenencia de la tierra con formas de propiedad privada —expresadas en los terrenos de herencia— hace que la entrada de la minería mecanizada impulse formas específicas del uso de las dos formas de tierra. Cuando la minería se hace en territorio colectivo, como

⁵⁷ Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora), “Resolución número 03487 del 21 de julio de 1983”, archivo personal de Eduarda Banguera, Guapi, Cauca.

el río, el 2 % de la producción total se reparte entre toda la comunidad, como se señaló en el caso de las retroexcavadoras. En el caso de las dragas y los elevadores, el valor del puesto del propietario del terreno es de 4 gramos por onza. En el caso del Naranjo, se pasó entonces del trabajo en la mina como forma para obtener el territorio al alquiler del territorio como forma para obtener recursos económicos.

La ancestralidad de la minería: entre la minería artesanal, informal e ilegal

En términos de las experiencias históricas en torno a la minería, el elemento que emergió de manera constante durante nuestro ejercicio etnográfico fue la noción de que esta actividad ha sido ancestral en todos los ríos y que es ese carácter el que los habitantes del Pacífico sur contraponen a las políticas estatales de control sobre la venta de oro; y, como corolario, a la estigmatización y el señalamiento de ilegalidad que se está construyendo sobre esta actividad. Como hemos señalado, los cambios en la actividad minera han sido bastantes, en especial en lo que tiene que ver con el ingreso de máquinas. No obstante, dentro de las memorias de todos los poblados, y en un tono similar al del documental de Friedemann y Duncan (1974) sobre el Güelmambí, todos los ribereños que nos hablaron sobre la minería realizada por los mayores nos comentaban que el dinero que se conseguía era para comprar sal, aceite, petróleo para las lámparas y ropa; en últimas, bienes básicos. Y es por este motivo, porque desde tiempos inmemoriales el oro ha servido para poder captar dinero en efectivo que posteriormente se utiliza para realizar transacciones, que los pobladores de los ríos consideran que su labor está justificada. Como lo señalaba Camilo Montaña: “los mayores nos sacaron adelante haciendo eso” (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, 20 de noviembre de 2017)

Esa contraposición entre ancestralidad e ilegalidad quedó perfectamente registrada en una de las entrevistas que sostuvimos con Enano; en torno a la política que se estableció a través de la carnetización de los mineros artesanales, y que no les permite vender más de 35 gramos de oro al mes⁵⁸, afirmó:

58 Como se señaló en otra sección, la imposición de esta política es problemática porque presupone que, por semana, los mineros deben sacar 9 gramos de oro en promedio. Cuando se trabaja de manera artesanal es muy difícil conseguir esta cantidad, mientras que al hacerlo con una máquina esta cantidad se supera fácilmente. A pesar de que los mineros han desarrollado algunas estrategias para poder saltarse la norma, estas generan algunas pérdidas marginales y, en algunos casos, los pueden poner en peligro con la ley. Igualmente, el registro del carnet minero ha impulsado una serie de rumores sobre la Alcaldía local, y la articulación que esta tiene con el campo.

No, pero es que eso no es así, eso no puede ser así. Yo puedo ir hasta a vender 2.000 gramos de oro y nadie me los va a quitar, porque si es así yo me hago matar. Es que, vean, yo crecí con la enseñanza de que la mina no es ilegal; la mina no era ilegal y la mina no puede ser ilegal. Es que yo crecí en la mina. Yo me acuerdo que yo salía del colegio. Me iba para la casa y almorzaba. Luego me reposaba y de ahí agarraba a buscar a mis primos. Cuando éramos unos dos o tres, nos íbamos para la mina, donde estaba la abuela. Esa mujer se la pasaba allá el día. En esa época todo era con pala, barretón y batea. Y mi abuela fue la primera que nos compró los uniformes del colegio con el trabajo de la mina, y de ahí en adelante nosotros nos acostumbramos a trabajar, a ganar plata con la mina para poder comprar nuestras cosas, porque como le ayudábamos a ella, pues ganábamos plata. ¿Cómo va a ser la mina ilegal, entonces? (Entrevista con Enano, Guapi, Cauca, 17 de septiembre de 2017)

Ese carácter ancestral de la minería, entonces, justifica el trabajo que ellos realizan. No importa cómo ni en qué lugar del río⁵⁹. Desde los mayores se ha trabajado la minería en este lugar y ha sido la forma en que muchos aprendieron a trabajar; volver ilegal la actividad es para ellos volver ilegal lo que los mayores les enseñaron a hacer. Además de esta experiencia, y de cómo sirve para justificar el carácter legal de la minería, es fundamental remitirse a ciertas persistencias históricas que hacen aún más complicadas las políticas estatales que, por su simplicidad, terminan por impulsar procesos de violencia. Señalaremos entonces dos elementos. El primero es la existencia de formas de medidas mineras que se pueden rastrear hasta el periodo colonial. Durante nuestra estadía en campo, y mientras notábamos que el barequeo funciona como una actividad alternativa cuando las formas mecanizadas no son efectivas y cuando la pasta base de coca está a mal precio, descubrimos que muchas personas usaban medidas como la peseta para referirse a dos tercios de un gramo de oro. A pesar de que en otros lugares, y de manera progresiva, se han adoptado las medidas en gramo, seguramente impulsada por las ventas en las cabeceras municipales que se realizan a partir del peso señalado por aparatos digitales una mujer minera nos comentó que hacía apenas unos años se utilizaban las siguientes medidas:

1 tapa = $\frac{1}{2}$ grano de maíz

1 real = 2 granos de maíz

59 Estas tensiones se ahondan en momentos específicos, como los episodios de quema de retroexcavadoras de propietarios de la región, pues son procesos rodeados de irregularidades. Amenazas, sobornos, reventa de herramientas por parte del ejército son las condiciones en las que se desarrollan estas intervenciones, lo cual acaba por fortalecer la idea del Estado como un enemigo.

1 peseta = 2 reales = $\frac{2}{3}$ de gramo

6 reales = 2 pesetas = 2 gramos

12 reales = 4 pesetas = 4 gramos

12 reales = 4 pesetas = 4 gramos

3 pesos = 8 gramos

$\frac{1}{2}$ onza = 16 gramos

1 onza = 32 gramos. (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, septiembre de 2017)

La mayoría de los barequeros del Pacífico sur esperan a completar por lo menos una peseta para ir a venderla o para mandar a que alguien la venda en las cabeceras municipales. En otros escenarios, el uso de este tipo de medidas se ha abandonado totalmente y los mineros suelen esperar a conseguir entre 2 y 3 gramos de oro, lo necesario para cubrir los gastos de transporte, antes de ir a venderlo.

Surgen, entonces, varias preguntas: ¿Por qué el Gobierno vuelve ilegal una actividad productiva realizada por personas en sus territorios, tanto históricos como legales, y que les ha permitido sobrevivir al margen de un Estado siempre ausente? Y ¿por qué el Estado impulsa políticas burdamente pensadas que, en coyunturas particulares, terminan por potenciar procesos violentos? Porque, como señalaba un habitante del río Napi en una reunión de socialización del proceso de paz: “Yo puedo vender el oro que saque, que yo encuentre. Y si un policía me viene a quitar lo mío, tenga por seguro que ese policía va a pagar por ese oro, así sea con su vida”.

Todas estas preguntas nos llevan a señalar la complejidad de analizar el Estado y sus acciones frente a la minería. Como señala Trouillot (2011), una manera fructífera para estudiar el Estado de manera etnográfica no es entenderlo como una gran maquinaria, a la manera de Leviatán, sino capturarlo a partir de sus efectos y actores. En ese sentido, a pesar de la evidente narrativa de un Estado ausente para el Pacífico sur, la forma en que se materializa y localiza a través de planes específicos termina por disparar la tensión entre las nociones de ilegalidad, informalidad y tradicionalidad.

Para una buena parte de los mineros a quienes conocimos durante nuestro ejercicio etnográfico, y como hemos ido esbozando en estas líneas, la minería se justifica en la medida en que es una actividad ancestral, una forma de sustento que se ha pasado entre generaciones. Sin embargo, la construcción de este tipo de tradicionalidad se da en un contexto de tensiones que derivan en inconsistencias. Los mineros negros que llevan mucho tiempo realizando este trabajo, desde su niñez, en la actualidad se articulan de manera fuerte a una economía extractiva que, principalmente impulsada por capitales foráneos, hace que esa noción de ancestralidad se pueda debilitar. El trabajo cercano a la gran maquinaria ha modificado las formas de vida de una manera muy rápida y ha terminado por introducir velozmente nociones del mercado. Así, a

pesar de encontrarse en su territorio, y de vivir en un constante contrapunteo entre el trabajo tradicional y las formas mecanizadas, los mineros se ponen en la encrucijada del dinero o la vida tradicional.

El actuar estatal termina por complejizar este panorama, ya que se estigmatiza la actividad minera realizada con pequeña y mediana maquinaria que, si bien tiene un fuerte efecto ambiental, se erige como una forma de sustento. Ahora bien, esta guerra contra la denominada minería ilegal encarna otras contradicciones. Si el argumento del Estado radica en los efectos ambientales producidos por la minería mecanizada, aunque también existe un claro componente económico atado al pago de impuestos, las mismas acciones promovidas por los agentes estatales generan incertidumbres. Quemar maquinaria en medio de los ríos que ya han sido, o están comenzando a ser, contaminados por elementos como el mercurio termina por aumentar el impacto ambiental. La solución puede resultar peor que el problema.

Los “palos de plata” llegaron de Satinga

A pesar de que los primeros cultivos de hoja de coca se registraron a principios de la década de 1990 (Restrepo 2005; Vásquez, Vargas y Restrepo 2011), en un periodo de casi treinta años la economía que se estableció alrededor de los llamados “palos de plata” cambió considerablemente las nociones de legalidad, seguridad y bienestar en el Pacífico sur colombiano. Como lo va esbozando Michael Taussig en *Mi museo de la cocaína* (2013), ese dialéctico libro que rebota entre el oro y la coca, antes de dicha década la pregunta era cuánto tiempo pasaría antes de que las semillas de coca llegaran a los ríos del Pacífico sur y quiénes serían los autores que impulsarían este proceso. La respuesta se da en medio de su trabajo de campo.

Pero aquí, en la costa Pacífica, pensamos que estábamos en otro planeta, tan distante de los centros de poder, tan difícil el clima y tan intensa la malaria. Una naturaleza guerrera mantuvo la guerra a raya. [...] Pero hacia 1995 estaba oyendo hablar de centros de narcotráfico a lo largo de los ríos y asentamientos remotos, como Satinga y López de Micay, en los que nadie de afuera, incluyendo los soldados, se atrevería a aventurar sin permiso. Pero, sobre todo, y en aparente contradicción con esta noticia extraordinaria (y hay más por venir), me sorprendió lo cercano y obvio que puede ser el Estado en un lugar tan remoto antes de que llegara la cocaína. (145)

Esos “centros del narcotráfico” y los intereses de los diferentes actores que orbitan alrededor de la hoja de coca, sumados a su carácter de economía ilegal, hacen que el acercamiento de un actor externo a este tema se convierta en un tema sensible. Los cultivos

de hoja de coca, los raspachines, los laboratorios, los compradores de la pasta, los precios y las fumigaciones son temas que hacen parte del conocimiento común de los habitantes de muchos poblados del Pacífico sur; sin embargo, cuando lo preguntan *paisas*, como nosotros, los funcionarios y en general los forasteros, deja, en un segundo, de serlo.

Este carácter polivalente del cultivo de coca, del que hablan abiertamente algunos de los campesinos que tienen cultivos, mientras que otros actores de la cadena económica manifiestan cierto recelo, posiciona al etnógrafo de maneras particulares. Nuestro caso no fue diferente. Aunque las personas con quienes pudimos compartir ampliamente luego de algunos días hablaron de manera muy abierta sobre el tema, y hasta nos llevaron a conocer sus cultivos y a entender partes del procesamiento de la hoja de coca, en otros muchos casos temían que estuviésemos actuando como infiltrados, hasta como agentes encubiertos de agencias internacionales, con el fin de obtener información que pudiera terminar por perjudicar a las personas inmiscuidas en estas actividades.

Al comenzar nuestras indagaciones en torno al cultivo de la hoja de coca, la respuesta a la pregunta por cómo llegaron los palos y las semillas de coca a cada uno de los lugares que visitamos fue la misma: “los palos de coca llegaron de Satinga; tal persona los trajo de un viaje por allá y así fue como comenzó todo”. Es, entonces, la historia de la entrada de los palos de coca al Pacífico sur parte de la historia general de migración de mercancías y personas en la región. Hablando con una de las personas que conoce la parte alta de varios de los ríos, nos comentó que, para el caso del Pacífico caucano, la coca llegó a finales de los años 1990 y fue esta la mercancía a la cual se aparejó un conflicto armado en el que confluyeron actores como las guerrillas, los paramilitares y la fuerza pública (entrevista con Camilo Arroyo Arboleda, Popayán, Cauca, 12 de abril de 2018).

La llegada de la coca al Pacífico sur forma parte de una historia mucho más gruesa y compleja que, como ha señalado en su magistral trabajo Paul Gootenberg (2009), responde a la articulación del mundo andino con mercados y consumidores en el norte global. A pesar de que la cocaína, descubierta a finales del siglo XIX con fines terapéuticos, para Gootenberg se puede entender desde la glocalidad que es el valle del Huanuco, en Perú, en la periodización presentada por el mismo autor sabemos que esta mercancía toma fuerza en Colombia a mediados de la década de 1970. Un puñado de intermediarios, narcotraficantes que conocían diferentes rutas del contrabando, comienzan a conseguir la coca cruda en Perú y Bolivia para exportarla hacia Centroamérica. En ese primer momento Colombia, a través de los nacientes carteles, funciona como una suerte de intermediario comercializador entre la coca producida en el sur andino.

Producto de diferentes cambios globales, como la lucha antidrogas y el establecimiento de regímenes dictatoriales en el Cono Sur, la producción de la hoja y pasta base de coca se desplazó hacia la zona de la Amazonía, donde se dieron los primeros cultivos colombianos a mediados de la década de 1980. Posterior a esto, la coca se extendió

en todo el sur del país, y lo que era un reflejo lejano tomó buena parte de los ríos y bocanas del Pacífico sur⁶⁰. De acuerdo con el Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH (2009), la presencia del narcotráfico en la costa pacífica data de finales de los años 1970 e inicios de la década de los años 1980, cuando narco-trafficantes de grandes carteles de droga compraban o alquilaban terrenos en donde tenían cultivos de coca, y posiblemente laboratorios, además de usar la frontera con Ecuador como ruta para el tráfico ilegal de armas, explosivos e insumos para surtir a los carteles del Valle. Sin embargo, “no se establecían relaciones estrechas con la población y la presencia de grupos irregulares era incipiente” (42), aunque al empezar a invertir en negocios como la palma africana y las camaronas ocasionaron el desplazamiento de población negra e indígena a la que despojaban de sus tierras.

Fue a partir de finales de los años 1990, cuando, en el departamento de Putumayo, se incrementaron las fumigaciones a los cultivos de coca en el marco del Plan Colombia, que propició la migración de cultivadores y semillas hacia los ríos del Pacífico sur. La Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes) determinaba en 2003:

La mayoría de los cultivos de coca del Putumayo se han trasladado hacia Nariño (municipios de Llorente, Barbacoas y zona rural de Tumaco, principalmente en el río Chagüí), donde simultáneamente se registra la llegada de actores armados que están utilizando como estrategia para la apropiación de terrenos aptos para el cultivo, las incursiones, la intimidación, las amenazas, los asesinatos selectivos, el despojo y el desplazamiento de las comunidades. (Ceballos 2003, 8)

A partir del Plan Patriota se incrementaron las fumigaciones y operaciones militares en otros departamentos del oriente colombiano, como Caquetá, Guaviare y Meta (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH 2009), con lo que aumentaron los desplazamientos de los cultivos, los cristalizaderos y los laboratorios hacia la costa pacífica nariñense, en donde el alto y medio Patía se consolidaron como corredores estratégicos por articular el Caquetá con la región del Pacífico. La parte alta del río Mira y sus afluentes, como el Mataje, también cobraron gran importancia para la propagación de los cultivos hacia el litoral, que se expandieron con el nuevo siglo

60 El trabajo de Gootenberg (2009), a pesar de su importancia y la densidad con que ayuda a comprender y construir una nueva historia de las drogas, específicamente de la cocaína, presenta una grieta en lo que se refiere a historia reciente. El señalamiento general de la cocaína como producto andino ubicado en Perú y Bolivia, si bien es acertado por la historia de largo aliento, debe ser repensado para las últimas décadas ya que, como señalamos a lo largo de estas páginas, la cocaína ha comenzado a desempeñar un papel central en el andén Pacífico.

hacia el departamento del Cauca, a sectores como Guapi, Timbiquí y López de Micay. En los corregimientos ribereños de este departamento recuerdan que

[...] unos paisas empezaron a llegar a Carmelo, a San Alberto con los palitos. Ellos venían de Nariño y traían los palos de allá. Y uno, cuando eso empezó a dar ¡ayyy! La gente trabajaba hasta quince días para irse a comprar un kilo de palos de coca. (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, noviembre de 2018)

Entonces, como señala Taussig (2013) de manera contrafactual, hacía falta que llegara un agente externo a algunos de los lugares del Pacífico sur para que así se comenzara a sembrar la coca.

Algunos campesinos de la región desde la cual se movieron se valieron de los vínculos que tenían en el sur con las FARC para abrirse puertas y facilitar su establecimiento en el litoral. Campesinos cocaleros y algunos guerrilleros llegaron a las zonas rurales a comprar pasta base, y a arrendar y comprar tierra para cultivar. Prontamente se unieron a la cadena de producción de pasta base y cocaína y entraron a sumarse al grupo de *paisas* que para entonces vivían en las zonas rurales y urbanas de la región.

Sin embargo, el flujo de estas mercancías no se limita a un mercado regional. Hubo dos hechos importantes que contribuyeron y se articularon al proceso de expansión de la coca. Por un lado, se encuentra la innumerable migración de campesinos en la década de 1980, quienes, atraídos por los auges económicos fuera de sus ríos, “se vincularon con economías como la caña de azúcar, otros se fueron a trabajar en las bananeras en Antioquia y otros con la palma africana, en los llanos orientales” (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH 2009, 46). Además, un número importante de campesinos terminó en los departamentos de Putumayo, Guaviare y Caquetá trabajando en los cultivos de coca. Allí, consiguieron las semillas, trabajaron como raspachines y aprendieron parte importante del proceso de producción de la pasta base de coca, conocimiento que replicaron los migrantes que regresaron al Pacífico, posibilitando la expansión del cultivo en la zona. Como nos contó Gabriel, quien tiene varios cultivos de coca y también es químico, él estuvo alrededor de cinco años en el Caquetá. Las cosas allá eran muy distintas. La raspa comenzaba cerca de las cinco de la mañana y podía terminar a las cinco de la tarde. Debido a su larga estadía en ese lugar, también aprendió a hacer la *quimiquiada*. En la actualidad es uno de los tres químicos que trabajan en el curso alto de un río cercano a Guapi (Pedro J. Velandia, diario de campo, 27 de noviembre de 2017).

Un segundo hecho clave en este proceso de expansión de la economía cocalera estuvo ligado a la llegada de comerciantes *paisas* desde Antioquia, Valle y otras zonas del país, quienes comúnmente transitaban por los ríos, negociando ropa y remesas.

Paulatinamente, algunos de ellos se empezaron a interesar por la coca y se sumaron al negocio a través de la financiación de cultivos y de su establecimiento como compradores (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH 2009).

De manera similar a lo que ocurre con la minería mecanizada, el cultivo y procesamiento de la hoja de coca se tradujo en un aumento en las ganancias y la circulación de dinero en efectivo en los diferentes lugares del Pacífico sur donde tomó fuerza esta actividad. Asimismo, una variedad de actores económicos comenzó a orbitar en torno a esta economía. Cuidados principalmente por las FARC, que reclamaban un porcentaje a manera de impuesto por gramaje y comercialización de la coca, los cultivos dieron sus primeros frutos durante los primeros años del siglo XXI. Para entonces los paramilitares, en cabeza de alias Pablo Sevillano, avanzaban en busca del control de rutas, siembra y comercialización, de modo que, en las zonas donde lograron el dominio a sangre y fuego, llegaron a controlar ampliamente la producción de cocaína y hasta a desbancar a algunos narcotraficantes.

Los cultivos fueron tomando fuerza gradualmente como una alternativa de actividad económica en las zonas rurales, pues además de ser de rápida producción y poco volumen, “es una mercancía que el comprador llega a la puerta de su casa, ¿sí me entiende?”, como nos decía un cultivador cuando hacíamos cuentas de las ganancias que obtenía cada tres o cuatro meses; aunque al poco tiempo reconocía que esa “facilidad” en la venta derivaba pronto en monopolización por parte de unos pocos compradores.

Niños y adolescentes se vincularon como *raspachines* en los cultivos que se extendían en diferentes partes de los ríos. La relativa facilidad de la raspa con respecto a la minería, que ya estaban acostumbrados a hacer junto a sus madres después de salir de la escuela, fue uno de los atributos que mencionó un cultivador recordando sus primeros años como raspachín. Pero lo más llamativo para los niños fue ver materializado el trabajo en dinero, para comprar comida y para ayudar en sus casas; a la vez, se gestaban situaciones como la que recordaba Ezequiel:

Los niños se iban a los montes a raspar y se ganaban tres o cuatro billetes de 50.000, y llegaban al colegio y no llevaban cuadernos, sino que llegaba uno “yo tengo tres billetes”, y el otro, “yo tengo cinco”; por eso los profesores se empezaron a quejar. (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, 23 de septiembre de 2018)

Asimismo, la fuerza de trabajo familiar desempeñó un papel fundamental en la percepción de rentabilidad inicial pues, así como en el cultivo de alimentos, los integrantes de la familia asumieron roles, de acuerdo a su edad y género, en los distintos momentos de la producción. Los hombres adultos son los propietarios de los cultivos en muchos de los casos; ellos actúan como jefes y casi siempre ponen su fuerza de

trabajo. Los niños y jóvenes de la familia ayudan en la rocería, fumigación y cosecha. Las mujeres adultas también rozan, fumigan y preparan la comida para los trabajadores, esto último junto a las niñas y jóvenes.

No obstante, no es igual cultivar coca que alimentos con la familia. Así lo entendimos cuando un joven con quien habíamos hecho amistad nos explicaba, después de una agitada discusión con sus padres, las razones por las cuales no iba a trabajar en el tajo de coca o el colino de la familia, lo cual desencadenaba una serie de reclamos:

Yo puedo ir al colino, ir a rozar y yo no le voy a cobrar ese día a mi papá porque yo sé que uno está trabajando para la casa. Pero ¿la coca qué da? ¡Plata! Entonces lo que uno pide es que le den de esa plata [...] y yo necesito mi plata, ya viene diciembre, mejor me voy a la mina que sé que si algo sacamos, algo me va a tocar. (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, noviembre de 2017)

Una suerte de obligatoriedad revestía anteriormente el trabajo en el monte de la familia por parte de los niños y jóvenes, como ocurre con frecuencia en el mundo rural, y se sostenía en la naturaleza del beneficio colectivo de lo producido. Esta noción es fuertemente cuestionada con el cultivo de coca, máxime cuando, como vimos repetidamente, es el jefe de hogar quien recibe la mayor parte de las ganancias.

Por otra parte, el cultivo de la hoja de coca, en tanto actividad agrícola, no exigía la aplicación de conocimientos distintos al que ya poseía el campesinado negro de la región. Sin embargo, la recolección de la hoja, y más aún el procesamiento de esta para la obtención de pasta base, sí implicaba poner en marcha un proceso cuyas medidas, tiempos, insumos, etc. no eran de conocimiento común, sino que llegaban con las redes de migrantes compradores de pasta o, como dijimos, con locales que habían aprendido el procedimiento en otros lugares del país. Ese conocimiento se fue extendiendo, aunque a un ritmo mucho más lento que el de la raspa, pues además de tener un mayor nivel de complejidad, es hasta hoy celosamente guardado por los *químicos*.

Convertirse en químico es una aspiración frecuente entre los jóvenes, porque además de poder recortar costos en la producción del cultivo propio o familiar, les abre la posibilidad de recibir un mejor pago invirtiendo menor fuerza de trabajo que si se emplearan como raspachines, aunque lógicamente implica otras responsabilidades. Pero esto solo es así si logran acumular, por medio de la repetición, suficiente conocimiento, habilidad y experticia para convertir en el menor tiempo la mayor cantidad posible de hoja en pasta. Para los químicos que conocimos durante el trabajo de campo, esta es su principal y muy frecuentemente la única actividad productiva que realizan. Es así porque las jornadas de trabajo durante las temporadas de alta producción, cuando se avecinan las fiestas decembrinas o aumenta aceleradamente el precio de la pasta base,

difícilmente dejan algún tiempo para dedicarles al colino, la pesca o el arreglo de un patio cultivado; y también porque en los momentos de bonanza las ganancias se presentan como suficientes para la satisfacción de las necesidades existentes. Algo muy parecido ocurre con los operadores de retroexcavadora.

De este modo, podemos anotar que otro de los procesos derivados de las dinámicas de producción cocalera y minera fue la especialización laboral que, así como la concentración de la fuerza de trabajo, juega en contra de la movilidad entre actividades como estrategia de respuesta a las necesidades internas y los requerimientos externos, según lo planteaban Whitten y Friedemann (1974). En relación con este fenómeno pudimos percibir que los niveles de debilitamiento de la poliaktividad varían de acuerdo al lugar ocupado por los integrantes de la unidad familiar en el proceso de producción; es decir, el tiempo dedicado a los cultivos de alimentos se acorta más para los raspachines que para los dueños de los cultivos, en tanto estos últimos pueden usar más libremente el tiempo durante las jornadas de trabajo, pues bien pueden cosechar un racimo de plátano que crece junto a su tajo de coca, mientras que los raspachines o los químicos están allí con un fin específico, que se mide en gramos:

En el nuevo escenario el control del territorio no se reduce a la ocupación militar, el dominio que se ejerce se traduce en control de mercados, en inversiones, en actividades productivas o extractivas, pero igualmente en la imposición de un modelo de producción que tiene como núcleo la producción y comercialización de coca. (Villa 2007, 24)

La fumiga, la crisis y las relaciones con el Estado

Los fogones, tanto aquellos que están en las viviendas, avivados por el gas o la leña, pero también, y muy especialmente, aquellos que transforman la comida durante las jornadas de trabajo en el monte, en la playa, o los que viajan al ritmo de la marea sobre una balsada o un potrillo, llamaron poderosamente nuestra atención en varios momentos del ejercicio que da lugar a este escrito. Fue así porque teníamos la sensación, que comprobaríamos repetidamente, de que, en el abastecimiento, el trabajo y repartición de alimentos preparados en los distintos fogones podríamos aproximarnos a algunas de esas relaciones económicas que nos interesaban.

En una ocasión, buscando abastecer su propio fogón, uno de nosotros anduvo por cada una de las tiendas de una pequeña vereda en busca de un tomate para hacer alguna preparación. Los tenderos se extrañaban y hacían entender que no es un alimento común ni fácil de conseguir; “la única parte donde usted puede conseguir tomate es en los CAI, donde las madres comunitarias”, dijeron varios. Efectivamente fue en una

de las viviendas en las que funcionan los hogares comunitarios, nombrados localmente como CAI, en donde hallamos lo que buscábamos.

Una de las imágenes que comúnmente emergen al pensar en las zonas rurales del Pacífico sur es aquella caracterizada por la ausencia del Estado. No obstante, a lo largo del trabajo de campo y del movimiento por los diferentes ríos pudimos notar que este hace presencia de maneras muy particulares que se encuentran en estrecha relación con las dinámicas, tensiones e intereses que giran en torno a las economías que se han venido desarrollando en los ríos de la región. Lejos de considerar al Estado como una entidad abstracta, centralizada y distanciada de la cultura y de la sociedad, lo proponemos como un “efecto” de las prácticas cotidianas, de los discursos y de las múltiples modalidades de poder, en los que son las rutinas y prácticas diarias de la burocracia local las que hacen posible hablar de “el Estado” (Mitchell 2003; Gupta 1995). En este sentido, pretendemos dilucidar la manera en que, en el contexto del auge y crisis de cultivos ilegales en el Pacífico sur que trajeron consigo la presencia y control de grupos armados ilegales, el Estado se ha manifestado a través de la represión y de la violencia contra los habitantes —mediante fumigaciones aéreas, erradicación manual, represión, etc.—, para luego intervenir por medio de instituciones y planes traducidos en programas, proyectos y subsidios brindados a los pobladores. Estos, lejos de ser actores pasivos, se aferran a ellos intentando sacar el mayor de los provechos en medio de las visibles deficiencias con las que operan⁶¹.

Las intervenciones estatales han tenido lugar en la región desde la década de los años 1980 a través del programa de madres comunitarias. Para cientos de familias del Pacífico sur, el ingreso que proveen las madres comunitarias, ahora programas de primera infancia, amortigua las bajas en las actividades que realizan los demás miembros de la familia. Esta es una de las razones para que quienes hacen marchar estos programas localmente se esfuercen en mantenerlos, lidiando con las insuficiencias y debilidades con las que se ejecutan. Las mujeres mayores que hoy se desempeñan como cuidadoras de niños en los CAI recuerdan como, a finales de los años 1980, llegó el ICBF y el programa a sus pueblos; y ellas, llenas de salud y energía, se vincularon como madres comunitarias voluntarias. Años después comenzaron a pagarles \$ 12.000, que repartían entre la madre comunitaria y su ayudante, pues para entonces en cada vivienda atendían de 15 a 20 niños, muchos más que hoy⁶². Familia, Mujer e Infancia (FAMI), otro programa de hogares comunitarios, orientado a la atención alimentaria de niños menores de dos

⁶¹ Para profundizar en el tema de la fumigación de cultivos ilícitos y su efecto en las llamadas comunidades negras, véase Huevo (2017).

⁶² El descenso en la natalidad ha puesto en dificultades a las madres comunitarias en los últimos años, pues apenas alcanzan un mínimo de beneficiarios para que el ICBF no cierre algunos CAI.

años y madres gestantes, también genera algunos empleos y nutre los fogones de varias unidades familiares, pues generalmente la remesa que según el programa deben consumir los beneficiarios alimenta a toda la familia.

Para la misma década empezaron a aparecer figuras como el Banco Agrario y el Incoder que, a partir de préstamos a campesinos para sacar adelante actividades como la pesca y la agricultura —particularmente la plantación de palma africana en Tumaco—, terminaron llevando a la quiebra a varias familias que no tenían cómo saldar las deudas adquiridas, lo que irónicamente motivó a que los campesinos vieran en la coca una opción viable para adquirir ingresos. Comenta Apolinar Granja, representante legal de Consejo Comunitario Recuerdo de Nuestros Ancestros del Río Mexicano en el año 2016, para una nota de prensa:

La gente que venía de Putumayo alquiló o compró tierras y empezó a plantar. Venían con semillas y plata. Al principio la gente no les compró la idea. Había mucho miedo a lo que pudiera pasar. Pero la quiebra de muchas familias por las deudas con los bancos y el fracaso con los proyectos productivos de cacao y palma que el Gobierno había impulsado fueron llevando a que los hijos de los campesinos se metieran en eso. (Molano 2016)

Fue a partir del 2010 que se incrementaron las actuaciones por parte de las entidades estatales y empezaron a operar varios programas en la región del Pacífico sur: el programa de Cero a Siempre, el programa de víctimas y el programa de desplazados. El programa de Cero a Siempre, enfocado en brindar atención integral a niños y niñas entre los cero y los cinco años, entrega mercados mensuales a las familias y realiza algunos controles básicos de salud a la primera infancia. En variadas ocasiones, las mujeres de las veredas se reunían en la discoteca o en la escuela para que funcionarias del Bienestar Familiar, generalmente de la región, pesaran y midieran a los pequeños mientras que las madres firmaban varias listas de asistencia para recibir, al final de la jornada, el mercado prometido. No era extraño que algunas mujeres les pidieran el favor a sus hijas, vecinas o incluso a las mismas funcionarias que firmaran por ellas, ya que por recibir este incentivo no podían dejar de embarcarse al monte a trabajar.

Por su parte, tanto el programa de atención a la población desplazada como el programa de víctimas funcionan bajo la lógica de inscripción a Familias en Acción o al Registro Único de Víctimas, en las oficinas de las personerías municipales, la Defensoría del Pueblo o en los lugares destinados a la inscripción, en donde se deben entregar los documentos solicitados y, en el caso del programa de víctimas, dar una declaración sobre los hechos victimizantes. A partir de allí, cada dos o tres meses, las personas inscritas deben dirigirse a las cabeceras municipales para recibir el beneficio que oscila entre

los 400.000 o 500.000 pesos, dependiendo del número de personas que conformen el núcleo familiar. En estos casos, tener hijos menores de edad resulta ser un beneficio, ya que el incentivo también aplica a esta población, siendo los tutores quienes tienen el derecho de cobrar el dinero destinado.

Frente al programa de desplazados, Checho, un joven que se encuentra en proceso de formación como líder juvenil de uno de los consejos comunitarios del Pacífico sur, manifestó que, si bien se había resistido a inscribirse al programa por no haber sido nunca desplazado de su tierra, desde que empezó en todo su proceso formativo —en el que se acercó con mayor profundidad al tema de la legislación de las comunidades negras—, entendió que en su contexto hay que apuntarle a sacar tajada de cualquier beneficio que venga desde el Estado.

Vea, yo no lo había hecho por no quitarle el cupo a alguna persona que de verdad hubiera pasado por una situación difícil, pero ahora que ya conozco más de leyes y todo eso, ahora tengo es que aprovechar cada vez que pueda sacarle algo al Gobierno. (Luisa Vega, diario de campo, 24 de agosto de 2017)

Esta articulación con el Estado, sin embargo, no está exenta de conflictos, rupturas y disputas entre los consejos comunitarios y los habitantes de las veredas. Una noche, mientras cenábamos en casa de doña Berta, se acercó una mujer relativamente joven con su marido. Venía exclusivamente a pedirle a doña Berta el registro civil o tarjeta de identidad de la pequeña de seis años que vivía en la casa y que dos años atrás había sido adoptada por doña Berta. La mujer, que era la mamá biológica de la pequeña, necesitaba estos documentos para presentarlos al programa de víctimas y reclamar un beneficio económico ya que el papá biológico de la pequeña había sido asesinado por la guerrilla. En este momento la tensión fue notable ya que doña Berta miró a la mujer con asombro y le respondió: “Si usted quiere puede llevarse a su hija pa que la críe, aquí no me la trae más”, a lo que la mujer replicó diciendo que únicamente necesitaba los papeles. Más tarde, llegó doña Ana, quien tiene a su cuidado otra hija de la misma mujer, y exclamó:

¡Veee!, esa sí es mucha atrevida, es que cómo va a pensar que después de haber regalado a los hijos va a sacarles provecho y a ganar plata con ellos. Esa mujer los abandonó y no les ha dado ni un cuaderno para la escuela. (Diario de campo, Luisa Vega, 27 de agosto de 2017).

Por otro lado, se han extendido programas del Estado que, con apoyo de organizaciones no gubernamentales, han tenido como propósito fortalecer la soberanía alimentaria de la región del Pacífico sur. En estos casos, son los consejos comunitarios

los que se encargan de interlocutar con las instituciones y de ejecutar los proyectos en las veredas que más los necesiten. Sin embargo, esta lógica ha desplegado multiplicidad de conflictos y divisiones tanto dentro de las veredas como entre los consejos comunitarios ya que, muchas veces, la elección de las familias o personas beneficiadas es aparentemente hecha de manera arbitraria y los recursos se evaporan en poco tiempo.

Así lo revela la situación de varias mujeres mayores que fueron recolectoras de concha durante muchos años de sus vidas. Sin embargo, enfermas por el barro, el sol y el esfuerzo físico, desde hace ya varios años se retiraron de esta actividad. A su vereda llegaron varios programas que, a través de la crianza y venta de aves de corral, tenían por objeto generar ingresos económicos que solventaran sus necesidades cotidianas. Sin embargo, fueron muy pocas las mujeres mayores que resultaron beneficiadas, ya que la mayoría de los cupos “se quedaron en las mismas personas de siempre”. Doña Julia comentaba:

Nadie dice nada por no tener un problema mayor pero todos saben quiénes son y pues es injusto. Tristemente acá existen muchas como divisiones entre la gente y también con los del consejo, porque acá la gente tiene mucha envidia y cada quien busca es beneficiar a los suyos. Acá hay proyectos que deberían ayudarlo a uno que ya no puede trabajar por la enfermedad, pero no pasa nada, porque siempre escogen a los mismos que ni siquiera lo necesitan de verdad. (Luisa Vega, diario de campo, 4 de septiembre de 2017)

Este panorama se traduce en un crecimiento de la desconfianza y en el debilitamiento de las relaciones comunitarias que están ancladas a la incoherencia del planteamiento e impacto de este tipo de proyectos. Para este caso en particular, la vereda cuenta con alrededor de cincuenta mujeres que por diversos motivos se han tenido que retirar del manglar. Sin embargo, la cobertura del proyecto solo es de ocho beneficiarios.

Las diversas intervenciones del Estado se han ido implementando como alternativas económicas importantes para enfrentar y sopesar contextos de violencia y de crisis de las economías ilegales como la coca y la minería mecanizada. De esta manera, la inestabilidad laboral y la crisis o decaimiento de la poliaactividad encuentran en la vinculación a los programas de las entidades estatales una alternativa para asegurar una entrada económica, y en casos específicos, como los programas de alimentación, una fuente fija de aprovisionamiento de alimentos para la unidad familiar beneficiada.

“La gente se quedó en la calle”

Para finales de los años 1990, los cultivos de coca se extendían en todos los municipios del Pacífico sur. Las hectáreas sembradas crecían por miles y el Gobierno nacional,

en cabeza de Álvaro Uribe Vélez, en el contexto de su Política de Seguridad Democrática y atendiendo a compromisos internacionales en el marco de la “disminución de la oferta” de la guerra contra la droga, tomó la decisión de realizar fumigaciones aéreas con glifosato. Algunas instituciones, como el Instituto Nacional de Recursos Naturales (Inderena) y el Instituto Nacional de Salud, habían advertido en 1978 y 1984, cuando el Gobierno comenzó a considerar la medida para erradicar marihuana en la Sierra Nevada de Santa Marta, la impertinencia social y los efectos para la salud de los pobladores de las áreas fumigadas (Moreno 2015). Aun así, las fumigaciones para la erradicación de coca y marihuana se iniciaron en Colombia a finales de los años 1980, y en diciembre del 2000 llegaron con el Plan Colombia al andén Pacífico, empezando por Tumaco, Nariño.

De 2001 hasta 2016, recuerdan los pobladores rurales de la región que se repitió en distintos momentos lo que sienten como uno de los episodios más tristes de su historia reciente. En algunas zonas, la intensidad con la que ocurrió resulta difícil de creer, como en el municipio de El Charco, Nariño, en donde entre febrero y marzo de 2007 se llevaron a cabo seis fumigaciones, según lo denunciaba la Diócesis de Tumaco (2009, 116). “Yo lloré, yo tuve que llorar”, recordaba una agricultora guajuireña; y son tantas historias como gente las que se escuchan en los ríos de los días en que “el plátano se ponía todo negro”, los cultivos de maíz, arroz y otros alimentos tomaban aspecto quemado y se perdían completamente.

“Estamos agotados de la fumiga, nos ha matado todo la fumiga, el zapote, la naranja, el caimito, el aguacate, el zapallo, todo”, declaraba para los periodistas de Telesur (“Colombia: fumigaciones”, 2011) una vendedora de plátano en el casco urbano de Barbacoas, Nariño. Allí, en las cabeceras municipales se sentían los efectos en las *galerías*, nodos de comercio subregional, con desabastecimiento y abrupto crecimiento de los precios tras cada fumiga. Afectaciones en suelos y personas, como producto de las aspersiones en zona de frontera, fueron denunciadas por el Gobierno ecuatoriano en varias oportunidades entre 2000 y 2005, hasta que el Gobierno colombiano, presionado, suscribió un acuerdo en el que se comprometió a suspender las fumigaciones en una franja de 10 km.

La nefasta estrategia para lo que en 2005 el director de la Policía Nacional enunciaba como la medida para “erradicar cultivos ilícitos atacando el fenómeno del narcotráfico desde su raíz” (“Documentación cronológica” 2016) dio un duro golpe a la seguridad alimentaria de los habitantes del Pacífico sur, a la vez que sus consecuencias ambientales se sumaron a las afectaciones producidas por las actividades extractivas. La pérdida de las cosechas, el debilitamiento del suelo, y la crisis económica y social generalizada que desataba cada fumigación ponían a los cultivadores y no cultivadores literalmente a aguantar hambre, según nos contaron. Migrar a los cascos urbanos, por familias o individualmente, fue una de las opciones cuando el trabajo y la comida se redujeron al

mínimo. Telesur reportaba en su noticiero, en agosto de 2011, que a Barbacoas, Nariño, habían llegado 5.000 personas como resultado directo de las fumigaciones. También se presentaron para entonces desplazamientos intrafronterizos hacia Ecuador y otros países de Latinoamérica.

Juan recuerda el impacto económico, social y emocional de las fumigas en el departamento de Nariño, hacia el municipio de Magüi Payán:

¡Pum, hermano! Nadie se imaginaba que iban a fumigar. ¡Pum, hermano! Fumigaron. En ese entonces la gente no pensaba que el glifosato tenía tanta, o sea, que iba a afectar tanto. Hay gente que empezó a lavar los cultivos, empezó a lavarlos, ¿sí? Con la contra, empezó a lavar. Hay muchos cultivos que totalmente los recuperaron, pero otros, hermano, se desaparecieron. La gente a llorar, arrepentida la gente. Mucha gente que ya había sacado de cierta manera lo que había invertido pero otra gente hermano quedó en la calle, ¿sí? Quedó en la calle, después de tener 50 millones, cogerse 20, 30, cogerse 50 millones cada tres meses... hermano, se quedó sin nada. Las casas sin techar, porque empezaron después de las casas ser de madera empezaron la gran mayoría a construir en cemento, se quedaron a medias. Se quedaron jodidas, gente que ya no comía pollo, sino que ya le tocaba comer banano, después de tener mucha plata. (Entrevista con Juan Angulo, Bogotá, 4 de mayo de 2018)

Los consejos comunitarios de diferentes ríos denunciaron en repetidas ocasiones las afectaciones producidas a cultivos, fuentes hídricas y personas; sin embargo, las aspersiones se extendieron hasta 2017, dos años después de que el presidente Juan Manuel Santos ordenara su suspensión. En algunos casos cientos de campesinos se aglomeraron en el casco urbano para hacer notar la problemática a las autoridades locales y, como siempre, los alcaldes no pudieron hacer mucho. Hoy, ya andando en la zona baja del Pacífico y a puertas del desarrollo del Programa Nacional de Sustitución de Cultivos (PNIS), en el resto de la región este referente de acción toma fuerza, como nos lo dijo una cultivadora cuando le preguntamos qué iban a hacer si venían a erradicar o a fumigar la coca: “tirarnos todos para Guapi, a ver qué va a hacer el alcalde con nosotros”.

Con cada fumigación iban saliendo más personas de los pueblos. Uno tras otro iban llegando a ciudades como Cali, Buenaventura, Popayán y Bogotá los jóvenes raspachines, ahora con las manos vacías, a los mismos barrios de parientes y paisanos a donde llegaban opulentos en las bonanzas, pero ahora a *rebuscarse*. “Salirse del pueblo a volverse bandidos, y cuando los van a matar ahí sí llaman ‘tía, mándeme plata para el pasaje’, y vuelven a estarse sin hacer nada en el pueblo”, describía una mujer mayor

acerca del efecto de las fumigaciones. La movilidad ocurrida en estas condiciones ha hecho frecuente la escena que nos describen, el retorno forzado de estos jóvenes a sus pueblos, a donde van a esconderse cuando reciben amenazas de muerte o están a punto de ser capturados por hacer parte de grupos dedicados a actividades delictivas, como el hurto o el microtráfico.

Las fumigaciones aéreas se desarrollaban de manera simultánea al desenvolvimiento de una guerra armada sin precedente a lo largo de la región que, aunque no es nuestro objetivo reconstruir, abordaremos a grandes rasgos, a modo de contexto de las transformaciones que ocurrían en las actividades económicas y formas de vida en la ruralidad del Pacífico sur. Aunque ya desde los años 1980 se registra presencia de las guerrillas del ELN y las FARC en la costa del Pacífico nariñense y caucano, “en sus comienzos, las relaciones que se establecieron con la comunidad costera no interfirieron de manera significativa en el diario vivir de la población” (Defensoría del Pueblo 2014, 79), debido en gran medida a que “en un principio, el Pacífico sirvió como zona de descanso de las agrupaciones guerrilleras que por muchos años guardaron un bajo perfil bélico” (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH 2009, 43). La guerrilla del ELN tenía presencia en Guapi, Timbiquí y López de Micay, a donde habían entrado, avanzando desde la cordillera y por la vía Panamericana, por los ríos Micay y Naya (Vargas y Vázquez 2011), afluentes donde ejercieron dominio por veinte años. Por su parte, las FARC, que también tenían interés en los corredores que conducían al Pacífico, realizaron su ingreso por la región del alto y medio Patía, consolidando su influencia en lugares como López de Micay y Timbiquí, en donde crearon el Frente 29.

A mediados de los años 1990, la presencia de las guerrillas en la región empezó a transformarse por medio del aumento considerable de acciones bélicas, y se hizo sentir con más fuerza entrados los años 2000, como resultado de la expansión de la coca y del rompimiento del Frente 29 de los diálogos en el Caguán en 2002 (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH 2009). Para comienzos de siglo ambas guerrillas se habían insertado en la economía cocalera y tenían allí una fuente central de su sostenimiento. Para entonces, una avanzada paramilitar inició en el Pacífico sur, orientada a ganar el dominio de corredores estratégicos para la circulación de armas y mercancías ilícitas (coca y amapola), ya controladas por las guerrillas y los narcotraficantes. Los asesinatos de guerrilleros y de pobladores señalados de colaborarles fueron convirtiéndose en hechos cotidianos, inicialmente en Tumaco, Cabo Manglares, Bocas de Satinga, El Charco, La Tola, y luego en los pueblos de López de Micay, Guapi y Timbiquí, a donde se habían extendido los cultivos y se creaban nuevas rutas de producción y exportación de pasta base y cocaína.

Las fuerzas armadas del Estado, conformadas por Ejército, Policía y Armada Nacional, no estaban exentas de participación en el negocio del narcotráfico, ya que en múltiples casos se relacionaban directamente con los grupos armados y sacaban beneficios de la producción, transformación y comercialización de la coca por toda la región. Así lo afirma Juan, quien recuerda ser testigo del trabajo mancomunado entre los diferentes actores:

Cuando yo estaba había, o sea yo creo que el departamento que más coca tenía era el departamento de Nariño, sin desconocer que primero inició Putumayo. Pero el departamento de Nariño es un departamento que tenía droga en toda la costa pacífica de una manera impresionante, o sea que estaba muy relacionada también, o sea los grupos legales como el ejército y la policía tenían mucho que ver porque también se le pagaba impuestos. O sea, el kilo de coca se lo vendía ahí frentiado en el pueblo y nadie decía nada. (Entrevista con Juan Angulo, Bogotá, 4 de mayo de 2018)

El fin y comienzo de siglo se vio marcado para la región por movimientos de personas forzadas individual o colectivamente a trasladarse entre municipios y de la zona rural hacia las cabeceras municipales, por el fuego cruzado entre los distintos actores armados y las intimidaciones dirigidas directamente a la población. Lugares como Guapi recibieron migrantes de los ríos cercanos, mientras que en otros escenarios como López de Micay y Buenaventura la tendencia entre 1999 y 2007, tiempos violentos, fue al desplazamiento externo de sus pobladores (Flórez y Millán 2007). Desapariciones, acusaciones a la población civil de apoyar a uno u otro grupo, extorsiones, amenazas y ataques a las organizaciones y líderes que se atrevían a denunciar, etc. fueron el día a día durante más de una década en el Pacífico sur.

En los tres departamentos que conforman la región del Pacífico sur hicieron presencia durante la primera década del presente siglo los frentes 29, 30 y 60 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia; el Frente Comuneros del Sur, del Ejército de Liberación Nacional; el Bloque Libertadores del Sur, de las Autodefensas Unidas de Colombia; Águilas Negras y Rastrojos, por parte de las bandas criminales, y también fuerzas militares y policiales del Estado. Estos grupos se articularon y enfrentaron de maneras muy particulares en cada subregión del Pacífico sur. En 2008 se dio, por ejemplo, una articulación entre ELN y Rastrojos para enfrentar a las FARC, principalmente en López de Micay, pero estos últimos contraatacaron, lo que generó desplazamientos (Defensoría del Pueblo 2014). Y en muchos otros lugares las fuerzas militares del Estado y las autodefensas actuaban coordinadamente para debilitar a la insurgencia.

Los años siguientes no fueron mejores. Hubo estrategias para mantener el control de los corredores por donde ingresaban los insumos, como la instalación de retenes en las cuencas de los ríos Saija y Buvuei que fueron puestos en marcha por parte de las FARC, quienes habían establecido pactos con los narcotraficantes de la zona para la comercialización de pasta base (Defensoría del Pueblo 2014). Al finalizar la década, ya la guerra se había insertado, de distintas formas, en la vida de la gente negra del Pacífico sur. En 2010 un habitante de Maguá Payán narra para el portal *Verdad Abierta*:

La comunidad ha caído en eso de la violencia. Ya hasta hay bandas de niños de 8 y 10 años que roban a los adultos, y que se ponen los nombres de los grupos armados. La banda de los mayorcitos es la que de todos modos les gana siempre a las demás. Esa se llama La Banda de Uribe. (“Comunidades afro de Nariño” 2010)

Bandas criminales nacidas de la fallida desmovilización de las AUC pululaban en los centros urbanos; controlaban el microtráfico y ganaban terreno en el control de las bocanas, al punto que hicieron replegar a las FARC a “las zonas altas de los ríos Naya, Timbiquí, Saija y Guapi, en la medida en que no pudieron contrarrestar la oleada proveniente de Buenaventura y sur del Chocó” (Defensoría del Pueblo 2014). Pero en 2012 las FARC retomaron el control de varios de estos ríos, en parte porque en las zonas rurales ya habían estrechado lazos con los propietarios de entables de minería ilegal operada con retroexcavadoras y máquinas de gran tamaño, como bien nos contaba Camilo Montaña; además de que cobraban un impuesto por producción a las minas pequeñas.

En el año 2012, según las estimaciones señaladas por la Defensoría del Pueblo (2014), en el municipio de Timbiquí operaban alrededor de cien dragas (103) y hacían presencia varios grupos armados, lo que motivaba la sugerencia de esta entidad de la posible existencia de vínculos entre el narcotráfico, los grupos armados y la extracción aurífera. Las bandas criminales que operan en la región tuvieron desde su inicio un claro interés por controlar las zonas urbanas e incidir sobre el comercio local. Sus integrantes actúan como intermediarios en la circulación de insumos para la producción de cocaína y también como narcotraficantes (Defensoría del Pueblo 2014).

La presencia, avanzada y control que ejercen los grupos armados sobre el territorio y sobre las economías ilegales se da paralelamente a los procesos de titulación colectiva y a la conformación de los consejos comunitarios a lo largo del Pacífico sur. Aunque no es propósito de este texto ahondar sobre este tema, sí es relevante anotar que el ejercicio de la autonomía y gobernabilidad se dio en medio de un intenso conflicto entre grupos legales e ilegales, durante el cual la cotidianidad de los pobladores estuvo atravesada

por múltiples amenazas, desapariciones, persecución y muertes a líderes, así como por el miedo que silenciaba las voces que pedían a gritos autonomía y justicia.

Bonanza, crisis y nociones de bienestar: transformaciones en las formas de vida

Oro, coca, licor. El fragmento con el cual abrimos este capítulo forma parte del *Museo de la cocaína* en el que, recorriendo diferentes y muy intrincados pasillos, Michael Taussig persigue la “roca madre de la explicación” sobre el valor de estas tres mercancías. Para él, el lastre del mal y la posibilidad de monopolización son solo una parte de la explicación de la importancia que tienen estos tres productos; la otra gran parte, “y es por eso que son valiosos” (132), radica en que gran parte del tiempo viche, oro y coca retan los esquemas del mercado. Quisiéramos agregar, a partir de las historias y voces que recopilamos a lo largo de este capítulo, que el otro valor que tienen estos productos es que, a través del establecimiento de dinámicas particulares y del aumento en la circulación de dinero, terminaron por modificar considerablemente las formas de vida del Pacífico sur. La fuerte entrada de las economías del terror, la minería mecanizada y el establecimiento de rutas del narcotráfico ligadas al cultivo de hoja de coca para su procesamiento hicieron que lo que antes eran racionalidades económicas de subsistencia a través de la poliactividad se convirtieran en economías fluctuantes entre la bonanza y la crisis, con estrategias del disfrute, el derroche, la circulación del dinero y las formas bien específicas de enfrentar la crisis.

Para indagar por esos cambios en la forma de vida realizamos una entrevista con Camilo Arroyo, *don Ca*, personaje mítico en la ciudad de Guapi y que desde mediados de la década de 1970 ha experimentado los cambios que se han dado tanto en las zonas rurales como en el casco urbano⁶³. Hablando sobre las primeras apuestas mineras que él desarrolló en los diferentes ríos del Pacífico caucano, nos comentó que en esa época el sistema era la *mamuncia*:

En la época [1970-1980] había una cosa que se llamaba la *mamuncia*. La *mamuncia* es... todos por el oro. Yo tengo mi terreno, pongo de mi plata para los gastos y las ganancias se dividen en tres. La *mamuncia* son tres partes: la plata para devolver lo que se gastó; la del dueño del terreno, que también trabaja; y la de los trabajadores. (Entrevista con Camilo Arroyo Arboleda, Popayán, Cauca, 12 de abril de 2018)

⁶³ Sobre este personaje existe un documental, titulado *Don Ca*, en el cual Patricia Ayala (2013) muestra la vida y los pensamientos de Camilo Arroyo como una excusa para ilustrar, en buena medida, la historia de la violencia en la zona del Pacífico caucano.

Al escucharlo, y ante las similitudes que la mamuncia tiene con la lógica de los puestos, indagamos con Camilo Arroyo en torno a esto. A continuación, la respuesta en extenso:

Los puestos, los puestos. Ese fue el nombre que le puso la guerrilla, el nombre de la cultura nueva que entró. Ellos no se dieron cuenta a qué horas llegó una cultura nueva. Eso ya no es lo de nosotros. Ya uno no cabe ahí porque ellos ya hacen tiros al aire y güevonean, ya se emborrachan, ya meten putas a los campamentos. Lo de nosotros era sano, sano. Hablar cuentos del tío conejo y tío tigre. Los cuentos de ellos de la antigüedad, ni siquiera con alcohol porque al otro día había que trabajar duro. Y una alegría grande de buen oro era jolgorio, no era alcohol, ni rabieta, ni putas, ni nada. Claro, las muchachas visitaban el campamento, pero las parientas de ellas, entonces la una con el otro y visitaban, pues eso era lógico. Había orito, había que conquistar el hombre para, como dicen ellos allá: “ay, manito... un vestidito pal estreno del diciembre”. Ese tipo de cosas. Eso funcionaba pero eso no era prostitución. No era la puta que se emborrachaba, que fumaba que vamo a culiar. (Entrevista con Camilo Arroyo Arboleda, Popayán, Cauca, 12 de abril de 2018)

La respuesta de Camilo Arroyo ilumina buena parte de los cambios que impulsaron las economías mineras y coccaleras, y la presencia de múltiples actores foráneos, en las formas de vida del Pacífico sur. Ya que en las secciones anteriores nos centramos principalmente en lo que tiene que ver con los cambios en la articulación de las cuadrillas de trabajo y en la organización de los tiempos de trabajo, en este apartado nos centraremos en los cambios que tienen que ver con las nociones de bienestar, las estrategias frente al mercado y los cambios en elementos fundamentales como la corporalidad.

Vivir al día: rebuscarse

Pese a que es visible la pervivencia de prácticas de autoabastecimiento, el declive de actividades como la pesca de río es hoy inminente. En algunos pueblos solo unos pocos viejos se embarcan con sus mallas en busca de la presa para su red de parientes y cercanos. En alguna oportunidad nos embarcamos con uno de ellos, Melchor, un hombre calmo y conversador que comentaba, mientras bogábamos río arriba, “esos muchachos de aquí ya no le quieren de perder tiempo a esto”, y en ese momento recordamos que repetidamente nos había contado, mientras recogíamos una piola con decenas de anzuelos desnudos, que la pesca es una labor “a la que hay que perderle tiempo”.

Esta noción según la cual no existe total correspondencia entre el tiempo y la fuerza de trabajo invertida con la ganancia obtenida se ve fuertemente agrietada con

el posicionamiento de relaciones económicas como el pago a destajo o por producción, en las que dicha correspondencia constituye su espíritu, el espíritu de la pronta monetarización del esfuerzo, suficientemente tentadora, sobre todo para las generaciones de jóvenes. Comenta un artesano guapiense en su taller:

Aquí la minería acostumbró a la gente, trabajan y cogen en cantidad y rápido, a eso se acostumbraron los jóvenes, así ¿cómo van a sembrar un colino?, ¿cómo van a echar un maíz? Si es que eso se demora, eso lleva tiempo. Además, si lo que cogen lo gastan en lujo, en revólver y trago, no les queda nada para levantar la siembra otra vez. (Entrevista, Guapi, Cauca, 13 de agosto de 2018)

En general, el producto de las actividades que históricamente se han realizado en el Pacífico sur, tanto para el sustento como para la comercialización, están dotadas de un alto grado de fluctuación, pues están sujetas a condiciones que desbordan el control y la experticia del pescador, el cazador o la agricultora. Pero esto no representa un problema para quienes lo han hecho siempre, pues se entiende como parte de la naturaleza de la actividad. De hecho, esta fluctuación es un elemento constitutivo de la racionalidad económica que podría resumirse como *vivir al día*, una lógica de no acumulación que sorteja la inestable circulación de productos y dinero mediante el despliegue de relaciones económicas como el fiado, muy importante en las redes de circulación de productos y servicios a nivel local.

Entre los años 1990 y la primera década del actual siglo fue posicionándose paulatinamente el cultivo de coca, en algunos lugares, junto o como antesala de la minería mecanizada; y en otros, el corte de madera y palmito, la pesca, el concheo o la agricultura se reacomodaron para convivir con esta nueva actividad, también inestable y mucho menos controlable para el campesinado, pero que ponía a circular cantidades de dinero nunca vistas en este contexto. La racionalidad económica de no acumulación aunada a unas necesidades históricamente insatisfechas derivó en un primer momento en la cobertura de estas urgencias y a continuación en una serie de consumos nuevos, en algunos casos suntuosos y excesivos, que a la postre terminarían por leerse también como necesidades, especialmente para los más jóvenes.

Al casco urbano de Guapi, Timbiquí, El Charco, La Tola, Barbacoas y Bocas de Satinga comenzaron a llegar cantidades de artículos, electrodomésticos, motores fuera de borda, tejas de zinc y cemento, que abastecían los crecientes consumos de la zona rural y urbana. En los corregimientos y veredas la gente cambió, en algunos casos por primera vez, las tablas viejas y desgastadas de los pisos y paredes de sus viviendas; compró e instaló sanitarios y algunos muebles; y la comida fue variada y abundante. Para las familias cultivadoras, esta nueva labor significó el mejoramiento de su calidad de

vida y, contrario a lo que se pensaría, no se debilitaron inmediatamente los cultivos de alimentos, sino que en principio se fortalecieron; “la gente sembraba en medio de la coca el plátano, el coco y toda la comida”, “este pueblo desde arriba se veían más palmas que casas”, recuerda Marcial, un amigo cultivador.

Con las bonanzas también se hicieron posibles nuevos consumos. La ciudad, poco conocida entre la gente de las veredas, sueño y delirio para los jóvenes, llegó a ser un escenario accesible. Los viajes de fin de semana a Cali entre los jóvenes raspachines se convirtieron en un lujo alcanzable con horas y horas de *raspa*. Allí, opulentos, pagaban noches de hotel, prostitutas, ocasionalmente drogas e infaltablemente alcohol, mucho alcohol. Totín, un chico que hoy tiene veintisiete años, nos contaba cómo en 2010, en las épocas más prósperas de los cultivos, pagaba un vuelo a Cali y recordaba en alguna ocasión haber dejado algo como tres millones de pesos en la capital del Valle, a cuenta totalmente de la fiesta. Esa movilidad campo-ciudad ambientada por el derroche y los excesos es uno de los fenómenos que las personas identifican como catalizador de la entrada de sustancias como marihuana y cocaína en los círculos de consumo festivo, principalmente de los hombres jóvenes de estos pueblos.

De esta manera, como producto de estas movilidades, algunos jóvenes empezaron a consumir drogas de maneras más visibles y recurrentes en las veredas, un hábito que para los mayores está asociado a las grandes ciudades. Juan cuenta cómo, en el auge de la siembra y procesamiento de la hoja de coca en la década de 1990, los campesinos se abstenían tanto de comercializar la coca como de consumirla. Sin embargo, ahora se puede observar que en las noches de fiesta, a la entrada de las discotecas, grupos de jóvenes, que por lo general trabajan para algún *caballo*, se meten un par de líneas para continuar con la rumba.

Hay que reconocer que la gente del pueblo muy poco consumía. Nosotros la cosechábamos, pero jamás, jamás la gente metía la droga, muy poco. Ahora muchos cogieron ese vicio por mucha gente que venía de afuera, que había vivido en Cali. Pero la gente, la gente sí muy poco en ese vicio de consumir la droga. (Entrevista con Juan Angulo, Bogotá, 4 de mayo de 2018)

Los cultivadores más favorecidos por los auges compraron o construyeron viviendas en centros urbanos como Florida, Pradera, Candelaria y Cali, todos en Valle del Cauca. Allí, en barrios en los que ya se habían establecido algunos de sus paisanos, se fueron conformando verdaderas colonias de propiedades y gentes ribereñas. Una minoría invirtió en montar restaurantes y estanquillos en la ciudad. Antes de esto, nos contaba un charqueño, el referente de ciudad para los habitantes de Iscuandé, La Tola, y Satinga, hasta antes de convertirse en un nodo de narcotráfico regional, a donde

quienes lograban reunir el dinero iban a comprar o construir sus viviendas, era el casco urbano a Guapi. Así los auges de la coca y la minería mecanizada fueron el motor de movi­lidades y procesos de transformación de los núcleos urbanos. No obstante, para algunos, los más holgados, que compraron propiedades en estratos altos, estas inversiones terminaron en unos pocos años por ser insostenibles.

Y cuando ahora la bonanza se acaba, más visiblemente en la zona de Llorente, pero igualmente en la Costa Norte y en la Zona Centro, queda el hambre, la depresión, los precios de la canasta familiar altos, la desconfianza entre vecinos, la emigración... y quedan también casas lujosas de varios pisos y vidrios polarizados con su letrero “de venta”, cuyos dueños se han ido a las nuevas “tierras prometidas” del negocio de la coca, más al norte, en la Costa Pacífica Caucana y Chocoana. (Diócesis de Tumaco 2009, 39)

Una tarde de domingo, salimos a hacer un recorrido por algunas veredas ubicadas a la orilla del mar. A diferencia del resto de lugares en donde habíamos estado, allí nos encontramos con casas ostentosas de dos o tres pisos, con vidrios polarizados, planta de energía, acabados exorbitantes. Sin embargo, la mayoría se encontraban cerradas y se podía percibir un estado de abandono. Ante nuestro asombro, varios pobladores nos comentaron que esas casas pertenecían a los narcotraficantes y *caballos* más influyentes de la zona que actualmente se encontraban presos, muertos u ocultos de la ley. Allí solo se veía entonces el rastro de lo que fueron los mejores momentos para los narcos y para las veredas en donde se establecieron. La anterior anécdota es clave para comprender que a los auges los siguen indefectiblemente caídas. Tarde o temprano las cosas no van bien para el *caballo* local, se caen los viajes, otros grupos armados legales o ilegales empiezan a presionarlos, el precio de la pasta base cae, o en ocasiones los compradores locales dejan de “financiar” a los cultivadores y de comprar la pasta. El dinero empieza a escasear, pero el deseo ya está creado. La primera vez que llegamos a una de las veredas de Guapi fue un domingo a eso de las seis de la tarde; serían las diez de la noche cuando salimos de la casa donde nos íbamos a hospedar, caminamos hasta la calle principal y nos encontramos con una fiesta en furor. La gente bailaba en la calle principal al ritmo de salsa cubana en dos tiendas y una discoteca. Las copas llenas de aguardiente, ron y whisky circulaban de mano en mano. Eran buenas épocas para los cultivadores.

Pasaron las semanas y bajó el precio de la pasta, muchos hasta se fueron a las minas, pero la fiesta se mantuvo, aunque lógicamente con diferente intensidad, durante todos los siete fines de semana que estuvimos allí. La embriaguez es un estado común de fin de semana entre algunos hombres de entre diecisiete y cuarenta años; y con ella, la violencia, principalmente hacia las mujeres y los niños. ¿Pero no eran también enormes

fiestas, con baile y buena cantidad de alcohol, las que describía Whitten (1992) hace medio siglo? ¿Por qué razón, entonces, las fiestas de hoy generan tantas críticas entre los mayores?

Anteriormente la gente se enfiestaba, claro, el 13 de junio, en la fiesta de San Antonio, en diciembre, pero no era cosa así de cada ocho días como estos muchachos de ahora que se han tomado ese trago así, tan a pecho. (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, conversación informal, noviembre de 2017)

El exceso en el consumo de alcohol es solo uno de los efectos regionales producidos por las bonanzas. En un documento titulado “¡Que nadie diga que no pasa nada!” (Diócesis de Tumaco 2009), en el que se lee la desesperación con que los religiosos buscan llamar la atención de la situación en la que se encuentra la costa pacífica nariñense, ellos destacan:

Se sabe del hijo que —todavía niño o joven— abandonó sus estudios por querer tener parte de la bonanza, y ahora camina con su cadena de oro y tenis de marca puestos, fajo de dinero y arma en el bolsillo, y ya “nadie lo manda”; de la jovencita que se deslumbra por el dinero que la espera después de la venta de su cuerpo; del joven de algún barrio que se droga para aprender a matar; los prostíbulos que abren sus puertas en los últimos rincones de los ríos, trayendo periódicamente “oferta” nueva desde Pasto y Cali. Durante el año 2008 se miraba los nuevos negocios de las “pirámides” con la gente apiñada alrededor esperando una renta exorbitante, mientras la morgue en el cementerio ya no daba abasto para tanto cadáver, o las pandillas de adolescentes en Satinga y niños durmiendo en las calles de Tumaco, cosas hasta ahora desconocidas en esta costa de Nariño. (39)

Un generalizado distanciamiento de la educación por parte de las generaciones de jóvenes, que germina en fenómenos como la inasistencia y la deserción escolar asociada a las temporadas de cosecha de hoja y los auges en las minas, es otro de los efectos más lamentables de las economías ilegales. Miles de jóvenes del Pacífico rural sueñan con ir a una universidad, fortalecer sus talentos, mejorar sus conocimientos, y ese es el motor de muchos para migrar hacia las ciudades. Sin embargo, otros, no pocos, aquellos que experimentaron la abundancia y el exceso, ven más probable para alcanzar sus objetivos inmediatos vincularse como trabajadores asalariados en las ciudades, continuar como raspachines hasta que el cuerpo aguante o unirse a alguna estructura armada.

Esto último ha sido desde los años 1990 una opción entre los jóvenes. Al comienzo, la oferta venía de estructuras como las FARC, el ELN o grupos paramilitares, pero hoy,

al haber estructuras más pequeñas de narcotraficantes consolidándose, principalmente después de la salida de la guerrilla de las FARC de distintos ríos, los jóvenes se vinculan además a las redes de seguridad de los patrones y mandos medios de tales estructuras. Allí, armados e ilusionados con tener dinero y poder como sus patrones, se los ve cuidándolos mientras se embriagan o propician peleas en las que frecuentemente ellos terminan heridos o muertos por balas disparadas sin piedad por sus contemporáneos del bando contrario. Así lo evidenciamos el 19 de agosto de 2017 al llegar a Limones, corregimiento de Guapi, Cauca, el día después de que, en medio la celebración de las fiestas patronales, se presentara una balacera entre los grupos de escoltas de un jefe del ELN y el *caballo* local por el excesivo cobro de vacunas por parte de la guerrilla, según se rumoraba en el río.

Las personas expresaban su rabia por lo ocurrido, reprochaban sin miedo que, en medio de las decenas de personas aglomeradas, entre ellos muchos niños, abriesen fuego sin contemplación y sabotearan con sangre la fiesta de la Santísima Trinidad, el momento más importante del calendario religioso de su pueblo. En varias mujeres notamos la tristeza al contar el saldo del enfrentamiento, la vida de tres hombres jóvenes, dos de ellos limoneños. Ese momento nos hizo dimensionar la guerra desde nuestro propio miedo e impotencia, pero además llamó nuestra atención acerca del generalizado acceso a armas que existe hoy en las zonas rurales y urbanas del Pacífico sur. Y aunque no es un tema fácil de tocar, pudimos constatar que las actuales redes de narcotráfico orquestan, además de la llegada de armas para sus trabajadores, el fácil acceso para las decenas de jóvenes que han visto la correspondencia entre armas y poder, y sueñan y trabajan por tener una⁶⁴.

Otra alternativa que resuena en los jóvenes es la de transportar la coca desde las desembocaduras de los ríos o desde las bocanas hasta Buenaventura, en donde por viaje pueden ganar entre 3 y 5 millones de pesos o hacer viajes más extensos —y riesgosos— hacia Panamá, Guatemala y México, en donde la ganancia supera los 20 millones de pesos. Esta opción la pudimos observar con mayor fuerza hacia las veredas ubicadas en las bocanas de los ríos ya que, aunque allí no hay tajos o laboratorios para conseguir pasta base, sí se encuentran *crystalizaderos* ocultos en los manglares que, al estar a unas pocas millas de las bocanas, son lugares propicios para ocultar y comercializar la droga. Por esta razón, estas zonas cuentan con la recurrente presencia de narcotraficantes o

64 Tal situación en el contexto regional actual, en el que la erradicación manual o forzada ya ha empezado a ocurrir con resultados negativos en la parte baja del sur del Pacífico, es imposible ver sin preocupación la formación de verdaderos ejércitos de civiles atados mediante compromisos económicos y simbólicos con estos patrones que no dudarán en enfrentarlos a otros jóvenes soldados en algún lugar de las más de 57.000 hectáreas cultivadas en el presente en el Pacífico, concentradas principalmente en las tierras bajas.

caballos de alto nivel que atraen a jóvenes que estén dispuestos a correr cualquier riesgo en nombre del dinero.

En una conversación con Mello, un joven de 22 años que ha hecho ya varios viajes hacia Centroamérica y que anda presumiendo su pistola y su dinero a las muchachas de la vereda, expuso que los recursos económicos que dejan las actividades como la pesca y el concheo son muy bajos —alrededor de 500.000 pesos mensuales—, por lo que entrar al negocio de la coca es una buena alternativa a pesar de los riesgos que son propios del oficio. En el río donde habita Mello, es común entonces encontrar grupos de hombres jóvenes de otros ríos —sobre todo de Mosquera y Satinga— que andan con su revólver a la vista, y que en las noches abordan y conquistan a las muchachas que se dejan deslumbrar por los regalos que recurrentemente les hacen —celulares, ropa— o por el dinero que les regalan cada vez que se encuentran. Sucede, incluso, que los familiares de las adolescentes las alientan para que establezcan vínculos emocionales con estos hombres —mucho mayores y, por lo general, con mujer—, ya que también gozan de los “beneficios” que esto acarrea.



Figura 35. Joven escuchando música, concentrado en su celular

Fuente: fotografía de Eduardo Restrepo.

De esta manera, los nuevos consumos y deseos empiezan a adquirir cada vez mayor dependencia de la economía cocalera, de sus ritmos de trabajo, de los ingresos económicos que genera dependiendo de la demanda, y de sus relaciones con la violencia y con el mercado ilegal. De acuerdo con Villa (2007):

En muy poco tiempo la cultura se transforma, la resolución de los conflictos tiene como mediación las armas, los nuevos valores tienen su medida en el dinero y la tradición amenazada por el naufragio es apenas memoria que algunos guardan y que la erigen en bastión para resistir, pero que de modo dramático al disponerse a defender su territorio y cultura les convierte en objetivo militar, y luego, en desterrados que habitan los centros urbanos y en consumidores de miseria. (25)

Retomando, con el advenimiento de las crisis, en un contexto de debilitamiento de las actividades de autoabastecimiento, el lugar que en otro tiempo tuvo el fiado va siendo ocupado, en niveles diversos, por el endeudamiento en las tiendas y gasolineras, para comer, para moverse e ir a trabajar, para encender la planta de energía familiar y ver la novela de moda. Cuando el precio de la pasta baja demasiado, los cultivos de coca llegan a ser apenas sostenibles gracias al trabajo familiar. Los campesinos del Pacífico sur deben rebuscarse en algunos casos al nivel de la subsistencia, y fue precisamente en las épocas de bajas en las economías extractivas cuando notamos la importancia que llega a tener la relativa autonomía de los agricultores frente a estas. Mientras el arroz *vacío*, es decir, sin presa, y el chivo (plátano) cubren la alimentación de uno o varios días en la vivienda de raspachines y mineros, el pescado, el plátano, la papachina, las frutas, el cacao y otros alimentos que se obtienen por efecto de la reciprocidad parecen nunca faltar en las viviendas de los agricultores. Entonces, la cacería, la pesca de río y el trabajo en el *colino* toman un protagonismo sorprendente para ambos tipos de unidad familiar.

Sin embargo, creemos que los modos de experimentar los auges y declives son una expresión de un complejo entramado de materialidades, economías y significados que se han visto transformados. De ahí que sea necesario comprender algunas de las nociones que hicieron, por mucho tiempo, sostenible aquella racionalidad de *vivir al día*. En cierta ocasión, compartíamos con un docente guajuireño que, como nosotros y muchos de sus paisanos, ven en el declive de la poliactividad uno de los efectos más visibles asociados a las nuevas economías. Las palabras con las que nos expuso su punto de vista resultan lo suficientemente ilustrativas para justificar su cita en extenso:

Aquí hay un dilema de la gente que, si por ejemplo alguien comenzó trabajando mina, todos corren para la mina; que salió la coca, y todos van para allá. La gente corre para un solo lado y únicamente hacen eso [...] ven que la mina dio unos

pesos y descuidaron el maíz, descuidaron el plátano y todos los cultivos, entonces, con lo poco que consigues allá debes comprar de todo. [...] Anteriormente hacían así, llegó la cosecha de arroz en el estero, se iban, recogían y amontonaban en la casa y ahí mismo iban pilando e iban comiendo; llegó la cosecha del maíz, vamos allí; igual con el plátano; y con el pescado también, porque se iban sus ocho días para la mar y cogían su cantidad de pescado y lo secaban, ese pescado bien bonito. Entonces ellos nunca les faltaba, ellos veían que la alimentación era la base. Eran quince días a la mina, y quince días a los cultivos para tener plata y comida, pero la gente hoy quiere trabajar los treinta días en la mina. Y el pesito que les dejaba la mina ellos lo guardaban, lo tenían allí, ¿por qué? Porque no tenían en qué gastarlo. Pero ahora la gente *no usa bien el tiempo*. [...] El colino le da tiempo a usted de trabajar en la mina, usted en una semana siembra una hectárea de colino y lo deja allá; se va a la mina y vuelve a los seis meses, lo amarra y lo limpia; y a los nueve meses ya va cogerlo... pero la gente de hoy no usa bien el tiempo. (Entrevista a Gustavo Cuero, Guapi, Cauca, 16 de septiembre de 2017)

Al ser la alimentación una prioridad, como bien lo destaca Gustavo Cuero, las actividades extractivas para la consecución de dinero se organizaban en torno al cultivo de alimentos, la cacería, la recolección y la pesca principalmente. Cuando las actividades de las que derivaban algún dinero se veían afectadas por los ciclos ecológicos o variaciones en el mercado, tenían el respaldo alimentario, gracias al intercambio y las redes de circulación entre los poblados de los ríos y en el interior de estos. No en vano le señalaba una joven timbiquireña a Taussig que los jóvenes se hallaban frecuentemente abrumados por la monotonía de sus pequeños pueblos, “pero los viejos, ellos no están aburridos, excepto cuando hay poco para comer” (Taussig 2013, 78).

Comer sabroso, abundante y alimentos *sin química* representaba mucho más que gestionar la reproducción de la vida, según nos explicaron en varios momentos. Alimentarse bien era una condición indispensable para mantener la buena salud y la *fuerza*, es decir, el bienestar físico, siempre necesario para experimentar la buena vida. Agregaba un agricultor que se unió a la conversa con el profesor Gustavo:

No se da de cuenta que si se come un plátano natural se está cuidando de muchas enfermedades. No veamos lo que nos vamos a echar al bolsillo, sino veamos el tiempo que vamos a vivir, cómo lo vamos a vivir, y que lo vivamos sanos.

Esta afirmación nos hizo eco en alguna oportunidad en la que acompañábamos, y aprendíamos, acerca de la recolección de arroz en un poblado en donde menos de diez familias continúan sembrando. “Seño, ¿y ese arroz es para venderlo?”, preguntó alguna.

José y Esperanza, nuestros guías, se miraron entre ellos, sonrieron y ella respondió: “¿vender arroz para comprar arroz de chuspa con química?, no comadre, esto es para nosotros comer” (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, agosto de 2017). Acceder a alimentos libres de químicos es una de las motivaciones principales para que los agricultores insistan en sembrar alimentos, aun en condiciones adversas, como ausencia de herramientas que optimicen el trabajo o estrategias para enfrentarse a las plagas. Probablemente en el pasado el asunto de la limpieza de los alimentos no fuese tan mencionado, pero hoy, a los ojos de los mayores, los cuerpos debilitados y enfermizos que caracterizan a las nuevas generaciones tienen una amplia relación con los químicos que se consumen en los alimentos.

Adicionalmente, *usar bien el tiempo* suponía distribuirlo entre diversas actividades, como también permitir el descanso de su principal herramienta de trabajo, su propio cuerpo, otra de las condiciones para preservar la fuerza física. Como anotamos en el capítulo acerca de las actividades económicas, la ordenación del tiempo de trabajo está determinada por, entre otras cosas, la idea según la cual trabajar estando enfermo solo agudizará el malestar y el cuerpo terminará por perder la energía ya debilitada por la enfermedad. Pero aun sin tener el cuerpo afectado por algún malestar, el descanso tenía un tinte de obligatoriedad, y estaba gobernado por el calendario religioso y festivo de cada pueblo. En esta dirección, un minero y agricultor ya mayor opinaba:

Anteriormente los viejos tenían por ley trabajar solo de lunes a viernes, el fin de semana era para hacer las cosas de la casa, cortar una leña, limpiar el patio, esas cosas, y para descansar, claro. Así se gana tiempo, gana salud, se puede tener el cuerpo descansado, pero todo ese tiempo en esa mina, no. (Entrevista con José Vidal, Guapi, Cauca, 13 de septiembre de 2017)

Esta noción sustenta las críticas de los viejos al trabajo en días festivos, dominical y nocturno en las minas y tajos de coca, ese que ocurre cuando el canalón brilla; “compa, ahí es que uno no se quiere salir de ese hueco, así sea de noche uno ya sabe que ahí está la plata”, como nos contaba un joven minero. Simplemente, las cadenas de valor de estas mercancías no entienden de estos ritmos.

El cuerpo indica cuándo debe ocurrir un receso. Un ejemplo es el periodo menstrual⁶⁵, tiempo en que se espera se interrumpa cualquier actividad en el monte. Amalia Orobio, una mujer de setenta años, nos lo explicaba diciendo:

⁶⁵ Aunque no hay que olvidar que en ese momento se ponen en juego otros elementos, como las temperaturas del cuerpo, los fluidos corporales, etc., explorados por varios autores (Losonsczy 2006).

[...] esa frialdad es muy dura para ir con la menstruación a la mina, el agua de peña es muy fría y eso acaba a la mujer. Aunque para las de ahora eso no tiene que ver, y por eso es que aparecen con problemas en los ovarios y esas enfermedades. (Entrevista con Amalia Orobio, Guapi, Cauca, 4 de septiembre de 2017)

Rocío, una joven de veintisiete años, también anotaba en esta dirección: “antes no existía miomas, quistes, nada de eso, y ahora estamos recién jovenciando y comenzamos con esos problemas” (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, noviembre de 2017). Aunque muchas mujeres jóvenes nos contaron que conocían de los perjuicios que les podía traer obviar esta norma, como ser picadas por una culebra o enfermar por el frío, varias reconocieron haber ido a la mina cuando la situación económica apremiaba, aunque casi siempre como cocineras. Así, las transformaciones propiciadas por las economías minera y cocalera han logrado traducirse en experiencias corporales, alimentarias; en términos de Merleau Ponty, se han hecho carne y no solo economía.

5. CONFIGURACIÓN REGIONAL

Transitar por los ríos, manglares, bosques y poblados del Pacífico sur supone encontrarse con escenarios en los cuales hay una enorme circulación de mercancías y personas en circuitos y flujos regionales y subregionales. Desde los puertos de Buenaventura y Tumaco hasta el Ecuador, desde las cabeceras de los ríos y sus afluentes hasta los esteros compuestos por manglares que llevan al mar, transitan a diario personas, dinero y mercancías que articulan el Pacífico sur a dinámicas y lógicas del mercado.

A partir de las actividades económicas descritas en el segundo capítulo, consideramos necesaria una aproximación que permita comprender la dimensión regional del Pacífico sur con el fin de caracterizar los circuitos por los cuales se desplazan las mercancías, el dinero y los actores que, de distintas maneras, confluyen en espacios de producción y consumo en la región. En este capítulo buscamos analizar lo que sucede con los recursos y materias primas que resultan de las diferentes formas de explotación económica (silvícola, minera, agrícola, pesquera, etc.), mediante la caracterización de las rutas y los medios de comercialización a través de los cuales se desplazan las mercancías producidas en el Pacífico sur. Asimismo, intentamos comprender cómo se configuran y relacionan diferentes escalas espaciales —los ríos, las veredas, los pequeños y medianos poblados, y las ciudades— a través de densos y dispares procesos migratorios que ponen en evidencia la inserción de los campesinos negros en espacios regionales de diversa amplitud (Hoffmann 2002).

Nuestra propuesta es, entonces, señalar las formas en que el Pacífico sur está más allá de las fronteras demarcadas por los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño y la cordillera Occidental. Siguiendo algunas de las mercancías a través de sus diferentes redes y nodos económicos, como lo recomiendan los estudiosos del tema (Appadurai 1991; Douglas e Isherwood 1990), analizamos la forma en que existe una enorme cantidad de flujos comerciales que ponen en relaciones desiguales a los campesinos negros con otros actores como los *paisas*, los grupos armados, el Estado, etc.

Igualmente, caracterizaremos las más importantes redes de migración a través de las cuales los habitantes del Pacífico sur se desplazan a otros lugares, tanto en Colombia como en otros países.



Figura 36. Venta de pescados, Tumaco

Fuente: fotografía de Axel Rojas.

Siguiendo la propuesta de Mann (2005) sobre las locaciones y las localidades⁶⁵, consideramos que un análisis sobre las racionalidades económicas y las formas de vida campesinas en el Pacífico sur que se limite a pensar en clave de locación, es decir, que

⁶⁵ En el caso específico de Gregory Mann, quien analiza la forma en que las historias de los soldados de las colonias francesas que participaron en la Segunda Guerra Mundial iluminan diferentes relaciones entre metrópoli y colonias, afirma sobre el uso del término *localidad*: “In my usage, locality, the identity of a place, is the product of histories that create particular social forms, types of community, and vectors of memory while generating possibilities for the future. Localities enable meaning” (Mann 2005, 410). En ese sentido, pensamos que seguir la migración, que se da en diferentes locaciones pero que aparece como una localidad, es fructífero porque

mantenga su mirada centrada únicamente en los procesos que ocurren dentro de las fronteras de los tres departamentos, pierde de vista procesos esenciales de las dinámicas económicas amplias. Es en ese sentido la propuesta de localidad, desarraigando la noción puramente geográfica y teniendo en cuenta lo porosos y móviles que son los procesos a partir de, solo por mencionar nuestro caso, los flujos de mercancías y los procesos migratorios, es mucho más enriquecedora. Esto por cuanto permite ampliar la mirada para seguir capturando procesos centrales como la migración de jóvenes a las ciudades, en donde replican relaciones económicas fundamentales de los espacios rurales y, también, en donde las dinámicas sociales los hacen ocupar espacios laborales específicos.

El capítulo se estructura de la siguiente manera. En el primer apartado se caracterizan los medios de transporte y las nociones de movilidad, distancia y desplazamiento desde los cambios experimentados por los habitantes de la región a partir del ingreso de motores para el desplazamiento por medios acuáticos. En el segundo apartado se analiza la circulación de mercancías en lo que llamamos mercados regionales, haciendo especial énfasis en la forma en que desde y hacia nodos clave, como Tumaco y Buenaventura, circulan mercancías que permiten extraer las materias primas producidas en la región, y también son indispensables en el abastecimiento alimentario de esta. En el tercer y último apartado nos centramos en las particularidades de las migraciones que perviven en la memoria de los *viejos* y de las que han ocurrido en las últimas décadas de las zonas rurales de los ríos del Pacífico sur hacia las ciudades. Lo anterior con el propósito de elaborar algunas reflexiones sobre la forma en que estos procesos migratorios están articulados a los vaivenes de las economías extractivas de la región, que en un momento convocan a cientos de personas en pequeños poblados y en otro las expulsan hacia tierra ajena, adonde llegan forzados o motivados por deseos y necesidades propias de su época.

Movilidad y medios de transporte

En uno de nuestros viajes de regreso, mientras al compás de dos motores 200 pasábamos por las diferentes bocanas que hay entre Guapi y Buenaventura, comenzamos a hablar con don Horacio, un hombre cercano a los consejos comunitarios del río Tapaje. Luego de explicarnos cómo funcionan los barcos y lanchas pesqueras, don Horacio nos comentó el gran cambio que él, junto a su padre, experimentaron en la articulación entre los espacios rurales y urbanos del Pacífico sur y que se expresó principalmente en las formas de transporte. De manera breve señaló:

ilumina el modo en que las formas de vida campesina del Pacífico sur se atan a procesos más amplios mientras se cargan con sentidos particulares.

Pues sí, amigos, eso que hago yo ahora de ir de un día pa'l otro de Guapi a Cali, eso antes no se podía. Yo voy a visitar a mis hijos que están en la ciudad, pero ahora porque es fácil. Uno viene a Guapi, para que sus dos, tres días. Luego pega pa'l puerto, y si quiere puede estar el mismo día en Cali, y si tiene plata, pues se va en avión y ya en Bogotá. Pero antes no. Antes solo se podía viajar en barco, y el servicio no era tres veces a la semana, solo una vez. En esa época uno tenía que saber para dónde iba a coger y cuándo hacerlo. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 27 de septiembre de 2017)

Además de estos cambios en la oferta de los medios de transporte, varios habitantes del Pacífico sur han experimentado modificaciones en las nociones de movilidad y distancia que se han producido, principalmente, por la llegada de gran cantidad de motores fuera de borda. Nos comentaba don Horacio: “En Playa Bazán, donde yo vivo, nadie sale a potrillo, no. Bueno, no nadie. Solo muy pocos, los que no han tenido con qué comprar motores. Pero de resto, todo es a motor, y no se baje de un treinta” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 27 de septiembre de 2017). Los cambios en los medios de transporte, materialización de diferentes bonanzas económicas, afectan de manera directa las nociones de distancia y las posibilidades de desplazamiento.

Una mañana, en el curso alto de un río, varias personas estaban esperando transporte para bajar a Guapi. Uno de los hombres que iba a trabajar al monte comenzó a molestar a una de las mujeres: “Oiga, comadre, venga y yo la llevo a potrillo. Eso al medio día ya estamos allá. Yo le cobro. Pero solo son tres medios millones porque a mí es al que me toca bogar” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 21 de septiembre de 2017). Las risas no se hicieron esperar. Ante este tipo de comentarios indagamos con las personas mayores sobre las nociones de movilidad. La gran mayoría nos comentaron que antes se desplazaban entre los pequeños poblados y las cabeceras municipales en potrillo. Como señaló una mujer: “Claro, hijo, uno antes a Guapi se iba era a potrillo. Se demoraba medio día. Hasta tocaba comer en el potrillo. Y allá usted amarraba en un arriadero, hacía lo que tenía que hacer y se regresaba con el agua subiendo, porque o si no, no tenía cuándo llegar”.

Esta articulación entre las zonas rurales y las cabeceras municipales y los largos desplazamientos “a canaleta” eran el resultado, en la mayoría de los casos, de la necesidad del abastecimiento de la canasta básica. Como nos contó Juan Angulo, un habitante de Magüí Payán, la estrecha relación de su poblado con Barbacoas se expresaba en la necesidad del desplazamiento para poder conseguir la remesa. Con el paso del tiempo, y especialmente con la llegada de los motores, la inversión de tiempo y fuerza para el desarrollo de esta tarea se vio disminuido. Señala Juan:

Nosotros hemos dependido siempre de Barbacoas. [...] Barbacoas, de una u otra manera, es la que abastece a Magüi y Roberto-Payán. Cuando iban a hacer los mercados, nos íbamos a canaleta, desde el río Magüi hasta Barbacoas, o sea, tirando canaleta. Ahorita, de Payán allá a la bocana, donde justamente cae el río Magüi, estamos hablando en un motor 40, estamos hablando aproximadamente de unos veinte minutos. En un 15 estamos echándonos casi una hora, más o menos. Y a canaleta estamos hablando prácticamente de tres o cuatro horas, sí, en ese tiempo, y teniendo en cuenta si el río crecía, si estaba seco, eso variaba mucho. De ahí a Barbacoas se echaba hasta días. (Entrevista con Juan Angulo, Bogotá, 4 de mayo de 2018)

Entonces, las nociones de lo regional, de la distancia, y de las conexiones entre las zonas urbanas y rurales se han visto rápidamente modificadas en las últimas décadas. Como lo muestran los ejemplos citados, la noción general era que antes, a pesar de configurarse como una misma región, la gente rara vez realizaba largos desplazamientos, o los hacía con bastante planeación, debido a la falta de servicios de transporte entre zonas urbanas y los puertos de Buenaventura o Tumaco. Como nos comentaron muchas de las personas que en algún momento de su vida fueron andariegos y que formaron parte de las redes migratorias que describiremos en otro apartado y que los llevaron a salir de Colombia, ellos tenían que planear cuándo salir y regresar:

No, compa, eso no es como ahora. Cuando yo me fui para Venezuela salí en día malo y me tocó esperar como una semana para conseguir transporte para el Valle. Ya en Venezuela la primera vez que vine fue como a los cinco años de haberme ido, porque antes era más difícil, casi no había transporte y todo se sentía lejos. Ahora todos los que se van, a menos que tengan que trabajar, vienen que sus ocho o quince días para diciembre. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 29 de noviembre de 2017)

Esos cambios en el acceso a nuevos medios de transporte, y el aumento en la oferta semanal del servicio entre las diferentes ciudades del Pacífico sur y los puertos de Tumaco y Buenaventura, se han intentado profundizar con nuevos proyectos que buscan crear rutas de acceso y salida de la región, especialmente por medios fluviales, y que han sido financiados por multinacionales, grandes empresas y hasta el Estado colombiano. En la actualidad el Gobierno de Colombia, a través del Plan Todos Somos PAZcífico, busca construir una acuapista que, con recursos y financiación externa, espera convertir 500 kilómetros de esteros en vías rápidas que conecten cabeceras municipales, corregimientos y veredas, con el puerto de Buenaventura, uniendo e integrando el flujo comercial entre Chocó, Valle, Cauca y Nariño.

Por medio de la estructuración, a corto y mediano plazo, de un plan de intervenciones en los canales navegables y nodos de acceso (muelles y malecones) del sistema de esteros del Pacífico se buscará implementar el sistema integrado de transporte fluvio-marítimo del Pacífico Sur o Acuapista. Este plan considerará la localización de muelles para el tránsito seguro de pasajeros y mercancías, y tendrá en cuenta el mejoramiento de las condiciones de operación y el fortalecimiento institucional. El objetivo de la Acuapista del Pacífico es obtener reducciones en los tiempos de recorrido y costos de operación para carga y pasajeros, favoreciendo el transporte intermodal y mejorando la seguridad en la navegación, la operación del sistema de transporte y la accesibilidad a las diferentes subregiones del Litoral Pacífico. Se espera beneficiar directamente a más de 400.000 personas, de los municipios del área de influencia. (*Plan Todos Somos Pazcífico* 2016, 42)

Este panorama pone sobre la mesa cómo las estrategias y tecnologías usadas para optimizar las rutas de acceso y salida de la región están articuladas de manera visible con intereses económicos de agentes, empresas e instituciones que acentúan la idea del Pacífico sur como despensa de recursos y materias primas. Además, desde los cambios en las nociones de distancia y desplazamiento, producto de experiencias de movilidad particulares que se atan a procesos como la articulación del Pacífico a redes comerciales globales, o el ingreso de motores fuera de borda, los campesinos negros de la región consideran la integración regional y la movilidad dentro de esta como un elemento fundamental. Dicha interconexión y las diferentes formas de desplazamiento permiten, entonces, que una gran cantidad de mercancías y materias primas entren y salgan de la región a través de diferentes medios de transporte que caracterizaremos a continuación.

Vías fluviales

Al ser considerada una región acuática, “caracterizada por tener el mar al frente, los ríos atrás y la lluvia suspendida o precipitándose sobre el territorio selvático” (Almario 2009, 79), los botes, lanchas rápidas y canoas navegan a diario entre los ríos, caños y brazos que conforman el Pacífico sur, además de grandes barcos de hierro y de cabotaje que comunican los puertos fluvio-marinos, como Buenaventura, Tumaco, Guapi y El Charco. En los botes, lanchas y canoas circulan a diario personas (que se movilizan constantemente entre los grandes y medianos poblados que conforman la región), productos (que no son producidos localmente y que abastecen negocios como graneros, ferreterías, bares y discotecas, entre otros) y materias primas (que son extraídas de los montes, ríos y mares para, desde los puertos regionales, ser transportados hacia Buenaventura y seguir su ruta de comercialización nacional o internacional).

Los botes son el medio de transporte local y subregional usado por las comunidades campesinas negras con mayor frecuencia para la movilidad y circulación local. A diario se ve en los ríos, esteros y bocanas un agitado movimiento de canoas —hechas en madera o en fibra de vidrio— que transitan en diferentes direcciones acompañadas por el sonido que producen sus motores. Algunas van cargadas con racimos de plátano, naranjas, cocos y pescados; en otras se alcanzan a observar mallas de pesca, motosierras, canastos y bateas; algunas más van llenas de estudiantes que retornan a sus veredas después de la jornada escolar; y buena parte transporta a las cuadrillas de trabajadores de distintas actividades o de gentes que se movilizan entre asentamientos y poblados. Aunque, en menor medida, también se divisan niños o adultos que en sus potrillos van a algunas curvas del río o de los manglares a colocar o revisar trampas para agarrar pescado y jaiba o que usan este medio para movilizarse por el río de una casa a otra. En los lugares en donde el potrillo continúa teniendo una gran importancia es en los pueblos dispersos, donde dirigirse a una casa vecina, ir a la tienda o a la iglesia supone siempre moverse por el río. Allí, niños de no más de diez años actúan como expertos sobre el potrillo, llevando mandados y razones.

La llegada de los motores fuera de borda dio paso a transformaciones en las nociones de distancia y en las formas de circular por el territorio. Además de acortar los tiempos de movilización entre las veredas y los lugares de trabajo o los medianos y pequeños poblados para diligencias o compraventa de productos, se redujo considerablemente el esfuerzo físico invertido que implica transportarse a canaleta. Aunque es común observar la presencia de mínimo un potrillo en cada casa, su uso se ha ido relegando a desplazamientos cortos que conducen a sitios de pesca y trabajo, a asentamientos cercanos o al desarrollo de actividades como recolectar agua dulce en pozos aledaños.

Así, tener un motor fuera de borda se ha consolidado como una necesidad indispensable, por lo que muchos campesinos negros no lo piensan dos veces antes de pedir préstamos al Banco Agrario para adquirir una de estas máquinas que, según la potencia, pueden llegar a costar más de setenta millones de pesos. La mayoría de los hogares cuentan con un motor de 15 HP que tiene un costo de alrededor de \$ 6.000.000, mientras que los dueños del comercio —legal o ilegal— tienen como mínimo un motor de 200 HP que vale casi 50 millones de pesos. Lo anterior permite entrever distinciones económicas encabezadas en lo regional por los paisas, que son por lo general los dueños de los graneros, las discotecas, las gasolineras, los aserraderos, las dragas, los barcos pesqueros, así como de las producciones que resultan de la siembra de palma africana, coca, naidí, entre otros.

La entrada de los motores supuso una disminución en la recolección de ciertas especies animales producto del ruido que generan los motores. En prácticas como la cacería, los cazadores que habitan los cursos medios y altos utilizan de preferencia el

potrillo como medio de transporte al momento de realizar esta actividad. Indagando con uno de los más avezados cazadores de la parte alta de un río, quien se precia de haber realizado 36 tiros en una semana y haber capturado 36 conejos⁶⁶, nos comentaba que las presas cada vez son más difíciles de conseguir. Su explicación se debía a que los motores se están moviendo hasta entrada la noche, lo cual ahuyenta a los animales de las orillas, donde salen a beber. El cazador se tiene que embarcar cada vez más tarde, cuando la noche está clara, para poder encontrar algo a qué dispararle. Prefiere hacerlo solo porque, en su experiencia, hasta el sonido que produce el canaleta al bogar mal puede ser un sonido de alerta para el animal (entrevista con Mechengo, Guapi, Cauca, 17 de septiembre de 2017).

La pesca también se ha visto modificada y afectada por la entrada de los motores fuera de borda, ya que, como lo cuenta un pescador en la zona de Nariño, estos asustan a los peces y mariscos que habitan en el agua:

Imagínese que, en el tiempo de los pescadores, ellos pescaban, echaban malla y ellos no golpeaban, ellos echaban la malla y ahí cuando mucho con el canaleta le daban unos dos golpes así en el agua. ¡Ta! Y ya, listo, a buscar su malla y ya sacaban pescado. Y ahora como dicen, la nueva generación pescadora, a como van echando la malla la soltó y agarra el motor y ahora sí a darle vueltas por dentro de la malla y ahora sí empieza a golpear. Imagínese usted si yo la malla la levanto de ahí y dentro de un rato la clava en ese puesto, ¿será que va a agarrar algún pescado? Si el ruido del motor y el tropel. ¡A dónde no se pierden! (Entrevista con Ernesto Cruz, El Charco, Nariño, septiembre de 2017)

Como bien relata don Ernesto, los motores han reducido notablemente la productividad de la pesca en ríos y esteros, no solo por el ruido que producen sino por la contaminación que provocan, teniendo en cuenta que funcionan gracias a una aleación entre aceite y gasolina, conocida localmente como “preparada”, que es comercializada en grandes cantidades por toda la región. Al llegar a El Charco, un pequeño poblado ubicado en Nariño a las orillas del río Tapaje, es sorprendente la cantidad de construcciones flotantes que distribuyen combustible; un galón, que cuesta 10.000 pesos, alcanza para transportar en promedio a tres personas por trayectos de máximo cuarenta minutos. Durante todo el día se observa un agitado movimiento de botes y lanchas que llegan desde las veredas con gentes que necesitan acceder a un control médico, realizar diligencias bancarias o institucionales, abastecerse de productos y mercancías que

66 En el Pacífico sur se le dice conejo a la guagua.

no son autoproducidas, vender la producción de sus actividades económicas, asistir a un velorio, un entierro o a una celebración, tomar uno de los barcos de cabotaje para viajar hacia los grandes poblados, visitar amigos o familiares, etc. Todos ellos, antes de retornar a sus asentamientos, pasan por las gasolineras y compran el combustible necesario para el trayecto que les espera.

Además de su uso para el desplazamiento, tanto los motores fuera de borda como el combustible son esenciales para el desarrollo de las actividades económicas que tienen lugar en el río, el monte o el manglar. Son instrumentos necesarios para la movilización de las cuadrillas de sus veredas hasta las zonas de trabajo, para la operación y funcionamiento de las motosierras, las dragas, las retroexcavadoras, los elevadores y los trapiches. Además, su uso es fundamental en la transformación de la hoja de coca en pasta base y en su distribución. Por lo tanto, definen en gran medida cómo operan relaciones económicas como el endeude, la pacha o el puesto en los casos en que la inversión en gasolina representa un porcentaje importante de la producción o comercialización.

El consumo diario de combustible en el Pacífico sur hace que el negocio de su compraventa sea muy lucrativo, sobre todo cuando es contrabandeadado desde Ecuador⁶⁷, en donde la diferencia del precio en comparación con Colombia es abismal: “el galón de gasolina colombiana cuesta en promedio \$ 10.000, pero el ecuatoriano cuesta la mitad, desequilibrio que impone el contrabando” (Molano 2017, 31). Mientras que a mediados del 2011 el precio de un galón de gasolina corriente en Colombia se encontraba en 4 dólares, en Ecuador se conseguía a menos de la mitad de este precio (Guerrero y Thome 2012). Así, era común que habitantes negros de las zonas de manglares y de las bocanas de los ríos aprovecharan los viajes de comercialización de la piangua, realizados en grandes botes ecuatorianos hacia San Lorenzo, para de vuelta traer consigo de 50 a 60 latas de gasolina que era comercializada localmente.

Don Juan, experto en el arte de la pesca en esteros y a quien últimamente no le había ido muy bien en su labor, decidió trabajar como marinero en uno de estos botes y aprovechó para traer consigo pipetas de gas doméstico y gasolina para venderla en su vereda. Esto le permitió cambiar su posición dentro de las relaciones económicas de la pesca, ya que en vez de ser él quien pedía fiada la gasolina para salir a su faena y pagarla con las ganancias de su producción, ahora se convertía en el proveedor de esta, fiándola a los pescadores o recolectores, con lo que lograba obtener ganancias que eran, en muchos casos, el triple del dinero invertido.

⁶⁷ A pesar de que durante 2017 la producción petrolera en Ecuador disminuyó en un 3,4 %, desde hace algunas décadas buena parte de la economía de este país dependía del crudo, lo que hizo que emergiera como una potencia en la producción de combustible (“La economía de Ecuador creció 3 % en 2017” 2018).

Aunque hay una fuerte presencia de fuerzas militares en los límites de ambos países, el transporte ilegal del líquido es un riesgo comúnmente asumido. Sin embargo, con la agudización del narcotráfico en la región, el contrabando de combustible y de armas se disparó en la frontera, por lo que han aumentado los controles fronterizos y los puntos de vigilancia. Uno de ellos está ubicado en Mosquera, en donde la Armada Nacional realiza requisas a los botes y, en caso de llevar combustible, decomisa la embarcación y la carga. Por lo general, después de todo un proceso sancionatorio, el bote es regresado a su dueño, pero sin una lata de gasolina para retornar a la vereda. En algunos casos, campesinos y comerciantes han ido presos a Tumaco o a San Lorenzo y han tenido que pagar grandes sumas de dinero para recuperar su libertad.

Estas razones han hecho que muchos pobladores, sobre todo mayores, se abstengan de seguir realizando estos viajes, que ya no consisten únicamente en el contrabando de combustible y gas doméstico, sino que ahora incluyen armas, municiones y cocaína. Aunque saben bien que pueden obtener un gran beneficio económico al realizar estos viajes, también entienden los riesgos que asumen no solo de ser sorprendidos por la ley sino además por el peligro que implica navegar a mar abierto durante toda una noche. Aun así, los hombres más jóvenes sí se ven tentados por esta opción, por lo que es común que ocupen los cargos de marineros, achicadores y motoristas en los botes ecuatorianos bajo el mando del dueño de la embarcación, asumiendo la responsabilidad de ocultar debajo de los inmensos costales de concha pacas del alcaloide y de devolverse por entre los esteros o por mar abierto cargados de contrabando. De hecho, hay embarcaciones que trafican alrededor de 150 tambores de gasolina y que lo dejan oculto en alguna playa o pueblo antes de ingresar al puerto.

En la actualidad, la mayoría de los puntos de venta de combustible en el Pacífico sur pertenecen a los dueños de maquinaria minera, a los comerciantes de piangua —que en algunos casos ejercen contrabando—, a los dueños de las tiendas, graneros y aserríos, pesqueras y despensas en las galerías de Buenaventura y Tumaco, y a intermediarios o jefes de las estructuras de narcotráfico. Muchos de estos son colonos, comerciantes e intermediarios en las cadenas de producción, que tienen el capital para invertir en el Pacífico sur y fortalecer economías extractivas que despliegan desigualdades e intensifican la violencia. Además, es usual que tengan vínculos con grupos armados legales o ilegales que facilitan el tráfico fronterizo, regional y subregional.

Lo anterior se evidencia en los pequeños y medianos poblados ubicados en el curso medio de los ríos en donde prácticas como la minería y el cultivo de coca tienen preponderancia. Allí es común encontrar varias estaciones de servicio de combustible administradas por paisas, como llaman localmente a migrantes de Caquetá, Putumayo, Antioquia, Quindío, Caldas y Risaralda, que a lo largo de las últimas décadas han llegado al Pacífico sur y se han consolidado como los mayores comerciantes de la región.

Atraídos por los dueños de las bombas que años atrás llegaron a la región buscando terrenos y opciones para establecerse comercialmente en los ríos, los paisas continúan su despliegue comercial atrayendo a sus familiares y amigos de sus mismos pueblos de procedencia para que administren y manejen sus diversas actividades comerciales.

Sin embargo, el proceso está lejos de ser homogéneo. El hecho de que el monopolio comercial en muchos lugares de la región se encuentre en manos de los paisas no significa que la migración por parte de estas personas suponga un éxito automático, sino, más bien, unas prácticas diferenciadas que, al estar atadas a una particular ética de trabajo, permiten que la gran mayoría de ellos logren posicionarse en puntos centrales de los diferentes poblados y comiencen a monopolizar varias actividades económicas. Como señalaba un habitante del Pacífico nariñense: “los paisas nunca descansan. Cuando todos andan en su jodedera y descansando, los paisas son los que están haciendo plata”.

Esta noción general se ilumina con el caso de los paisas que ostentan el monopolio comercial en lugares como Barbacoas y Magüí Payán. Como nos comentaba Juan, la mayoría de los paisas llegaron al poblado con carretas y vendían de manera ambulante elementos de poco valor. Tiempo después comenzaban a fiar alguno de los elementos y a establecerse en pequeños locales comerciales. En sus propias palabras:

Los paisas que hay en Magüí, en Roberto-Payán y en Barbacoas, que en su mayoría están ubicados en Barbacoas, algunos tienen familiares en Barbacoas. Y, claro, cuando los paisas llegan a nuestros pueblos, la guerrilla ya estaba. [...] Ellos llegan con el fulgor del oro, primero. Los paisas a nuestros pueblos primero llegan con una mano adelante y otra atrás, que no tienen nada, ellos llegaron vendiendo en una carreta, ¿sí?, o vendiendo cualquier cosita, eran cosas muy baratas [...] luego cambiaban la modalidad de un momento a otro, donde la gente ya no les compraba en efectivo, sino que iban dejando las cosas y pasaban en quince u ocho días a pedir la plata. Después fueron cambiando las modalidades, ya no vendían en carretas, sino que se ubicaban en partes específicas donde había comercio, como en el centro, y ya uno los miraba vendiendo más chucherías, como llaman en el Pacífico, son cosas baratas, sino que ellos se ubicaban en una parte del parque; hacían como unas caséticas de madera con una piccita de madera y ahí dormían. (Entrevista con Juan Angulo, Bogotá, 4 de mayo de 2018)

De igual forma fueron llegando al Pacífico sur, con las olas de repunte de las minas y la coca. Y, como nos seguía comentando Juan, esta suerte de escalamiento comercial iba mejorando con el paso del tiempo. Como parte de su historia familiar, atada a la llegada de uno de los paisas que se convertiría en uno de los principales comerciantes de su pueblo, su abuela comenzó por arrendarle la casa que quedaba en una de las esquinas

principales de Magüí Payán. Desplegando una de sus estrategias, el paisa propuso que el arriendo no se pagara con dinero en efectivo, sino que él se encargaría de hacer arreglos y refacciones a la vivienda y, dependiendo de la diferencia, la abuela de Juan pagaría ese dinero en efectivo. Luego de varios años, la deuda ahogó a la señora y, en un momento de aprietos, ante la petición del dinero invertido, el paisa terminó quedándose con la casa. Esta historia que, como nos comentaba Juan, explica por qué las casas del parque central de Magüí Payán son propiedad de foráneos, muestra una de las estrategias que permiten a estas personas posicionarse en medio de influyentes redes comerciales a partir de las cuales se convierten en dueños de supermercados, graneros y gasolineras.

En las zonas rurales en los corregimientos y veredas, los paisas montaron pequeñas tiendas en donde vendían más artículos que los ofrecidos por los tenderos locales. Whitten (1992) anotaba que “la tienda es una fuente de ingresos relativamente confiable, y que quienes las establecen pueden ejercer movilidad vertical” (194), como efectivamente podemos ver que ha funcionado para la colonia paisa en el Pacífico sur. Así se dio inicio a uno de los procesos más interesantes y poco explorados de la historia económica de la región: la migración, principalmente desde Antioquia, Risaralda, Quindío y Caldas, de cientos de personas que hoy manejan la mayor parte del comercio regional y propician la fuga de buena parte del capital producido por las economías extractivas, legales e ilegales.

Para las gasolineras es común que algunos paisas vivan en la casa de sus patrones o en habitaciones construidas dentro de la misma bomba. Cuentan con terrenos para cultivar plátano y galpones, además de tener entre su utilería una o dos lanchas con motor. Los paisas construyen lazos de amistad cercanos y configuran colonias que, sobre todo en el caso de las mujeres, se abstienen de tener mucha cercanía con la gente del pueblo o vereda donde habitan. Solo cuando necesitan realizar alguna transacción o surtirse de remesas transitan por el pueblo o, en caso de que migren con sus hijos, cuando estos asisten a las instituciones educativas presentes en el poblado.

Este distanciamiento se debe a la percepción que tienen los migrantes paisas con respecto a la población negra campesina, fundada en estereotipos que los describen por su falta de iniciativa y visión; no se trata más que de nociones diferentes de uso del tiempo y el trabajo. Así lo afirma el administrador de una bomba de gasolina: “Mire esta estación. Está bonita, el patrón le ha invertido. Ahora mire el taller del lado, es un taller de motores. Está descuidado porque acá prefieren pasar los días bebiendo y sacando cualquier excusa para no trabajar” (entrevista con Antioquia, Iscuandé, Nariño, abril de 2018).

Cada gasolinera cuenta con una o dos bodegas. Las más grandes pueden llegar a albergar 11.000 galones de gasolina y 8.000 de ACPM. Para el caso de Nariño, la mayoría del combustible proviene de Yumbo, Valle del Cauca, y es transportado en carrotanques hasta Tumaco, para luego ser trasladado en tanqueros, embarcaciones de hierro o



Figura 37. Barco tanquero surtiendo bombas de gasolina de las veredas a lo largo del río Guajuí
Fuente: fotografía de Alejandra Gutiérrez.



Figura 38. Bomba de gasolina, El Charco, Nariño
Fuente: fotografía de Luisa Vega.

lámina, a las estaciones de servicio. De acuerdo con el marco legal, especialmente por la ley de fronteras, cada bomba tiene un límite de pedido y venta mensual de alrededor de 9.000 galones de gasolina. Cuando la carretera hasta Tumaco se encuentra bloqueada, o en pésimas condiciones, y es imposible que los carrotanques lleguen a su destino, es usual que el tráfico de combustible desde Ecuador aumente considerablemente. El tráfico también se incrementa cuando la demanda del preciado líquido, como producto de las prácticas de minería mecanizada, crece. Aunque, entre líneas, el operador de una de las estaciones de servicio comentaba que ellos tienen un registro de la gasolina legal que venden, bajo ciertos parámetros, a los mineros. Sin embargo, hay muchas prácticas que permiten que esa cantidad sea más alta de la que está permitida por ley.

La importancia del combustible cobra sentido si se tiene en cuenta que en las partes medias y altas de algunos ríos operan hasta 7 retroexcavadoras, y que cada una de ellas trabaja 21 horas diarias en 3 turnos de 7 horas. Así, cada máquina gasta en un día de labor 12 tambores de gasolina, que corresponden a 720 galones de combustible. Actualmente, cada tambor tiene un costo de \$ 530.000; es decir, que la operación diaria de una draga requiere de una inversión de combustible que oscila entre los 6 y 7 millones de pesos. A esto se suma el consumo local de combustible en otras formas de minería mecanizada y su uso cotidiano e indispensable para otras actividades económicas y para el funcionamiento de los motores fuera de borda. El posicionamiento de la nueva ola de explotación de recursos está directamente relacionado con el protagonismo que tiene el combustible en los procesos de producción, en las redes de narcotráfico y minería mecanizada; en la vida económica de la gente. Así, comprender las redes, dinámicas, actores y acuerdos por medio de los cuales circula el combustible en el Pacífico sur contribuiría a una comprensión más amplia del extractivismo actual en la región.

Cada estación de servicio cuenta con tácticas para tener clientes fijos que, de acuerdo con Arturo, administrador de una de las 13 gasolineras legales de un pequeño poblado, se basan en dos estrategias: por un lado, los administradores venden a los campesinos el galón de gasolina pura o preparada un poco más barata que el valor usual; por otro lado, enganchan a sus clientes a través del endeude: les fían la gasolina a pequeños mineros quienes deben saldar su deuda con el oro extraído. De esta manera, los paisas compran el gramo de oro a 80.000 pesos para mandarlo a vender a poblados medianos, como Guapi, El Charco e incluso Tumaco, a 82.000 u 83.000 pesos, lo que se traduce en una ganancia de 2.000 o 3.000 pesos por gramo. El negocio se muestra realmente rentable cuando logran reunir entre 500 o 600 gramos de oro que les generan un buen ingreso económico aparte del sueldo mensual que adquieren por administrar las estaciones de servicio.

Si bien, antes el fiado era una alternativa común, son pocas las bombas que siguen esta lógica. Por un lado, mineros han ido a la quiebra y han quedado endeudados

tanto con las gasolineras como con los sitios en donde fían la remesa. Por otro lado, cuando fían combustible a los campesinos negros, algunos les han quedado mal y han empezado a comprar en otras estaciones de servicio. Como nos comentaba Arturo, el “hambre del oro” es un problema porque una persona puede sacar en una lavada una buena cantidad del preciado metal para poder continuar con su vida de manera tranquila; sin embargo, la necesidad de seguir el brillo hace que terminen endeudados por combustible para la operación de las máquinas. Cuando Arturo llegó de Belén de Umbría al Pacífico nariñense hizo cuentas del dinero que le adeudaban a su patrón y la suma alcanzaba alrededor de 40 millones de pesos.

Los pocos campesinos negros que venden combustible lo hacen bajo la lógica de la reventa. Se surten de las estaciones de pequeñas cantidades de combustible que revenden 2.000 o 3.000 pesos más caro en el mismo poblado, o hasta por el doble o triple del valor en las veredas cercanas a las zonas donde se practica la explotación minera a gran escala, puntos estratégicos por la cantidad de combustible necesario tanto para la movilidad como para la operatividad de las máquinas. Otra alternativa consiste en comprarlo directamente en los medianos o pequeños poblados, como El Charco, Guapi o Satinga, en donde el galón está actualmente en 10.000 pesos, el cuarto en 16.000 pesos, la media lata (equivalente a dos galones y medio) en 30.000 pesos y la lata (equivalente a cinco galones) en 60.000 pesos.

Lanchas rápidas y barcos de cabotaje

Los ríos y los mares constituyen las principales vías de comunicación y de comercialización que posibilitan interconexiones regionales. Los medios de transporte fluviales que priman en la región son las lanchas rápidas y los barcos de cabotaje que, a diferencia de los botes y canoas, recorren largas distancias que por lo general comunican los puertos de Tumaco y Buenaventura con los pequeños y medianos poblados del Pacífico sur.

Para el caso de las lanchas rápidas, desde el puerto turístico de Buenaventura, ubicado en el centro de la ciudad, salen a diario con destino a Guapi, Timbiquí y Satinga, lugares desde donde también inicia la ruta hacia el puerto, excepto los domingos. Por lo general, están construidas en fibra de vidrio, adaptadas con dos motores fuera de borda de 200 HP y condicionadas para transportar cerca de 25 pasajeros, quienes por \$ 120.000 pueden recorrer la distancia entre las áreas urbanas en máximo cinco horas.

A pesar de que la mayoría de las personas prefieren viajar en los barcos de cabotaje por tener un precio más bajo y permitirles llevar equipajes mucho más grandes, usan este medio de transporte sobre todo cuando van a salir de sus veredas por temporadas cortas o cuando se presentan situaciones que requieren un desplazamiento urgente. Por ejemplo, es común que, en el caso de la muerte de un pariente cercano, la familia



Figura 39. Barco de cabotaje llegando desde Buenaventura a El Charco, Nariño, cargado de remesas y pasajeros

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

haga lo posible por reunir el dinero y conseguir un cupo en la lancha para que algún allegado logre desplazarse hacia Buenaventura, Tumaco o Cali; o, en caso de que estén en las zonas urbanas, llegar a las veredas en el menor tiempo posible.

Por otro lado, con el auge de la economía cocalera que conlleva toda una red de tráfico del alcaloide por el océano Pacífico, las lanchas rápidas se han transformado en uno de los medios más eficaces para coronar los viajes sin ser detectados por los organismos de control marítimo nacionales e internacionales. La eficacia de este medio de transporte radica en que, gracias a su tamaño, puede transportar de una a tres toneladas de cocaína y se le pueden adaptar hasta cuatro motores de 200 caballos de fuerza. Por estas características, han sido nombradas lanchas “*go fast*”, pues es un desafío interceptarlas cuando se encuentran en movimiento. Sin embargo, esta estrategia ha presentado cambios ya que, como explicaba un habitante del municipio de El Charco, Nariño, ahora las lanchas que transportan cocaína prefieren hacerlo con motores de menor velocidad para levantar menos sospechas.

Hacia las bocanas de los ríos es entonces común observar lanchas rápidas, que además de funcionar para el narcotráfico también prestan servicio de transporte entre las comunidades y las cabeceras municipales cercanas. Como se explicó anteriormente,

por el alto costo que implica adquirir tanto la lancha como el motor, sus propietarios son por lo general comerciantes y empresarios que viven en Buenaventura o Cali o que, en algunos casos, se establecen por temporadas en las veredas, y prestan sus lanchas e incluso regalan la gasolina para transportar a sus parientes o allegados a las fiestas, eventos deportivos o encuentros culturales en pueblos cercanos.

Por su parte, los barcos de carga o de cabotaje se han consolidado en el litoral del Pacífico como el único medio de transporte marítimo para el transporte masivo de mercancías y de materias primas desde el puerto hacia el sur y viceversa. También son el medio de transporte usado por la mayoría de los pobladores de las zonas rurales pues, a diferencia de las lanchas rápidas y de los vuelos regionales, son mucho más accesibles por su precio. El pasaje cuesta entre \$ 60.000 y \$ 75.000, y la diferencia de valores radica en el derecho a una cama para el trayecto que dura entre diez y doce horas, dependiendo de las condiciones climáticas y del barco abordado.

En Buenaventura se accede a este servicio desde los muelles regionales que están ubicados sobre los extremos del puente El Piñal, punto de unión que comunica la isla Cascajal con la zona continental, y que fue inaugurado en el año 2015 con el propósito de facilitar el tráfico de carga pesada que se moviliza entre el puerto y el interior del país. Dependiendo de los destinos hacia los que navegan los barcos o de las mercancías que transportan, los muelles regionales se encuentran divididos en dos zonas:

en el extremo occidental del puente, próximo a la zona insular, operan muelles de cabotaje que embarcan personas y mercancías hacia la zona de Nariño, que comprenden municipios como El Charco, La Tola, Santa Bárbara de Iscuandé, entre otras; y otros muelles desde donde sus naves zarpan hacia el norte, principalmente hacia Bahía Solano en el departamento de Chocó. En el extremo oriental del Puente el Piñal, que colinda con la zona continental de Buenaventura, se encuentran los muelles desde donde zarpan naves hacia el departamento del Cauca, principalmente hacia Guapi, y otros muelles donde la principal mercancía que desembarcan es la madera. (Astaíza y Cabrera 2015, 28-29)

Por esta razón, a la entrada de los puertos se pueden observar dos o tres puntos de venta y distribución de madera que son transportadas desde las zonas ribereñas de Guapi y Satinga, y que, por lo general, desde el embarque en los cascos urbanos, ya tienen un valor y destinatario pactados de antemano con empresas o comerciantes. También hay grandes bodegas con cajas y mercancías que están a la espera de ser embarcadas o de ser recogidas por sus dueños o distribuidores. Una vez en la zona de cargue y descargue, se encuentran otras embarcaciones: unas que están siendo aseadas y organizadas por sus

marineros y esperan su turno para partir hacia sus destinos y otras, sobre todo de metal, que por su aspecto corroído y acabado parece que llevaran allí por lo menos diez años.

Entre las principales características de los muelles regionales, se puede destacar la carencia de condiciones óptimas en cuanto a infraestructura y seguridad, ya que, para ejemplificar, subir o bajar del barco representa toda una odisea: hay que estirar las piernas o dar un salto para llegar de la tierra al segundo piso de la embarcación o atravesar una tabla delgada que conecta la proa con tierra firme. Tampoco es visible maquinaria o tecnología que ayude a los cargueros y comerciantes informales en su trabajo, exceptuando la presencia de pequeños vehículos de montacarga destinados para las cajas de cerveza y otros pocos productos. Así mismo, la presencia de las autoridades portuarias, de la Policía Nacional o de la Dirección de Antinarcóticos es escasa, por lo que en el proceso de cargue y descargue son poco usuales las inspecciones de la mercancía y la verificación de los pasajeros que se embarcan.

El único registro que se realiza sucede una vez los barcos han zarpado del muelle al canal de salida y tienen que esperar casi dos horas, lo que despierta la impaciencia de los pasajeros, quienes señalan que la revisión es innecesaria porque los únicos barcos que cogen con viajes son los que están sapiados. En efecto, la revisión de rutina es muy breve: llegan varios hombres de la Armada Nacional con un perro antinarcóticos y dan una vuelta rápida por el primer y segundo piso del barco, olvidando la inmensa bodega que se encuentra en la parte inferior. Como un guapireño afirmó durante una conversación informal en uno de nuestros viajes: “compa, porque los mismos caballos son los que sapean sus viajes, como distracción para poder pasar otros viajes más grandes. Barco que cogen con algo es porque está sapiado”.

Entre los pasajeros regulares de estas embarcaciones se encuentran comerciantes de diferentes sectores del país que van hacia los pequeños y medianos poblados y hacia las veredas ubicadas a lo largo de las bocanas y de los ríos para comercializar sus productos: ropa, trastes, venenos para ratas y cucarachas y, en algunos casos, muebles de segunda. En un periodo de aproximadamente quince días esperan vender toda su mercancía para poder regresar al puerto, o a otros lugares de Colombia, y comenzar un nuevo ciclo de viajes de venta. También es usual que la mayoría de los viajeros sean habitantes de las veredas que salieron de sus casas para visitar a algún familiar, realizar trámites institucionales en Cali o en Buenaventura, o para cumplir con alguna cita médica programada desde varios meses atrás. Por la importancia y frecuencia con que es usado este medio de transporte, es habitual que se presenten redes de ayuda ligadas al compadrazgo, la amistad o el parentesco, ya que varios de los marineros de dichas embarcaciones son oriundos de las veredas o de las cabeceras a las que realizan sus

viajes. Lo anterior implica que en muchos casos el recorrido no sea pagado en dinero por el viajero, sino a través de otros favores o ayudas brindadas al marinero.

Vías aéreas y terrestres

Otras de las alternativas para entrar y salir del Pacífico sur son las vías terrestres y aéreas. Aunque, como se verá más adelante, las carreteras —sobre todo la que conecta a Pasto con Tumaco— son frágiles y peligrosas, son esenciales para surtir de remesas y combustible principalmente a Tumaco, además de presentarse como opciones que permiten el transporte de contrabando desde Ecuador hacia el departamento de Nariño y hacia el resto del país.

Los vuelos comerciales y chárter funcionan únicamente para conectar ciudades como Cali, Pasto, Buenaventura o Bogotá con los principales núcleos del Pacífico sur. Aviones pequeños de máximo 15 pasajeros, a los que no se les permite llevar mucho equipaje y mucho menos transportar carga pesada, cubren rutas ofrecidas por empresas como Satena y TAC, que conectan el aeropuerto de Cali con las terminales aéreas de Timbiquí, El Charco y Tumaco que, entre otras cosas, están en muy malas condiciones por falta de mantenimiento o por las crecientes de los mares y los ríos que debilitan su estructura. Los vuelos tienen una duración de alrededor 40 minutos y un precio que oscila entre \$ 200.000 y \$ 250.000. También existe la ruta hasta el aeropuerto La Florida en Tumaco, que por su importancia económica tiene mayor flujo comercial, lo que hace que el valor del tiquete se encuentre entre \$ 270.000 y \$ 350.000 por 30 minutos de vuelo. En esta opción de transporte los precios son muy elevados, pero a cambio se ofrece mayor comodidad y una optimización importante del tiempo de desplazamiento.

Por lo general, quienes acceden con mayor frecuencia a esta opción son los funcionarios o representantes de instituciones estatales y ONG que visitan la región por tiempos cortos; empresarios y comerciantes locales o foráneos que, aunque en algunos casos habitan por largas temporadas en los cascos urbanos del Pacífico sur, tienen sus familias o sus redes comerciales fuera de allí; investigadores o académicos que a través de proyectos financian su desplazamiento y estancia en la región; líderes o lideresas de organizaciones de base que son convocados a encuentros en Cali, Bogotá o Buenaventura; y, en menor medida, familias que tienen una posición económica privilegiada con respecto a la mayoría de la población local, obligada a utilizar alternativas más baratas.

Dentro de las vías de acceso terrestre se encuentra la doble calzada entre Buga y Buenaventura, que inició obras desde hace casi 10 años con el objetivo de mejorar la conectividad del puerto con el resto del país y de acrecentar su competitividad económica

y comercial. Sin embargo, aún hacen falta alrededor de 17 kilómetros por construir que tienen un valor aproximado de \$ 600.000 millones (“¿Cuánto falta para terminar la doble calzada de la vía a Buenaventura?” 2018). También se encuentra la conexión entre Pasto y el puerto de Tumaco que, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se pensó como vía férrea que facilitaría el acceso a la región para potenciar el flujo de recursos hacia el interior del país en un momento de auge de las economías extractivas, sobre todo desde el municipio de Tumaco, en donde estaban en crecimiento la explotación de la tagua, la palma africana, el oro en polvo y en barras, joyas y cacao que tenían como destinos principales Estados Unidos, Gran Bretaña e Italia, entre otros países (Leal 2018; Zarama 2016). En la segunda mitad del siglo XX, esta vía férrea se levantó para dar paso a la carretera.

Aunque este corredor —que conecta la costa pacífica del departamento de Nariño con la llanura amazónica del departamento de Putumayo cruzando la cordillera Occidental— ha sido punto estratégico de interés tanto nacional como internacional y se han gestionado proyectos para su mejoramiento, el tramo entre Pasto y Tumaco puede ser una odisea para los viajeros y transportadores de productos y combustible, ya que se presentan derrumbes y accidentes, además de bloqueos por parte de grupos armados ilegales. De hecho, en el transcurso del año 2017 hubo un deslizamiento que dejó a su paso 13 muertos a la altura del sector conocido como la Nariz del Diablo (“Derrumbe en la vía entre Pasto y Tumaco” 2018) y la incineración de un bus de la empresa Transipiales a la altura del municipio de Llorente. Cuando la carretera se encuentra en condiciones aceptables, el viaje tiene una duración de seis horas desde Tumaco hasta Pasto por un valor de \$ 40.000. Esta ruta es indispensable, ya que permite acceder a un centro urbano que cuenta con infraestructuras y servicios más eficientes que los que ofrecen las cabeceras municipales del Pacífico sur.

Así mismo, está la vía entre Junín y Barbacoas en Nariño, obra financiada por el sistema de regalías, que estuvo en la mira de los medios de comunicación cuando, con la adjudicación del contrato para el mejoramiento, rehabilitación y recuperación de esta, salió a la luz un fraude del consorcio que ganó la licitación, el cual no tenía póliza de garantía (Obando 2015). Frente a este panorama de corrupción, en el 2016 las secretarías de Planeación e Infraestructura de la Gobernación de Nariño comunicaron que pronto entregarían pavimentados los 27 kilómetros faltantes. La importancia de esta vía radica en que conecta zonas de alta explotación aurífera —Barbacoas y Telembí—, razón por la que entra por allí gran parte de la maquinaria destinada para la minería ilegal, que a través de pagos de vacunas o “impuestos” puede acceder al derecho a trabajar en el municipio.

Mercados regionales

Realizar una caracterización de las formas de vida campesina en el Pacífico sur es muchas veces un desafío, a manera de etnografía multisituada. La necesaria estadía en espacios principalmente urbanos implica un reto para poder comprender ese sujeto al que venimos denominando *campesino negro* y que es tan poroso por su alta movilidad, tanto económica como espacial. Durante el recorrido que realizamos por el Pacífico sur, el punto de entrada fue el puerto de Buenaventura que, a pesar de tener cierto halo de la región, recibe tantos influjos comerciales y culturales que a veces se siente como una suerte de urbe estancada entre el calor y la zona de influencia del puerto internacional. Luego de tomar un café decidimos salir del hotel al lugar donde, tal vez, podríamos encontrar algunos de los flujos comerciales que van desde y hacia el Pacífico sur. Tomamos un taxi a la galería.

Al descender del carro nos internamos en un laberíntico espacio. A lado y lado había diferentes puestos, la mayoría de madera. La combinación de olores era insoportable por momentos. Mujeres negras sentadas en el piso destripaban pescados. Poncheras de plástico con hielos de los cuales exhalaba un vapor que llevaba el olor del pescado. Puestos de frutas y yerbas. Golpes que venían desde diferentes lados. Cada paso era una experiencia sensorial. Desde atrás vino un grito: “Aceleren, aceleren, que si no van a comprar nada lo que están haciendo es estorbo”. Una mujer que llevaba un par de bolsas en la mano pasó por nuestro lado a toda velocidad y comprendimos que la dinámica en la plaza de mercado tiene ritmos muy acelerados. En uno de nuestros bolsos iba una cámara fotográfica con la cual buscábamos fotografiar la riqueza visual de este espacio, pero temíamos cometer un error de novatos y cerrar totalmente cualquier contacto que pudiésemos tener con las personas que estaban en la plaza de mercado. Decidimos seguir caminando y apostarle a hablar con una persona que, en medio del caos, no estuviese totalmente ocupada.

La galería de Pueblo Nuevo, José Hilario López, ubicada en el centro de Buenaventura, funciona como eje articulador tanto de los productos que llegan como de las remesas que salen hacia el Pacífico sur en las embarcaciones de cabotaje. Consiste en una estructura de dos pisos dividida por secciones en donde se encuentran filas de puestos en madera que ofrecen carne de res y de monte (guagua o conejo), pescado (pargo rojo, sierra, corvina, bagre, lisa, bocón), mariscos (piangua, jaiba, camarón de río [muchilla], camarón de mar, langostino), granos, frutas y verduras. Algunos vendedores cuentan con una pequeña estructura en madera en donde, por lo general, venden coco, plátano y plantas aromáticas y medicinales. También se encuentran puestos manejados por mujeres negras en los que se ofrecen platos representativos de la gastronomía tradicional

de la región, como sancocho de ñato, tollo, piangua, camarón, calamar, tortuga, carne de jaiba, entre otros.

Sin embargo, tanto la estructura de la galería como los puestos muestran un gran deterioro, a lo que se suma la falta de un sistema de acueducto. A pesar de que desde el año 2016 se inició la obra de mejoramiento y adecuación del segundo piso de la plaza, que requirió de la reubicación de los comerciantes y las cocineras tradicionales, la adjudicación cuenta con un año y medio de retraso y, por lo que se logró observar, el trabajo está detenido. Esta situación ha perjudicado duramente a los comerciantes, ya que el turismo gastronómico local, nacional e internacional ha disminuido considerablemente. Doña Chava, cocinera de la plaza, señaló: “Es que la gente no quiere comer viendo suciedad y teniendo cerca el olor del marisco. Vea esto todo desordenado, al turista no le gusta eso” (entrevista con Chava, Buenaventura, abril de 2018). Ella, como otras dieciséis mujeres, se encuentra a la espera de poder trabajar en condiciones justas y dignas.

Los locales son los sitios que se encuentran en mejores condiciones y que por lo general son administrados por comerciantes paisas. En contraste con los puestos manejados por la gente negra, estos establecimientos están ubicados en los corredores que componen la galería y consisten en salsamentarías y carnicerías bien dotadas. Cuentan con amplios espacios equipados con estantes, neveras y congeladores, y ofrecen variedad de productos perecederos y no perecederos que son distribuidos por el Pacífico sur a través de los barcos de cabotaje. Rodeando la galería hay estacionados camiones de transporte de alimentos que descargan bultos de papa, cebolla cabezona, zanahoria y otros productos que llegan desde Pasto y otras despensas agrícolas. Sobre las calles están las pesqueras y cuartos fríos que distribuyen pescado hacia Cali y el centro del país.

Además del transporte de pasajeros, los barcos de cabotaje son en la actualidad el medio marítimo que posibilita la circulación regional de productos y mercancías desde la galería hacia el sur y viceversa. Desde allí sale un gran porcentaje de las remesas que no tienen fuerza o posibilidad de producción local y llegan la mayoría de las mercancías producidas por la economía agrícola y pesquera de los ríos (mariscos, naidí, coco, plátano). Así, se han consolidado circuitos comerciales viabilizados por la capacidad de carga de las embarcaciones y por la regularidad con que transitan entre el puerto y los pequeños y medianos poblados de la región.

La mayoría de los barcos de cabotaje que actualmente cubren las rutas hacia el Pacífico sur están contruidos en madera, acero naval, metal y unos pocos, en fibra de vidrio. Los barcos en madera son contruidos por carpinteros navales que habitan en las veredas de Mulatos y Vigía y son conocidos localmente como *culimochos*, colonos que en vez de abandonar la región después de la decadencia de la explotación de oro bajo el sistema esclavista se establecieron en las bocanas, adaptándose al medio y desarrollando actividades como la pesca y la carpintería (Cáceres 2011).

Son ellos quienes se encargan de conseguir la mano de obra —que por lo general ya tienen seleccionada de su grupo familiar cercano— y la madera, sobre todo tangare y chachajo, adquirida de los bosques de la región. Antes de iniciar con el proceso de construcción, los dueños de las embarcaciones deben pedir un permiso a la Dirección General Marítima (Dimar) para que autorice tanto la construcción del barco como el lugar en donde debe realizarse esta labor. A pesar de tener astilleros rudimentarios en las veredas, últimamente los carpinteros navales deben fabricar los barcos (por lo menos la estructura) en Buenaventura, con el fin de que exista control o peritaje sobre la posible construcción de sitios estratégicos para el transporte de mercancías ilícitas.

Los barcos de cabotaje consisten en una estructura de dos pisos. En el primero se encuentran la cocina, algunos cuartos para viajeros que constan de seis camarotes y una amplia proa en donde se acomoda la mayor parte de la mercancía que es transportada. En el segundo piso están la cabina de mando y navegación, más habitaciones y algunos baños. También tiene un piso inferior en el que hay una gran bodega usada para proteger encargos y remesas de los intensos y recurrentes aguaceros en altamar.

Aunque en menor medida, en Buenaventura y en Guapi también se encuentran astilleros en donde los culimochos se encargan de enseñar y capacitar a los carpinteros en este arte. Dependiendo del tamaño, del tipo de madera y del acondicionamiento —equipos de seguridad y de navegación, motor, capitanía—, un barco de cabotaje puede estar entre 300 y 800 millones de pesos. Por lo general, los propietarios de estas embarcaciones son hombres de la región que son dueños de aserríos, de maquinaria pesada para la minería, y en algunos casos son fuertes comerciantes o narcotraficantes. La mayoría son de Tumaco, Buenaventura, Satinga y El Charco. De acuerdo con Jorge, hombre que se dedica a la labor social y comunitaria,

las personas de otras partes del país que se han metido en el negocio de los barcos de cabotaje son contadas. Para sacarle provecho y ganancia significativa al negocio hay que tener conocimiento del mar. Ese es un arte como ancestral de acá. (Entrevista con Jorge Ramírez, El Charco, Nariño, abril de 2018)

Los principales destinos de los barcos de cabotaje son Satinga, Iscuandé, Mosquera, El Charco, La Tola, Guapi y Timbiquí. Desde la galería de Pueblo Nuevo salen entonces las remesas que serán distribuidas y que están envueltas en una red de intermediarios y trabajadores que, como se verá a continuación, justifican el aumento de los precios de los productos.

Una vez los productos son transportados de la galería hacia los muelles regionales, en donde a diario llegan y salen barcos de cabotaje, se logra entrever las lógicas que operan

en la organización del personal que se encarga de diversas labores y la gran cantidad de mercancías que hablan de realidades locales. Cada barco cuenta con un personal de ocho personas: un capitán, dos marineros, un contador, una cocinera, un oficial y dos mecánicos o maquinistas. En el proceso de carga y descarga son primordiales la presencia y labor tanto de los marineros como del contador. Cuando hay mucha carga se comienza la noche anterior, dando primacía a las cargas mejor pagadas y a las más pesadas, para luego ir subiendo las cosas más menudas y que no pueden ir al fondo del barco porque se dañan con el agua que les entra. Este proceso es intenso y dinámico e inicia cuando a los muelles empiezan a llegar, desde la galería, camiones cargados con mercancías y remesas que son recibidas por grupos de hombres, en su mayoría jóvenes, para ser acomodadas en la bodega, en la proa y en el primer piso del barco.

Estos grupos oscilan entre 10 y 20 personas y son llamados *coteros* quienes, dependiendo de la cantidad de mercancía que ayuden a acomodar, cobran entre \$ 10.000 y \$ 20.000 por día de trabajo. Cuando se acerca un camión cargado, inmediatamente informan al contador del barco que está observando toda la dinámica desde la cabina de mando y quien, con una lista en mano, aprueba o desaprueba el embarque de la remesa y está pendiente de las cantidades de cajas, bultos y volúmenes de mercancía que se embarcan. También debe pagar directamente a las cuadrillas de *coteros* una vez finalizada su labor.

Los *coteros* se dividen en grupos. Unos se encuentran en la proa del barco listos para recibir las cajas, mientras que los otros están junto a los camiones que empiezan a descargar. Se realiza un trabajo en cadena en donde van pasando de un hombre a otro las mercancías para hacerlas luego resbalar por largas tablas hasta el barco. Allí son recibidas e inmediatamente se van acomodando en el lugar que el marinero o encargado designe. Las cuadrillas de *coteros* van variando a lo largo del día, ya que algunos prefieren trabajar en horas de la mañana y otros en horas de la tarde. Algunos de los comerciantes que llevan personalmente su remesa tienen su grupo de *coteros*. Y es que, por la increíble cantidad de productos enviados, el trabajo da abasto para que unos 40 hombres obtengan ganancia en la cargada del barco.

En la bodega del barco se acomodan cajas de mantequilla, panela, aceite, natilla, jugos artificiales, refrescos en polvo, confites (galletas, paquetes, chicles, mentas), yogures, mayonesa, salsa de tomate, leche en polvo, productos Zenú y Nestlé, y café. También se observan pacas de gaseosas, bultos de arroz, azúcar, sal, lenteja, frijoles y casi 150 canastas de cerveza. Se meten cajas de pañales, toallas higiénicas, blanqueador, límpido, jabón en barra, jabón en polvo, 20 congeladores horizontales, 2 plantas de energía, un compresor. En la proa y primer nivel del barco se acomodan materiales de construcción (baldosas, ladrillos, pinturas, lavamanos e inodoros, varillas de hierro, láminas

de cemento), bultos de concentrado para pollos y para cerdos, de insumos agrícolas, guacales y bultos de mango, tomate, cebolla cabezona, cebolla larga, papa, pepino, cilantro y zanahoria. También contenedores de icopor o tachos llenos de pollo, carne y pescado de río o criadero (tilapia roja o negra), que es apetecida por los pobladores de los cascos urbanos.

En la parte trasera del barco, en un espacio que está especialmente dedicado para el transporte de cargas, se llevan elementos sueltos como muebles, motos, bicicletas, elementos de tecnología, etc., que son casi imposibles de trasladar por los precarios medios terrestres y aéreos.

Las principales mercancías que se movilizan hacia otras ciudades del litoral son víveres, abarrotes, bebidas, medicamentos, herramientas de ferretería, combustible y en general todo lo necesario para el abastecimiento de aquellas poblaciones que se encuentran prácticamente aisladas por cuenta de barreras de acceso naturales como la selva, que hacen imposible el acceso por un medio distinto que no sean los buques de cabotaje. Es imposible pensar en transportar estas mercancías por otros modos como el terrestre o el aéreo. Por su parte, la principal mercancía que se transporta hacia Buenaventura a través del cabotaje es la madera, y en algunas ocasiones ingresan mariscos, producto de la pesca en el océano Pacífico. (Astaíza y Cabrera 2015)

Los productos enviados son generalmente encargos para abastecer ferreterías, almacenes de tecnología y equipos como motores fuera de borda. También graneros y pequeñas tiendas de las veredas aledañas a los centros urbanos. En esta ruta comercial opera la lógica económica del flete, un valor monetario que se debe pagar por el transporte de las mercancías y que depende del peso, el volumen y la cantidad de productos transportados. El flete es indispensable para generar una ganancia al dueño del barco, para pagar a la tripulación y para cubrir el valor del ACPM que se consume en cada viaje. Los valores que actualmente están operando para los barcos son los que se describen en la tabla 1⁶⁸.

Una vez el barco llega a su destino, se acercan las cuadrillas de coteros para el proceso de descargue. El contador, parado en la proa, va indicando a los marineros y a los coteros cuáles son las remesas que deben ser entregadas a cada uno de los graneros

⁶⁸ Los valores del flete varían dependiendo de la distancia recorrida, del tiempo de navegación hasta el lugar de destino, y de relaciones de parentesco y amistad con la tripulación del barco. Los precios expuestos hacen referencia a los barcos que transitan de Buenaventura a Satinga, El Charco y Guapi.

y comerciantes. A diferencia del proceso de carga en Buenaventura, en donde el contador paga a los coteros, en el proceso de descargue estos hombres reciben el pago directamente del comerciante, ya que además de recibir y descargar las remesas están encargados de llevarlas hasta el lugar que el comprador defina. Luego, cuando ya toda la mercancía es repartida y entregada, el barco es lavado y arreglado para ser cargado principalmente con canastas de cerveza que llevan sus botellas vacías, madera y pescado para salir al siguiente día nuevamente hacia Buenaventura. El contador del barco va con su lista de granero en granero, o de comerciante en comerciante, cobrando el valor del flete acordado.

Tabla 2. Precios de fletes en transporte fluvial en tres cabeceras municipales

Producto y cantidad	Valor del flete		
	Bocas de Satinga	El Charco	Guapi
Bulto	\$ 5.000	\$ 3.500	\$ 3.000
Cajas pequeñas (5 hacen por un bulto)	\$ 5.000	\$ 2.200	\$ 2.000
Cajas grandes (mercancía)	\$ 5.000	\$ 30.000	\$ 15.000
Ladrillos o faroles (unidad)	\$ 1.000	\$ 500	\$ 500
Varillas de acero (1.000 varillas)	\$ 2.000.000	\$ 1.500.000	\$ 1.000.000
Canasta de cerveza	\$ 4.000	\$ 2.000	\$ 2.000
Tachos o contenedores de icopor (unidad)	\$ 12.000	\$ 15.000	\$ 13.000
Congeladores o electrodomésticos	\$ 20.000 (por congelador)	\$ 45.000 (televisores, neveras, etc.)	\$ 50.000 (televisores, neveras, etc.)

Fuente: elaboración propia.

A partir de allí se despliegan las redes locales para surtir las tiendas y *revuelterías* de los diferentes poblados. Los botes esperan desde temprano la llegada del barco de cabotaje que tiene asignada la ruta para un día específico —que se identifica por su color y por su nombre—, en donde viene la remesa encargada por los pequeños comerciantes de la región a las salsamentarías ubicadas en la galería de Buenaventura. Por lo general, estas son elegidas por recomendación de algún conocido o por la oferta del sistema de crédito para pagar el total de la remesa en varias cuotas. Sin embargo, ganarse el beneficio de obtener crédito es cada vez más complejo. Lograrlo ya no solo depende de la

cantidad de remesas, del cumplimiento de los pagos o de la regularidad en los pedidos, sino que ahora la garantía del transporte también incide drásticamente. Los administradores de varias salsamentarías de la galería de Pueblo Nuevo expresaron que ya no están dando muchos créditos a los pequeños comerciantes debido al incremento de los robos a los barcos de cabotaje y al maltrato que sufren las mercancías por parte de los coteroy de la tripulación, lo que les genera pérdidas significativas.

Sin embargo, entre las salsamentarías y graneros de Buenaventura y de los medianos poblados del Pacífico sur que tienen dueños o administradores paisas, es común que el sistema de crédito tenga mucha más vigencia y sentido, pues las relaciones que se establecen entre los comerciantes se fundamentan en redes de apoyo que contribuyen al crecimiento económico y a su expansión comercial por la región. De hecho, al tener mayor capacidad adquisitiva y económica, los comerciantes pagan al contador del barco un mayor valor del flete que les garantice que la remesa llegue en buen estado hasta su destino.

Así lo confirma Henry, quien mínimo dos veces a la semana debe ir a la galería a comprar la verdura y la carne para enviarla a su padre en El Charco. Aunque llevan siendo clientes de la misma salsamentaría casi tres años, han sido muy pocas las ocasiones en que han recibido el beneficio del crédito. Entre las remesas que encargan se encuentra revuelto (cebolla, tomate, papa, zanahoria, hierva, pimentón, ajo, remolacha, pepino), frutas (mango, guayaba, tomate de árbol, limón, lulo), carnes (presas de pollo, carne, costilla ahumada, hueso, chuspa de ala, pata de vaca, menudencia, chorizo, manguera), arroz, azúcar, aceite, implementos de aseo, cerveza, cigarrillos, entre otros.

Por lo general, los pequeños comerciantes conocen a algunos de los marineros y contadores de los barcos que hacen la ruta, y por tener una relación de amistad, en variadas ocasiones el valor cobrado por el flete es menor. Como los pedidos son cada cuatro o seis días, casi siempre frecuentan los mismos barcos para realizar el envío. Estas lógicas permiten observar cómo las relaciones de cercanía flexibilizan los valores establecidos de antemano. De hecho, en ocasiones, en vez de pagar el flete en dinero se realiza un trueque: el comprador da al marinero o contador pescados o camarón a cambio del transporte de la remesa. Para el proceso de descargue de la remesa generalmente pagan a un joven conocido \$ 5.000 o \$ 7.000 por ayudar a pasar las cajas y guacales al bote o también les remuneran su trabajo con carne o revuelto⁶⁹.

⁶⁹ Es importante señalar, a manera de paréntesis, que la labor de cotero es una actividad que ata varias de las lógicas económicas y de las dinámicas de migración en la región. Durante nuestras indagaciones, especialmente entre las personas jóvenes, muchos de ellos coincidieron en que uno de los problemas de las zonas rurales era la falta de empleos formales con ingresos constantes. Posteriormente, y como parte de las expectativas en torno a la migración hacia el Valle del Cauca, los muchachos consideraban como la principal posibilidad salir primero a

El comerciante o persona que realiza el encargo debe entonces cubrir varios costos: el pago a la salsamentaría, a los ayudantes en la galería para cargar la remesa en el carro o camión, al transportador de la galería al puerto, a los coteros que ayudan a embarcar y desembarcar la mercancía, además del pago del flete por cada caja, costal, guacal o tacho. Si el comerciante va viajando en el barco debe pagar el valor del pasaje. Así, el transporte de remesa desde Buenaventura hasta los medianos y pequeños poblados supone un alza considerable en sus precios, debido a la cantidad de intermediarios y trabajadores que requiere. En caso de que la remesa tenga como destino alguna vereda, se debe sumar a los costos anteriormente nombrados el de la inversión en combustible para recogerla y transportarla hacia su destino. En estos casos, el aumento de los precios se logra percibir sobre todo en productos como el tomate, la cebolla, el pepino, la zanahoria y las frutas, que pueden aumentar de \$ 1.000 a \$ 3.000.

Las tiendas más pequeñas se surten directamente de los graneros, en donde las cosas son más costosas, pero al ser cantidades pequeñas no vale la pena hacer pedido de remesa desde Buenaventura. Esta dinámica puede ser observada a diario en los pequeños y medianos poblados, y se consolida como la única alternativa de articulación comercial que empalma los mercados local y regionalmente, que hace evidentes los desequilibrios económicos entre el valor de los productos con respecto a las ganancias que generan las prácticas locales. Además de iluminar estos complejos procesos económicos, las tiendas de los pequeños poblados rurales del Pacífico sur, y la forma en que allí operan lógicas y dinámicas particulares, nos permiten entender la articulación del campesinado negro a los mercados regionales de circulación de alimentos de la canasta básica y el modo en que en estos lugares opera la noción de vivir al diario, que explicamos en otro capítulo.

En un pequeño poblado en la parte alta del río Guapi logramos entablar diferentes conversaciones con el dueño de una de las dos tiendas que allí funcionan. Gabriel, el tendero, nos explicaba que en este lugar antes no existían tiendas y que los mayores tenían que desplazarse hasta la cabecera municipal para conseguir la remesa. Este tipo de afirmaciones se complementaba con lo que señala un hombre mayor y que se resumía en “estos son los buenos tiempos” porque, según nos comentaba, ahora las tiendas permiten que, por lo menos fiado, uno consiga una libra de arroz para cocinar, pero antes de esto tocaba comer hasta pepa de sande. El establecimiento de las tiendas comenzó cuando varias mujeres del poblado se reunieron y construyeron una pequeña tienda comunitaria que vendía los elementos básicos y que apenas operaba un par de horas al día.

Gabriel nos comentó que, luego de salir de la región para trabajar en los llanos, él regresó con \$ 700.000 y montó un estanco. “Eso me fue superbien, porque arranque

Guapi a trabajar varios días como coteros en un barco, para así poder reunir un poco de dinero con el cual comenzar su viaje.

con \$700.000 y, como esa era la época buena de la coca, la gente tomaba casi todos los días. Que miércoles, no importa, hay plata y nos ponemos a beber” (entrevista con Gabriel Hurtado, Guapi, Cauca, 22 de septiembre de 2017). Al final de ese año tenía la suma suficiente de dinero para convertir el estanco en tienda y comprarse una canoa de fibra con un motor 40. En esta coyuntura, con la llegada de una crisis económica y alimentaria —producto de la baja producción de los cultivos y de la fumigación del pancoger—, la venta de alimentos se convirtió en la mejor opción económica para Gabriel: “Por más frío que esté el pueblo, la gente tiene que seguir buscando lo de comer”.

Frente a las dinámicas de compra, el tendero nos comentaba que en los pequeños poblados rurales prima la dinámica de “vivir al diario”. Según nos daba a entender, hasta cuando la gente tiene la plata, prefiere esperar a tener que cocinar para ir a la tienda a comprar lo necesario. “Es un vivir al diario. La gente se levanta y viene a la tienda por la panela y la leche. Cuando las mujeres van a hacer el almuerzo es que vienen por el arroz, el atún, lo que sea que vayan a cocinar” (entrevista con Gabriel Hurtado, Guapi, Cauca, 22 de septiembre de 2017). Esta forma de vida explica, en gran medida, el hecho de que las tiendas no se encuentren abiertas todo el tiempo, sino unas horas en la mañana, luego al mediodía y por la noche. Sin embargo, siempre hay alguien encargado de vender en caso de que se den compras esporádicas. Si bien esta dinámica de vivir al diario es parte fundamental de las racionalidades económicas que buscamos analizar en este libro, no basta con señalar que se debe a la poca circulación de recursos que se dan en los momentos de crisis; es mucho más enriquecedor pensarla como una dinámica que se desprende de una no-acumulación que se puede dar por muchos motivos: la falta de formas de refrigeración y almacenamiento de los alimentos, la presencia de roedores, etcétera.

Esta dinámica de no-acumulación, materialización del vivir al diario, y expresión de un consumo constante de los alimentos presentes en el hogar, se expresa de manera particularmente interesante en las medidas de comercialización que se utilizan en las tiendas. Durante nuestras diferentes estadias en campo pudimos ver que la gente prefiere comprar productos al menudeo, que apenas alcanzan para una comida, a comprar grandes cantidades que puedan durar varios días y hasta semanas. Es normal, entonces, ver a la gente comprar \$1.000 de chocolisto (30 gramos), \$1.000 de leche (40 gramos) y un taco de galletas para el desayuno. Cerca de la hora del almuerzo las mujeres o los niños van a la tienda a comprar media libra de arroz, cuando la familia es pequeña. Otros productos que se venden en medidas cercanas al menudeo, y que suponen una ganancia marginal para el tendero, son la panela, que cuesta \$2.000 y que se comercializa completa, media (\$1.000) y hasta por un cuarto (\$500).

Hasta aquí hemos caracterizado los circuitos comerciales a través de los cuales una buena parte del Pacífico sur accede a diversos productos. Para cerrar queremos señalar que la relación comercial entre Buenaventura y el Pacífico sur no está exenta de sufrir

eventos que la complejizan aún más, y provocan que los valores de ciertos productos sigan aumentando. Muestra de ello es el paro presentado en Buenaventura en mayo del 2017, el cual tuvo como objetivo llamar la atención del Gobierno y exigir garantías sociales, ambientales y económicas, de modo que se reconociera la importancia del puerto en la economía y el desarrollo nacional. Así, se cerraron vías terrestres y marítimas, como el puente El Piñal y sus muelles regionales, lo que limitó notablemente el flujo comercial marítimo hacia el Pacífico sur. Durante este suceso todos los precios se elevaron; la arroba de arroz, por ejemplo, pasó de \$ 36.000 a \$ 58.000.

“Más gana el que compra, que uno que produce”

Como se trató anteriormente, el Pacífico sur tiene una estrecha relación comercial con el puerto de Buenaventura, particularmente con la galería de Pueblo Nuevo, al ser el punto desde el cual los campesinos negros adquieren remesas y mercancías que no son producidas localmente y que se han vuelto indispensables para su cotidianidad. Ahora es necesario mirar esta relación desde la otra vía, enfocada en las formas de explotación de los recursos en el Pacífico sur y en los actores que las anteceden, activando redes de comercialización y sistemas de distribución nacional e internacional. Para cumplir este objetivo, es necesario comprender que, a excepción del palmito naidí y la hoja de coca, las materias primas extraídas por los campesinos negros en el río, el mar o el monte no son procesadas o transformadas localmente, razón por la cual los precios pagados por estas son bajos.

Los recursos extraídos en la región son transportados por vías fluviales, aéreas o terrestres para ser comercializados en los puertos de Tumaco o Buenaventura, o en ciudades como Cali, Medellín o Bogotá. Dichas rutas comerciales dependen del producto o materia prima que se pretenda poner en circulación y de las demandas de los mercados externos que, como afirmó West ([1957] 2000) para el caso de la explotación de productos forestales —tagua, caucho, corteza de mangle, entre otros—, cambian según la industria, la tecnología y la moda, que los hacen extremadamente inestables.

A diferencia de la explotación de la tagua en Tumaco, que se erradicó por la baja demanda del material (Leal 2018), gracias a la modernización, actividades como la minería y la extracción maderera han permanecido y han captado el interés de diferentes comerciantes y multinacionales que han introducido mayor maquinaria y tecnología, lo que ha generado una intensificación del asalariado y una proletarización del trabajador y su familia (Hoffmann 2002, 55). Debido a que los procesos de transformación industrial se dan fuera de los lugares en donde se lleva a cabo la extracción de recursos naturales, las ganancias se concentran fuera de la región y a los pobladores les queda un porcentaje muy bajo.

Esto se puede observar en los barcos que van de los pequeños o medianos poblados hacia Buenaventura. Por lo general, son alquilados por algún comerciante de madera, que cancela el valor del *flete* —alrededor de 10 millones de pesos—, y lo llena de bloques y tablas de maderas finas que son distribuidas en el interior del país para construcción y fabricación de muebles. Sin embargo, en la comercialización de la madera existe un alto riesgo de no obtener una ganancia significativa cuando los productores y vendedores intentan realizar este canje evitando el sinnúmero de intermediarios para hacer llegar este producto hasta el puerto de Buenaventura. En variadas ocasiones, los productores directos de madera han tomado el riesgo de ser ellos mismos quienes pagan el flete por el transporte y se embarcan hasta el puerto, en donde ya tienen un comprador fijo con quien pactan un valor de venta de antemano. Pese a esto, una vez en los puertos, es usual que los compradores les ofrezcan menos cantidad de dinero, oferta a la que los productores no pueden negarse ya que, al no contar con un lugar para almacenar la madera y para evitar el gasto de tiempo y de dinero que implica la estadía y la alimentación, se ven obligados a acceder al precio que les ofrecen, lo que representa pérdidas o ganancias muy bajas con respecto al valor habitualmente pagado.

En la proa de los barcos que salen hacia el puerto se ubican cientos de tachos o contenedores de icopor llenos de mariscos y pescado que son vendidos a las pesqueras en Buenaventura para distribuirlos en Cali y otros sectores del país. A esto se suma el transporte de pasajeros y el contrabando, claves para la rentabilidad del viaje y para asegurar ganancias al dueño del barco. También se observan bultos de coco que son adquiridos por intermediarios en las veredas que se dedican a esta actividad y que luego, desde los centros de acopio, son vendidos, transformados y aprovechados fuera de la región para la elaboración de alimentos, artesanías y productos de belleza. Sin embargo, en la región del Cauca, sobre el río Guajuí, la comercialización del coco se encuentra estancada, ya que, por los altos precios del transporte fluvial, la importación desde Venezuela y Panamá se ha potenciado, lo que ha afectado la demanda y comercialización nacional. Veredas como Quiroga y Limones en el río Guajuí, en donde existen alrededor de 80 personas que se dedican al cultivo del coco, se encuentran gravemente perjudicadas pues los agricultores se están quedando con la producción, perdiendo tiempo y dinero.

Esta problemática experimentada en las zonas rurales se replica en algunos casos en las zonas urbanas. Un comercializador de coco que tiene un puesto de venta fija en Guapi comentaba que los cocos que vende junto a su esposa son producidos en una finca de su propiedad que se encuentra, en un motor 40, a unos veinte minutos del lugar. Doña Omaira, quien atiende la caseta sobre la calle segunda, comentaba que el coco se puede almacenar durante varios días, hasta semanas, ya que difícilmente se daña. No obstante, la principal problemática radica en que las ventas en Guapi son de pequeñas cantidades (no más de cinco cocos, cada uno a \$ 2000), por lo cual ellos deben tener

una gran bodega que gran parte del tiempo se mantiene llena. Ante nuestras inquietudes sobre la posibilidad de comercialización, la pareja nos señalaba la importancia que tenían las redes de conocidos tanto en Buenaventura como en los barcos para poder sacar el coco, ya que de lo contrario los costos lo hacen casi imposible.

El ejemplo del coco nos permite iluminar otro de los circuitos de circulación semi-regional de mercancías agrícolas. Debido a la falta de comercialización hacia afuera de la región, una buena parte de la producción de las fincas coqueras se distribuye dentro de la región; de la zona de los mares sube por los ríos. Como han señalado varios autores (Almario 2005; Aprile-Gnisset 1993; Leal 2018; West [1957] 2000), luego del desplazamiento hacia la bocana de los ríos (véase capítulo 1), se comenzaron a dar fuertes procesos de redistribución de productos entre los nichos ecológicos del Pacífico sur. Los mineros que habitaban en la parte alta de los ríos contaban con que durante algunos meses del año se desplazarían a las bocanas para poder conseguir elementos como pescado y cocos. Asimismo, a partir de las extensas redes familiares, los productos circulaban entre los diferentes espacios. En la actualidad, uno de los productores de cocos se encarga de transportarse por el río con una canoa con varios bultos de este producto para comercializarlos en los poblados que se extienden a lo largo del río. Una docena de cocos puede llegar a costar \$ 20.000.

Para el caso de la minería, la intensidad de la extracción del oro ha estado determinada por el aumento de los precios pagados en el mercado, que ha potenciado la entrada de retroexcavadoras. Estas, de acuerdo con Molano (2017), pertenecen sobre todo a empresarios paisas, caqueteños y brasileños, y han sido introducidas en la zona de Nariño, por la carretera entre Pasto y Tumaco, para luego seguir su ruta hasta Barbacoas, la cual está controlada por retenes de actores armados —legales e ilegales— que exigen pago de sobornos y vacunas para permitir el acceso al lugar donde se pretende llevar a cabo la actividad.

Después de negociar con los dueños de los terrenos en donde se va a introducir la máquina, con los consejos comunitarios y con los mineros artesanales, se da inicio a la labor de la que mensualmente se pueden llegar a obtener entre dos o tres kilos del metal. Este es vendido en las compraventas ubicadas en los pequeños y medianos poblados que compran el oro de los pequeños mineros,

[...] lo limpian de mercurio y lo venden a las casas fundidoras en Medellín y Cali, empresas que no son muchas. El precio del oro es homogéneo y está definido por acuerdos entre los compradores, que, comparados con los vendedores, son minoría. (Molano 2017, 31)



Figura 40. Lanchas cargando piangua

Fuente: fotografía de Luisa Vega.

Mientras tanto, los dueños de las máquinas y de los entables mineros transportan el metal por vía terrestre o aérea para comercializarlo directamente en las fundidoras, lo que les permite disminuir los intermediarios y obtener mayores ganancias. Para el caso particular de Nariño, la cantidad de oro extraído reportada es mínima y el que no se reporta es “registrado en otros municipios con el fin de aumentar en ellos las regalías” (Molano 2017, 32).

Para el caso de la pesca, por lo general el producto obtenido en los esteros, ríos o manglares es intercambiado en los asentamientos o vendido en los medianos poblados en donde ya se suele tener un comprador fijo. Cuando se trata de pesca en altamar, el pescado es comercializado por peso en pesqueras que luego lo envían en los barcos de cabotaje hacia la galería Pueblo Nuevo en Buenaventura o en Tumaco, en donde ya se tiene pactada la compra. Como comenta don Alfredo, pescador del municipio de La Tola, cuando el pescador agarra pescados grandes, de pesa, que agarra con malla gruesa en altamar, lo vende dependiendo del peso. Si el total pesa 50 kilos y el kilo está a \$ 8000, se gana \$ 450.000. Si no debe nada, le quedan libres. De ese dinero debe pagarle al marinero alrededor de \$ 100.000, ya que esta actividad requiere del trabajo de mínimo dos pescadores, además de la gasolina invertida en la faena, que cuesta por lo menos \$ 60.000.

Lo anterior suponiendo que el motor y el bote sean propios (ver capítulo 3). Cuando las pesqueras tienen de 1 a 2 toneladas, las mandan a los clientes en Buenaventura. Los dueños llegan al puerto en camiones para recoger la producción y deben pagar el flete al contador del barco dependiendo del número de tachos o contenedores de icopor enviados.

En la comercialización de la piangua cambian tanto los destinos como los actores implicados en el proceso de comercialización. Se ha establecido un particular vínculo con Ecuador que, a diferencia de Colombia, es un comprador potencial de este molusco ya que es aprovechado tanto para la gastronomía como para la fabricación de lozas. A partir de la lógica de circulación de la concha se han consolidado relaciones y ritmos que pasan por la construcción de relaciones de parentesco, por el aumento de los flujos migratorios entre las fronteras, y por el contrabando de gasolina, armas y cocaína.

En las zonas costeras de Nariño, actualmente circulan tres botes grandes contruidos en fibra, dos de ellos de propietarios ecuatorianos. Salen cada semana y media cargados con bultos de concha, a enfrentarse a la travesía que implica navegar durante horas, en la noche, por entre esteros y por mar abierto. Una vez llegan a San Lorenzo, un pueblo costero ubicado en la provincia de Esmeraldas, empiezan a entregar los costales de concha —enviados por compradores— a los contactos con quienes ya han preestablecido el negocio. Inmediatamente, los bultos son abiertos y los contadores empiezan a seleccionar o rechazar las conchas basándose tanto en el tamaño (no menos de 5 centímetros), como en la frescura del molusco.

El flete por bulto de 2.500 conchas está en 20 dólares que son pagados por quienes reciben la piangua. Por esta razón los marineros, el motorista y el achicador de la embarcación deben esperar hasta que les paguen el valor total del flete para poder comprar el combustible de regreso y pagarles a los trabajadores. Este tiempo es aprovechado para cargar los botes con cajas de atún, de jabón y con tanques de gasolina y de gas, asumiendo el riesgo de que les decomisen la mercancía. Don Germán, achicador de una de las embarcaciones que hace la ruta, comenta:

Si uno hace bien sus cosas pasa, pero el problema es que, si lo coge la guardacosta de Esmeraldas, de una playa que se llama Cauchal hacia fuera, ya saben que uno viene con destino a Colombia y lo coge una guardacosta de Esmeralda, va llevado. Si ya pasa los límites con Ecuador y lo coge la ley, la guardacosta colombiana, tiene problemas también. (Entrevista con Germán Paz, La Tola, Nariño, noviembre de 2017)

En cuanto al pago a los compradores de las veredas, son los contactos quienes se encargan de girarles el dinero una vez reciben el pago por la concha. Las ganancias son buenas teniendo en cuenta que el ciento de piangua se vende en San Lorenzo a 8 dólares. Don Germán afirma:

Uno los entrega, ellos los tiran en esos viveros, así como hay aquí para que beban agua, después los cuentan y luego los mandan a Esmeraldas, Guayaquil, a Quito. Ellos trabajan con la plata de los colombianos, ellos la llevan a vender y cuando la venden, ahí es que ahora sí les mandan o les depositan la plata. (Entrevista con Germán Paz, La Tola, Nariño, noviembre de 2017)

Sin embargo, cuando la producción de piangua es demasiado alta, su venta es más difícil ya que a San Lorenzo llegan botes cargados con cientos de bultos desde varios sectores costeros como Tumaco y Buenaventura, que van recogiendo concha en las playas, hasta el Saija. De acuerdo con José, marinero de una embarcación ecuatoriana, “se gastan como tres días viajando y como seis tanques de combustible”. Por la gran cantidad de piangua, los ecuatorianos se vuelven más exigentes a la hora de seleccionar la concha, descontando las que están muy pequeñas o a punto de morir; como señala José: “el ecuatoriano es más vivo que el colombiano ahora, porque ellos hacen es plata con la plata del colombiano y ellos no pierden un peso porque ellos no van a comprar concha muerta” (entrevista con José Cruz, El Charco, Nariño, octubre de 2017).

Los procesos de comercialización nombrados anteriormente dan cuenta de la primacía de la mirada extractivista sobre la región del Pacífico sur, en donde la explotación de ciertos recursos está mediada por la demanda nacional o internacional de las materias primas que responden a modelos económicos basados en la explotación tanto del paisaje como de la fuerza de trabajo. Esto teniendo en cuenta que son los productores primarios los que deben entrar a diario en el monte o en el manglar, los que aprenden a manejar herramientas y maquinaria que suponen riesgos, además de invertir su fuerza, energía y tiempo de manera intensiva a cambio de la obtención de una muy baja remuneración económica. Así lo confirman campesinos del río Guajuí que se dedican a la pesca, la recolección y la siembra de coco:

Imagínese que el kilo de camarón aquí lo están pagando a 28.000 pesos. Un kilo de langostino. ¿Cuánto vale un kilo de langostino en Bogotá? ¿Cuánto vale en Cali? Y aquí vale 28.000 pesos, imagínese la diferencia. Pero como uno no tiene cómo sacar la producción al mercado. Es decir, que sea como sea más gana el que compra que uno que lo produce. (Entrevista grupal, Guapi, Cauca, abril de 2018)

Lo anterior está acompañado de la salida de un alto porcentaje de las ganancias y beneficios económicos que quedan en manos de actores externos que, en su papel de comerciantes o intermediarios, invierten fuera de la región. Que el intermediario pertenezca a la región o a alguna de las veredas del Pacífico sur no es garantía de que la

circulación del dinero se quede en los ríos, ya que la relación comercial se realiza directamente con el puerto de Buenaventura. Poniendo como ejemplo la pesca, María señala:

Si el intermediario es de afuera es igual, aunque sea de aquí, porque ellos montan un negocio y ellos sus cosas las tiran a Buenaventura, o sea ellos aquí no le compran nada sino la producción, el camarón porque el pescado pequeño de fritar eso usted tiene que secarlo, tiene que regalarlo, o sea porque tampoco se lo compran, únicamente es el solo camarón. Por decir algo, si se van a pescar y lo que cogen es pescado menudo, lo que es pescadilla y no cogen camarón, no cogen un peso porque ese pescado aquí nadie se lo compra a nadie. (Entrevista grupal, Guapi, Cauca, abril de 2018)

“Esto por acá está frío”: el deseo por la ciudad y las redes migratorias

En El Naranjo, uno de los poblados donde pasamos una buena parte de nuestra estada en campo, un grupo de tres muchachos se reunieron y consiguieron los elementos necesarios para comenzar a amasar pan. Utilizando las instalaciones e instrumentos de una pequeña panadería comunitaria que había funcionado ya varios años atrás, empezaron a amasar cada ocho días. Al principio vendían solo en el poblado, pero debido a algunas tensiones comenzaron a desplazarse a otros poblados. Durante algunos días los acompañamos en la panadería. Uno de ellos prometía que con el dinero que le quedara de ese pequeño negocio se iría a Cali porque, en sus propias palabras, “ahí no pasaba nada”.

Una tarde, indagando con la hermana mayor de uno de los muchachos de la panadería, cuando señalamos lo importante que era que los jóvenes comenzaran a desarrollar ese tipo de propuestas, la mujer señaló: “Eso acá está frío, los jóvenes tienen que moverse. Los muchachos están haciendo plata para poder irse a la ciudad porque acá no pasa nada, ni estudio hay”. Cuando cerramos nuestro trabajo de campo intensivo, alrededor de diciembre de 2017, varios de los jóvenes entre los dieciocho y los veinticuatro años nos prometían que iban a salir a la ciudad a buscar trabajo, a estudiar de ser posible y a conseguir mujer. A nuestro regreso en marzo de 2018 nos encontramos con que solo quedaban un par de jóvenes; el resto ya estaban en la ciudad, la mayoría trabajando como obreros.

La coyuntura de crisis económicas que se vive en algunos de los lugares del Pacífico sur posibilita pensar que la migración de los jóvenes que conocimos en campo a lugares como Cali, Palmira y Florida responde a la baja circulación de dinero. Bien sea como parte de los ciclos de vida, jovenciar está ligado a salir momentáneamente para luego

regresar a formar una familia; ya sea por visitar parientes que viven en otros lugares de Colombia para pasar un par de temporadas, o tal vez como parte de procesos y redes migratorias transnacionales ligadas a la prostitución (Hurtado 1996, 2008), la migración no es una novedad para los habitantes del Pacífico sur. En la mayoría de los poblados se puede encontrar una gran cantidad de historias de personas que han realizado largos desplazamientos, tanto al interior de Colombia como hacia otros países.

En este apartado caracterizaremos algunas de las redes de migración en las cuales se desplazan los campesinos negros del Pacífico sur. Lo que buscamos con esta caracterización es señalar la forma en que esas subjetividades campesinas son mucho más porosas y móviles de lo que parecen a primera vista. Esto cuestiona el supuesto de un campesino atado a un lugar rural ya que, como veremos en las siguientes páginas, los procesos de migración impulsan dinámicas particulares, a la vez que una buena parte de las racionalidades económicas que operan en el Pacífico sur son posteriormente replicadas en ambientes urbanos como estrategia para acceder a ciertas mercancías y elementos que solo se consiguen en la ciudad.

Antes de entrar en materia, nos parece importante señalar que sobre “la ciudad” recae la construcción de un deseo; la migración se ve como una posibilidad abierta. Sin embargo, para la mayoría de los habitantes del Pacífico sur, dicho deseo por la ciudad no funciona con base en una noción de migración total y abandono de su tierra. Podríamos decir que el deseo por la ciudad es ambivalente. Si bien la migración se justifica por la necesidad de salir a buscar mejores oportunidades económicas, y hasta empleos fijos, la mayoría de los campesinos negros comparan constantemente la vida en sus poblados con la vida en la ciudad. Es normal escuchar comentarios en torno al hecho de que en la ciudad todo es plata y nadie está dispuesto a colaborar, “allá a usted nadie le va a regalar ni un vaso de agua”. Contrario a esta suerte de necesidad del efectivo, las personas señalan que, en sus poblados, a pesar de que hay poco dinero, nunca hace falta lo de comer, siempre están los familiares dispuestos a ayudar, y en caso de que las actividades anden bien, “se puede estar hasta tres días de balde en la casa, sin que a uno un jefe lo esté molestando por no ir a trabajar” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 10 de agosto de 2017).

En ese sentido, la migración y el deseo de la ciudad, para los campesinos negros del Pacífico sur, está lejos de ser una noción idealizada, y más bien se presenta como una posibilidad por la cual no todos optan. A continuación, caracterizaremos lo que llamamos *migraciones históricas*, es decir, los desplazamientos realizados por las personas mayores que en la actualidad se encuentran de lleno en varios poblados del Pacífico, para luego dar paso a una caracterización de las redes migratorias actuales y de la forma en que algunos de nuestros interlocutores en campo comenzaron a desplazarse hacia ellas.

Migraciones históricas

Para la gente negra del Pacífico sur, ir a andar, tener el aplomo y osadía para enfrentarse a otros paisajes y nuevas experiencias lejos de sus tierras y paisanos es tan importante como cultivar diversos saberes, la poliactividad de la que hemos hablado. Salir del terruño para explorar otros lugares obedece a una cierta necesidad de ejercer la libertad, la determinación y la autonomía. Y las condiciones en que se da esta experiencia están enmarcadas en un contexto económico del lugar de partida y de llegada, por lo que cada ola de expansión de las economías extractivas, dentro y fuera del Pacífico sur, ha moldeado la experiencia migratoria de las gentes negras (Barbary y Urrea 2004; Arboleda 1998; Arboleda 2012).

Quien sale del Pacífico lo hace en busca de dinero y experiencia, pues al final del viaje serán estos los medidores del éxito del aventurero en su andar. Historias entretenidas que hagan a los que escuchan vivirlo de alguna manera, desearlo también; que validen la idea según la cual moverse es acumular conocimiento y dinero, o al menos las historias de haberlo tenido. Ropa, enseres y buen aspecto físico son lo propio de quien supo conquistar el camino. Haber salido es altamente valorado entre los locales; a quien lo hace se lo tiene por valiente y conocedor, y entre más lejos y más tiempo, mejor, en contraste con aquel que se ha quedado toda su vida en el pueblo y solo tiene lo poco que allí llega para ver y actuar en el mundo.

Hoy abundan en los recuerdos de los mayores las historias y experiencias buenas y malas que vivieron, de pueblo en pueblo, una vez se decidían a migrar en busca de empleo, a veces por años, décadas, u ocasionalmente sin retorno, a lo largo del siglo xx. En una ocasión, don Julio, un hombre cercano a los setenta años, nos compartió sus memorias de sus viajes a Venezuela. Antes de casarse y tener a sus cuatro hijos, él salió con un par de amigos desde la parte alta del río Guapi. A manera de migración escalonada, luego de conseguir el dinero para poder llegar hasta el Valle del Cauca, trabajó durante varios meses en el corte de caña. Con este nuevo dinero pudo costear el pasaje para llegar hasta la frontera con Venezuela. Una vez allí, paso de manera ilegal: “Eso era por entre unos potreros que tocaba pasar, y uno camine y camine. Lo bueno es que iba con la gallada” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 29 de noviembre de 2017). Durante los primeros meses, don Julio trabajó en el área de construcción, de manera ilegal, mientras se logró desplazar al interior de Venezuela para llegar al estado de Valencia, donde estaban las minas y donde había una gran cantidad de coterráneos.

Al calor de su historia, y cuando don Julio mencionó el estado de Valencia, uno de nosotros indagó por el hecho de que varias personas nos habían mencionado que allí tenían hijos y familiares. Don Julio nos dijo que una gran cantidad de personas del río habían migrado hacia ese lugar a trabajar en la minería, ya que hubo un momento en

que las ganancias eran lo suficientemente buenas como para poder enviar dinero para la familia. Como parte de varios viajes, algunos de los hijos de los primeros migrantes se habían quedado allá. “En Valencia hay un barrio de pura gente de este río. Ustedes van allá y se siente como si estuvieran acá”. Indagando por la situación actual de Venezuela, el señor nos comentó que, por lo que había hablado con su hijo, a pesar de vivir en Valencia muchos de ellos se desplazaban quincenalmente a trabajar en las minas que quedan cerca de la frontera con Brasil. “A ellos no les falta comida ni sufren nada, porque desde Brasil les llega todo y no tienen que pagar carísimo todo”.

En el relato de don Julio aparecen dos de los lugares a los que con mayor frecuencia se aventuraron los varones de la región durante el siglo xx: los sembrados de caña en el Valle del Cauca y Venezuela. Y hay que sumar aquí a Buenaventura, histórica receptora de migrantes del Pacífico colombiano en general y de sus tierras bajas, más concretamente. La primera mitad del siglo estuvo marcada por una movilidad limitada a la costa del Pacífico. Los hombres jóvenes emprendían viajes de meses para llegar a Buenaventura o Tumaco, pues, por tratarse de puertos, ofrecían algunas oportunidades laborales; no obstante, para entonces, fueron más usuales los flujos de personas hacia el interior que atendían al llamado de los auges extractivos ocurridos en las subregiones. Ejemplo de esto son los flujos de personas que llegaron a Timbiquí en los años 1930 para emplearse en la compañía minera franco-inglesa.

Un segundo momento se dio con el crecimiento de las plantaciones de caña de azúcar en el centro del país (Taussig 1978) que abrieron una posibilidad laboral para los hombres, como peones y corteros en los ingenios azucareros. Hasta allí llegaron decenas de ribereños durante la mayor parte de la segunda mitad de siglo. Los datos censales recolectados por Taussig (1978) en las cabeceras de los ríos Saija y Timbiquí en 1976 son ilustrativos del lugar de este destino en los flujos migratorios, pues

[...] por cada diez personas nacidas en la cabecera de estos dos ríos solo cuatro residen en la región de las cabeceras, una está en el curso medio y bajo del río, una en el puerto de Buenaventura y cuatro trabajan en el Valle del Cauca. (128)

Para entonces las migraciones se realizaban en grupos, “con la gallada”, porque al enfrentarse a lugares desconocidos preferían estar con alguien cercano a ellos, un primo, un amigo, un hermano. Cuando lo hacían solos, en cada parada buscaban a los paisanos pues, adicionalmente, son migraciones escalonadas que se caracterizan por la necesidad de obtener recursos económicos en cada uno de los lugares donde transitan para así poder seguir toda la ruta. Así, era frecuente que los viajeros se permitieran estancias de varios meses en un lugar antes de llegar al destino deseado.

La migración hacia el Valle del Cauca fue circular. Después de unos cuantos años, los andariegos fueron retornando a sus pueblos, a veces ya con una familia, con dinero para construir una vivienda en el casco urbano o la vereda, o para comprar un motor fuera de borda; o, en el mejor de los casos, aunque fue poco frecuente, con una pensión por su trabajo en grandes empresas azucareras. En el contexto de un caserío mediano solo conocimos un caso de un hombre pensionado por la empresa Providencia y a una mujer que recibía la pensión de su esposo fallecido debido a una enfermedad mientras trabajaba en un ingenio. Era poco usual que trabajaran tanto tiempo como para acceder a una pensión; los más regresaban con historias de lo rígido y agotador, al punto de lo insoportable, que eran las jornadas de trabajo y las normas de las empresas. En palabras de Taussig (1978), el impulso del retorno estaba dado también por asuntos como que “las largas sesiones de bebida y relato de historias por parte de los hombres en tales ocasiones no tiene cabida en las grandes plantaciones, que apenas dan tiempo para dormir y cocinar” (130).

Esos migrantes llegaban a ocupar los puestos más bajos en la estructura jerárquica de la empresa cañera. Allí, entre las calles sin fin de los cañaduzales, se debían convertir en expertos en una sola tarea, que repetían día tras día, cientos de veces, sin jamás enterarse de nada más del proceso de producción. Esto no podía contrastar más con las lógicas económicas y laborales que primaban en los pueblos. Para Taussig (1978), la vinculación masiva de migrantes a las plantaciones como mano de obra no calificada por medio de contratos directos y contratistas locales fue estratégico para mantener al grueso de la estructura laboral en una posición pasiva en cuanto a exigencia de derechos laborales. Este planteamiento es muy valioso para leer más adelante las lógicas que ponen en marcha hoy otras industrias, como la de la construcción, para favorecerse de los procesos migratorios desde el Pacífico hacia las ciudades.

Don José, un hombre que ha pasado ya los ochenta años, solía recordar, cuando estábamos en el cañaduzal de su esposa, lo diferentes que eran las plantaciones del Valle, cómo su trabajo era cortar la caña entera, desde la raíz, sin dejar las cañas pequeñas para que broten, como se hace tradicionalmente en el Pacífico; y casi siempre, cuando disputaba con alguien, se defendía diciendo que había estado en el Valle, era conocedor del mundo y un “hombre de servicio”, es decir, muy trabajador, algo que se toma inmediatamente por cierto si lo dice un buen viajero. Pero cuando le preguntamos por qué no se había quedado allí, la ambivalencia invadió sus reflexiones. Si se hubiera quedado trabajando, seguramente no tendría salud, pero sí buen dinero, pues la falta de descanso habría terminado agotándolo hasta el punto de la enfermedad, y ya hemos visto el lugar que tenía el descanso en la *buena vida* de los hoy mayores; pero, por otro lado, la fuerza que conserva para emprender faenas de pesca de varios días, y trabajar fuertemente en los cultivos de maíz, arroz, caña, plátano y papachina, contrasta con

los bajos ingresos con los que debe sortear cada día la supervivencia suya y la de su esposa. Al final, la lógica de no-acumulación primó y don José concluyó haber tomado el mejor camino que, aunque duro, lo ha traído al presente al lado de sus parientes, alimentándose *limpio* y siendo uno de los viejos respetados en el pueblo, asunto nada menor en este contexto.

Estas migraciones tenían otras particularidades que viene a bien señalar. En primer lugar, fueron la forma en que circulaban varias mercancías hacia algunos lugares del Pacífico sur. Como nos comentaba don Julio, él estuvo en Venezuela alrededor de diez años. Durante sus primeras visitas, traía grandes remesas para su hogar. Allí conseguía café y leche en polvo, detergente y un sinfín de elementos a los cuales se podía acceder en los mercados regionales, pero que para él eran mucho más baratos en Venezuela, especialmente si se traían en grandes cantidades. Además de estas mercancías, varios de los habitantes de los ríos que migraron hasta Venezuela se arriesgaron a traer otras cosas, como electrodomésticos y motores fuera de borda. Señalaba don Julio:

En esa casa fue de las primeras donde hubo pantalla y equipo de sonido, que yo traje desde Venezuela. Igual, por los ríos usted veía varios motores 22, que ya casi no se ven, pero que los traíamos desde Venezuela. La gente cree que acá la coca fue la única que dejó motores, pero se les olvida que muchos de esos motores llegaron antes, en nuestras manos. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 29 de noviembre de 2017)

Indagando más, don Julio nos comentó que traer motores y electrodomésticos era muchísimo más complicado, porque ellos debían sobornar a “la alcabala” en Venezuela para poder pasar las cosas y, en algunos casos, la persona podía perder el motor que estaba intentando traer desde allá.

La segunda particularidad tiene que ver con el carácter ilegal que tiene en algunos momentos la migración, el paso a la legalidad a través de la obtención de documentos y la forma en que dichos documentos son valorados en la actualidad. Como ya se señaló en el pequeño esbozo de la historia, la gran mayoría de personas que, luego de pasar una temporada en el Valle, decidían salir hacia Venezuela debían pasar la frontera de manera ilegal. Como parte de redes de conocidos que ya se encontraban en el lugar, ellos accedían a trabajos en los cuales no necesitaban tener papeles. Sin embargo, en algún momento llegaban las autoridades de migración a ejercer controles. Contrario a lo que ocurre en la actualidad en algunos contextos particulares, a los migrantes del Pacífico les daban tarjetas de trabajo y residencia temporal que debían renovar cada año. Luego de los primeros cinco años, muchos de ellos se hacían a un pasaporte que les permitía desplazarse con mayor facilidad y, si tenían suerte y lograban una estabilidad en el vecino país, hasta lograban obtener la residencia por periodos de cinco años.

Hoy en día, en gavetas alcanforadas, guardados entre libretas con viejos números y retratos del pasado, muchos de los campesinos negros del Pacífico sur guardan los documentos que obtuvieron en Venezuela. En otros casos, a pesar de que la persona ya falleció, sus familiares siguen guardando los papeles con recelo. Muchos de ellos ya han perdido validez; otros, como efecto de la humedad, se han vuelto casi ilegibles. En nuestra conversación, y ante nuestra inquietud por estos papeles, don Julio nos comentaba que él los guardaba por si se daba la situación y él debía volver a trabajar a Venezuela; en su percepción, con toda esa documentación él ya no entraría con un carácter de migrante ilegal, sino con el de una persona que logró obtener un carnet de residencia y que trabajó allá en diferentes actividades.

La centralidad que se les da a estos documentos es solo la expresión de una suerte de “fetichismo de los papeles” que opera constantemente en el Pacífico sur y que los habitantes de este lugar movilizan con frecuencia. Es normal ver que los jóvenes pongan un gran esfuerzo en lograr una buena foto para la cédula, que guarden con recelo las contraseñas y que, al momento de obtener la cédula, comiencen a hacer comentarios de que “ya son ciudadanos”. En casos extremos, llegamos a conocer personas que plastifican los certificados de votación. No obstante la importancia que la migración histórica fuera de Colombia les otorgó a ciertos documentos, en la actualidad las migraciones transnacionales se han orientado hacia otros lugares, como España y Chile, por lo cual se han configurado otras dinámicas.

En cuanto a la migración Pacífico sur-Venezuela, puede decirse que jugaron ideas y expectativas similares a las que emergieron en otras regiones del país cuando fueron llegando, ríos arriba, los rumores de trabajo bien remunerado en el país vecino y de gente negra ya empleada allí. La expectativa de trabajar, conseguir dinero y regresar impulsó a buena parte de por lo menos dos generaciones a andar con rumbo a Venezuela. Allí hallaron trabajo en las fincas ganaderas y plantaciones de caña y, como es usual, se fueron tejiendo redes de migrantes que llegaban, se acomodaban gracias al apoyo económico y solidaridad de sus paisanos, y conseguían trabajo en las fincas donde además terminaban estrechando lazos con personas del Caribe colombiano y migrantes de otras regiones del país.

También para la segunda mitad del siglo xx Buenaventura fue un referente de ciudad al que acudieron hombres más que mujeres jóvenes en busca de la vida. Hallar un puesto en los barcos pesqueros o ser empleados como vendedores de alimentos, ropa o hierbas en el mercado de la ciudad fueron algunas de las entradas que ofrecía el puerto. Muchos migrantes de los ríos al sur de Buenaventura se quedaron viviendo permanentemente allí, y hoy son actores importantes del comercio, como se puede notar en la galería de Pueblo Nuevo. Don José Vidal migró en los años 1980 e hizo su familia en Buenaventura, cuando el puerto se erigía como un destino para establecerse y no como

una parada en la ruta hacia otras ciudades, como lo es en las migraciones actuales. Este guapireño ha escalado en lo laboral pasando de ser vendedor a propietario de dos puestos en la galería, uno de ropa que atiende su esposa, y otro de venta de alimentos agrícolas que van desde el centro del país, como papa, cebolla, zanahoria, limón, etc.

Entretanto, es importante subrayar algo que ya hemos esbozado entre líneas y es que las migraciones referidas fueron mayoritariamente masculinas. Según Taussig (1978, 128), mientras los hombres realizaban cuatro viajes, las mujeres que salían lo hacían en promedio una vez. Ellas también tuvieron como principal destino el Valle del Cauca. Allí se emplearon como cocineras en las plantaciones o, más frecuentemente, en casas de familias blancas adineradas en ciudades como Cali y Tuluá, casi siempre bajo la modalidad de “internas”. Muchas estuvieron por una o dos décadas hasta que el cansancio y la posibilidad de recibir el apoyo económico de sus hijos las hicieron regresar. Otras se quedaron allí, conformaron sus familias y hoy hacen parte de las extensas colonias ribereñas por medio de las cuales se enteran del acontecer de su pueblo, al que regresan de visita en época de fiesta o para despedir a algún familiar fallecido⁷⁰.

Las mujeres negras del Pacífico sur salían de su tierra mucho menos en el pasado, y cuando lo hacían las motivaba la búsqueda de trabajo, mejores oportunidades de vida y autonomía. Como lo destaca Wade (1997) para el caso de las chocoanas en Medellín, las mujeres provenientes de los diferentes ríos del Pacífico sur operan desde hace décadas como una reserva de mano de obra barata en servicio doméstico y restaurantes de Buenaventura, Cali, Bogotá y ciudades medianas del Valle del Cauca.

Migraciones actuales

Los procesos migratorios actuales que se presentan a lo largo del Pacífico sur se pueden entender como el resultado

[...] de las oleadas industrializadoras y sus imperativos modernizadores, junto a los anhelos de acceso a mejores condiciones de vida o de la entrada en crisis de los ciclos de producción en los lugares de procedencia, sumado al prolongado conflicto social y político por el que atraviesa el país. (Arboleda 2012, 92)

70 “El empobrecimiento y enajenamiento cultural de sus vidas en el interior, la sensación de tener que estar siempre listos y a la mano para el llamado del ama de casa blanca o del capataz, recibe un poderoso antídoto en el hecho de sentirse parte integral de lo que es verdaderamente su propia y exclusiva fiesta religiosa” (Taussig 1978, 128); aunque sin éxito, al parecer del etnógrafo, pues la degradación de mano de obra que ocurre en el interior no llega a compensarse con estos esfuerzos de mantenerse unido a un grupo social en el que se intenta destacar por medio del uso y exhibición de bienes de consumo.

Lo anterior ha desembocado en el crecimiento de los medianos poblados de la región, así como de las zonas marginales de la mayoría de ciudades del país. Podría decirse que las últimas tres décadas, época de fortalecimiento de varias de las actividades exploradas en este ejercicio etnográfico, han propiciado condiciones económicas y sociales para que se den varios tipos de migraciones: interregionales, nacionales e internacionales. Las primeras están asociadas a los auges en las economías minera y cocalera en el Pacífico sur. La minería mecanizada atrae a hombres y mujeres a los ríos donde se realiza la explotación de manera más prolongada que la coca, pues los mineros pasan entre un par de meses y varios años en los pueblos en donde se vive el auge, mientras que los grupos de raspachines suelen moverse a los ríos vecinos únicamente durante el tiempo que dura la cosecha de la hoja de coca y regresar inmediatamente a sus pueblos. Las mujeres se movilizan internamente para ocuparse también como mineras y cocineras de minas.

En la zona de las bocanas de los ríos, en el marco del negocio del narcotráfico, se presenta el fenómeno migratorio subregional entre veredas que se evidencia cuando grupos de hombres, especialmente jóvenes, se desplazan desde las partes medias o altas de los ríos para establecerse en veredas ubicadas en las bocanas por temporadas prolongadas, con la finalidad de cuidar o vigilar las lanchas que están siendo cargadas con cocaína o de ocultar el alcaloide mientras que se logra concretar el proceso de comercialización. Su presencia en estas veredas es evidente ya que, aparte de andar armados, por lo general las casas en que habitan tienen grandes antenas que les permiten tener comunicación constante, además de contar con mínimo una lancha con varios motores de alta velocidad.

Cuando capturan a algún narcotraficante que opera en la región o cuando no se logran coronar viajes hacia el norte del continente, muchos de estos jóvenes regresan a sus veredas mientras que el negocio vuelve a tener fuerza. De esta manera, las crisis y las bonanzas del cultivo y comercialización de la coca definen movimientos y procesos migratorios subregionales entre veredas, ríos y bosques del Pacífico sur.

El movimiento de personas entre las veredas de los diferentes ríos y los medianos y grandes poblados ubicados a lo largo del Pacífico sur hace parte del transcurrir de la cotidianidad de los campesinos negros. Ya sea con fines comerciales, familiares o institucionales, las relaciones entre lo rural y lo urbano se han ido intensificando y consolidando como alternativas para terminar la educación secundaria, tomar cursos técnicos o universitarios. Tomando como punto de partida las migraciones de veredas a medianos poblados, estas se deben por lo general a la ausencia de instituciones educativas que brinden programas completos de educación básica en las zonas rurales. La mayoría de los poblados dispersos y de los pequeños asentamientos cuentan con educación solo hasta noveno grado, por lo que muchos estudiantes deben desplazarse hacia los medianos poblados para culminar sus estudios.

Es frecuente que migren temporalmente y que, gracias a las redes de parentesco, se ubiquen en casa de familiares o de amigos con el compromiso de aportar para la alimentación. Sin embargo, cuando no cuentan con esta opción, la alternativa más usual es que renten una habitación en una casa de familia por la que deben pagar mensualmente alrededor de 300.000 o 400.000 pesos mensuales.

Por otra parte, los flujos migratorios hacia afuera de la región, en los que pondremos mayor énfasis, están mayoritariamente dirigidos hacia los centros urbanos, y son catalizados por las épocas de declive en la producción local y regional de materias primas, aunque no sea este el único móvil. La duración de estas estancias en la ciudad es muy variable; sin embargo, por la inestabilidad a la que también se enfrentan allí, suelen durar entre unos meses y un par de años. Las migraciones internacionales están impulsadas por situaciones parecidas; sin embargo, suelen ser más prolongadas.

Los desplazamientos escalonados, directos y extrafronterizos fueron algunos de los patrones de movilidad que caracterizaron las migraciones desde sus inicios. De acuerdo con Jaramillo (2003), los desplazamientos escalonados están relacionados con las estancias de los primeros migrantes por temporadas cortas o largas en diferentes ciudades, donde buscan redes consolidadas de apoyo y protección. Este proceso empieza a abrir las posibilidades de iniciar los desplazamientos directos, gracias a la creación de vínculos familiares que brindan la posibilidad a los migrantes de tener un lugar “fijo” para llegar:

La migración se hace directa en la medida en que también existan condiciones que la propicien, como por ejemplo la relación con migrantes pioneros, que no siempre son parientes consanguíneos pero que con sus desplazamientos continuos van tejiendo un corredor de contactos con un carácter fuertemente funcional del que se servirán el resto de los migrantes de una misma vereda o río. (Jaramillo 2003, 54)

En cuanto a los desplazamientos extrafronterizos, ha sido durante los últimos años que se han fortalecido sobre todo a países como Ecuador, Chile y España.

Cali

Uno de los nodos de mayor captación de población negra del Pacífico sur es el Valle del Cauca, específicamente Cali, y en particular el distrito de Aguablanca. En las últimas tres décadas este ha sido receptor de miles de familias que fueron ocupándolo y haciéndolo crecer de manera considerable. Los flujos migratorios fueron en ese entonces todo un reto para las organizaciones estatales que no estaban preparadas para manejar y amortiguar la situación y que, como alternativa y herramienta, implantaron y visibilizaron este escenario a través de la prensa y de los medios de comunicación,

satanizando y visibilizando a los migrantes como los “otros” que estaban invadiendo y transformando las lógicas urbanas de la ciudad y que estaban rompiendo con el “desarrollo” urbano. Esta estrategia mediática y política insertó y acentuó estereotipos sobre los migrantes negros, a quienes categorizaron y situaron espacialmente en “la otra Cali”, es decir, en esa parte de la ciudad desconocida y peligrosa, antítesis de la Cali tradicional. Ese lugar donde habita gente negra, desplazada, invasora, campesina. Esa Cali ilegal, oculta para los turistas, para los políticos, para los jóvenes, pero visible a la hora de referirse al peligro y la violencia.

Teniendo como precedente este contexto, el hecho de categorizar y marcar a los migrantes que llegaban al distrito como sujetos peligrosos que amenazaban con el orden y con la seguridad de la ciudad provoca una exclusión que se potencia especialmente en el momento de buscar posibilidades laborales. En muchos casos, cuando alguna persona aspira a un empleo, debe mentir en su hoja de vida poniendo la dirección de un barrio ubicado fuera del distrito de Aguablanca, o que por lo menos no tenga fama de ser “tan peligroso”. En una conversación que mantuvimos en Cali con Teresa, migrante de la costa nariñense, respecto a las dificultades y retos que implica ubicarse laboralmente en la ciudad de manera estable, expresó con tristeza e indignación:

Muchas personas acá han llenado hojas de vida y cuando las hemos llevado con estas direcciones y el nombre de esto no le dan el trabajo, tiene muchas veces que colocar otras direcciones. Aquí hay mucha discriminación respecto a eso, porque vivimos aquí y según los de aquí somos ladrones y somos lo peor del mundo. (Entrevista con Teresa, Cali, diciembre de 2017)

Así, el distrito de Aguablanca, como otros sectores del país y de Latinoamérica, recoge y combina las historias de vida de la gente del Pacífico sur que, en su proceso migratorio —que supone en muchos casos la reconfiguración de su identidad—, se encuentra con un panorama que ofrece muy pocas alternativas laborales y educativas, pues se relega a los migrantes a la realización de labores domésticas, trabajos de construcción y ventas ambulantes como medios para devengar dinero (Centeno 2012). Así lo expresa Daniela, habitante del barrio Charco Azul del distrito:

Yo ahora miro y a mí me da tristeza y me da impotencia ver que los negros son como animales de carga, que los negros son los que construyen la ciudad porque los negros son los obreros de los puentes, de los edificios porque la ciudad la construye el distrito de Aguablanca. (Entrevista con Daniela, Cali, diciembre de 2015)

Las palabras de Daniela resultan muy ilustrativas en tanto los hombres jóvenes migrantes provenientes de las zonas rurales del Pacífico sur proporcionan una gran cantidad de fuerza de trabajo a la ciudad receptora, cooptada en gran medida por la industria de la construcción de la capital del Valle del Cauca. Son los jóvenes entre los 18 y 35 años, que en su tierra se desempeñaban como jornaleros, mineros, agricultores o pescadores, y que llegan cargados de ilusiones y expectativas a la ciudad, pero sin formación académica mayor al bachillerato o alguna referencia laboral anterior, quienes mayoritariamente se vinculan al trabajo en la construcción de obras privadas.

Para los empresarios de las constructoras esta migración se traduce en mano de obra barata y aprovechan esas redes de parientes y paisanos para asegurarla. Generalmente los jóvenes acuden a estas redes para conseguir trabajo. Gabriel, un joven que llegó al distrito desde el río Guapi, da cuenta de lo expuesto:

Yo en diciembre traje plata, o sea la que traje por esos días mientras camellaba. Acá yo tenía el numero de un conocido y él tenía una obra por allá, entonces yo lo llamé y que necesitaba camello, entonces yo le dije de una, mandé la fotocopia de la cedula y de una, al otro día a trabajar. (Entrevista con Gabriel, Cali, abril de 2018)

Quienes ya llevan tiempo trabajando recomiendan a quienes llegan con “el ingeniero” que está a cargo de la parte de la obra a la que están vinculados y, en un acto propio de un “buen patrón”, van enganchando a los parientes y paisanos de los trabajantes iniciales. Esto permite además que se estrechen relaciones de compromiso y fidelidad entre los *rusos* y los ingenieros, que a la larga acaban por dar lugar a relaciones económicas similares a las que establecen con los patrones, dueños de aserríos o puestos, coccaleros, compradores de concha, etc., en sus pueblos.

En alguna oportunidad, estando en Cali, un guajuireño nos contaba lo duro que había trabajado en las últimas semanas, en jornadas de hasta quince o más horas, todo porque el ingeniero notara su buena disposición para el trabajo y accediera a comprarle un celular que iría pagando con trabajo en los siguientes meses. Los jóvenes se endeudan con sus patrones para comprar artículos, y mediante esta relación los patrones aseguran fuerza de trabajo a la que pueden acceder y de la que pueden exigir trabajo nocturno, en días festivos, horas extras mal pagadas, etc. El dinero de las economías ilegales ha posibilitado que los locales que son propietarios de entables, por ejemplo, procuren construir una casa en la ciudad. Ocasionalmente llevan con ellos a uno o dos jóvenes de su confianza a trabajar en su construcción. Ellos permanecen allí junto con sus patrones por el tiempo que tarde la obra y regresan para seguir trabajando en las minas.

En ciudades como Bogotá también se ha nutrido la industria de la construcción de las olas de migrantes negros derivadas de coyunturas particularmente violentas, como las confrontaciones entre grupos armados o las fumigaciones aéreas. Sin embargo, la imagen de Bogotá como una ciudad fría y racista hace dudar a algunos en viajar a la capital, aun cuando en ocasiones el trabajo allí es mejor pagado; esto, no obstante, no puede generalizarse, pues muchos otros leen la capital como lugar de oportunidades.

Para el caso de las mujeres que migran desde los ríos, generalmente se emplean en casas de familia, en restaurantes o en fábricas de dulces o de calzado. Como empleadas domésticas “internas” se ocupan aquellas chicas que no tienen marido e hijos o que están con sus parientes en el pueblo. Cuidan niños, personas mayores, mascotas, cocinan, asean, etc., y el fin de semana salen un día a pasar tiempo en los barrios de sus familiares y paisanos. Muchas son violentadas, humilladas, inferiorizadas por patrones y familias déspotas. En ocasiones las experiencias son tan fuertes que prefieren regresar a sus pueblos u orientar la búsqueda de empleo en otra dirección.

Encontrar un trabajo bien remunerado y en el que se sientan respetadas ha sido siempre un reto para las mujeres negras migrantes y se dificulta más cuando, como pudimos ver en Cali a finales de 2017, deben competir con otros migrantes que también se están “rebuscando”, en este caso con venezolanos que, en su afán por conseguir dinero para vivir, terminan pidiendo una paga mucho menor a la establecida. Una mujer procedente del río Yurumanguí expresaba con un poco de rabia y preocupación:

Vea, yo trabajo cocinando y eso de estar parada todo el día es muy duro. Yo cobro por mi día 45.000 pesos, pero ahora resulta que esos venezolanos están pidiendo por el mismo trabajo 25.000 pesos. Le están quitando el trabajo a uno y yo estoy desesperada porque necesito conseguir mi plata. (Entrevista, Cali, abril de 2018)

La migración femenina actual, aunque aun preeminentemente atada al trabajo doméstico y en restaurantes, se ha diversificado en las últimas décadas gracias a las luchas cotidianas de estas mujeres. Dos de los etnógrafos que participamos del ejercicio de trabajo de campo somos boyacenses y fue una enorme sorpresa que una mujer oriunda de un pueblo de la zona media de Guapi conociera varios pueblos de nuestro terruño, no caracterizado por presencia de gente negra y, por qué no decirlo, racista. Margarita salió de su pueblo hace veinticinco años, trabajo algún tiempo en el servicio doméstico, pero después de algunos años decidió apostarles a las ventas de cobijas y ropa en las ferias de pueblo. Así ha recorrido tantos municipios que perdió la cuenta y así “aprendió a rebuscarse”. En octubre de 2017 Margarita regresó a su pueblo con la intención de pasar unos meses junto a sus padres, pero pronto el espíritu de comerciante

que ha desarrollado la llevó a embarcarse con rumbo a Buenaventura y luego a Bogotá para comprar ropa y venderla en la temporada decembrina en el pueblo.

El comercio y las ventas ambulantes de frutas y alimentos “exóticos”, como el chontaduro, constituyen otro de los nichos de empleo informal que se han abierto los migrantes negros, tanto hombres como mujeres, en medio de la turbulenta rapiña por la ganancia económica en las ciudades. La venta de fruta en carros o carretas ambulantes posiciona a los migrantes negros en una ambivalencia que va de la posibilidad de autosuficiencia que esta actividad proporciona, a las condiciones de precariedad física, marginalidad laboral y exclusión en las que se realiza, como lo precisa Andrés Meza (2003) al analizar la dinámica de comercio callejero de migrantes negros en Bogotá. Destaca también que la venta callejera de fruta es un oficio que connota entre los jóvenes descenso social y, por lo tanto, es poco deseable para las nuevas generaciones de migrantes.

En contraste, una ocupación muy deseada por los jóvenes migrantes es la de ser peluqueros. Aprender las artes de la barbería y trabajar duro en las peluquerías de sus conocidos hasta tener el dinero para montar una propia es uno de los panoramas más pretendidos entre las generaciones de migrantes jóvenes en ciudades como Cali y Bogotá; aunque también tienen fuerza en los centros urbanos del Pacífico sur. En Guapi varias barberías comparten espacio con las ventas de ropa y hierbas en la calle primera. En el orden de lo nacional, esta posibilidad se ha abierto desde hace aproximadamente dos décadas por iniciativa de migrantes de diferentes lugares del andén Pacífico, como Buenaventura y el Chocó, que han usado estratégicamente sus conocimientos de peinados y cortes y movilizado el discurso de las estéticas de lo negro, para adaptarse y enfrentar creativamente los retos que impone la ciudad. Expresar su creatividad y lograr autosostenibilidad económica y autonomía en el uso del tiempo son la potencialidad que los jóvenes reconocen de este nicho laboral, que además se valida simbólicamente entre los jóvenes por tener referentes en consumos culturales muy difundidos actualmente, como la música urbana.

Cabe anotar también el lugar importante que se han hecho los migrantes negros del Pacífico sur en el mercado gastronómico de restaurantes en las ciudades. En los ríos donde estuvimos conocimos a varios parientes de propietarios y trabajadores de restaurantes de comida “típica” del Pacífico en Bogotá. Los padres muestran orgullo y alegría al hablar de este empleo, que es digno y les da autonomía, aunque poco tiempo para regresar a sus pueblos. Allí desempeñan un papel también las redes de parientes y paisanos, pues están reservados para ellos los primeros empleos abiertos por estos restaurantes (Serna 2012). La dinámica laboral de los migrantes también se define por el tránsito entre las limitadas posibilidades de ocupación, que funciona a modo de estrategia para sortear la inestabilidad propia de los empleos mencionados, principalmente en donde ocupan puestos subalternos.

Teniendo en cuenta que la mayoría de los migrantes del Pacífico sur vienen de poblados o veredas en donde se realizan prácticas y actividades propias del contexto (pesca, recolección, minería, agricultura, etc.), al llegar al distrito se enfrentan a situaciones de desventaja tanto social como laboral, lo que los obliga a regresar a sus veredas o a emplearse en labores mal pagadas:

Lo que me ha parecido un poquito duro, digamos, es como por ejemplo o sea el arriendo porque de todos modos uno pues, el arriendo es algo que casi la mayoría paga... Los compañeros, todo el mundo paga arriendo y lo otro es porque o sea acá lo que usted se coma es plata, o sea en cambio en el campo es diferente. Acá lo que usted se va a comer es plata, o sea, nada es regalado. (Entrevista con Gabriel, Cali, abril de 2018)

Aunque, como se mencionó anteriormente, en la mayoría de los casos los migrantes llegan a donde un familiar, amigo o conocido que les brinda la posibilidad de quedarse allí, es común que esto sea por temporadas no tan prolongadas, dependiendo del grado de cercanía que se tenga de antemano. En caso de que la ayuda con respecto a la vivienda sea prolongada, es responsabilidad de quien llega colaborar económicamente en la casa para suplir el favor brindado. “Parece que las normas de solidaridad familiar obligan a ofrecer techo y comida, a condición de que el recién llegado dé muestras de estar buscando algo que hacer” (Arocha *et al.* 2002). La imperiosa necesidad de encontrar un trabajo también hace parte del impacto del cambio de dinámicas económicas que se viven del campo a la ciudad. Quien no tiene plata en Cali no sobrevive, porque todo, absolutamente todo, tiene un valor monetario.

Sin embargo, para muchos el esfuerzo vale la pena y logran acoplarse y adaptarse a dinámicas ciudadinas, de modo que prefieren en muchos casos prolongar su tiempo en el distrito: “Yo acá me siento como más relajado. O sea, allá hay libertad porque no hay que pagar nada, arriendo, servicios, nada. Pero acá me relajo más porque allá en el pueblo están pendientes de todo lo que uno hace” (entrevista con Elkin, Cali, abril de 2018). Muchas veces es ese deseo por la ciudad, por conocer otros lugares, lo que los motiva a salir, es decir, la decisión no se limita a lo económico, aunque lógicamente este aspecto siempre está presente. Al igual que los mayores en el siglo pasado, están jovenciando y anhelan recorrer y tener experiencias diferentes a las que ofrecen las lógicas de los pueblos y pequeños centros urbanos de Bocas de Satinga, Magüi Payán o López de Micay, por poner un ejemplo.

El panorama anteriormente descrito se complejiza aún más debido a los fuertes contextos de violencia y conflicto que se presentan a diario en el distrito de Aguablanca. Al ser considerado como un sector vulnerable, en donde la exclusión social y la escasez

hacen parte de la cotidianidad de muchas familias, la lucha constante por sobrevivir a un contexto hostil, que no ofrece alternativas, se empieza a entrelazar con la ilegalidad —redes de microtráfico, sicariato, vandalismo, formación de pandillas, etc.—, en donde los protagonistas son, por lo general, jóvenes migrantes de los diferentes ríos del Pacífico sur. En este sentido, Daniela señala:

Entonces, también está la cosa de que la gente en el Pacífico, vuelvo y digo, como ha sido desplazada, ellos allá tenían, pues porque yo conozco, la gente por pobres que fueran las casas a veces, la gente pesca, o tiene sembrado de papa, de plátano, entonces allá nadie se acuesta sin comer, siempre, siempre hay comida... en cambio acá el que no trabaja no come, acá no hay espacio de tener una mata de plátano, de tener papachina, ni de ir a pescar... entonces acá la gente no tiene para comer y por eso es que los pelados empiezan a robar, o sea no digo que sea la única razón, ni los estoy justificando, pero pues es una de las mayores causas por las que el distrito es una zona roja, una zona de violencia y una zona marcada por muchas pandillas en un solo barrio... por eso, pues porque las condiciones son también un poco extremas y llevan a esas cosas. (Entrevista con Daniela, Cali, diciembre de 2015)

Esta problemática la pudimos evidenciar a lo largo del trabajo de campo, en conversaciones con jóvenes en veredas en donde la violencia empieza a ser, hasta cierto punto, naturalizada y acentuada cuando emprenden sus viajes hacia los diferentes barrios del distrito. Así, al poco tiempo de estar habitando la ciudad, es usual que terminen involucrados en disputas y dinámicas de la guerra urbana que los obligan a regresar a sus veredas debido a problemas o amenazas:

El consumo de armas tiene un aire a fetiche entre los jóvenes, pues cuando el alcohol los envalentona no hacen falta las amenazas y los tiros hacia el cielo o el río. “¿Por qué?”, les pregunté a un grupo de chicos que no superan los veinte años y reían después del estruendo del tiro que había hecho uno de ellos en dirección al río en el muelle principal, junto a la discoteca. Por gusto, por el placer de escucharlo, de sentir la mano vibrar y sentirse poderoso. Este fenómeno no puede desconectarse de los rumbos que toman los migrantes jóvenes negros que van a las ciudades. Armados, ocasionalmente sin trabajo, llegan a vivir en escenarios altamente violentos en donde se encuentran las colonias de estos ríos y las reacciones que tienen en el pueblo ante los problemas personales, y que son fácilmente enmendadas y mediadas en nombre del parentesco, llegan a costar en la ciudad la vida de otros o la propia. Más de un joven ha corrido con esta suerte. Otros regresan a buscar refugio de las amenazas o la prisión. (Alejandra Gutiérrez, diario de campo, 2017)

Pese a este escenario, también existe un sinnúmero de migrantes que, aun teniendo la posibilidad de entrar en las dinámicas de la violencia propias de la ciudad, optan por buscar apoyo de sus familiares o allegados para salir adelante. Es entonces a través de las redes de parentesco y de los sistemas de ayuda que llegan a Cali jóvenes y familias a habitar en los barrios del distrito, que por lo general son “colonias” de los ríos o de los poblados a los que pertenecen. Mientras que algunos llegan para quedarse por estancias cortas, que generalmente están relacionadas con la asistencia a alguna cita médica o la visita a familiares, otros migran con la intención de culminar los estudios, iniciar un trabajo y obtener mejores ganancias que las que dejan las actividades realizadas en el monte.

Ecuador

En el Pacífico sur el proceso migratorio hacia y desde Ecuador se ha agudizado en las últimas décadas, debido al fortalecimiento del mercado y la comercialización de la piangua entre los dos países. Dado el constante flujo de personas entre las fronteras, ha habido un aumento considerable en la creación de lazos de amistad, compadrazgo y parentesco que han desembocado en la formación de redes colaborativas y en posibilidades de ascenso social.

Es común encontrar, sobre todo en las veredas ubicadas hacia las zonas costeras del departamento de Nariño, a varias mujeres ecuatorianas que han establecido una relación sentimental con alguno de los trabajadores de los botes ecuatorianos. Aunque no duran más de uno o dos meses conviviendo con sus parejas, es usual que les dejen a los hijos allí por temporadas largas, que pasan a ser criados por las mujeres que hacen parte del núcleo familiar más próximo del padre. También es usual que varias mujeres de la región vivan con su pareja e hijos en Esmeraldas y que visiten a sus familias mínimo una o dos veces al año.

Estas relaciones han intensificado el deseo de brindar a los hijos e hijas mejores condiciones de vida “fuera del raicero”, argumentando que pianguar o pescar son actividades extremadamente duras y desgastantes que no garantizan “un buen futuro”, por lo que la posibilidad de enviar a los jóvenes a Ecuador —donde algún conocido o familiar—, para que puedan estudiar o conseguir un buen empleo, se ha transformado en un objetivo tan radical que algunos padres afirman: “Ve, mi hijo no va a entrar nunca a un raicero. Primero muerto”.

CONCLUSIONES

Hacia el final del día, cuando los poblados y caseríos del Pacífico sur se llenan de una sensación soporífera y el cielo se pinta con diferentes tonalidades de naranja, se comienzan a crear varios espacios comunes. Luego de que las mujeres dejan el *juego* y regresan a sus casas, los hombres se bañan para salir a encontrarse con sus amigos y compadres. En lugares como las tiendas y las plazuelas se reúnen varios grupos de todas las edades. Estos momentos se pueden alargar hasta la noche, cuando el rugido de las plantas eléctricas anuncia la llegada de la energía. En algunas casas se prende un televisor, pero es mucho más común que varias personas se movilicen a lugares como las tiendas, donde todos ven noticieros y telenovelas en grupo.

En uno de los poblados, en la parte alta del río en el que desarrollamos este ejercicio etnográfico, una de estas tardes nos encontrábamos en la tienda. Mientras unos hombres jugaban dominó en un pequeño balcón, ingresó Sergio, uno de los hombres que se presentó como líder comunitario y que, en efecto, participa en la gran mayoría de reuniones y comités que se citan desde el consejo comunitario. Luego de un par de saludos y comentarios sueltos, la charla que se daba de manera fluida se convirtió en una pequeña discusión. Sergio, que gusta de poner temas para debatir para que no todo se convierta en jugar dominó, señaló que él no entendía por qué allí no se había creado una junta de acción comunal. Su argumento se fundaba en la idea de que en ese poblado la mayoría de la gente vivía de la agricultura: “Somos campesinos porque sembramos nuestra comida, y como campesinos tenemos que formar una junta de acción comunal para poder acceder a recursos y proyectos... para poder mover este pueblo” (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 de septiembre de 2017).

Gabriel, el dueño de la tienda, que estaba siguiendo atentamente la conversación, señaló que allí no se podía crear una junta de acción comunal:

Ve a ver, Sergio, vos mejor que nadie sabes que nosotros somos... ¿cómo es que nos dicen?, eso, afrodescendientes. Como afrodescendientes tenemos un consejo comunitario y así el presidente no tenga beneficio, por medio del consejo es que nosotros nos movemos para todo. Por eso es que tenemos lo que tenemos, y si no me creés, preguntale a los antropólogos. (Pedro J. Velandia, diario de campo, 7 de septiembre de 2017)

Este se convirtió en uno de los momentos más complicados durante el desarrollo de nuestro trabajo de campo, ya que nuestros mismos interlocutores nos estaban interpellando sobre uno de los temas centrales de nuestra investigación. ¿Cómo pensar formas de vida campesina en lugares que, desde las geografías configuradas por el Estado, son legibles como espacios de lo étnico? ¿Por qué la noción de *campesinos* comenzó a cobrar relevancia, en cuanto herramienta de movilización en una coyuntura particular, para estos actores sociales que desde hace casi veinte años se movilizan en torno a las nociones de la etnicidad?

Estos cuestionamientos forman parte de la caracterización de las formas de vida en el Pacífico sur que se han presentado a lo largo de estas páginas. Teórica, política y etnográficamente, ¿qué supone pensar en clave de campesinado un lugar que se ha imaginado como étnico?, siguiendo la propuesta que se viene haciendo desde el ICANH.

En ese sentido, frente a un par de impases teórico-metodológicos, nuestra apuesta consistió en analizar a los habitantes del Pacífico sur desde una perspectiva económica que, en torno a espacios de producción, distribución y consumo, articula unas lógicas y racionalidades específicas. En ese sentido, las apuestas que se han desarrollado desde la antropología económica y la sociología moral del dinero (Wilkis 2014) son claves para entender muchas de las dinámicas que se presentan en la región y que permiten que, especialmente la población negra, se (des)articule de maneras estratégicas al mercado.

Para comenzar, por medio de este libro caracterizamos la forma en que el vaivén entre la articulación al mercado y el repliegue a actividades de subsistencia se afina en el desplazamiento entre relaciones económicas particulares. El núcleo de la articulación de las poblaciones negras al mercado se da por medio del *endeude* que les permite, a través de adelantos de dinero, producir mercancías destinadas a circuitos comerciales externos. En ese sentido, y como parte de la larga historia de extractivismo en el Pacífico sur, el *endeude* como relación económica tiene un fuerte amarre con la fuga de los recursos económicos hacia otras partes de Colombia y del mundo. Solo por dar un ejemplo, la mayoría de las ganancias, expresadas en dinero, que se dan como parte de las economías minera y cocalera se fugaron hacia afuera de las zonas rurales, cuando los afortunados que encontraron el brillo de oro o pudieron procesar los palos de plata decidieron comprar grandes propiedades en lugares como Cali.

Además de esa estrecha relación entre economías extractivas y endeude, consideramos que esta última relación económica reviste unas cargas morales específicas. Como lo propone Ariel Wilkis (2014), pensar el dinero como un elemento de disolución de complejos tejidos sociales y de fuertes procesos de individualización es muy complicado en las “economías populares”, ya que es en estos lugares donde se sobreponen distintas lógicas y dinámicas que permiten unos funcionamientos y desplazamientos particulares del dinero. En su conceptualización sociológica, Wilkis propone que no solo se debe pensar el dinero en efectivo como instrumento, sino como una de las formas de intercambiar capital simbólico —específicamente capital moral—, que se acumula como parte de procesos socioculturales específicos. Así, el ser una persona que paga a tiempo, una persona trabajadora, etc., se convierten en formas de acumular capital moral que, en varios momentos, se puede transformar en dinero por medio de préstamos, empleos, favores, etcétera.

Para el caso del Pacífico sur, el vínculo entre capital moral y endeude es claro. Revisemos la noción del *buen patrón*, como aquella persona con quien, además de los vínculos laborales, se establecen ciertos vínculos sociales y morales. El buen patrón es aquel que paga bien por los trabajos, quien hace adelantos de dinero cuando se presentan contratiempos o enfermedades que no permiten a la cuadrilla de trabajo entregar la producción a tiempo. Existe, entonces, una valoración moral en torno a esta figura a través de la cual se moviliza una parte de la circulación del dinero. Sin embargo, las valoraciones morales se construyen hacia los dos lados. El buen patrón sabe quiénes son los buenos trabajadores que entregan el trabajo a tiempo, se comprometen más allá de sus labores a realizar y con quienes se establecen unos lazos de solidaridad que, en muchos casos, se pueden extender por generaciones. Así, la figura del buen patrón se complementa con la del *buen trabajador* y la *buen cuadrilla*, haciendo entonces que el apuntamiento entre economías extractivas, endeude y circulación moral del dinero active y desactive circuitos y redes comerciales particulares dentro de la región.

Sumado a esta primera articulación al mercado, existe también el llamado *dinero estatal* que hace referencia al efectivo que entra en circulación cuando el Estado colombiano se materializa como actor económico o, para usar la propuesta de Trouillot (2011), se presenta como un efecto a manera de dinero. Como se ha señalado desde etnografías clásicas (West [1957] 2000; Taussig 2013; Villa 2004), los únicos empleos fijos en la región, y que se traducían en pago de sueldos y circulación constante de dinero, eran los estatales: profesores, cargos en alcaldías, etc. Esta circulación de dinero permitía las primeras articulaciones al mercado, a través de la adquisición de mercancías y el cambio en los materiales de construcción, entre otros elementos más. En la actualidad, además de estos ingresos, el Estado hace presencia por medio de subsidios, cooperación internacional y ayudas materiales para el desarrollo de proyectos que son instrumentalizados

de manera particular por la población negra del Pacífico sur. Como señalamos en el cuarto capítulo, existen *estrategias económicas* que permiten a los pobladores negros del Pacífico sur realizar ciertas prácticas en torno al *dinero estatal*. Empeñar el “dinero plástico” por medio del cual cobran algunos de los subsidios, es decir, el empeño de las tarjetas débito, es una práctica que, mediada por la noción del endeude, permite a muchos de los habitantes de la región acceder a dinero cuando lo requieren de urgencia. Aunque esto supone riesgo y el aumento de deudas, ya que cada mes sube el cobro de los intereses, la mayoría de la gente moviliza redes de parentesco y cercanía para lograr escapar de esta red de endeude.

Por su parte, las dinámicas de la subsistencia y desarticulación del mercado funcionan con base en relaciones económicas que, a pesar de que a primera vista parecen más solidarias, en casos específicos son formas desiguales de relacionarse. El repliegue del mercado hacia el aprovisionamiento por medio del pancoger, el trabajo a través de la minga, la mano cambiada y la redistribución —a partir de la dinámica de la *parte*— permite que muchos de los pobladores del Pacífico sur consigan sus alimentos y movilicen la fuerza de trabajo sin necesidad de recurrir a relaciones monetizadas. Estas relaciones descansan en una noción de reciprocidad y trabajo colectivo que, heredadas por generaciones, les permiten generar productos suficientes para el núcleo familiar y, cuando hay excedentes, para redistribuir entre las redes familiares extensas, los vecinos y las personas cercanas.

En ese sentido, para un lector incauto pareciera que el esquema propuesto hace ya varios años por Norman Whitten (1992) sigue vigente en la actualidad. Los “pioneros negros” se articulan o repliegan del mercado a partir de estrategias y momentos particulares, movilizándolo la fuerza de trabajo mediante nociones de colectividad o relaciones monetizadas. Lo que intentamos señalar a lo largo de estas páginas es que las articulaciones al mercado, y especialmente a partir de las economías extractivas e ilegales, han permeado de manera profunda las formas de vida rurales del Pacífico sur, dando primacía a las relaciones económicas monetizadas y haciendo que muchos de los vínculos de solidaridad se mantengan como simples formas que perviven como parte de las *estrategias de (des)articulación al mercado*. Con esto queremos decir que las transformaciones históricas revisadas en el capítulo 4 han calado profundamente en las formas de vida de la región, haciendo que el vínculo y dependencia respecto al mercado sea constante.

Lo que consideramos ocurre en la actualidad es una suerte de primacía de ciertas economías y relaciones económicas que generan fuertes ingresos económicos en momentos de bonanza y que articulan —de manera regional— a todos los actores envueltos en transacciones del mercado. Sin embargo, el carácter ilegal de la mayoría de estas actividades, los procesos violentos que arrastran y la inestabilidad laboral

que suponen impulsan varios momentos de crisis en los que las articulaciones con el mercado son mucho más débiles y los diferentes actores sociales de la región, especialmente la gente negra, se repliega a las formas de subsistencia como estrategia mientras regresa la bonanza. Así, lo que se dan son formas de acercamiento y alejamiento del mercado que, dependiendo del momento del ciclo económico, son mucho más fuertes y se materializan en estrategias particulares. Para ilustrar, nos referiremos a tres sucesos que vimos durante nuestro ejercicio etnográfico. El primero es la forma en que las bonanzas de la coca, resultado de la alta demanda y del aumento en el precio del kilo de pasta base, permiten ciertas dinámicas de retroalimentación con la minería a través de la compra de maquinaria. Así, la estrategia consiste en asegurar el tránsito entre actividades que, a manera de amortiguador, permiten la migración entre bonanzas para así evitar los momentos de crisis que se dan como parte de los ciclos económicos en cada una de estas actividades.

El segundo ejemplo se da cuando los habitantes de la región requieren acumular ganancias, elemento contrario a la racionalidad de *vivir al diario*, y que normalmente responde a dinámicas de migración o de fiesta como parte del calendario cultural. Una buena parte de esta acumulación de capital y dinero se da a partir de la vinculación del actor a las actividades económicas que, por su conocimiento, se encuentran en momentos de bonanza. Así, muchos jóvenes conocen los momentos en que los cultivos de coca se encuentran en *raspa*, y si entre sus planes está salir de la región, trabajan con esmero, llevan cuentas de los días que tienen que trabajar y la producción que deben hacer para poder irse a la ciudad, entregan el dinero en efectivo a una persona de confianza —normalmente sus madres—, quien cuida de este para que sus hijos no lo gasten durante los fines de semana. Existe, entonces, una estrategia de planificación del futuro normalmente alimentada por un deseo de desplazamiento o festejo que organiza el tiempo de trabajo. Cuando se presentan contratiempos en este calendario de planificación, no existen derrotismos. Los habitantes de los poblados rurales del Pacífico sur saben que lograrán su cometido, y para esto despliegan ciertas tácticas: recurrir a adelantos con el patrón, aplazar los viajes un tiempo más o simplemente realizar salidas escalonadas; es decir, comenzar saliendo de su vereda para, por medio de trabajos rápidos, hacer dinero para poder seguirse desplazando.

Entonces, consideramos que una buena parte de las dinámicas no se dan simplemente de manera estructural e impositiva sobre los habitantes del Pacífico sur, sino que su capacidad de adaptación hace que ellos creen estrategias para poder movilizarse de manera cómoda entre la subsistencia y la fuerte articulación al mercado. Queremos aclarar que, lejos de pensarlos como simples actores en redes económicas amplias que no conocen y que los explotan, las personas suelen tener un amplio conocimiento del funcionamiento de estas redes, y es a través de ciertas estrategias que las utilizan

en casos específicos para su beneficio directo. Esto supone que las transformaciones históricas que caracterizamos en el cuarto capítulo, a pesar de que son artefactos que impulsan tensiones y diferencias entre las generaciones, y a pesar de traer consigo procesos violentos, también han sido apropiadas de maneras específicas por varios de los actores de la región.

Nuestra tercera anécdota tiene que ver con las estrategias en tiempos de crisis y nos permite atar una pequeña reflexión sobre el momento histórico en que se desarrolló el ejercicio etnográfico que presentamos a lo largo de estas páginas. En uno de los poblados donde desarrollamos el trabajo de campo, el rumor de la sustitución de cultivos ilícitos, además de difundirse por medio de las noticias que se presentaban sobre los sucesos que se daban en Tumaco, llegó por medio de un proyecto en torno a la siembra del cacao. A pesar de ciertas reticencias y preguntas, que se vieron potenciadas en una reunión en la cual una persona con conocimientos técnicos señaló que el cacao era un cultivo que necesitaba alto control fitosanitario, este proyecto estaba sirviendo como un elemento que impulsaba divisiones y estrategias en torno a la presencia del Estado como actor económico. Si bien mucha gente desconfiaba del proceso de sustitución de cultivos, y decían que de nada servía tener esos palitos de cacao si no se creaban redes que sacaran lo que se producía en la región, muchos otros usaron de manera estratégica los recursos cedidos por el Estado.

Durante las primeras fases del proyecto, además de las matas de cacao llegaron algunos recursos para fumigar el cultivo, como máquinas rociadoras y químicos para desarrollar la labor. El problema radicó en que, operando desde una noción muy pobre de comunidad, se entregaron la mitad de las máquinas para fumigar, argumentando que posteriormente llegaría el resto y que, para empezar, se podían utilizar de manera conjunta. Además de esta noción burda de comunidad, algunas de las personas que se estaban acogiendo al proyecto, pero que tenían una esperanza en la coca, comenzaron a utilizar las bombas para fumigar sus cultivos de hoja de coca. El contrasentido del Estado se materializó en estas acciones tan particulares. Un hombre nos dijo que él sabía que el cacao se iba a demorar por lo menos cinco años en producir, y que dudaba que produjera suficiente dinero como sus palos.

Compa, pecado no es, no. Yo estoy usando la bombita para lo que es, que es fumigar. Si otros la utilizan que para limpiar la calle de la maleza o lo que sea, yo que tengo la mía compartida acá con mi comadre, la puedo llevar al cultivo y darle buen uso.
(Pedro J. Velandia, diario de campo, 12 de noviembre de 2017)

En ese sentido, el momento de crisis, derivado de la salida de las FARC, la baja en los precios del kilo de pasta base y la disminución de compradores y comercializadores

del producto, hizo que los campesinos negros recurrieran al proyecto como una posibilidad, pero que nunca soltaran el deseo de regresar a una actividad que los atraía y los proveía desde hacía varios años.

Creemos, entonces, que el Estado debe dejar de pensarse como una suerte de padre proveedor que, por medio de proyectos o actores no gubernamentales, puede suministrar de manera paternalista elementos para la gente de la región. Su deber consiste en entender las gruesas y complicadas dinámicas económicas que se dan allí para ocupar espacios específicos dentro de las racionalidades económicas regionales y así impulsar procesos que no se traduzcan en nuevas violencias.

Como buena parte de este trabajo de campo se desarrolló durante los primeros momentos de implementación de los acuerdos de paz y de la sustitución de los cultivos de uso ilícito, como subsidiario del primer proceso, consideramos que la gente pierde cada vez más la confianza en un Estado que solo aparece por medio de pequeños subsidios económicos. No es gratuito que en lugares como Francisco Pizarro se organicen formas de resistencia civil expresadas en la negación a votar durante las elecciones legislativas y presidenciales. Si el Estado no está, no hay necesidad de elegir gobernantes que no hacen presencia (“Francisco Pizarro” 2018). Como lo pudimos observar, la salida de actores que han sido fundamentales en la región —tanto social como económicamente— como parte del proceso de paz ha permitido una nueva escalada de violencia y la ruptura de un esquema de orden social que había sido establecido por las FARC.

Asimismo, consideramos que la acción estatal en el marco del PNIS, y también en torno a la reglamentación de la minería artesanal, ha tenido errores sistemáticos que, de una u otra manera, pueden desembocar en nuevas violencias. En el primer caso, se plantea la sustitución de cultivos únicamente a partir del cambio por nuevas formas de agricultura. Consideramos que primero es mucho más importante adelantar indagaciones en torno a la importancia económica y simbólica con la que cuenta la hoja de coca en la región para, a través de diálogos abiertos con las poblaciones, atender a sus necesidades y plantear proyectos productivos que funcionen en diferentes escalas y ciclos económicos. La solución no es cambiar coca por cacao, sino que hay que pensar en que existen unas dinámicas y racionalidades económicas que pueden articularse de maneras creativas a los proyectos impulsados por el Gobierno.

Otro elemento fundamental en este orden radica en una actuación desordenada frente a los procesos de sustitución de cultivos y carnetización de los mineros artesanales. Si bien es importante trabajar en puntos neurálgicos, como Tumaco, creemos que las actuaciones realizadas a la fuerza pueden alimentar recelos e ideas en contra. Como pudimos percibir en uno de los poblados donde los cultivos de coca tienen una importancia central, estos no están tan extendidos como en Tumaco. Sin embargo, las dinámicas económicas estaban generando una suerte de tensa calma en la que se

creaban ejércitos privados y jóvenes armados que, frente a diferentes arbitrariedades, se encontraban dispuestos a hacerse matar por no perder su coca o, en el caso minero, para no perder su producido de oro.

En ese sentido, y como lo ha señalado William Villa (1998, 2004, 2007), tanto el Estado como las ONG están configurando barreras que dificultan el desarrollo de trabajos etnográficos de largo hálito con la gente negra del Pacífico ya que, como parte de las dinámicas de los talleres y los proyectos paracaídas, la gente se ha apropiado del discurso de obtener recursos rápidos de las personas que van a realizar investigaciones sobre sus poblados y formas de vida. Todos esperan una instrumentalización rápida, y generalmente económica, del conocimiento producido por los antropólogos. Esto hace que los intereses principalmente académicos sean vistos como innecesarios, y a veces hasta como formas de extractivismo y enriquecimiento para personas que nunca regresarán. Es importante generar acciones en torno a estas limitaciones en dos direcciones. La primera es eliminar este tipo de trabas a través de diálogos claros y abiertos con nuestros interlocutores en campo, en los que se expresen abiertamente los resultados y alcances de nuestras indagaciones y de nuestros trabajos. La segunda dirección, como se ha propuesto desde perspectivas de la agroecología política, es comenzar a deconstruir las nociones de desarrollo y acumulación de ganancias con que operan muchos de los proyectos que son llevados a la región, para empezar a construir unas nociones compartidas que no impliquen imposiciones epistémicas violentas sobre las personas que habitan estos territorios, sino que más bien se propongan objetivos conjuntos con resultados efectivos para la mayoría de las personas.

Para cerrar, y como hemos argumentado varias veces a lo largo de estas líneas, los intentos por no realizar una lectura desde el dispositivo etnizante pueden contribuir, de maneras inimaginadas, a la creación nuevas narrativas sobre la región del Pacífico y, también, sobre la gente negra en Colombia. En el primer caso, y como caracterizamos en este libro, abandonar las lecturas que piensan la región como un espacio por antonomasia de la etnicidad nos permitió entender la forma en que existe un profundo tejido de relaciones económicas que, sobre la base de unas racionalidades particulares, permiten que se den ciertas dinámicas y actividades económicas en clave de extractivismo. Esto supone que la gente negra se encuentra integrada a procesos globales, regionales y locales que configuran unas formas de vida particulares en la región y que, al ser estudiadas desde la mirada étnica, terminarían por restituir unas ideas que perderían de vista buena parte de las lógicas, como la apropiación por destrucción, la noción del *buen patrón*, los cambios producidos por ciertas mercancías, etcétera.

En esa dirección, creemos que este libro puede funcionar como un punto de apoyo para continuar con las apuestas por desencializar la región, la gente que la habita y a la población afrocolombiana de manera general, por lo cual señalaremos algunas vetas de

investigación que se desprendieron desde nuestro trabajo etnográfico y, posteriormente, durante el proceso de escritura de este texto.

En primer lugar, creemos fundamental desarrollar un trabajo sensiblemente informado sobre los *paisas* en el Pacífico, ya que ellos constituyen una particular capa social. Aunque una buena parte del interés en este trabajo recayó sobre el actuar de estas personas como actores económicos y la forma en que son parte central de las dinámicas de la región, consideramos que su configuración como grupo, sus procesos de migración, la forma en que constituyen colonias en diferentes poblados y el cómo se integran de manera específica al tejido social de la región requiere de trabajos mucho más amplios. Para entender las dinámicas económicas es importante conocer quiénes son estos sujetos migrantes, de qué parte de la Antioquia grande provienen, cómo reestablecen narrativas en torno a la colonización antioqueña por todo el país y la manera en que impulsan procesos políticos que, muchas veces, se encuentran atados a sus intereses económicos. También es necesario entender la forma en que, desde representaciones y esquemas mentales particulares, entran en relación con las personas de la región, cómo constituyen descendencia allí y el modo en que la articulación a los lugares funciona en clave de género, generación y tiempos de trabajo, solo por mencionar algunos elementos que creemos pueden ser explorados.

En segundo lugar, consideramos fundamental para entender la región del Pacífico sur desarrollar un trabajo interdisciplinario, en el que necesariamente trabajen economistas, sobre la forma en que la circulación y el uso de combustible, tanto legal como ilegal, es indispensable para la activación y funcionamiento de las economías regionales. Un trabajo serio que trabaje en profundidad alrededor de los galones de gasolina y ACPM que se mueven por los diferentes ríos y bocanas podría iluminar circuitos económicos amplios que, por medio de esta mercancía, conectan a la región con el resto del país. Este trabajo, necesariamente, debe entender la forma en que las economías de frontera operan de manera particular en torno a este tipo de insumos de trabajo y cómo se cargan tanto de valores económicos como simbólicos.

La tercera veta de investigación se configura en torno a los procesos de movilidad, migraciones y experiencia del tiempo y el espacio. Si bien ya se han realizado algunos trabajos sobre la migración de afrodescendientes a varias de las principales ciudades de Colombia, y a otras en Latinoamérica y Europa (Hurtado 2008), es preciso el desarrollo de nuevas etnografías multisituadas en las cuales se pueda profundizar en las diferentes modalidades, intenciones y motivos de la migración desde diversas zonas rurales del Pacífico hacia otros lugares, con fines principalmente laborales. Como investigadores, nunca dejamos de sorprendernos de la alta movilidad de muchos de nuestros interlocutores en campo, ya que al considerarse andariegos presentaban síntomas de una alta movilidad que se podía medir en miles de kilómetros, como mostramos en el quinto

capítulo. Así, es central suministrar información etnográfica sobre las diferentes redes y estrategias de migración, pero también sobre la forma en que las nociones de espacio y tiempo, pero al mismo tiempo las emociones y la vida sentimental —solo por señalar un elemento—, se modifican rápidamente como parte de esos procesos de migraciones y terminan por crear un cúmulo de experiencias que nos permiten pensar en sujetos migrantes de maneras enriquecedoras.

Finalmente, en las últimas décadas se han venido adelantando diferentes trabajos en torno a la antropología del cuerpo y las corporalidades. Pensando desde una perspectiva económica, se pueden adelantar nuevos trabajos en torno al Pacífico y cómo las actividades económicas se relacionan con ciertas formas de corporalidad. Es necesario operativizar nociones como *cuerpos para el trabajo*, en la cual se configuran prácticas y técnicas particulares con las cuales se moldean cuerpos útiles para el desarrollo de ciertas labores, y cómo estas se encuentran atadas a nociones de género, ciclos de vida, bienestar, enfermedad, prohibiciones, etcétera. Este tipo de trabajos, por supuesto, podrían adelantar indagaciones sobre nociones de lo “deseable” en los cuerpos y cómo estos se materializan en conceptos que operan a través de gramáticas como lo bello-lo feo, la fuerza-la debilidad, la salud-la enfermedad.

REFERENCIAS

- Agier**, Michel, Manuela Álvarez, Odile Hoffmann y Eduardo Restrepo. 1999. *Tumaco: haciendo ciudad*. Bogotá: ICAN; Institut de Recherche pour le Développement.
- Agudelo**, Carlos. 2004. “No todos vienen del río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia”. En Restrepo y Rojas 2004, 171-192.
- . 2001. “El Pacífico colombiano: de ‘remanso de paz’ a escenario estratégico del conflicto armado”. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 46: 5-38.
- Almario**, Oscar. 2009. “De lo regional a lo local en el Pacífico sur colombiano, 1780-1930”. *HiSTOReLo* 1: 76-123.
- . 2005. *La invención del suroccidente colombiano*. 2 tomos. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana; Concejo de Medellín.
- . 2003. *Los renacientes y su territorio. Ensayos sobre la etnicidad negra en el Pacífico sur colombiano*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Álvarez**, Manuela. 1999. “Prácticas espaciales y regímenes de construcción de ciudad en Tumaco”. En *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de gente negra en Colombia*, editado por Juana Camacho y Eduardo Restrepo, 193-220. Bogotá: Ecofondo; Natura; Instituto Colombiano de Antropología.
- Anzola**, Sebastián. 2018. “‘Lo que se ve y lo que lo hace a uno’. Consideraciones sobre el trabajo material de los campesinos del MCCN de Sucre, Cauca”. Documento presentado en el Coloquio Campesinos y Estado de la Cuestión. ICANH, Bogotá.
- Appadurai**, Arjun. 1991. “Introducción: las mercancías y la política del valor”. En *La vida social de las cosas. Perspectiva social de las mercancías*, 17-89. Ciudad de México: Grijalbo.
- Aprile-Gnisset**, Jaques. 1993. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali: Universidad del Valle.
- Arango**, Carlos. 1984. *Tecnologías y sistemas de subsistencia en la cuenca del río Cajambre*. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Educación.

- Arboleda**, Santiago. 1998. *Le dije que me esperara. Carmela no me esperó. El Pacífico en Cali*. Cali: Universidad del Valle.
- Arboleda**, Jhon Henry. 2012. *Buscando mejora. Migraciones, territorialidades y construcción de identidades afrocolombianas en Cali*. Quito: Abya-Yala.
- Aristizábal**, Silvio. 1995. "Impacto del petróleo y de la coca en los sistemas productivos indígenas y campesinos en el medio Putumayo". En *Economías de las comunidades rurales en el Pacífico colombiano*, editado por Claudia Leal, 43-50. Bogotá: Proyecto Biopacífico; Ministerio del Medio Ambiente; PNUD.
- Arocha**, Jaime. 1990. "La pesca en el litoral pacífico: entre la incertidumbre y la utopía". Trabajo presentado para la promoción a profesor asociado. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Arocha**, Jaime *et al.* 2002. *Mi gente en Bogotá, estudio socioeconómico y cultural de los afrocolombianos residentes en Bogotá*. Bogotá: Secretaría de Gobierno, Alcaldía Mayor; Centro de Estudios Sociales.
- Astaíza**, Juliana y Juan Cabrera. 2015. "El transporte marítimo de cabotaje en Buenaventura: entre la eficacia simbólica y real de la normatividad vigente". Tesis de grado, Pontificia Universidad Javeriana, Cali.
- Atencio**, Jaime y Tito Córdoba. 1972. "Economía y cultura en la costa caucana del Pacífico". Tesis de Antropología, Universidad Nacional de Colombia Bogotá.
- Ayala Ruiz**, Patricia (directora). 2013. *Don Ca*. Digital. Documental. Colombia: Pathos Audiovisual.
- Banco Ganadero**. 1967. *Estudio socio-económico de la costa sur del Pacífico (Cauca y Nariño)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Barbary**, Oliver y Fernando Urrea, eds. 2004. *Gente negra en Colombia*. Medellín: Lealón.
- Barona**, Guido. 1995. *La maldición de Midas en una región del mundo colonial. Popayán, 1730-1830*. Cali: Universidad del Valle.
- . 1992. "Ausencia y presencia del negro en la historia colombiana". En *El negro en Colombia: en busca de la visibilidad perdida*, compilado por Diego Obregón y Libardo Córdoba, 22-59. Cali: Universidad del Valle.
- . 1985. "Elementos para el análisis del sistema minero en la historia económica colonial colombiana". En *V Congreso de Historia de Colombia*, 315-333. Bogotá: Icfes.
- Bermúdez**, Andrés. 2017. "Tumaco: la capital mundial de la coca. 5 razones del problema". *Pacifista. Proyecto coca-Misión rural*, 9 de octubre. Consultado el 29 de enero de 2019. <https://pacifista.tv/notas/de-nuestros-enviados-asi-ataco-la-policia-a-la-comision-de-verificacion-en-tumaco/>.
- Bernal**, Rodrigo y Gloria Galeano, eds. 2013. *Cosechar sin destruir: aprovechamiento sostenible de palmas colombianas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Biopacífico.** 1993. *Proyecto Biopacífico: conservación de la biodiversidad en la región del Pacífico colombiano*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Bourdieu, Pierre.** 2008. "La fuerza de la representación". En *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios simbólicos*, 111-122. Madrid: Akal.
- Bravo, Hernando.** 2003. "Organizaciones étnico territoriales de los ríos Satinga y Sanguanga: los retos de su lucha por el reconocimiento de la identidad en el litoral Pacífico de Nariño". Tesis de Maestría en Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Bustamante, María Clara.** 2007. "Comunidades y coca en el Putumayo: prácticas que hacen aparecer al estado". *Revista Controversia* 188: 201-245.
- Cáceres, Stella.** 2011. *Piel mulata, ritmo libre: identidad y relaciones de convivencia interétnica en la costa norte de Nariño*. Cali: Universidad del Valle.
- Cárdenas, Roosbelida.** 2012. "Green Multiculturalism: Articulations of Ethnic and Environmental Politics in a Colombian "Black Community". *The Journal of Peasant Studies* 39 (2): 309-333.
- Castillo, Ángela.** 2013. "Los retreros y la gente del río Condoto: minería y transformaciones socioambientales en Chocó, 1975-2013". Tesis de grado de Geografía, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Castillo, Luis Carlos.** 1987. "Actividades productivas del Naya costero del Pacífico colombiano". Tesis de Sociología, Universidad del Valle, Cali.
- Castillo, Ricardo.** 1995. "El canal Naranjo: historia de una tragedia socio-ambiental en la cuenca baja del río Patía". Trabajo de grado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- Castro, Laura.** 2011. "Minería de oro artesanal y a pequeña escala en Timbiquí-Cauca: una aproximación histórica a sus efectos socioambientales desde la perspectiva de los actores locales". Tesis de grado de Ecología, Pontificia Universidad Javeriana, sede Bogotá.
- Centeno, Carolina.** 2012. "De representaciones y sentidos socio-territoriales. El caso de los afrocolombianos habitantes de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sari y la Colonia Nariñense en Cali". *Prospecta* 17: 47-85.
- Cohen, William David.** 1994. *The Combining of History*. The University of Chicago Press.
- Colmenares, Germán.** 1982. "Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII". En *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, t. I. Bogotá: Banco de la República.
- . 1976. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*. Cali: Universidad del Valle.
- "Comercio ilegal de madera es incontrolable y tan rentable como el narcotráfico".** 2016. *Los informantes*, 6 de noviembre, dirigido por María Elvira Arango. Colombia: Canal Caracol.

- “**Comunidades afro:** las víctimas invisibles de la coca en Tumaco”. 2018. *La Liga Contra el Silencio*. Consultado el 4 de enero de 2019. <http://ligacontraelsilencio.com/2018/03/02/comunidades-afro-las-victimas-invisibles-de-la-coca-en-tumaco/>.
- Corsetti**, Giancarlo, Nancy Motta y Carlo Tassara. 1990. *Cambios tecnológicos, organización social y actividades reproductivas en la costa pacífica colombiana*. Bogotá: Comitato Internazionale per lo Sviluppo dei Popoli (CISP).
- Dávila**, Carmen. 1979. “Historia de la deculturación del negro bajo el régimen esclavista en la explotación minera; Santa María del Puerto de Barbacoas: un caso de referencia”. Trabajo de grado de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- De Granda**, Germán. 1977. *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de la población negra: las tierras bajas occidentales de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- . 1971. “Onomástica y procedencia africana de esclavos negros en las minas del sur de la gobernación de Popayán (siglo XVIII)”. *Revista Española de la Antropología Americana* 6: 381-422.
- Del Castillo**, Nicolás. 1982. *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*. Thesaurus LXII. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Del Valle**, Jorge Ignacio. 1997. “¿Será sostenible la producción de madera de los bosques de guandal? Distrito forestal Satinga”. *Crónica Forestal y del Medio Ambiente* (Universidad Nacional de Colombia) 12 (1): 63-78.
- . 1993. “Silvicultura y uso sostenido de los bosques. Referencia especial de los Guandales, Nariño. En Leyva 1993, vol. 2, pp. 334-339.
- “**Documentación** cronológica de las fumigaciones en Colombia, 1978-2015”. 2016. http://www.mamacoca.org/docs_de_base/Fumigas/Documentacion_cronologica_de_las_fumigaciones_en_Colombia_1978-2015.html.
- Douglas**, Mary y Baron Isherwood. 1990. *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Escalante**, Aquiles. 1964. *El negro en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Escobar**, Arturo. 2010. *Territorios de diferencia. Lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Envión.
- . 2004. “Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano”. En Restrepo y Rojas 2004, 51-70.
- Escobar**, Felipe. 1980. *Trabajadores madereros del Pacífico*. Bogotá: ACEB.
- Eslava**, Jesús. 1993. “Climatología”. En Leyva 1993, vol. 1, 136-147.
- Friedemann**, Nina S. de. 1986. “Contextos religiosos en un área negra de Barbacoas (Nariño, Colombia)”, *Revista Colombiana de Folclor* IV (10): 63-83.

- . 1974. “Minería del oro y descendencia: Güelmambi, Nariño”. *Revista Colombiana de Antropología* 16: 9-52.
- Friedemann**, Nina S. de y Jaime Arocha. 1986. *De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Friedemann**, Nina S. de y Mónica Espinoza. 1993. “Familia minera en el litoral pacífico”. En Leyva 1993, vol. 2, 560-569.
- Friedemann**, Nina S. de y Ronald Duncan (directores). 1974. *Güelmambi, a River of Gold*. Película en 16 mm, blanco y negro, sonido óptico. Documental.
- Galindo**, Freddy y Helver Franco. 1998. “Principales canales y márgenes de comercialización de madera aserrada de sajo (*Campnosperma panamensis*), cuangare (*Dialyanthera gracilipes*) y sande (*Brosimum utile*) proveniente del Pacífico sur”. Consultoría pregrado Proyecto SIEF, Ministerio del Medio Ambiente, OIMT, Bogotá, Colombia.
- Gentry**, Alwyn. 1993. “Riqueza de especies y composición florística”. En Leyva 1993, vol. 2, 200-219.
- Gootenberg**, Paul. 2009. *Andean Cocaine: The Making of a Global Drug*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Guber**, Rosana. 2005. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Barcelona: Paidós.
- Guerrero**, Jenny y Paula Thome. 2012. “Análisis socioeconómico de los efectos del contrabando de combustible en las estaciones de servicio de la ciudad de San Juan de Pasto”. Tesis de grado de Comercio Internacional y Mercadeo, Universidad de Nariño, Pasto, Colombia.
- Guevara**, Omar *et al.* 1998. “Piangua, oro del agua y leña de los manglares”. En *Conservación y uso sostenible de los manglares del Pacífico Colombiano*, editado por Heliodoro Sánchez Páez, Omar Ariel Guevara Mancera y Ricardo Álvarez León, 139-156. Bogotá: Ministerio del Medio Ambiente.
- Gupta**, Akhil. 1995. “Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State”. *American Ethnologist* 22 (2): 375-402.
- Gutiérrez** de Pineda, Virginia. 1975. *Familia y cultura en Colombia. Tipología, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales*. Bogotá: Tercer Mundo Editores; Universidad Nacional de Colombia.
- Hall**, Stuart. (1982) 2010. “El redescubrimiento de la ‘ideología’: el retorno de lo reprimido en los estudios de los medios”. En *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, por Hall Stuart, 155-191. Popayán; Lima; Quito: Enviación Editores; IEP; Instituto Pensar; Universidad Andina Simón Bolívar.

- Herrera**, Johana. 2013. "Sujetos a mapas: etnización y luchas por la tierra en el Caribe colombiano". Tesis de Maestría en Estudios Culturales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Hoffmann**, Odile. 2007. *Comunidades negras en el Pacífico colombiano: innovaciones y dinámicas étnicas*. Quito: Ediciones Abya-Yala; IRD; IFEA.
- . 2002. "Espacios y movilidad de la gente negra en el Pacífico sur colombiano: ¿hacia la construcción de una 'sociedad regional'?" *Estudios Afro-Asiáticos* 24 (3): 43-74.
- Huezo**, A. 2017. "Eradication without Prior Consultation: The Aerial Fumigation of Coca in the Black Communities of the Colombian Pacific". En "Land, Justice and Memory: Challenges for Peace in Colombia", número especial de *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 42 (3): 375-399.
- Hurtado**, Teodora. 2008. "Movilidades, identidades y sexualidades en mujeres afrocolombianas migrantes en Europa: el caso de las 'italianas'". En *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*, editado por Peter Wade, Fernando Urrea y Mara Viveros, 343-375. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . 1996. "Las migraciones norteñas y el impacto sociocultural sobre la población urbana de Buenaventura" Tesis de Sociología, Universidad del Valle, Cali.
- IGAC**, Inderena y Conif. 1984. *Mapa de bosques de Colombia. Memoria explicativa*. Bogotá: IGAC.
- Instituto** de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam). Subdirección de Ecosistemas e Información Ambiental. Grupo de Bosques. 2015. "Proyecto Sistema de Monitoreo de Bosques y Carbono". Bogotá, Colombia.
- Jaramillo**, Jefferson. 2003. *Los migrantes del Pacífico en Cali. Trayectorias biográficas y sentidos territoriales*. Cali: Uceva.
- Jiménez**, Orián. 2000. "La conquista de los estómagos: viandas, vituallas y ración negra, siglos XVII y XVIII". En *Los afrocolombianos*. Tomo VI de *Geografía humana de Colombia*, editado por Adriana Maya, 219-240. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Jurado**, Fernando. 1990. *Esclavitud en la costa pacífica: Iscuandé, Tumaco, Barbacoas y Esmeraldas. Siglos XVI al XIX*. Quito: AbyaYala.
- Leal**, Claudia. 2018. *Landscapes of Freedom. Building and Postemancipation Society in the Rainforest of Western Colombia*. Tucson: The University of Arizona Press.
- . 2016. "Libertad en la selva. La formación de un campesinado negro en el Pacífico colombiano, 1850-1930". *Revista CS* 20: 15-36.
- . 2005. "Un puerto en la selva. Naturaleza y raza en la creación de la ciudad de Tumaco, 1860-1940". *Historia Crítica* 30: 39-65.

- . 1998. “Manglares y economía extractiva”. En *Los afrocolombianos*. Tomo VI de *Geografía humana de Colombia*, editado por Adriana Maya, 397-430. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Leal**, Claudia y Eduardo Restrepo. 2003. *Unos bosques sembrados de aserríos. Historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Ledezma**, Eva. 2014. “Uso de las palmas en las tierras bajas del Pacífico colombiano”. *Caldasia* 36 (1): 71-84.
- Leesberg**, July y Emperatriz Valencia. 1987. “Los sistemas de producción en el medio Atrato”. Documento del Proyecto Diar-Codechocó. Quibdó.
- LeGrand**, Catherine. 1988. *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lewis**, David y Sandra Rodríguez. 2005. “Estimating the Imperfections in Sawtimber Markets: A Case Study for The South Pacific Region”. *Colombia Lecturas de Economía* (Universidad de Antioquia) 63 (julio-diciembre): 125-152.
- Leyva**, Pablo, ed. 1993. *Colombia Pacífico*. 2 vols. Bogotá: Proyecto Biopacífico; Fondo FEN Colombia.
- López**, Angélica. 2014. “Los espejismos de la bonanza aurífera: un análisis comparado sobre las territorialidades en conflicto en torno a la minería del oro en Buenaventura y Simití”. Tesis de grado, Pontificia Universidad Javeriana, sede Bogotá.
- Losonczy**, Anne Marie. 2006. *La trama interétnica: ritual, sociedad y figuras del intercambio entre los grupos negros y emberá del Chocó*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Mann**, Gregory. 2005. “Locating Colonial Histories: Between France and West Africa”. *American Historical Review* 110 (2): 409-434.
- Martínez**, Arturo. 1996. “Campesinos de los bosques de guandal”. En *Renacientes del guandal: “grupos negros” de los ríos Satinga y Sanquianga*, editado por Jorge Ignacio del Valle y Eduardo Restrepo, 121-186. Bogotá: Biopacífico; Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- Mejía**, José Baltazar. 1994. *Mi Pacífico: décimas de mar y realidad*. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Salud.
- Mera**, Verónica. 1999. “Relaciones sociales de género y uso de los recursos naturales”. En *Género, manglar y subsistencia*, por Verónica Mera, 61-96. Quito.
- Meza**, Carlos Andrés. 2010. *Tradiciones elaboradas y modernizaciones vividas por pueblos afrochocoanos en la vía al mar*. Bogotá: ICANH.
- . 2003. “Trayectorias de los afrodescendientes en el comercio callejero de Bogotá”. *Revista Colombiana de Antropología* 39: 71-104.

- Minaurider**, Jean Pierre. 1988. "Une région minière de la colonie à l'indépendance: Barbacoas 1750-1830 (économie, société, vie politique locale)". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 17 (2): 81-104.
- Mitchell**, Timothy. 2003. "The Stage of Modernity". En *Questions of Modernity*, editado por Timothy Mitchell, 1-34. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Molano**, Alfredo. 2017. *De río en río. Vistazo a los territorios negros*. Bogotá: Penguin Random House.
- . 2016. "La otra cara de la sustitución de cultivo". *El Espectador*, 11 de junio. <https://colombia2020.elespectador.com/pais/la-otra-cara-de-la-sustitucion-de-cultivos>.
- Montenegro-Gómez**, Sandra y Maité Rosales. 2015. "Fruto de naidí (*Euterpe oleracea*) y su perspectiva en la seguridad alimentaria colombiana". *Entramado* 11 (2): 200-207.
- Mosquera**, Gilma. 2004. "Sobre los poblados y la vivienda del Pacífico". En *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*, editado por Mauricio Pardo, Claudia Mosquera y María Clemencia Ramírez, 291-331. Bogotá: ICANH; Universidad Nacional de Colombia.
- Narváez**, Luis. 2001. *La planificación del desarrollo económico en el Pacífico sur colombiano*. Bogotá: Universidad La Gran Colombia.
- Offen**, Karl H. 2003. "The Territorial Turn: Making Black Territories in Pacific Colombia". *Journal of Latin American Geography* 2 (1): 43-73.
- Olarte**, Oscar. 1978. "Pescadores negros de Tumaco, un puerto colombiano de la costa del Pacífico". Tesis de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Oslender**, Ulrich. 2016. *The Geographies of Social Movements: Afro-Colombian Mobilization and the Aquatic Space*. Durham: Duke University Press.
- . 2008. *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano: hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: ICANH; Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca; Universidad del Cauca.
- . 2004. "Geografías del terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano". En Restrepo y Rojas 2004, 35-51.
- Padilla-Díaz**, Katia. 2006. "Espacio y territorio: mujeres del río, del manglar y de la tierra". *Jangwa Pana* 5 (1): 150-170.
- Pavy**, David. 1967. "The Negro in Western Colombia". Tesis de doctorado en Filosofía, Tulane University.
- Perea**, Berta. 1987. "Familia afrocolombiana del Pacífico". En *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*, editado por Alexander Cifuentes. Bogotá: ICAN; Colcultura: 117-138.
- Prahl**, Henry von. 1989. *Manglares*. Bogotá: Villegas Editores.
- Prahl**, Henry von, Jaime R. Cantera y Rafael Contreras. 1990. *Manglares y hombres del Pacífico colombiano*. Bogotá: FEN.

- Prieto**, Darío. 1996. "Territorialidad en una comunidad minera chocoana". Trabajo de grado en Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Quiceno**, Natalia. 2016. *Vivir sabroso. Luchas y movimientos afrotrataños en Bojayá, Chocó. Colombia*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Quintana**, César. 2011. "Cadena nacional de coco de Colombia, acuerdo de competitividad". Documento desarrollado como plan estratégico. Cadena de Coco Colombia.
- Restrepo**, Eduardo. 2013. *Etnización de la negritud. Invención de las "comunidades negras" como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca.
- . 2005. "De refugio de paz a la pesadilla de la guerra. El conflicto armado y el proceso organizativo en el Pacífico nariñense". *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas* 9 (13-14): 5-26.
- . 1997. "Unos bosques sembrados de aserríos: la industria maderera en el Pacífico colombiano". Informe. Proyecto Biopacífico. Bogotá, Colombia.
- . 1996. "Los tuqueros negros del Pacífico sur colombiano." En *Renacientes del guandal: "grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*, editado por Jorge Ignacio del Valle y Eduardo Restrepo, 245-348. Bogotá: Biopacífico; Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- Restrepo** Eduardo y Axel Rojas, eds. *Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Rodríguez**, Ignacio. 1961. "Geografía económica". En *Geografía económica de Nariño*, por Ignacio Rodríguez, 178-317. Pasto: Sur Colombiana.
- Romero**, Mario. 1991. "Procesos de poblamiento y organización social en la costa pacífica colombiana". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 18-19: 9-32.
- Rosero**, Carlos. 2002. "Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa". En *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*, editado por Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann, 547-560. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; ICANH; IRD; ILAS.
- Sánchez**, Enrique y Claudia Leal. 1995. "Elementos para una evaluación de sistemas productivos adaptativos en el Pacífico colombiano". En *Economías rurales en el Pacífico colombiano*, editado por Claudia Leal, 73-87. Bogotá: Biopacífico.
- Sandoval** Alonso de. (1627) 1956. *De Instauranda aethiopum salute. El mundo de la esclavitud negra en América*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de Colombia.
- Segura**, Héctor. 1995. *Coteje: religión, vida social y cultura en el río Timbiquí-Cauca*. Cali: Universidad del Valle.
- Serna**, Sonia. 2013. "'El que prueba rabicolorada se queda': santurianos en Quibdó". *Revista de Estudios del Pacífico Colombiano* 2 (agosto-diciembre): 187-214.

- . 2012. “Vivir de los imaginarios del mar: restaurantes y estereotipos sobre el Pacífico en Bogotá”. En *Selección de ensayos sobre alimentación y cocinas de Colombia*, editado por Ramiro Delgado, Daniel Gómez y Germán Negrete-Andrade, 323-354. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Sharp**, William. 1970. “Forsaken but for Gold: An Economic Study of Slavery and Mining in the Colombian Chocó, 1680-1810”. Tesis de doctorado, University Microfilms Internacional.
- Taussig**, Michael. 2013. *Mi museo de la cocaína*. Popayán: Universidad del Cauca.
- . (1987) 2002. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*. Bogotá: Norma.
- . 1978. *Destrucción y resistencia campesina. El caso del litoral pacífico*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Torre**, Lucía, de la. 1995. “El hecho religioso en las prácticas productivas tradicionales de la comunidad negra del medio Atrato chocoano: caso río Bebará”. Tesis de Maestría en Desarrollo Rural, Universidad Javeriana, Bogotá.
- Trouillot**, Michel-Rolph. 2011. *Transformaciones globales: la antropología y el mundo moderno*. Popayán; Bogotá: Universidad del Cauca; Universidad de los Andes.
- Valencia**, Emperatriz y William Villa. 1992 “Evolución del poblamiento del Chocó en el siglo xx. El caso del medio Atrato”. En *Colonización del bosque húmedo tropical*, editado por Corporación Aracacuara, 229-248. Bogotá: Coa.
- Vallejo**, Martha. 2013. “Impacto de la cosecha de palmito sobre la estructura y dinámica poblacional de *Euterpe oleracea* en la costa pacífica colombiana”. Tesis de grado de Ciencias, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Vallejo**, Martha Isabel, Natalia Valderrama, Rodrigo Bernal, Gloria Galeano, Gerardo Arteaga y Claudia Leal. 2011. “Producción de palmito de *Euterpe oleracea* (Arecaceae) en la costa pacífica colombiana: estado actual y perspectivas”. *Colombia Forestal* 14: 191-212.
- Van der Hammen**, María Clara. 2012. *Todos jalando pa'l mismo canasto. Fortalecimiento de patios y azoteas con la cría de animales y siembra de plantas aromáticas y medicinales con la población afro en la vereda Santa Rosa, El Charco, Nariño*. Bogotá: SENA.
- Vargas**, Patricia, ed. 1999. *Construcción territorial en el Chocó*, vol. 2, 105-110. Historias Locales. Bogotá: ICAN; PNR.
- Vargas**, Andrés y Teófilo Vásquez. 2011. “Introducción: La macrorregión sur y sus subregiones”. En *Una vieja guerra en un nuevo contexto: conflicto y territorio en el sur de Colombia*, editado por Teófilo Vásquez, Andrés Vargas y Jorge A. Restrepo, 25-35. Bogotá: Universidad Javeriana, Cinep.
- Vásquez**, Teófilo, Andrés R. Vargas y Jorge A. Restrepo, eds. 2011. *Una vieja guerra en un nuevo contexto: conflicto y territorio en el sur de Colombia*. Colección Territo-

- rio, Poder y Conflicto. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana; Cinep; Cerac; Odecofi; Colciencias.
- Velásquez**, Rogerio. 2000. *Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Velásquez López**, Paula. 2012. “De trayectorias y sentidos socio-territoriales. El caso de afrocolombianos en Cali”. Tesis de grado de Trabajo Social, Universidad del Valle, Cali.
- Vice Colombia**. 2018. *El naya: la ruta oculta de la cocaína*. Productor y camarógrafo: Jaime Barbosa; productora periodística: Isabella Bernal; editor: Jorge Durán. Colombia.
- Villa**, William. 2007. “Los territorios colectivos y los consejos comunitarios. Un balance necesario”. *Revista Semillas* 30/31: 22-26.
- . 2004. “El territorio de comunidades negras, la guerra en el Pacífico y los problemas del desarrollo”. En *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*, editado por Mauricio Pardo, Claudia Mosquera y María Clemencia Ramírez, 331-342. Bogotá: ICANH; Universidad Nacional de Colombia.
- . 1998. “Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región”. En *Los afrocolombianos*. Tomo VI de *Geografía humana de Colombia VI*: editado por Adriana Maya, 431-448. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Villamil**, Yina. 2014. “Construcción del territorio con fronteras imaginadas: dinámicas y redes en el manglar del Pacífico sur colombiano y norte ecuatoriano”. Tesis de Maestría en Estudios Socioambientales, Flacso, Ecuador.
- Wade**, Peter. 2004. “Los guardianes del poder: biodiversidad y multiculturalidad en Colombia”. En Restrepo y Rojas 2004, 247-268.
- . 1997. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- West**, Robert. 1972. *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo colonial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . (1957) 2000. *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. Bogotá: ICANH.
- . 1952. “Folk Mining in Colombia”. *Economic Geography* 28 (4): 323-330.
- Whitten**, Norman. 1992. *Pioneros negros: la cultura afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia*. Quito: Centro Cultural Afro-ecuatoriano.
- Whitten**, Norman y Nina S. de Friedemann. 1974. “La cultura negra del litoral ecuatoriano y colombiano: un modelo de adaptación étnica”. *Revista Colombiana de Antropología* 17: 82-115.
- Wilks**, Ariel. 2014. “Sobre el capital moral”. *Papeles de Trabajo* 8 (13): 164-186.

- Zambrano**, Emiliano. 1997. “Comercialización y mercado de productos del área del proyecto”. En *Participación comunitaria para manejo de bosques secundarios del Bajo Calima*, editado por María Teresa Motta, 51-90. Bogotá: CONIF.CVC.
- Zarama**, Rosa. 2016. “Historia del ferrocarril de Nariño”. *Tendencias. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Universidad de Nariño* 17 (1): 87-103.

Fuentes primarias, artículos de periódico y documentos institucionales

- Ceballos, Marcela. 2003. *Plan Colombia: contraproductos y crisis humanitaria. Fumigaciones y desplazamiento en la frontera con Ecuador*. Bogotá: Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2015. *Buenaventura: un puerto sin comunidad*. Bogotá: CNMH.
- Codazzi, Agustín. (1853) 1965. “Informe al Gobernador de la Provincia del Chocó”. En *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*. Vol. 4: *Provincias de Córdoba, Cauca, Popayán, Pasto y Túquerres*, 323-330. Bogotá: Banco de la República.
- “Colombia: fumigaciones del gobierno acaban con cultivos”. 2011, 7 de agosto. Telesur. Consultado el 8 de mayo de 2018. <https://videos.telesurtv.net/video/44739/colombia-fumigaciones-del-gobierno-acaban-con-cultivos/>.
- “Comunidades afro de Nariño, bajo el fuego de un conflicto degradado”. 2010. *Verdad Abierta*, 29 de noviembre. <https://verdadabierta.com/comunidades-afro-de-narino-bajo-el-fuego-de-un-conflicto-degradado/>.
- “Consejo Comunitario de Yurumanguí le gana pulso a minera Pacific Mines S. A. S.”. 2018. *Verdad Abierta.com.*, 9 de febrero. Consultado el 1.º de mayo de 2018. <https://verdadabierta.com/consejo-comunitario-de-yurumangui-le-gana-pulso-a-minera-pacific-mines-s-a-s/>.
- “¿Cuánto falta para terminar de construir la doble calzada de la vía a Buenaventura?”. 2018. *El País*, 27 de febrero. Consultado el 28 de febrero de 2018. <http://www.elpais.com.co/valle/cuanto-falta-para-terminar-la-doble-calzada-de-la-via-a-buenaventura.html>.
- Defensoría del Pueblo. 2014. “Informe estructural: situación de riesgo por conflicto armado en la costa pacífica caucana en los municipios de Guapi, Timbiquí y López de Micay”. Bogotá. [http://desarrollos.defensoria.gov.co/desarrollo1/ABCD/bases/marc/documentos/textos/Informe_estructural._Situacion_de_riesgo_por_conflicto_armado_en_la_Costa_Pacifica_Caucana_\(1\).pdf](http://desarrollos.defensoria.gov.co/desarrollo1/ABCD/bases/marc/documentos/textos/Informe_estructural._Situacion_de_riesgo_por_conflicto_armado_en_la_Costa_Pacifica_Caucana_(1).pdf).

- . 2009. “Informe defensorial. Canal Naranjo, impactos y situación actual”. Bogotá. <http://www.defensoria.gov.co/es/public/Informesdefensoriales/854/Canal-Naranjo-impactos-y-situaci%C3%B3n-actual-Informes-defensoriales---Medio-Ambiente.htm>.
- “Derrumbe en la vía entre Pasto y Tumaco”. 2018. *Vanguardia.com*. Consultado el 27 de febrero de 2018. <http://www.vanguardia.com/colombia/422149-13-muertos-deja-derrumbe-en-la-via-entre-pasto-y-tumaco>.
- Diócesis de Tumaco. 2009. “¡Que nadie diga que no pasa nada! Una mirada desde la región del Pacífico nariñense”. *Balance* n.º 1. Tumaco.
- “La economía de Ecuador creció 3 % en 2017”. 2018. *Portafolio*, 30 de marzo. <http://www.portafolio.co/internacional/crecimiento-economia-de-ecuador-en-2017-515670>.
- Flórez, Jesús y Delma Millán. 2007. *Derecho a la alimentación y al territorio en el Pacífico colombiano: Regional pacífico*. Tumaco: Diócesis de Tumaco.
- “Francisco Pizarro, el municipio que no elegirá presidente de Colombia”. 2018. *El Espectador*, 2 de mayo. <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/francisco-pizarro-el-municipio-que-no-elegira-presidente-de-colombia-articulo-753410>.
- Gobernación de Nariño. 2014. “En cumplimiento al contrato Plan Nariño. Adjudicada vía Espriella-Río Mataje”.
- “Incineran bus que viajaba de Pasto a Tumaco en Nariño”. 2018. *El País*. 23 de febrero. Consultado el 28 de febrero de 2018. <http://www.elpais.com.co/judicial/incineran-bus-que-viajaba-de-pasto-a-tumaco-en-narino.html>.
- Instituto de Hidrología, Meteorología y Servicios Ambientales (Ideam). 2017. *Décimo boletín de alertas tempranas de deforestación*. Consultado el 17 de marzo de 2017. <http://documentacion.ideam.gov.co/openbiblio/bvirtual/023708/boletinDEF.pdf>.
- Isaza, Restrepo y Cía. 1939. *La verdad sobre las minas del Telembí*. Bogotá: Talleres Gráficos Mundo al Día.
- Jenzera Colectivo de Trabajo, Oremedia.org, Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA) y Fundación Chasquis (realizadores). 2010. *El Pacífico colombiano: entre la vida, el desarraigo y la resistencia*. Nariño, Colombia. <https://www.youtube.com/watch?v=vw35Xn5fNIw>.
- Libro de denuncia de minas del gran Cauca*. S. f. Archivo Histórico del Cauca.
- Molano, Alfredo. 2016. “La otra cara de la sustitución de cultivos”. *El Espectador*, 11 de junio. Consultado el 21 de mayo de 2018. <https://colombia2020.elespectador.com/pais/la-otra-cara-de-la-sustitucion-de-cultivos>.
- Moreno, María. 2015. *Memoria histórica de las fumigaciones: 1978-2015*. MamaCoca-Indepaz. <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2018/08/Memoria-historica-de-las-fumigaciones.pdf>.

- Obando Acosta, Pablo Emilio. 2015. "Sobre el contrato vía Junín-Barbacoas". *Las2orillas*, 26 de febrero. <https://www.las2orillas.co/sobre-el-contrato-via-junin-barbacoas/>.
- Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. 2009. *Dinámica reciente de la violencia en la costa pacífica nariñense y caucana y su incidencia sobre las comunidades afrocolombianas*. Bogotá, enero de 2009. <https://biblioteca.minminas.gov.co/pdf/PEQUE%C3%91A%2OCENTRAL%2OHIDROELECTRICA%2OGUAPI%2OETAPA%2ODE%2OESTUDIO%2O1995.pdf>.
- Pacífico, Regional. 2007. *Derecho a la alimentación y al territorio en el Pacífico colombiano*. Tumaco: Diócesis de Tumaco.
- Plan Todos Somos Pazcífico: concepto favorable a la nación para otorgar garantía al patrimonio autónomo "Fondo para el desarrollo del Plan Todos Somos Pazcífico". 2016. Documento Conpes 3847. Bogotá, República de Colombia.
- Silva Carreño y Asociados S. A. 1995. *Pequeña central hidroeléctrica de Guapi*. Ministerio de Minas y Energía. Consultado 16 de mayo de 2018. <https://biblioteca.minminas.gov.co/pdf/PEQUEÑA%2OCENTRAL%2OHIDROELECTRICA%2OGUAPI%2OETAPA%2ODE%2OESTUDIO%2O1995.pdf>.
- UNGRD. 2016. *Mejoramiento de hidrovía entre Tumaco y Guapi "Acuapista"*. Plan Todos somos Pazcífico. Colombia. http://portal.gestiondelriesgo.gov.co/todossomos-pazcifico/Documentos%2ocompartidos/Gesti%C3%B3n%2oambiental%2oy%2osocial/EVALUACION_SOCIAL_CONECTIVIDAD_EN_LAS_VIAS_NAVEGABLES_Y_PROVISION_DE_AGUA.pdf.
- Zuluaga, Francisco. 1993. "Conformación de las sociedades negras del Pacífico". *Historia del Gran Cauca* (Cali). Separata del *Diario Occidente*, fascículo 13.

Pasando trabajo se compuso en caracteres Minion y Whitney.

Se imprimió en la Imprenta Nacional de Colombia.

Bogotá, noviembre de 2021.